

A woman wearing a green plaid dress and red tights is shown from the waist down. She is holding a small cup and saucer, and a stream of liquid is pouring from the cup. The background is a plain, light-colored wall.

«SABOREA CADA PÁGINA, PORQUE  
ESTE SERÁ TU LIBRO DEL AÑO.»

*ELIZABETH HAYNES*

# ¿Y TÚ QUÉ CLASE DE MADRE ERES?

**PAULA DALY**

Lectulandia

Lucinda, la hija de su mejor amiga, Kate Riverty, ha desaparecido mientras estaba a su cargo. Lo peor es que Lisa ni siquiera se acordaba de que estaba a su cargo, de que esa noche debía quedarse a dormir en su casa. Solo lo advierte a la mañana siguiente, cuando Lucinda ya ha desaparecido sin dejar rastro. Es lo que le faltaba a Lisa para sentirse la peor madre del mundo. El mismo día en que Lucinda desaparece, el cuerpo semidesnudo de una niña es encontrado a varios kilómetros. Tanto la policía como las dos familias afectadas piensan que seguramente Lucinda haya corrido la misma suerte, así que Lisa comienza su propia investigación.

**Lectulandia**

Paula Daly

# **¿Y tú qué clase de madre eres?**

ePub r1.0

Edusav 15.04.14

Título original: *Just What Kind of Mother Are You?*

Paula Daly, 2013

Traducción: Victoria Alonso Blanco

Retoque de cubierta: Edusav

Editor digital: Edusav

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Jimmy*

*Llega con tiempo más que suficiente. Aparca el coche reculando, se apea y siente la sacudida del frío. A bofeteándole la cara con fuerza, cortándole la piel. Una piel que huele bien. A perfume caro.*

*Ha aparcado a varios centenares de metros del colegio, en el mirador. Cuando el día está despejado, desde allí hay una vista ininterrumpida del lago y las montañas al fondo. Si hiciera mejor tiempo, ya habría llegado el carrito de los helados y los turistas japoneses estarían tomando fotos. Pero no hoy, con estos cielos encapotados y la oscuridad otoñal al caer.*

*Las aguas del lago reflejan los árboles. Están turbias, color marrón café — dentro de nada, gris pizarra—, y no sopla aire.*

*Quizá debería comprarse un perro, piensa por un momento. Un perro bonachón, un spaniel tal vez o uno de esos perritos blancos y lanudos. A los niños les encantan los perros, ¿no? Quizá no fuera mala idea.*

*Mira alrededor en busca de señales de vida pero por el momento no hay nadie más. Está solo, vigilando. Evaluando la situación, sopesando los riesgos.*

*Evaluar riesgos forma parte de su trabajo. Por lo general se los inventa, toma nota de lo que supone que el inspector de seguridad contra incendios desea oír. Y añade algún que otro dato, los suficientes como para no dar la impresión de que su trabajo le importa una mierda.*

*Pero esto no es lo mismo. Aquí tiene que andarse con cien ojos. Él sabe que tiene tendencia a precipitarse. Sabe que a veces no es tan meticuloso como debiera y puede acabar pagando las consecuencias. Aquí no puede permitirse ninguna imprudencia. Con esto, no.*

*Consulta su reloj. Falta todavía un buen rato para su próxima cita. Eso es lo maravilloso de su trabajo, que le deja tiempo más que suficiente para esta otra... afición.*

*Así es como lo ve por el momento, como una simple afición. Nada serio. Solo pretende hacerse una idea, ver si le gusta. Más o menos como quien baraja la idea de apuntarse a un curso nocturno.*

*«Asista a un par de clases de caligrafía antes de pagar el importe completo del curso».*

*«Quizá, bien mirado, las clases de conversación en francés no sean lo más adecuado para usted».*

*Él sabe que tiende a perder el interés fácilmente, pero ahí está la clave de su éxito, porque ¿acaso hay algún triunfador que tolere bien el aburrimiento?*

*De niño le decían que no tenía constancia para nada, que era incapaz de estarse quieto y concentrarse en una sola cosa a la vez. Todavía le sigue ocurriendo, por eso quiere probar antes de entregarse por completo a ello. Necesita estar seguro.*

*Necesita tener la certeza de que llegará hasta el final antes de dar el primer paso.*

*Consulta su reloj. Las tres cuarenta. No tardarán en llegar... pronto pasarán por aquí los primeros, ya camino de casa.*

*Entra de nuevo en el coche y espera.*

*Quiere observar cuál será su propia reacción. Si lo que piensa que va a ocurrir, ocurrirá en realidad. Entonces podrá saberlo. A ciencia cierta.*

*Cuando los ve venir de lejos, se le acelera el pulso. No llevan ropa de abrigo, ni gorros, ni zapatos adecuados para la estación. Los primeros en pasar por delante del coche son un par de chicas. Pelo teñido, semblantes hoscos, piernas gordas y bastas.*

*No, piensa, no es esto. Esto no es en absoluto lo que va buscando.*

*A continuación pasan dos pandillas de chicos. Quinceañeros. Van dándose collejas unos a otros, riendo sin ton ni son. Uno de ellos mira hacia él de reojo y le hace un gesto obsceno con los dedos. Luego suelta una carcajada, riendo su propia gracia. Un pobre diablo, piensa él.*

*Y entonces la ve.*

*Viene sola. Andando a paso resuelto. La columna recta, la zancada corta y elegante. Tendrá unos doce años, aunque podría ser mayor. Quizá aparente menos edad de la que tiene.*

*La niña pasa por delante de su coche, y a él se le acelera el pulso de nuevo. Un estremecimiento de placer le recorre el cuerpo al ver que, momentáneamente, ralentiza el paso. Está intentando guardar las distancias con la pandilla que va delante, dudosa. Él observa embelesado el cambio en su semblante, observa la determinación que adopta, y cómo la niña de pronto toma la valiente decisión de adelantarlos.*

*Coge carrerilla entre graciosos brincos, salta de la acera y retoma el paso de antes. ¡Parece un cervatillo!, piensa él, contemplándola encandilado. Sus delicados tobillos se mueven ágilmente alejándose del grupo.*

*Él baja la vista y descubre que tiene las manos húmedas. Y en ese momento le asalta la certeza. Sonríe para sus adentros, comprende que no se ha equivocado viniendo hasta aquí arriba.*

*Baja la visera del espejo y observa su imagen. Tiene el mismo aspecto que diez minutos antes, pero se asombra de lo distinto que se siente. Es como si todas las piezas hubieran encajado, y comprende, quizá por primera vez, el verdadero significado de la expresión «tener una corazonada».*

*Arranca el motor, pone en marcha la esterilla para calentar el asiento y, con la sonrisa todavía en los labios, enfila hacia Windermere.*

**DÍA 1**

**MARTES**

# 1

Me levanto más cansada de lo que me acosté. He dormido cinco horas y media y, tras apagar el despertador por tercera vez, levanto la cabeza.

Así de cansada estoy, y ni siquiera sé por qué. Ya sabéis a qué clase de cansancio me refiero; cuanto lo notas por primera vez, te dices: ¿Se puede saber qué me pasa? Será algún desequilibrio en la sangre. O peor, seguro que he pillado algo grave de verdad, porque no es posible estar tan cansada. ¿O sí?

Pero ya me he hecho las pruebas. Los análisis de sangre salieron bien. Mi médico de cabecera, un astuto vejete que sospecho que estará más que acostumbrado a que las mujeres acudan a su consulta quejándose de agotamiento permanente, me soltó el diagnóstico con sardónica sonrisa: «Siento decirte, Lisa, que esto que tú padeces es... la vida, simplemente».

A menudo me siento como si formara parte de un macroexperimento social. Como si alguna lumbrera hubiera decidido reunir a todas las mujeres del mundo occidental para hacer un estudio a escala mundial: «¡Vamos a educarlas! ¡Vamos a darles un trabajo en condiciones para que se sientan realizadas! Vamos a ver qué pasa luego cuando procreen. ¡Veremos por dónde explota la cosa!».

Pensaréis que soy una quejica.

Yo misma pienso que soy una quejica.

Eso es lo peor. Ni siquiera puedo quejarme sin tener remordimientos, porque el caso es que lo tengo todo en la vida. Todo lo que una persona podría desear. Todo lo que una persona debería desear. Y es lo que deseo. Deseo todo lo que tengo.

¿Qué ha sido de mí?, pienso, mirándome en el espejo del baño mientras me cepillo los dientes. Con lo simpática que yo era. Antes siempre tenía tiempo para los demás. Ahora estoy tan agotada que me paso el día con los nervios de punta, y odio sentirme así.

Estoy desbordada. No se me ocurre una descripción mejor de mí misma. Ese será mi epitafio.

Lisa Kallisto: murió desbordada.

Soy la primera en levantarse. A veces mi hija mayor se me adelanta, cuando tiene el pelo en fase rebelde y necesita dedicarle una atención especial. Pero, por norma general, a las seis cuarenta de la mañana en el piso de abajo no hay nadie más que yo.

«Levántate una hora antes», dicen las revistas. Aprovecha ese remanso de paz, los momentos previos a la vorágine. Planifica tu jornada, hazte listas, tómate tu vasito de agua caliente con tu rodajita de limón. Desintoxica el cuerpo y verás qué diferencia.

Pongo en marcha el café y distribuyo la comida para los perros en los cuencos.

Tenemos tres, todos ellos cruces de Staffordshire bull terrier; no es la raza que yo hubiera escogido de poder elegir, pero son buenos los tres. Limpios, mansos, tolerantes con los niños, y en cuanto les abro la puerta del lavadero donde duermen, cruzan por delante de mí como una exhalación y se plantan delante de los cuencos, expectantes. «Adelante», les digo, y se lanzan a comer.

De su paseo matutino generalmente se encarga mi marido, porque Joe suele trabajar a horas intempestivas. ¿Os lo imagináis en un despacho, el nudo de la corbata deshecho, el pelo alborotado, el plazo de entrega inminente? Yo de vez en cuando también. Nunca pensé que acabaría casada con un taxista. Y menos con uno que llevara el rótulo «Joe le Taxi» impreso en grandes letras plateadas en los laterales de su monovolumen.

Anoche tuvo que llevar a unos clientes al aeropuerto de Heathrow. Unos árabes que le ofrecieron el doble de su tarifa habitual para que les hiciera de chófer durante su estancia en el Distrito de los Lagos. Querían lo típico: visita a la casa de Wordsworth, visita a la granja de Beatrix Potter, paseo en barca por el lago Ullswater y degustación de las chocolatinas de menta Kendal. A eso de las cuatro de la mañana, lo oí meterse en la cama, más o menos a la hora en que yo me desperté, con el corazón en un puño al recordar que no había enviado la consabida tarjeta de felicitación a una de las chicas que me ayudan en la perrera dándole la enhorabuena por el nacimiento de su bebé.

—¿Te han soltado una buena propina? —mascullé, la cara aplastada contra la almohada, mientras Joe se arrimaba a mí con olor a cerveza en el aliento.

Joe siempre tiene reservadas un par de latas en el taxi para cuando le toca hacer servicios de madrugada. Así, dice él, cae dormido en cuanto se mete en la cama. Yo no me canso de decirle que no está bien eso de que un taxista le dé al alcohol mientras va al volante, pero es más terco que una mula.

—Cien libras —respondió, dándome un pellizquito en la nalga—, y me las pienso fundir todas en un conjunto nuevo para ti.

—Querrás decir para ti. —Bostecé—. Lo que yo necesito es un tubo de escape nuevo.

Desde hace ocho años, para su cumpleaños le regalo ropa interior: ropa interior para mí. Cada año le pregunto lo mismo: «¿Qué quieres de regalo?». Y cada año me mira con la misma cara, como diciendo: «¿Para qué preguntas?».

Una vez dijo que le apetecía comprar el regalo él mismo. Pero cuando se presentó en casa con el atuendo rojo completo, medias de rejilla incluidas, optamos por cambiar de sistema. «Casi mejor lo sigo comprando yo, Joe», le dije, y él, un tanto alicaído, me contestó: «Vale». Aunque yo creo que en el fondo sabía que no iba a ponerme una horterada así.

Los perros dan cuenta del pienso y trotan en manada hacia la puerta del jardín. Mi

favorita es Ruthie. Es una Staffordshire cruzada con un setter irlandés o quizá un vizsla húngaro. Tiene el pelo atigrado típico de los Staffordshires, pero no del característico tono marrón chocolate sino como subido de color, en un derroche de bermejo, henna, cobrizo y bronce. Y unas patas larguísimas, como si se hubiera intercambiado el cuerpo con otro perro.

Ruthie llegó al centro de acogida hace cinco años junto con un lote de cachorritos abandonados. Una perra comprada para criar hizo una escapada un día y tuvo una camada de siete. A Ruthie no conseguimos encontrarle hogar de acogida, de manera que, como de costumbre, terminó viniendo a parar al nuestro.

Por suerte, Joe tiene una especie de talento innato para los perros. Posee esa serena autoridad que parece atraerlos como un imán. Joe entiende de perros como quien entiende de números o de placas base. Incluso cuando se nos presenta alguno problemático y me lo traigo a casa, antes de que llegue la hora de acostarse, Joe ya ha conseguido apaciguarlo con su efecto zen.

Abro de par en par la puerta del jardín y los perros salen con tanta precipitación como entran el frío y los gatos. El invierno ha llegado antes de tiempo. El parte meteorológico era de nieve y a lo largo de la noche ha caído una copiosa nevada. El frío me cala los huesos al instante. Oigo el lamento de un animal resonando por el valle a través del límpido aire y cierro rápidamente la puerta.

El café ya está listo y me sirvo lo que en las cafeterías llaman café americano: uno largo con doble de agua caliente; en mi taza cabe casi una pinta. Oigo movimiento en el piso de arriba, pisaditas sobre el suelo de madera, la cisterna del váter, alguien que se suena la nariz... me preparo para el combate. Un día leí que los niños miden su autoestima según tu semblante y reparé con horror en que hasta el momento los había recibido con un aire más bien ausente, por así decirlo. La razón es que tengo miles de cosas en la cabeza a todas horas, aunque eso ellos no lo saben. Apuesto a que se pasarían los primeros años de vida preguntándose si su madre los reconocía siquiera. Ahora me siento tan culpable que a menudo me paso por el otro lado. El pequeño disfruta con el derroche de atención. Pero los dos mayores, sobre todo Sally, que tiene trece años, me miran con la mosca detrás de la oreja.

Tengo ahora a Sally sentada ya a la mesa de la cocina, los labios hinchados por el sueño y el pelo sujeto de cualquier manera en lo alto de la cabeza, pendiente de recibir más tarde la debida atención. A su lado, el iPod Touch.

Se mete los copos de arroz inflado en la boca a cucharadas a la vez que intenta ahuyentar a codazos a uno de los gatos. Me quedo observándola, apostada junto a la hervidora de agua. Es morena como Joe. En casa todos son morenos. Si le preguntáis a Joe, os dirá que es oriundo de Ambleside. Casi todo el mundo da por sentado que es italiano, pero no. Kallisto es un apellido sudamericano, brasileño para ser exactos, aunque sospechamos que tiene ascendencia argentina. Es moreno de pelo, con los

ojos y la tez oscuros. Igual que los niños. Todos tienen el pelo lacio, negro y brillante, y las mismas pestañas increíbles de su padre. Sally, cómo no, se ve fea. Cree que todas sus amigas son guapas menos ella. Es un tema que estamos trabajando las dos, aunque, evidentemente, mi criterio nunca es de fiar, porque soy su madre. ¿Qué demonios sé yo de nada?

—¿Hoy te toca educación física?

—No. Tecnología.

—¿En qué proyecto andáis ahora?

Nunca he sabido muy bien en qué consiste esa asignatura. Por lo visto engloba manualidades, costura, diseño, un poco de todo...

Sally deja a un lado la cuchara y me mira como diciendo: «Estás de broma, ¿no?».

—Hoy toca tecnología de los alimentos —contesta, clavando en mí la mirada—. O sea, clase de cocina. No me digas que te has olvidado de comprarme los ingredientes... Pero si te dejé la lista —dice, señalando hacia el frigorífico— ahí delante.

—Mierda —mascullo—. Se me olvidó por completo. ¿Qué vais a cocinar?

Sally se levanta, arrastrando la silla por las baldosas de piedra. Yo me digo para mis adentros: Que sea un bizcocho, por favor, que sea un bizcocho. Harina tengo, y para lo demás podemos salir del paso con lo que haya en casa. O un postre de manzana. Que sea una tarta de manzana. En el frutero hay manzanas, y si no tiene bastantes, que coja cualquier otra fruta. Cualquier cosa servirá.

Sally lee la nota pegada a la nevera.

—Pizza.

—No —digo, con el alma en los pies—. ¿De verdad?

—Hay que llevar un bote de salsa de tomate, mozzarella, algo para la base, como por ejemplo pan de barra o de *pitta*, y los ingredientes que nos apetezca ponerle encima. Yo había pensado en pollo picante y pimienta verde. Pero si no hay otra cosa, podría echarle atún, me da igual.

No tenemos ni uno de esos ingredientes. Ni uno.

Entorno los ojos.

—¿Por qué no me lo has recordado? Te dije expresamente que me lo recordaras. ¿Por qué no me lo recordaste cuando te dije...?

—Pero si te lo recordé.

—¿Cuándo?

—El viernes al volver del cole —dice—. Estabas con el portátil.

Tiene razón, ahora me acuerdo. Estaba intentando hacer un pedido de leña por internet, pero el programa se negaba a aceptarme los datos de la tarjeta de crédito. Y estaba que me subía por las paredes.

El rostro de Sally pasa del ufano semblante de quien se sabe con la razón a una expresión rayana en el pánico.

—Es la tercera clase de la mañana —dice, alzando la voz—. ¿Cómo voy a comprar todo eso antes de clase?

—¿No le puedes decir a la maestra que tu madre se ha olvidado?

—Eso le dije la última vez y me dijo que «una y no más». Que también era responsabilidad mía. Y que fuera yo misma a por los ingredientes si era preciso.

—¿Le has explicado que vivimos en Troutbeck?

—No, pensaría que soy una respondona.

Nos quedamos allí de pie las dos mirándonos, yo aguardando a la inspiración divina y Sally deseando que su madre no sea tan desastre para estas cosas.

—No te preocupes, ya me ocupo yo —le digo.

Pienso en el día que tengo por delante, mientras les sirvo unos vasos de zumo de manzana a los dos pequeños, que acaban de sentarse a la mesa de la cocina. En el centro tenemos en este momento catorce perros y once gatos. Para los perros dispongo de espacio suficiente, pero una de las personas que más a menudo me acoge gatos en su casa ingresa mañana en el hospital para que le hagan una histerectomía, así que hoy me toca quedarme con otros cuatro gatos más. Además de los dos perros procedentes de Irlanda del Norte que había olvidado por completo.

Los niños discuten sobre quién de los dos se termina los últimos restos de copos de arroz, porque ninguno de los dos está dispuesto a desayunar el muesli rancio que lleva arrinconado en el fondo del armario desde el verano. James tiene once años y Sam siete. Los dos son delgados, con grandes ojos castaños y ningún sentido común. La clase de niños a quienes las madres italianas se pasan el día dándoles collejas. Buenos niños, pero cabezas de chorlito los dos, y los quiero con locura.

Me resigno a tener que despertar a Joe y que vaya él a por los ingredientes para la pizza, y entonces suena el teléfono. Son las siete y veinte, de manera que, sea quien sea, no pueden ser buenas noticias. Nadie llama a las siete y veinte de la mañana para darte una buena noticia.

—Lisa, soy Kate.

—Kate —contesto—, ¿qué pasa? ¿Ha pasado algo malo?

—Sí... no... bueno, más o menos. Oye, perdona que te llame tan temprano, pero quería pillarte antes de que los niños salieran de casa.

Kate Riverty y yo somos amigas desde hace unos cinco años. Tiene dos hijos, una niña de la misma edad que Sally, mi hija mayor, y otro de la misma edad que Sam, mi hijo pequeño.

—No es nada grave. Pero he pensado que mejor que estés enterada y así puedes tomar cartas en el asunto antes de que pase a mayores. —Guardo silencio; la dejo

seguir—. Es que la semana pasada Fergus vino a casa diciendo que tenía que llevar dinero al cole. Al principio no le di más importancia. Ya sabes cómo son... siempre están pidiendo dinero para algo. En fin, el caso es que se lo di, y solo anoche, cuando se lo mencioné a Guy y me contó que también a él le había pedido, se nos ocurrió preguntarle a Fergus para qué lo quería exactamente.

No tengo idea de adónde quiere ir a parar, pero cuando hablas con Kate no es de extrañar, así que me esfuerzo por fingir interés.

—¿Y para qué crees que lo quiere, entonces?

Supongo que me dirá que los maestros han montado un tenderete de chucherías en el cole, cosa con la que Kate no está de acuerdo. Algo que desaprueba «por principios».

—Para Sam —me suelta a bocajarro—. Le ha dado por cobrarles si quieren jugar con él.

—¿Que qué?

—Que los niños que quieran jugar con Sam tienen que pagarle un dinero. No sé decirte cuánto exactamente porque... parece que hay una escala variable de tarifas. Fergus está un poco dolido con todo el asunto, la verdad. Ha descubierto que ha estado pagando bastante más que algunos de sus compañeros.

Me vuelvo y miro a Sam. Lleva puesto el pijama de Súper Mario y le está dando leche a nuestro viejo y atigrado gato de su propia cuchara.

Exhalo un suspiro.

—No te parecerá mal que te haya llamado, ¿verdad, Lisa?

Tuerzo el gesto. Kate está intentando parecer amable, pero detecto crispación en su voz.

—No, qué va, ni mucho menos —le digo—. Has hecho muy bien.

—Es que si fuera yo... si fuera un hijo mío el que hiciera eso, me... en fin, que me gustaría estar enterada.

—Desde luego —le digo. Y a continuación le suelto mi frase habitual, la respuesta que vengo dándole a todo el mundo, sea quien sea y sea cual sea la situación—: No te preocupes —afirmo muy resuelta—, ya me ocupo yo.

Justo antes de colgar, oigo que Kate me pregunta:

—¿Qué tal las niñas?, ¿bien?

—¿Eh? Ah, sí, bien —contesto, porque estoy aturdida, porque estoy avergonzada y porque no tengo la cabeza donde tendría que estar. En lo que estoy pensando es en cómo encarar el problema del tinglado que ha montado Sam.

Pero cuando he colgado el auricular, pienso: ¿Niñas? ¿Cómo que niñas? ¿Qué habrá querido decir con eso? Pero no hago mucho caso, porque Kate tiene la costumbre de descolocarme. Me pierdo, no sé qué pretende decir en realidad. Es algo a lo que me he tenido que ir acostumbrando.

## 2

Vivimos en una casa alquilada de Troutbeck en la que se cuele el aire por todas partes.

Troutbeck está enclavado en la zona este del lago Windermere y es la clase de población que uno encuentra en los libros bajo el epígrafe «Pueblos ingleses pintorescos». Aquí hay doscientas sesenta viviendas censadas oficialmente, pero no sé dónde se esconderá toda esa gente porque yo apenas si veo a nadie.

Evidentemente, muchas de esas viviendas son casas de alquiler para turistas. Y otras muchas están ocupadas por jubilados que han venido a retirarse aquí y no hacen vida de pueblo propiamente dicha, porque no tienen hijos que residan en Troutbeck. Ni nietos a los que recoger del colegio un par de veces a la semana. O a los que llevar a clases de natación o al parque.

Antes me parecía poco menos que una tragedia el hecho de que las familias perdieran contacto, que cortaran lazos con los suyos, que prefirieran vivir en un sitio bonito antes que estar cerca unos de otros. Pero ahora comprendo que esa es su opción de vida. Que hay familias que no desean mantenerse unidas.

Mi madre tiene un piso en Windermere. Mi padre y ella no llegaron a casarse — nosotras éramos la segunda familia de mi padre, la «otra»— y a raíz de algo muy feo que ocurrió cuando yo era niña, algo de lo que jamás hablamos, ya nunca vemos a mi padre. Podría haberle pedido a mi madre que fuera a comprar los ingredientes que Sally necesita para su clase de cocina, pero como no conduce, al final he tenido que levantar a Joe de la cama. Pobre, está agotado. Él también ha dormido apenas unas horas.

Saco el coche reculando, con Sam sentado a mi lado en el asiento delantero, y hago adiós con la mano a los dos mayores, que se quedan esperando el minibús.

No sé si ofrecerán ese servicio en todo el país o si será algo exclusivo de Cumbria, pero aquí cuando uno reside a cinco kilómetros del colegio más cercano o su zona carece de aceras adecuadas por las que transitar, sus hijos tienen derecho a transporte escolar gratuito. Y como Troutbeck no dispone de un servicio público de autobuses como es debido, dicho transporte se hace en taxi, o mejor dicho, en minibús. (No con Joe. Joe va por libre. Por lo general, su trabajo consiste en llevar de un lado para otro a abuelitas: a sus citas médicas en el hospital, al vivero o al club de bridge).

A Sam también podría mandarlo al colegio en taxi si quisiera, pero tengo miedo de que algún taxista desaprensivo me lo rapte y lo meta en un ferry con destino a Zeebrugge antes de yo enterarme de que ese día no se ha presentado en clase (he hecho mis pesquisas y parece ser que la empresa no exige certificado de penales a sus conductores). Así que yo misma dejo a Sam en el colegio de camino al trabajo, lo

cual me viene muy bien porque entre semana es uno de los pocos momentos que podemos pasar juntos.

Hablamos de todo un poco. Sam todavía está en edad de creer en Papá Noel y en edad de pensar en Jesucristo como un superhéroe. Para él, está clarísimo que tiene poderes de superhéroe, porque «¿cómo iba a ser capaz de hacer todas esas cosas si no?».

El año pasado estaba tan obsesionado con Jesucristo que no dejaba de dar la tabarra con él. Yo no veía ningún mal en ello. Pero luego, en la cena, Joe se llevaba las manos a la cabeza y aporreaba la mesa con el tenedor diciendo: «Ese colegio lo está corrompiendo».

Discurro por el callejón sorteando baches. Es una calzada estrecha, con el firme en muy mal estado y espacio para un solo vehículo. Tengo que cronometrar mis salidas con precisión para no toparme con el minibús que viene en sentido contrario. Además, siempre me toca a mí dar marcha atrás, porque el chófer está mal de las cervicales y solo puede servirse de los retrovisores. Hay que reconocer, por otra parte, que su vehículo tiene mucha más envergadura que el mío.

Sam lleva puesto el gorro y la capucha del anorak por encima porque dentro del coche hace un frío glacial, así que no oye nada de lo que le digo. Para colmo, el tubo de escape no deja de petardear. Ya hace un mes que tendría que haberlo cambiado, y cada vez está peor. Cuando aprieto el acelerador sueno como esos niñatos gamberros que van por ahí a mil por hora. Le pregunto a Sam por el colegio y si tiene algo que contarme.

—¿Qué? —dice.

—Se dice «¿Perdón?» —lo corrijo.

—¿Perdón? ¿Qué?

—¿Ha pasado algo en el cole que quieras contarme?

Sam se encoge de hombros. Mira por la ventanilla. Luego se vuelve hacia mí y me cuenta muy entusiasmado que el otro día tenían que llevar a clase un objeto personal para hablar de él delante de los compañeros, y alguien llevó una lámpara de lava. Así que, uno: ¿cuándo vamos a comprarle a él una lámpara de lava? Y dos: ¿por qué él nunca puede llevar nada al cole para enseñárselo a los demás?

Despotrico, si bien para mis adentros, contra esa madre, quienquiera que sea, que ha sumado una cosa más a mi ya larga lista de quehaceres. Por si fueran pocos.

—Porque es una costumbre americana —le explico pacientemente—. Como lo del «truco o trato». En Inglaterra en realidad no se hace.

—Todo el mundo hace «truco o trato» menos nosotros.

—Eso no es verdad.

—Sí es verdad.

—Bueno —salto enseguida—, ¿y qué es eso que me han dicho de que cobras a

los compañeros por jugar contigo?

Sam no responde. No puedo verle la cara, escondida tras la orla de pelo sintético que bordea la capucha del anorak, y además tengo que concentrarme porque vamos por la carretera principal y hay tramos por donde los camiones no han echado arenilla y sal debidamente. Como si hubieran pasado por allí a la carrera.

Me asalta un fugaz ataque de pánico imaginando que el conductor del minibús escolar toma una curva a demasiada velocidad, sale disparado de la carretera y se precipita valle abajo.

Imagino el vehículo dando tumbos por el precipicio, hasta aterrizar junto a una enfardadora de heno John Deere. Las ventanillas del minibús se han hecho añicos, y mis hijos están sentados en sus asientos, inertes como flácidos maniqués en una prueba de impacto.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Perdón? —dice Sam, respondiendo a mi pregunta sobre los tejemanejes que se trae en el patio de recreo.

—Ya me has oído.

—Pero si no cobro a todo el mundo —aclara a regañadientes.

Lo dice más desilusionado que contrito. Supongo que se habría hecho ilusiones de que iba a explotar el chanchullo eternamente, y ha percibido en mi voz que le va a tocar cerrar el negocio antes de tiempo.

Vuelvo la cabeza hacia él.

—Lo que no entiendo es por qué esos niños están conformes con pagarte. ¿Por qué te dan dinero a ti cuando podrían perfectamente jugar ellos solos o con quien fuera?

—Ni idea —dice inocentemente, pero luego me lanza una mirada aviesa. Una mirada que dice: «Ya. Será que son tontos, ¿no?».

Cinco minutos más tarde estamos aparcando delante del colegio. Miro a ver si el coche de Kate está en su sitio de costumbre, junto a la verja, pero todavía no ha llegado. De verdad que la aprecio, pero me revienta que se empeñe en entrar cada día en el recinto. Porque, la verdad, no hay ninguna necesidad.

Su hijo, Fergus, va a cumplir los ocho dentro de nada. Es más que capaz de quitarse solito el anorak y las botas de agua, ponerse las zapatillas de deporte y llegar hasta su aula sin ayuda de nadie. Es un colegio con tan solo ochenta alumnos. No se va a perder. Pero Kate es de esas madres que disfruta pegando la hebra con la maestra. Y mientras Fergus se quita las botas con toda parsimonia, a ella le gusta quedarse allí contemplándolo, mientras lanza miraditas a las demás mamás con cara de fastidio y palmea diciendo: «¡Vamos, mi amor, aligera! ¡Que es para hoy! ¡Pásale las botas a mami!». Kate no tiene un trabajo propiamente dicho, su marido y ella viven de las rentas que obtienen alquilando viviendas a los turistas. Es decir, que al

volver a casa su única obligación será poner la lavadora y escribir tarjetitas dando las gracias por lo que sea a gente que en realidad no le cae bien.

Envidio la vida de Kate.

Ya está, ya lo he dicho.

He tardado lo mío en llegar a esa conclusión. Antes era incapaz de reconocerlo. La pagaba con Joe. Le echaba la culpa indirectamente de que yo tuviera que trabajar a jornada completa, del agotamiento al que debía enfrentarme día tras día, de...

Me suena el móvil.

Lo saco del bolsillo y veo que es Sally. Será que el minibús no ha aparecido. O que el chófer no ha conseguido arrancar el motor con estas temperaturas.

—Hola, Sal, ¿qué pasa?

Sally está llorando. Sollozando a lágrima viva. No le salen las palabras del cuerpo.

—¿Mamá? —Oigo ruido de fondo, más llantos... el sonido del tráfico—. Mamá... ha pasado algo horrible.

### 3

Joanne Aspinall, agente de la Unidad de Investigación, está casi llegando a la comisaría cuando recibe el aviso sobre la desaparición de la niña. Una adolescente de trece años. Una niña no precisamente con mucho mundo. Joanne se pregunta hasta qué punto se puede tener nunca mucho de eso. ¿Y qué si hubiera sido una adolescente espabilada? ¿Acaso habría cambiado algo que estuviera acostumbrada a manejarse sola por la vida? ¿Le restaría eso urgencia al caso?

Una desaparición es una desaparición. No debería haber ninguna diferencia.

Al ver la foto, sin embargo, Joanne siente un escalofrío. Es cierto que la niña aparenta menos edad de la que tiene. Hasta un punto asombroso incluso. Además, debe reconocer, aunque solo sea para sus adentros, que las adolescentes que pingonean por ahí con sus Wonderbra y sus botas de caña alta por lo general siempre terminan por hacer aparición. Esas suelen volver a casa avergonzadas y contritas, apesadumbradas y asustadas, deseando no haber infligido un tormento así sus padres. Porque en realidad lo único que pretendían fugándose era demostrar que eran capaces de hacerlo.

Joanne tampoco era tan distinta de joven. También ella se había marchado de casa, también ella le había gritado a su madre que ya tenía edad para cuidar de sí misma, desesperada porque se la tratara como a una persona madura. Cuando madurez precisamente era lo que menos tenía.

Es extraña esa confianza en sí mismas que de pronto adquieren las niñas a esa edad, piensa Joanne, y decide que a los niños esa confianza suele sobrevenirles más tarde. Más o menos en la frontera de los dieciséis. De pronto se ponen gallitos, y te encuentras con que chavales que nunca se habían metido en líos de buenas a primeras empiezan a causar problemas.

Justo la semana anterior había llegado una circular a la comisaría: el ejército buscaba jóvenes cuya vida pudiera «dar un giro completo con la orientación adecuada».

Añadía: «Podrían tener mucho que ofrecer al Ejército británico». Qué duda cabe, pensó Joanne. Lamentablemente, el instinto de supervivencia brilla por su ausencia entre los jóvenes; están dispuestos a lanzarse a la batalla tan campantes, convencidos de que son infalibles, indestructibles. No era de extrañar que el puñetero ejército intentara captarlos.

Tras un rápido vistazo al atestado sobre la desaparición, Joanne se dirige al domicilio de la niña. Conoce la casa. Antiguamente había sido una rectoría, antes de que la Iglesia la pusiera en venta. Demasiado grande y costosa de calentar para el clero.

La familia no es conocida de la policía; pocos habitantes de Troutbeck lo son. No

es una población de esas.

Joanne tiene pocos delitos graves a los que enfrentarse en la jurisdicción del Parque Nacional. Es una de las zonas más seguras para vivir de toda Gran Bretaña. Todo el mundo se conoce de vista, por lo que es difícil esconderse si uno la pifia, se carga a alguien o comete alguna ilegalidad.

La gente viene a vivir aquí buscando una vida mejor, mejor para sus hijos. Y, en consecuencia, generalmente no se hacen notar. Procuran no incordiar al prójimo. Se consideran unos privilegiados por vivir aquí y hacen todo lo posible para asegurarse de seguir siéndolo.

Aunque no es fácil mantener una residencia en esta zona.

El precio de la vivienda se ha disparado, y no existe tejido industrial de ningún tipo. Si quieres instalarte en esta comarca, más vale que cuentes con un buen modo de ganarte la vida, de lo contrario no vas a durar mucho aquí. Los que llegan con la idea de abrir un coquetón saloncito de té, una floristería o un taller artesanal se quedan con un palmo de narices al darse cuenta de que no les llega para pagar la hipoteca.

Joanne ha observado que los recién llegados hacen gala de ser «de la comarca» en cuanto llevan a lo sumo un par de años residiendo aquí. Lo dicen como si fuera motivo de orgullo. Nunca acabará de entenderlo. Ella es de aquí de toda la vida. Pero no está segura de que eso sea algo de lo que enorgullecerse.

Su madre y la tía Jackie dejaron atrás Lancashire para venirse a vivir al Distrito de los Lagos cuando eran jóvenes, con la idea de trabajar como camareras de hotel, y Jackie se mofa de que la acepten como alguien «de la comarca».

—¿Yo de la comarca? —dice burlona—. ¿Para qué? Qué poco sentido del humor...

Joanne se aproxima a la casa de los Riverty y reduce la velocidad.

La hija de los Riverty no es la típica adolescente que se fuga de casa. Salta a la vista. No, Lucinda Riverty no es en absoluto de esa clase de niñas.

Joanne se ajusta el sujetador y se apea del coche, pensando que antes, cuando era una agente de policía uniformada, al menos le salía la ropa gratis. Ahora encontrar un atuendo profesional adecuado le lleva tanto tiempo como el papeleo burocrático. Y con su desorbitada talla 100, copa J, de sujetador, es complicado encontrar blusas y camisetas con las que no parezca un tonel.

Se sube la cremallera de la parka y cruza el jardín delantero de la casa de los Riverty, consolándose al pensar que al menos podrá llamar tranquilamente a la puerta sin temor a que la confundan con una *stripper* a domicilio disfrazada de poli.

Cosa hartamente improbable dadas las circunstancias, en cualquier caso.

—¿Señora Riverty?

La señora dice que no con la cabeza.

—Soy su hermana, Alexa. Pase, están todos dentro.

Joanne le muestra fugazmente su tarjeta de identificación policial, pero Alexa no le echa ni un vistazo. Tampoco le pregunta quién es; nadie se preocupa por esas cosas en momentos así. Te franquean la entrada sin pensárselo dos veces, no tienen tiempo que perder.

Están castigándose ya por los segundos desperdiciados hasta el momento. Cuando supieron que pasaba algo raro, que pasaba algo malo, cuando empezaba a mascarse la tragedia.

Alexa le indica con un gesto que avance hacia delante y a la derecha. Joanne cruza el umbral y se limpia los zapatos en el felpudo del recibidor. Tiende la vista hacia el frente: paredes pintadas en sobrios tonos pastel, escaleras enmoquetadas con estera de algas naturales, elegantes retratos en blanco y negro de los niños salpicados aquí y allá. Joanne se fija en la foto de una niña de unos cinco años vestida de bailarina, con un ramillete de tulipanes en una mano y un bolsito de tela colgado de la muñeca: supone que será Lucinda.

La estancia está ya abarrotada, algo también habitual en estas circunstancias. Todo el mundo acude de inmediato. La familia en pleno, los amigos. Gente que viene a hacer compañía, a acompañar la espera.

Joanne ya está acostumbrada. Acostumbrada a los semblantes que la reciben, expectantes a la par que confusos. ¿Quién es esa de la parka negra? ¿Qué viene a hacer aquí?

—Soy Joanne Aspinall, agente de la Unidad de Investigación —anuncia.

Siempre es mejor presentarse con el título completo. Las mujeres, particularmente, no saben muy bien cómo reaccionar ante una mujer policía vestida de paisano. ¿Ha venido para consolar a la familia? ¿Para preparar el té? Será un familiar... Seguro que no es policía de verdad.

No están seguros. Mejor presentarse formalmente y explicar cuál es el motivo de su visita desde un principio.

Las miradas se apartan de Joanne y se dirigen hacia una señora rubia con aspecto desconsolado que está sentada en el centro de un desvencijado sofá color marrón topo.

Es el cuarto de juegos de los niños. La habitación donde van a parar los trastos viejos, las cosas que ya no tienen valor, que a nadie le importa si se estropean porque se derrame algún líquido encima o se manchen de rotulador.

En un rincón hay un televisor de hace cuatro años, y bajo él una pila de cajas de videojuegos: PlayStation, Wii, Xbox. Joanne ha oído hablar de todos ellos, pero como no tiene hijos, no sabría distinguir cuál es cuál.

La señora rubia hace ademán de levantarse, pero Joanne la detiene:

—No se levante, por favor. ¿Es usted la señora Riverty?

Y la señora asiente con la cabeza, solo levemente, y al hacerlo derrama sin querer

la taza de té que tiene en la mano. Le tiende la taza al señor que está sentado a su lado.

Joanne vuelve la mirada hacia él.

—¿El señor Riverty?

—Guy —responde él, amagando una sonrisa, pero parece que hoy el rostro no le responde como debiera.

El señor Riverty se levanta del sofá. Hay angustia en sus ojos, y una congoja tremenda en su semblante.

—¿Ha venido para ayudarnos? —pregunta.

—Sí —responde Joanne.

Sí, para eso está aquí. Joanne está aquí para ayudarles.

Es la segunda adolescente que desaparece. Por eso la han enviado directamente al domicilio de la familia. Si Lucinda hubiera sido la primera en desaparecer, el interrogatorio preliminar hubiera corrido a cargo de la pareja policial de rigor. Pero la jefatura de Joanne trabaja conjuntamente con la de Lancashire en este caso, y tras la mala actuación policial en la investigación de varios secuestros al sur del país, se han disparado las alertas.

Hace dos semanas desapareció una adolescente en Silverdale, población perteneciente al condado de Lancashire, lindante con Cumbria.

Se llamaba Molly Rigg. Otra niña que aparentaba menos edad de la que tenía. Otra que «no tenía por qué desaparecer», como dijo el jefe de Joanne.

Molly Rigg no dio señales de vida hasta la caída de la tarde, a treinta kilómetros de su domicilio, cuando entró en la agencia de viajes de Bowness-on-Windermere.

Era noviembre, fuera llovía a cántaros y la agencia estaba repleta de clientes deseando escapar del mal tiempo; quizá con un pack «Todo incluido» a República Dominicana. Joanne lo había visto anunciado en el escaparate: 355 libras por persona (bebidas de marca aparte).

Molly entró en la agencia de viajes desnuda de cintura para arriba, sin idea de dónde estaba, ni de qué población era aquella. Escogió la agencia de viajes en particular porque le pareció que las personas que trabajaban allí dentro serían «gente maja».

Y lo fueron.

El director echó a la clientela lo más discretamente posible, mientras las dos pintarrajeadas barbies que atendían el mostrador tapaban a Molly con toda una serie de prendas propias. Cuando Joanne llegó a la agencia, se las encontró a las dos agarradas a Molly, protegiéndola con tanto empeño que su trabajo le costó despegarlas de la niña.

Una de ellas, Danielle Know, le contó que había levantado la vista de sus

programaciones de vuelo y descubierto a Molly plantada en medio de la agencia, en silencio, con el agua de la lluvia chorreando por sus desnudos hombros y su joven torso, abrazándose el cuerpo y temblando.

Y que se quedó boquiabierta cuando Molly le preguntó, con toda serenidad y cortesía: «¿Podría llamar a mi madre, por favor? Necesito que me ponga con mi madre».

Molly declaró más tarde que un hombre con acento refinado, que hablaba como los personajes de la serie *The Darling Buds of May*, la había llevado a una habitación y la había violado repetidas veces. La madre de Molly era fan de dicha serie y solía ver las reposiciones que pasaban por el canal ITV3 los domingos por la tarde mientras Molly hacía sus deberes delante de la chimenea.

Joanne se pregunta hasta qué punto Kate y Guy Riverty estarán al corriente del caso de Molly. O hasta qué punto se habrían interesado por aquella pobre niña antes de verse en estas circunstancias, las peores, con su hija Lucinda desaparecida.

Kate Riverty le pregunta a Joanne si la desaparición de su hija podría estar relacionada con la misma persona.

—Mejor no pensar en eso ahora mismo —responde Joanne—. Por el momento no tenemos ningún indicio de que se trate del mismo individuo.

Evidentemente, no es eso lo que piensa. Pero sabe, por muy entera que la señora Riverty procure mostrarse, que ninguna madre estaría dispuesta a oír una verdad así.

Pero, por otra parte, tampoco desea especular con la posibilidad de que lo suyo haya sido un secuestro.

Cuando un hijo no vuelve a casa, los padres enseguida dan por sentado que ha sido víctima de un secuestro.

Mejor no sacar a colación las estadísticas. Mejor no hacer mención del número de adolescentes que se fugan de casa. Si se te ocurre insinuar que podría no tratarse de un secuestro, se monta el drama.

Joanne observa los desencajados rostros que la rodean. Lo último que desea es hacer un drama.

¿Cuánto tiempo llevaré aquí sentada en el coche con la cabeza entre las manos? ¿Diez minutos? ¿Media hora? Cuando ya he perdido la noción del tiempo, alguien da unos golpecitos en la ventanilla de mi lado.

—¿Estás bien? —articulan sin voz los labios de la madre de Jessica desde fuera.

No sé cómo se llama, probablemente ella tampoco sepa cómo me llamo yo, pero es la típica madraza que no dudaría en detenerse al ver que otro está pasándolo mal.

Le digo que sí con la cabeza.

—¿Seguro? —insiste.

Me mira con cara de preocupación. Debo de tener un aspecto penoso.

Asiento de nuevo, con más firmeza esta vez, porque no me siento capaz de desahogarme con nadie. Ahora mismo no, todavía no.

La madre de Jessica se da la vuelta, pero no sin antes lanzarme una última ojeada, para cerciorarse de que estoy bien: porque eso es lo que hacen las madres. Asegurarse. Cerciorarse. Confirmar que todo está bien.

Algo que yo no hice.

Estaba tan agobiada con... ¿con qué exactamente? ¿Qué me tenía tan ocupada? Porque, por más que repaso mentalmente el día de ayer, no se me ocurre nada. Nada en absoluto.

Miro alrededor. El coche de Kate no ha llegado todavía. Por descontado que no. Hoy no vendrá al colegio. No vendrá a dejar a Fergus, ni pegará la hebra con la secretaria sobre la colecta que ha organizado para la maestra de refuerzo que nos deja en Navidad. No revolverá entre los objetos perdidos para luego devolver las prendas olvidadas a sus respectivos dueños. No le dirá a Fergus: «¡Venga, mi amor, aligera! ¡Que es para hoy! ¡Pásale las botas a mami!».

Pongo las manos sobre el volante. Tengo que irme de aquí, he aparcado justo delante de la puerta del colegio. La gente empieza a mirarme con cara rara.

Nadie sabe nada todavía.

Nadie sabe lo que he hecho.

Se me saltan las lágrimas. Necesito a Joe. Lo necesito como se necesita a una madre cuando una es una cría y está desconsolada. Cuando se le cae el mundo encima. Lo necesito, y al mismo tiempo temo oír su voz.

Finalmente, marco su número de móvil. Al octavo tono, contesta, tose un par de veces y luego dice a voces:

—¡Estoy levantado! ¡Estoy levantado! Voy camino a Booths ahora mismo, no se me ha olvidado, no te preocupes.

—¿Joe?

Al instante, Joe comprende que no he llamado con la intención de darle la tabarra

para que vaya a comprar los ingredientes de la pizza.

—¿Qué pasa, nena? ¿Qué ha pasado?

—Lucinda —contesto, intentando que no se me quiebre la voz—. La hija de Kate, Lucinda. Ha desaparecido.

—¡Joder, Lise, qué dices! ¿Cuándo? ¿Dónde estaba? ¿Has hablado con Kate? ¿Ha avisado a la policía?

—Joe, la cosa es peor aún —digo, con voz rota—. Mucho peor, porque ha sido culpa mía. Ha desaparecido por mi culpa.

—¿Cómo va a ser culpa tuya? —dice—. Qué tonterías dices.

Joe es así. Salta en mi defensa aun sin disponer de toda la información. Da igual lo que yo haya hecho. Ni si soy culpable o no. Está dispuesto a arremeter contra cualquiera que se meta conmigo aunque la equivocada sea yo.

Pero hoy eso no me sirve de nada.

—Anoche Lucinda tenía que haberse quedado a dormir en casa con nosotros —le digo—. Iba a venir con Sally después de clase para hacer un trabajo juntas. No sé de qué asignatura, geografía quizá, no me acuerdo. Pero Sally no... —no me salen las palabras— Sally no...

—Sally no fue a clase ayer —termina él por mí.

—Exacto —digo en voz baja—. No fue. Dijo que se encontraba mal y yo no tenía tiempo de discutir, así que la dejé quedarse en casa. Pero esta mañana cuando Sally se ha montado en el minibús y ha visto que Lucinda no estaba, se ha puesto nerviosa por lo del trabajo y la ha llamado al móvil, y al ver que Lucinda no contestaba, ha llamado a Kate...

—Y Kate le ha dicho: «Pero ¿no estaba contigo?».

—Sí.

El horror al que nos enfrentamos me sacude por segunda vez en el instante en que Joe cae en la cuenta. Me lo imagino sentado al borde de la cama, no levantado como pretendía hacerme creer, todavía en calzoncillos, con la cabeza gacha.

—O sea que lleva desaparecida desde... ¿Desde cuándo? ¿Ayer por la tarde?

Guardo silencio.

—Joder —dice, pensándolo—. ¿Desde ayer por la mañana?

—Aún no se sabe —le digo—. Lo malo es la noche, Joe. Lleva desaparecida toda la noche y solo tiene trece años. ¡Trece! —Lloro a lágrima viva—. ¿Qué habrá sido de ella? Dios mío, Joe, siento como si nos estuviera pasando a nosotros, solo que todavía peor porque no es nuestra hija la que se me ha perdido, no es nuestra hija... es la de Kate.

Joe suspira y luego me pregunta con la mayor delicadeza posible:

—Lise, ¿por qué no les avisaste de que Sally estaba enferma?

—Le pedí a Sally que le mandara un sms a Lucinda avisándola de que no iba a ir

a clase, pero tendría que haber llamado yo misma, tendría que haber llamado yo a Kate...

—Kate —repite Joe, subrayando la palabra—. Dios mío, Kate precisamente... — repite de nuevo.

Imagino su expresión.

—Joe —le digo con cautela—, ¿insinúas que esto sería más llevadero si le hubiera pasado a la hija de otra y no a Kate? ¿Es eso lo que estás queriendo decir?

—No —responde con firmeza, aunque luego reconoce—: Bueno, ya entiendes lo que quiero decir... ¿no?

Lo entiendo, sí, pero prefiero no pensarlo. Cierro los ojos. Siento como si me hubieran disparado a bocajarro en las tripas. Me quedo paralizada.

—Ayúdame, Joe —le suplico—. Ayúdame. No sé qué hacer.

—Lo haré, nena —me tranquiliza con ternura—. Lo haré. ¿Dónde estás? Iré a por ti. No cojas el coche. Voy yo a recogerte.

Kate y Guy Riverty viven en Troutbeck, como nosotros, pero su casa está al otro lado del valle. Dejamos mi coche aparcado delante del colegio de Sam y vamos hacia allí en el taxi de Joe.

Sam saltó del coche y entró solo en el colegio mientras Sally me comunicaba la horrible noticia. No creo que me despidiera de él siquiera. Sally parecía muy afectada. No sé qué hacer con ella, si llevármela a casa o dejarla en clase. Me ha dicho que la policía estaba en el colegio tomando declaraciones, y que no creía que le permitieran volver a casa antes de haber hablado con los agentes.

Siento como si se me hubiera quedado la mente en blanco y tuviera el cuerpo cargado de plomo. Miro a Joe.

—¿Qué voy a decirles?... ¿Qué demonios les voy a decir a Kate y Guy?

—Que lo sientes. Diles eso. A Kate le hará bien oírlo.

Tiene razón, claro que sí, pero estoy muerta de miedo.

—¿Y si me empieza a gritar? ¿O me echa de su casa a patadas?

—Pues tendrás que aguantar el chaparrón. No te queda otra. —Me mira con expresión triste—. No permitiré que te haga daño, si es eso lo que te preocupa. No pienso dejarte sola.

Aparto la cara, indignada conmigo misma.

—Si alguien me oyera... Tenerle miedo a la pobre, cuando su hija, la única hija que tiene, ha desaparecido. ¡Joder, qué mezquindad! Debería estar pensando en la manera de consolarla, eso es lo que debería hacer.

Joe alarga un brazo y posa una mano sobre las mías, apretadas en un puño.

—No ha sido culpa tuya, Lise —me dice.

No respondo. Ya casi estamos llegando a casa de Kate y Guy, y si digo lo que

quiero decir, si grito «¡Claro que ha sido culpa mía! ¡Sabes muy bien que ha sido culpa mía!» y doy rienda suelta a la histeria que llevo dentro, no seré capaz de salir del coche.

Cierro los ojos y controlo la respiración.

—Gracias por venir a buscarme, Joe —le digo por fin.

Y él vuelve la vista hacia mí y, con mirada triste, contesta simplemente:

—Siempre.

La agente Joanne Aspinall se sienta al volante de su Mondeo gris. Le habían dado a elegir entre un Cielo Nocturno o un Cielo Lunar. A fin de cuentas, grises los dos. A Joanne, sin embargo, el color le traía sin cuidado, lo que le importaba era la potencia del motor.

En los últimos años habían bajado la categoría para los agentes de la Unidad de Investigación, con el pretexto de que en dicha brigada no solían verse envueltos en persecuciones automovilísticas, pues de los camellos fugitivos y los vehículos robados ya se encargaban los de Tráfico. Una lástima, porque Joanne disfrutaba con el vértigo de aquellas persecuciones.

Sus compañeros decían que Joanne solo conocía dos marchas: punto muerto y a todo gas.

A veces pensaba si no habría sido una equivocación entrar en aquella unidad. Con aquellos vehículos tan lentos. Además, seguro que a esas alturas como policía uniformada estaría ganando mucho más; ya habría ascendido a oficial o subinspectora. En la Unidad de Investigación era más difícil subir de rango. De ahí la escasez de agentes investigadores en el Cuerpo. A los más jóvenes se les quitaban las ganas, sobre todo si tenían hijos que mantener.

Joanne vuelve la vista hacia la casa un momento y piensa en la escena que acaba de dejar atrás. Su primer impulso, naturalmente, es sospechar de la familia. Las estadísticas no mienten. Los secuestradores de niños suelen formar parte del entorno familiar.

He ahí lo más peliagudo de llevar a la práctica durante una investigación: recabar la información necesaria de la familia, manteniendo en todo momento la máxima empatía pero sin perder detalle de cualquier dato que llame la atención en la declaración de los padres.

Evidentemente, Joanne sabe, pues ha sido formada para ello, que nunca se deben hacer conjeturas. En su trabajo, no: es una pérdida de tiempo. Ofusca el entendimiento y deja vías sin explorar. Siempre que Joanne piensa en ello, recuerda las palabras de su antiguo profesor de química: «Quien da algo por sentado —solía decir durante los experimentos— es más burro que un arado».

Joanne sonrío fugazmente y saca su bloc de notas. Echa un vistazo a la lista que tiene delante y, sin saber muy bien por qué, subraya el nombre de Guy Riverty. El padre de la niña desaparecida. Observa que ya había resaltado antes su nombre: inconscientemente, repasó en negro la letra «G» mientras interrogaba a la pareja.

¿Por qué recelaba de él? No tenía antecedentes; era una persona honrada y cabal. Aun así, Joanne no las tenía todas consigo. Absorta en sus pensamientos, tiende la vista hacia el valle cubierto de nieve. El señor Riverty le ha parecido un tanto

incómodo, violento. Venga a parlotear, pero sin decir nada en el fondo. Como Richard Madeley, el presentador de televisión, se le ocurre de pronto.

No es que a ella le moleste el parloteo en sí. Después de un incidente, particularmente cuando se trata de un suceso traumático, la gente tiende a la verborrea o al silencio; no hay término medio. O bien se ven en la necesidad de contarle todo a Joanne con pelos y señales, empezando por el día de su nacimiento y acabando en el motivo que los haya llevado hasta el momento y lugar de los hechos, o bien no abren la boca, se quedan mudos.

Joanne se daba buena mano con los mudos. Sobre todo cuando eran culpables. Ella no se valía de estratagemas. Nada de poli bueno, poli malo. Nada de «Confía en mí», como decía Kaa, la hipnótica serpiente de *El libro de la selva* que tanto miedo le daba de niña. No, Joanne era metódica y concienzuda. Empezaba por el principio y avanzaba paso a paso hasta obtener lo que buscaba.

Si eso la hacía parecer aburrida a ojos de los demás, poco le importaba. Tampoco le importaba que su método de trabajo exasperara a sus colegas. Era el único que funcionaba. Dárselas de enterado en una investigación solo conducía a una cosa: a quedar como un gilipollas. Y en los últimos años ya había trabajado con bastantes fantoches como para saber que la chulería no necesariamente daba resultado. Más bien al contrario.

Joanne da unos golpecitos con el bolígrafo sobre el volante y piensa en la niña desaparecida.

Lucinda Riverty.

Trece años, menuda, media melena de un desvaído color castaño. Le gusta estudiar, está en quinto de piano, no es una gran deportista, ni sociable en exceso. Pero tampoco puede decirse que sea introvertida. O sea, una niña normal y corriente.

Para sus padres, sin embargo, una niña extraordinaria. Una niña extraordinaria que ahora está desaparecida.

—¿Y a esta quién se la habrá llevado? —se pregunta Joanne en voz alta.

«Siempre», dice Joe.

Joe y yo juntos, siempre.

«Siempre» fue lo que me dijo cuando parí a sus hijos. Lo que me dice cuando estoy echando los hígados en el retrete por haber bebido más de la cuenta. O cuando hay una chica despampanante en el pub y me cambia la cara y miro de reojo para ver si él la mira, y veo que no, que me está mirando a mí, burlándose con una sonrisa de mi inseguridad. «Siempre», me dice, y ya me siento bien otra vez. Ya me ha levantado el ánimo.

Si la he cagado, no importa. De todos modos, a ojos de Joe, nada de lo que yo haga se considera nunca una cagada.

No nos confundamos, no digo que no sea tan exaltado, cabezota y exasperante como el que más. Además, hemos tenido nuestras malas rachas, desde luego. Pero han sido eso, rachas, nada más. Como cualquier pareja que tenga que enfrentarse a unos hijos, a la necesidad de «ser» mejor, de «hacerlo» mejor, mejor de lo que nunca imaginamos posible. Y eso un día tras otro tras otro tras otro.

La casa de Kate aparece de pronto ante nosotros y veo que ya hay montones de coches aparcados fuera. De repente, me quedo sin aire en los pulmones.

—Ay, Dios, Joe, creo que no voy a poder entrar. Para el coche un momento, haz el favor.

Joe hace lo que le pido y apaga el motor.

Nos hemos quedado en un apartadero a unos cincuenta metros de la casa de Kate. De pronto la veo imponente. Mucho más imponente que nunca. Es una casa magnífica, construida toda ella en piedra color gris pizarra. Hoy se me antoja lúgubre y desolada. Hay un árbol de Navidad en el mirador de la fachada delantera, pero tiene las luces apagadas.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta Joe.

—Sé que tengo que entrar, pero la verdad es que lo único que me apetece en este momento es volver a casa y meterme en la cama. Esconder la cabeza y que no me vea nadie. —Me vuelvo a él y se me quiebra la voz—. No quiero enfrentarme a lo que le hecho, Joe.

Él asiente, comprensivo.

—Pues no te queda otra. Peor sería si no hicieras acto de presencia. Estarán esperándote.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio un momento. Yo repasando mentalmente lo que debo decir, y Joe callado, tratando de no atosigarme. Tengo un sabor asqueroso en la boca, repugnante. Intento tragar saliva una y otra vez para librarme de él, pero no hay

manera, se me ha quedado la boca seca.

Cuando Joe me nota quizá algo más calmada, se dirige a mí.

—¿Qué crees que les rondará por la cabeza a esos padres? ¿Tú crees que se habrán puesto en lo... en lo peor, vaya?

—¿Qué, que ya esté muerta?

Joe da un respingo.

—Bueno, sí, también está esa posibilidad —dice—, pero yo estaba pensando más bien en la niña aquella que apareció en Bowness. ¿Te acuerdas del caso? La que violaron.

Me llevo las manos a la cara. Había olvidado por completo a la pobre niña aquella. Allí tirada en la calle, sin saber ni dónde estaba.

Cuando leí el caso, inmediatamente pensé en Sally. En lo pudorosa que a veces llega a ser. Tanto, que cuando se desviste me da la espalda. Si salimos de compras y se tiene que probar una blusa, se las ingenia para cambiarse medio tapándose para que no la vea en sujetador. Al leer la noticia sobre aquella chica, me asaltó enseguida la imagen de Sally, desnuda de cintura para arriba, entrando en la atestada agencia de viajes para pedir auxilio después del suplicio, muerta de vergüenza.

—Oh, no, por favor —le digo gimiendo a Joe—. Por favor, que no le haya pasado eso a Lucinda. Es solo una niña...

Joe se rasca el mentón. No se ha afeitado todavía y la barba le empieza a picar.

—¿Tú crees posible que lo haya hecho adrede? —conjetura.

—¿Qué quieres decir?

—Tú la conoces mejor que yo, Lise. Yo no me fijo mucho en las amigas de Sally... Procuero guardar distancias.

Lo miro con severidad, sorprendida por sus palabras.

—Ya, pero a Lucinda la conoces perfectamente, ¿no? No es una amiga cualquiera de Sally. Últimamente está todo el día entrando y saliendo de casa. ¿Cómo puedes decir que no la conoces cuando...?

—Lo que quiero decir es que sería un poco raro que le hubiera prestado un interés tan especial —me interrumpe—. Quien conoce a Lucinda eres tú. Sabes de su vida. Ves a Kate lo bastante a menudo como para... ¿habláis mucho de las niñas?

—Lo normal, supongo. Nunca ha mencionado que la tuviera preocupada... bueno, que yo recuerde.

—¿Y Sally no te ha dicho que Lucinda estuviera descontenta? ¿O que tuviera novio? ¿O que Kate la tenga tan harta como para querer escaparse de casa?

—¿Tú crees que Kate la tiene harta? —pregunto.

—No hay adolescente que no esté hasta el moño de su madre, ¿no?

—Supongo, pero... —Me interrumpe—. Joder, Joe, ¿qué hacemos aquí hablando así? No me parece correcto. Kate ahí dentro destrozada y nosotros aquí discutiendo si

su hija se habrá ido de casa molesta por algo.

—Pero podría ser —dice.

—Sí. Y también podría ser que nuestra hija se fugara de casa, pero ¿tú crees de verdad que lo haría?

Joe no responde. Levanta la vista hacia la casa y se desabrocha el cinturón de seguridad, indicando que deberíamos ponernos en marcha antes de que alguien nos vea.

Dejamos el taxi aparcado en el apartadero y vamos andando hacia casa de Kate, las vaharadas de aliento formando pequeñas nubes ante nosotros al chocar con el gélido aire. Estamos ya cruzando el jardín delantero cuando la puerta de la entrada se abre y sale un policía de uniforme. Va cargado con dos ordenadores portátiles, y al verlo se me hiela la sangre. Tengo la impresión de que estoy viendo las noticias por televisión, viendo cómo se desarrollan los acontecimientos en la vida de otros. No en la de Kate. Nos apartamos para dejar pasar al joven e imberbe policía, y él nos dirige una señal de agradecimiento. De pronto repara en Joe y levanta la cabeza.

—Buenas, Joe —saluda.

—Hola, Rob —responde Joe.

Pero nada más, eso es todo lo que se dicen. No le pregunto a Joe de qué lo conoce porque ya hemos llegado casi al umbral y siento arcadas. La puerta, pintada de un brillante rojo carmesí, ha quedado entornada. No llamo al timbre. Su estridente chirrido resonaría con excesiva violencia en este momento. Pero aviso dando unos golpecitos con los nudillos antes de entrar... algo que no he hecho nunca desde que Kate y yo nos conocemos.

Oigo un suave murmullo de voces y me detengo en el vestíbulo, armándome de valor. Joe ha entrado detrás de mí, y siento que posa una mano en mi hombro. «Vamos —me insta en silencio—. Vamos, ánimo, no tengas miedo». Pero tengo miedo.

La puerta a mi derecha, la que da al salón —lo que en nuestra casa llamamos sala de estar—, está cerrada a cal y canto. Están todos en el cuarto de los niños.

Entro. No veo más que cuerpos por todas partes. Al principio no distingo la cara de Kate, porque está sentada. Me la tapan un par de granjeros de la parte alta del valle que están contándole a Guy por dónde piensan empezar a rastrear la zona. Pero sé que Kate está ahí, y me quedo paralizada, incapaz de seguir adelante.

La hermana de Kate, Alexa, está a unos pasos de distancia, y nada más verme aprieta la mandíbula. Veo a su marido, Adam, a su lado, y por un instante pienso que va a acercarse a saludarnos. Pero luego intuyo que tiene órdenes de no hacerlo. Avergonzado, aparta la mirada.

Los dos granjeros que están delante de Kate se hacen a un lado y, de pronto, allí está ella.

Me mira y se desmorona. Como si la hubieran deshuesado. Como un pollo abierto en dos listo para asar a la parrilla. El llanto le impide hablar.

Me pongo en cuclillas frente a ella y tomo sus manos entre las mías. Están heladas.

—Kate, lo siento mucho... —le digo—. Siento mucho haberte hecho esto. Siento mucho que todo esto haya pasado por mi culpa.

Ella asiente y llora, porque lo sabe. Sabe que no soy mala persona. Que no soy una irresponsable, ni una despreocupada a la que le dé igual ocho que ochenta.

Sabe que, aunque como madre nunca esté a su altura, hago todo lo que puedo.

Aprieto sus manos entre las mías, pero un temblor brota de lo más hondo de su ser y se extiende hasta el límite de sus extremidades. Siento como si tuviera un pajarillo atrapado entre mis manos y, en un impulso, bajo la cabeza y llevo los dedos de Kate a mis labios.

Tenía tanto miedo de que me echara la culpa en público. Temía tanto su reacción. Ahora me doy cuenta de que es tanto su terror y su congoja que ni puñeteras fuerzas tiene para desahogarse siquiera. Apenas si puede mantenerse erguida en el sofá.

—¿Qué puedo hacer, Kate? —le digo—. Dime qué puedo hacer para ayudar. Algo tengo que hacer...

Oigo pasos a mi espalda.

—¿No te parece que ya has hecho bastante?

Cierro los ojos un segundo, sabiendo lo que se avecina.

Kate intenta intervenir.

—Alexa... no.

—¿No... qué? ¿Que no diga lo que todo el mundo está pensando?

—No pongas las cosas más feas de lo que están.

Kate aparta las manos de las mías.

—Más feas no pueden estar. Imposible más feas.

El silencio se ha adueñado de la habitación. Donde antes había voces ahogadas, rumores de preparativos, bisbiseos sobre el plan de acción más adecuado, ahora no hay nada.

Me pongo en pie y me vuelvo para mirar de frente a Alexa. Está rígida de rabia. Tiene las manos pegadas a los costados, como si temiera echármelas al cuello en un arrebató de cólera. Una abultada vena le atraviesa la frente en vertical.

Me siento acorralada. Tengo que dar la cara. Casi lo estoy deseando. Necesito algún tipo de expiación, de lo contrario la culpa que yo misma echaré luego sobre mis espaldas terminará hundiéndome.

Miro a los fríos ojos de Alexa y digo, con toda la firmeza de la que soy capaz:

—Ha sido culpa mía, sí. Tienes todo el derecho a levantarme la voz. Y a echarme la culpa. Me merezco tu rabia.

Alexa me suelta un bofetón con todas sus fuerzas.

Me tambaleó hacia atrás.

—¡Gilipollas de mierda! —dice a voz en grito—. ¿Crees que con venir aquí y reconocer tu culpa ya está todo solucionado?

—No —digo, llevándome la mano a la mejilla escocida—, no era eso lo que pretendía decir.

—¡La hija de Kate ha desaparecido! ¿Lo entiendes? ¿Entiendes el daño que le has hecho a mi familia con tu ineptitud?

Me echo a llorar.

—Sí, claro que lo entiendo. Pero no sé qué decir, no sé qué hacer. Haga lo que haga no va a servir de...

Guy cruza la habitación con zancada resuelta, y yo doy un paso atrás, encogida, temiendo el rapapolvo que a buen seguro me espera también de él.

¿Dónde se habrá metido Joe? Recorro rápidamente la habitación con la mirada, pero no lo veo. Lo necesito a mi lado. ¿Dónde está?

—Alexa, ya basta —dice Guy con firmeza—. Mira a Kate.

Volvemos todos las miradas hacia el sofá donde Kate está sentada, y vemos que se ha desplomado hacia un lado, el cuerpo sacudido por lentas convulsiones. Tiene los ojos abiertos y un rictus en la boca que parece un grito sordo.

Hago ademán de ir hacia ella.

—Vete de aquí —ordena Alexa—. Apártate de ella de una puñetera vez.

Y yo me quedo paralizada, impotente.

—Llamaré a una ambulancia —dice Guy.

Miro alrededor y veo todos los ojos puestos en mí. Lo único que se me ocurre hacer es taparme la cara con las manos, porque no puedo soportarlo. No puedo soportar su condena.

Noto que las piernas me fallan y sé que me voy a desmayar. De pronto, siento a Joe a mi lado, y sus brazos rodeándome.

—Vamos, nena, vámonos de aquí —susurra, y yo hundo la cara en su pecho, sollozando—. Vamos —repite.

—Sí, Joe —salta secamente Alexa—. Llévatela de aquí.

Joe me conduce hacia la puerta, pero cuando llego al umbral no puedo evitar volverme para mirar a Kate por última vez. Parece que las convulsiones han cesado, pero sigue inclinada hacia un lado y sus ojos, redondos como canicas, miran fijamente en mi dirección.

—Kate —susurro, con mirada suplicante.

Y ella me responde asintiendo levemente con la cabeza.

—Encuétrala —me dicen sus labios sin voz.

Estamos de vuelta en el coche y le digo a gritos a Joe:

—¿Dónde demonios te has metido? ¿Cómo has podido dejarme sola en una situación así?

Joe me mira, perplejo.

—Fui a buscar a Guy —dice lacónico—. ¿Dónde crees que estaba si no? ¿Escribiendo el puto bulto para que pudieran echársete encima? —Sacude la cabeza—. Yo qué sabía que Alexa iba a arremeter contra ti de esa manera.

Lloro con tal desconuelo que casi no puedo respirar siquiera.

—Pensé que lo suyo era hablar con Guy —añade—. Contarle cómo te sentías, y hacerle saber que haríamos todo lo que estuviera en nuestras manos... pero como no lo he encontrado en la cocina me he puesto a hablar con Kev Bell. Está organizando una partida de búsqueda.

Joe sacude la cabeza de nuevo como si no diera crédito a que lo acuse de haberme abandonado.

—¿No es un poco pronto para eso? —le digo—. ¿Y si Lucinda aparece?

—¿Y si no, qué?

—¿Has oído lo que me ha dicho Alexa?

—Solo una parte.

Hurgo en los bolsillos buscando un pañuelo, pero no encuentro ninguno y echo mano del trapo que Joe usa para limpiar el vaho del parabrisas.

—Me ha dicho que he destrozado a su familia con mi ineptitud.

—No tiene pelos en la lengua.

Joe no me mira. Tiene la vista fija al frente.

—¿Joe...? —gimoteo.

—¿Qué? —responde, con la voz un tanto tensa aún.

Enciende el motor y lleva la mano al cambio de marchas. Observo que le tiembla de mala manera, algo nada habitual en él, ni siquiera en circunstancias como estas. Él mismo se da cuenta y la retira de inmediato.

—Lise, están muy alterados —dice finalmente tras un suspiro—. Están desesperados... no es de extrañar que... que te echen la culpa, que se la echen a todo el mundo. Es una reacción humana. ¿Qué esperabas?

Sé que tiene razón, pero me duele oírsele decir. En este momento lo que necesito es a mi Joe de siempre, dispuesto a defenderme a capa y espada.

Intento imaginar cómo reaccionaría yo en el lugar de esa familia. Si estuviera al otro lado. ¿Le echaría la culpa a los demás con tanta facilidad?

Me vuelvo hacia él.

—Joe, ya sé que estamos hablando como si la responsable fuera yo, y lo sé, sé

que soy responsable, pero ¿de verdad crees que toda la culpa es mía? O estoy siendo...

No termino la frase. La embestida de Alexa me ha dejado tan fuera de combate que ya no sé ni lo que pienso.

Joe manipula los mandos de la calefacción y cambia la orientación del calor para dirigirla de nuestros pies al parabrisas. Cuando advierte que de hecho espero una respuesta, interrumpe lo que está haciendo y se vuelve en el asiento para mirarme.

—¿Sinceramente? —me pregunta—. ¿De verdad quieres que sea totalmente sincero?

—Sí —respondo con firmeza, pero él capta el miedo reflejado en mis ojos y contesta con pies de plomo.

—Deberías haber llamado para avisar de que no iba a poder quedarse a dormir en casa.

Aprieto los ojos con todas mis fuerzas.

—Pero ¿no crees que Kate debería haberlo confirmado o algo? —insisto—. ¿No te parece que Kate también tiene parte de culpa? No llamó en todo el día de ayer, tampoco por la noche, ni hoy por la mañana. ¿No crees que debería haberse puesto en contacto y preguntar cómo estaba Lucinda? No llamó ni una sola vez.

Joe mantiene inalterable el semblante.

—Si pensaba que Lucinda estaba contigo, no. No veo por qué.

Estoy sin palabras. El caso es que mientras Joe me dice lo que opina, me viene a la memoria que Kate en realidad sí se ha puesto en contacto. Ha telefoneado esta mañana, cuando me ha contado lo de Sam. «¿Qué tal las niñas?, ¿bien?», ha preguntado, y yo le he dicho que bien, sí.

La expresión de Joe se dulcifica y adopta un aire triste.

—¿Nos vamos ya? —pregunta, y yo asiento con la cabeza.

Avanza carretera adelante. Pero al girar a la derecha para bajar por el valle y volver a casa, reduce la velocidad y rasca la marcha. El coche da una sacudida tremenda, pega un par de saltos y se cala delante de la oficina de correos.

—¡Joder, pero qué haces! —exclamo sobresaltada—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Hacemos el resto del trayecto en silencio.

Al llegar a casa, me meto en la cama. Me tapo la cara con las mantas y me acerco las rodillas al pecho, en posición fetal. Y entonces es cuando me asaltan los verdaderos malos pensamientos. La reciente desgracia se mezcla con el antiguo autodesprecio. Con aquel otro error del pasado cargado de culpa que aún no he logrado perdonarme a mí misma. Sucedió hace cuatro años.

*En realidad, piensa, sentado frente a la mansión con acceso al lago por la que piden tres millones y medio de libras, todo es una simple cuestión de perspectiva.*

*En España, por ejemplo, la edad de consentimiento sexual son trece años. No es que pretenda con eso justificar sus actos, pero no deja de ser curioso que en un país avanzado, y no tan distante del Reino Unido, vean las cosas de un modo tan distinto. En Japón sucede lo mismo. También allí la edad de consentimiento sexual son trece años. Para encontrar semejante libertad en Inglaterra habría que remontarse a... por lo menos unos dos siglos atrás, cuando la mujer podía contraer matrimonio legalmente a los doce años de edad.*

*No es que él desee casarse con una niña de doce años, sería absurdo, solo que, de haberlo deseado, en aquel entonces sí habría sido posible, eso es todo.*

*Consulta su reloj. La agente inmobiliaria lleva seis minutos de retraso. ¿Por qué serán tan ineptos? Tamborilea con los dedos en el volante y luego, repitiendo un hábito adquirido recientemente, limpia sus huellas con la manga de la chaqueta.*

*Para matar el tiempo, fija la mirada en la vista que se despliega al otro lado del parabrisas y esboza una sonrisa. La misma sonrisa que lleva ensayando ante el espejo desde hace unas semanas. Su sonrisa auténtica a veces roza lo empalagoso, muestra en exceso los dientes, por eso se empeña en perfeccionarla. Procura que sus ojos reflejen esa chispa que encandila a las mujeres.*

*Basta que sonrías a una mujer dándole a entender que te has fijado en ella para que se deshaga a tus pies. Seducirlas no tiene ninguna ciencia.*

*Inconscientemente, sus pensamientos han vuelto a eso que no consigue quitarse de la cabeza, y la ensayada sonrisa se ensancha. Está sonriendo de oreja a oreja como un idiota, y es consciente de que debe cambiar de expresión antes de que llegue la agente inmobiliaria.*

*¿Quién iba a pensar que fuera tan fácil?*

*Reconoce que no salió exactamente como esperaba, no exactamente conforme al plan. Pero ¿qué más daba? ¿Acaso no lo hacía todo más excitante ese factor sorpresa? ¿Lo inesperado?*

*¿No era ese el motivo por el que los urbanitas aburridos se habían aficionado a los deportes de riesgo? ¿O lo que llevaba a los banqueros podridos de dinero a liarse con fulanas? Pues claro que sí.*

*Aunque «esto» no es ningún deporte de riesgo. Es consciente de ello. No puede hacerse pasar por un psicópata y fingir que no sabe lo que está haciendo. Lo sabe perfectamente.*

*Su sonrisa se desvanece al reconocerlo y, consultando el reloj de nuevo, piensa que quizá debiera dejarlo; consulta el reloj y piensa que quizá debería cortar por lo sano. Estaba asustada. Pese al efecto de las drogas, estaba muy, pero que muy*

asustada.

Él se había hecho la ilusión de que la niña hasta cierto punto iba a acabar cogiéndole el gusto.

Porque podía ocurrir, ¿no?

Pero no. No había sido así. De manera que mejor dejarlo, mejor buscarse otros entretenimientos.

De pronto, sin embargo, piensa: ¿y si la próxima le cogiera el gustillo? ¿Y si por casualidad estuviera esperando que sucediera? Que llegara alguien como él. Podría ser. Era posible.

Un BMWZ3 plateado aparca junto a su vehículo y una cuarentona de aspecto atribulado baja del coche y va hacia su ventanilla.

Lleva una pila de papeles pegados a la pechera, que asoma entre la chaqueta abierta, intentando disimular la antiestética tripa que amenaza con reventarle la falda.

Él abre la puerta del coche, la mira fijamente a los ojos y sonríe. La agente inmobiliaria aparta la mirada, intentando recobrar la compostura.

—Siento mucho haberle hecho esperar, señor...

—No se preocupe —dice él, encogiéndose de hombros para indicar que no ha sido ninguna molestia, y le tiende la mano—. Puedes tutearme. Me llamo Charles —se presenta, haciendo de tripas corazón para flirtear con tal inepta.

Pero no es fácil.

No es fácil porque su mente sigue centrada en las niñas, pensando: Claro que es posible que la próxima se lo tome de otra manera.

A fin de cuentas, todo es posible, ¿no?

Hace cuatro años, Kate nos invitó a cenar a su casa. Era la primera vez, y sería la última. Íbamos a ser seis invitados: Kate y Guy, Alexa y Adam, y Joe y yo. Hacía poco que Kate había vuelto a matricular a sus hijos en la escuela pública y, aunque ya nos conocíamos de vista desde hacía tiempo, la invitación de Kate abrigaba el típico propósito de ampliar su círculo de amistades entablado relación con los padres de los nuevos amigos de sus hijos.

A mí me hacía ilusión ir por aquello de la novedad. Entre mis conocidos nadie daba cenas. Y menos los demás padres del colegio, a quienes, probablemente igual que a Joe y a mí, se les debía de hacer muy cuesta arriba pensar en tener que ordenar y limpiar la casa un viernes por la noche, después de estar toda la semana trabajando, y no digamos ya ponerse a cocinar. O, quién sabe, puede que sí estuvieran todos dando cenas a nuestras espaldas y simplemente no nos invitaran. Fuere como fuese, el caso es que yo nunca había ido a ninguna, y estaba tan nerviosa como ilusionada.

Con Kate por aquel entonces ya tenía algo de confianza, y a Guy lo conocía de haberlo visto en el colegio y por el pueblo. Alexa, sin embargo, me imponía un poco. Así se lo confesé a Joe cuando ya estábamos entrando por el jardín delantero de la casa, y él en lugar de infundirme confianza y darme ánimos (como de costumbre), me miró con cara de lástima y me dijo por lo bajo: «¿Qué hemos venido a hacer aquí, nena?».

Antes de que pudiera responderle, Guy ya había salido a abrirnos, botella de vino en mano, y me desinflé. Los hombros se me desplomaron y el mentón se me alzó en un ridículo ademán.

Guy nos recibió exultante, exclamando, a voces casi:

—¡Hombre, los Kallisto! ¡Pasad, pasad!

Su semblante cordial y hospitalario disimuló arteramente el instantáneo asombro que le había asaltado toparse con la primera de nuestras torpezas: lo impropio de nuestro atuendo.

Joe llevaba el único traje que tenía, un traje negro vulgar y corriente comprado en Burton's que se ponía cuando había que llevar a algún pasajero a un funeral. Y, para completar el atuendo, una camisa blanca recién estrenada y una corbata a topos. Estaba la mar de guapo, la verdad, porque las camisas blancas le sientan estupendamente con lo moreno que es de piel, pero el caso era que Guy nos había recibido con unos vaqueros desteñidos y un jersey de cuello a la caja.

Yo estrenaba un modelito comprado aquel mismo día en Next. Un vestido rojo palabra de honor que me llegaba por encima de la rodilla, con grandes rosetones negros estampados. Y para remate se me había ocurrido ir a un solárium y hacerme uno de esos bronceados artificiales con pistola.

Ya estaba temiendo ver qué llevaban puesto las demás.

Le lancé una mirada de horror a Joe mientras Guy nos invitaba a pasar, y él me dijo «En fin, ya estamos aquí», posando con ternura una mano en mi hombro desnudo un instante, guiándome, animándome a seguir adelante.

Me sentí como mi anciano y difunto abuelo, enfermo de Parkinson durante sus últimos diez años de vida. Cada vez que tenía que cruzar una puerta, se quedaba petrificado. La parte superior del cuerpo se le inclinaba hacia delante como dispuesta a dar el paso, pero la de abajo se le paralizaba, como si tuviera los zapatos pegados con cola a la moqueta. El único modo de conseguir que avanzara era cantarle el himno del Ejército de Salvación.

Aquel día, para mi sorpresa, me puse a tararear el «Onward, Christian Soldiers», y también a mí me funcionó.

Kate y Guy se habían mudado a aquella casa no hacía mucho, y el olor a virutas de madera y aceite de linaza seguía impregnado en el aire. Les estaban instalando tarima de roble en todos los suelos, y pensé que tal vez debiera descalzarme, porque cargarse un suelo de ochenta libras el metro cuadrado con unos vulgares zapatos de tacón de aguja no habría tenido perdón de Dios. Pero en vista de que Guy no decía nada seguí con ellos puestos. Intentando, eso sí, andar de puntillas.

Se oía música saliendo de la cocina, una cantante melódica de voz etérea a la que nunca antes había oído. Al entrar vi a Kate y a Alexa junto a la supercocina económica Aga, probando y removiendo el guiso, las dos con atuendos parecidos de lino color pastel, apenas maquilladas y con el pelo en un moño a la remanguillé en lo alto de la cabeza, como en un anuncio de Nivea o Neutrogena. Cuando se dieron la vuelta las dos y se quedaron mirándonos, primero a mí y después a Joe, con una amplia sonrisa en los labios que casaba mal con el estupor dibujado en sus ojos, me sentí completamente fuera de lugar. Luego, prácticamente al unísono, saltaron las dos:

—¡Guau, Lisa, estás... divina! Me encanta tu vestido, ¿de dónde lo has sacado?... ¡Joe! Qué fantástico verte.

Abochornada, mascullé un saludo, le solté enseguida a Kate las botellas de vino que habíamos llevado y le dije algo así como «Gracias por invitarnos». Luego saqué rápidamente un taburete de debajo de la isleta de la cocina intentando esconderme.

Joe las saludó brevemente, les estampó sendos besos en las mejillas y se descolgó con el obligatorio:

—Os está quedando la casa preciosa, Kate.

Tras lo que Kate, con logrado semblante de exasperación, suspiró teatralmente y contestó:

—Bueno, poco a poco, poco a poco...

Como si en lugar de hacer unas reformas en casa estuvieran construyendo una

escuela en Namibia y se hubieran topado con dificultades para encontrar suministro de agua potable.

—Voy a abrir otra botella —dijo Kate, atravesando la cocina. Luego se volvió y añadió—: Joe, tú vete con los chicos, que las chicas tenemos que hablar de nuestras cosas. Adam ha traído un disparatado arsenal de botellas de cerveza de las que tendréis que dar buena cuenta.

Alexa, vuelta de espaldas, estaba probando una vez más el guiso que hervía en los fogones.

—Kate —dijo, con tonillo sacafaltas—, estas cebollas no se han pochado como es debido, así no puedes servir el tajín, quedará de pena.

Kate, junto a la nevera, no replicó.

—Deberías hacer lo que yo —prosiguió Alexa—. Yo lo que hago es pochar cebollas a mansalva, incluso chalotas a veces, todas de una vez. Luego las congelo por lotes, y así las voy sacando a medida que las necesito... no sabes la de tiempo que una se ahorra, chica...

—Lo tendré en cuenta —dijo Kate, con sonrisa forzada.

—Y con los pimientos y las berenjenas, lo mismo —añadió Alexa—. Se congelan estupendamente, no creas.

Yo le dije, por lo bajo, a Kate:

—Yo me como lo que sea, estoy muerta de hambre. No he probado bocado desde el desayuno.

Había tenido un día agotador en el trabajo. Los viernes siempre tenemos más adopciones que ningún otro día de la semana. Al salir de allí, me fui directamente a Ambleside para recoger a la madre de Joe, que aquella noche nos iba a hacer de canguro. Luego tuve que prepararles la cena a todos, porque mi suegra, aun siendo perfectamente capaz, dice que no se atreve a usar nuestra cocina porque no le tiene pillado el tranquillo. Y yo prefiero amoldarme que llevarle la contraria.

—Caray —dijo Alexa, dejando el tajín para venir a sentarse frente a mí—, eres una mujer muy atareada, ¿no, Lisa? ¿Sigues en ese centro de acogida de animales?

Asentí con la cabeza y di un trago largo de la copa de vino blanco que Kate me había puesto delante.

—Fantástico —le dije a Kate—. Justo lo que necesitaba.

Alexa dio un sorbito de su copa.

—Yo también he estado trabajando, no creas —dijo Alexa—. En la galería de arte que queda a la vuelta del cine.

Asentí con la cabeza de nuevo.

—¡Todo dinero es poco para pagar el colegio de los niños! —exclamó en tono de broma.

Cuentos chinos, porque todo el mundo sabía que el colegio de sus hijos lo pagaba

su suegra, que bien se encargaba la mujer de pregonarlo a los cuatro vientos. Dorothy Willard, la madre de Adam, era una de las exasperantes cotorras que trabajaban como voluntarias un par de mañanas a la semana en la tienda de beneficencia del pueblo, y la señora no perdía la ocasión de soltarle a todo bicho viviente lo listísimos que eran sus nietos. Y lo «divinamente» que les iba en aquel privilegiado colegio de pago que su marido y ella les pagaban. «En fin, todo sea por la familia», decía, mientras yo dejaba sobre el mostrador de caja ya fuera el abrigo de segunda mano pero casi nuevo o la pila de novelas románticas a las que mi madre era aficionada. «Se sentirá orgullosa», le decía yo con una sonrisa. «Bueno, está feo alardear, pero...», respondía ella con falsa modestia.

Yo creo que Alexa trabajaba más que nada por entretenerse o simplemente por salir de casa, pero le daba vergüenza admitir esa frivolidad ante gente como yo, gente que se ve obligada a trabajar para comer y demás. No se lo tomé en cuenta. ¿Por qué iba a hacerlo? El Distrito de los Lagos siempre ha estado poblado de mujeres en ambos extremos del espectro: las que nunca trabajan... y las que nunca dejan de trabajar.

—¿Cuántos días a la semana vas por la galería? —le pregunté, porque no se me ocurrió nada más interesante que decirle.

—Pues, solo dos o tres mañanas. Según. Depende de cómo vaya de tiempo con mi máster.

—¿Tu máster?

—Sí —respondió—, estoy haciendo un máster en Estudios Culturales.

—Suenan... difícil.

—Lo es. Me está ocupando más tiempo del que preveía. Adam no hace más que quejarse de que la vida académica me tiene secuestrada «una vez más».

Reparé en que Kate no hacía ningún comentario sobre el curso de Alexa e, intuyendo el porqué, decidí no seguir indagando.

Además de ocupar el tiempo en trabajos fútiles de poca monta, Alexa disfrutaba estudiando. Ignoro en qué consistirá en realidad ese máster en Estudios Culturales, pero adivino para qué lo está haciendo. Para que los seres insignificantes como yo pensemos: ¡Jo, encima de guapa a rabiar, eres inteligente como tú sola! ¡Es increíble, lo tienes todo!

No es la única mujer atractiva que conozco aquejada de ese mal. Ganas me dan de decirles: «Basta. Por lo que más queráis, basta ya. Ya tenéis todo lo que las demás deseamos. ¿No os concedieron belleza? Pues ya tenéis vía libre. Para qué queréis más».

—¿Saldrás con título de doctora cuando lo termines, Lex? —le preguntó Kate.

—No —contestó Alexa—. ¡Por favor! ¿Te imaginas? Dos doctores en casa...

Y en ese preciso momento, como si hubieran estado aguardando a la señal,

entraron en escena los hombres, cerveza en mano, buscando comida.

El marido de Alexa, Adam —el doctor Willard—, iba vestido con ropa informal, al estilo de Guy. Fue entrar él en la cocina e inmediatamente me asaltó de nuevo la inseguridad.

—Lisa, ¿conoces a Adam? —dijo Kate—. ¿No? Ah, pues Lisa, te presento a Adam. Adam, Lisa.

Le dirigí un cortés saludo con la cabeza, y él sonrió en mi dirección. Tenía lo que yo llamaría una cara amable. No era guapo, pero la suavidad de sus rasgos le daba cierto atractivo.

—Hola —dijo—. Encantado. Tú eres la del refugio para animales, ¿no?

—Exacto.

—Debe de ser duro trabajar de cara al público.

Iba a referirle un par de anécdotas pero, antes de que me diera tiempo a abrir la boca, Alexa ya estaba metiendo baza.

—Buf, lo peor de lo peor. No te puedes imaginar la de tonterías que la gente me pide en la galería. Y encima se creen que tienen derecho a salir de allí con una ganga. La culpa es de esos programas de televisión que les enseñan a regatear. Ya nadie está dispuesto a pagar un precio justo por lo que compra como se hacía antiguamente.

Adam seguía mirándome, sin hacer caso a su mujer.

—¿Cuál es el principal problema con el que tenéis que lidiar?

—El dinero —contesté—. Mejor dicho, la falta de él. Los gastos de veterinaria a veces pasan de las veinte mil libras, a lo que hay que sumar los de manutención y los...

—¿Y de dónde sale ese dinero? —quiso saber Alexa.

—De donativos particulares, principalmente. Ancianas adineradas de buen corazón que nos dejan su herencia. El resto, de fondos que recaudamos organizando colectas y, una pequeña parte, de una ONG regional en defensa de los animales que nos paga por recoger gatos y perros de otros distritos.

Joe me observaba risueño. Con su típica cara de orgullo. No había hecho lo que imaginaba que haría: es decir, quitarse la chaqueta y la corbata y desabotonarse el cuello de la camisa. No, seguía igual que cuando llegamos, y de pronto sentí un arrebato de afecto hacia él. Me sonreía de oreja a oreja con aire un tanto cohibido, de lo cual deduje que intentaba disimular las tres cervezas por lo menos que ya se había pimplado. Es lo que hace siempre que se siente un tanto incómodo. Bueno, y siempre que le colocan una cerveza delante. Es como un crío incapaz de decir que no.

Alrededor de una hora más tarde, tras haber dado cuenta del tajín con las cebollas mal pochadas, el vino ya nos había soltado la lengua y la incómoda tirantez del principio había desaparecido.

Yo estaba contando el argumento, en líneas generales, de una serie de la BBC a la

que me había aficionado por aquel entonces.

—Es real como la vida misma —dije para la mesa en general—. Sobre todo, por la gracia de los diálogos entre los dos detectives.

Alexa entonces carraspeó y me puso en mi sitio:

—Aquí ninguno vemos la tele, Lisa. Somos más de leer, ¿verdad, chicos?

Y sentí que el ambiente de la velada cambiaba de repente.

Nadie le replicó. Y yo, por supuesto, me quedé cortada como una tonta, pero al recorrer con la vista a los comensales, todos eludieron mi mirada y no supe si es que llevaba un rato haciendo el ridículo (y no me habían interrumpido por cortesía), o si en realidad se habían quedado abochornados con el comentario de Alexa.

Miré de reojo a Joe, pero ya estaba fuera de juego. Tenía el semblante torvo y desencajado que se le pone cuando está tan borracho que en el momento menos pensado es capaz de romper a cantar o quizá quedarse traspuesto. Eché un vistazo al reloj y vi que eran solo las nueve y media. Enseguida comprendí que ni soñando iba a aguantar el tipo hasta el final de la velada.

Kate consiguió distender el ambiente momentáneamente al servirnos el postre, un helado casero de fresa con galletas de mantequilla, receta de Delia Smith, que todos aplaudimos a rabiar. Corrió el vino una vez más, y Guy subió a acostar a los niños, que se habían quedado viendo la tele en el cuarto de juegos (luego, esos de lectores, nada).

De ahí en adelante la velada fue de mal en peor.

Alexa, intuyendo tal vez que antes había cortado la conversación, adoptó aires de alcahueta, se inclinó sobre la mesa y empezó a contarnos intimidades sobre cierto matrimonio conocido de todos ellos que estaba pasando por una mala racha.

—Tammy, evidentemente, no lo reconoce, pero todo el mundo sabe que hay otro hombre en su vida. La vi en el pueblo comprando lencería... o sea que está claro que algo hay. Sobre todo teniendo en cuenta como es ella, que ni siquiera se pone rímel. Le dije a Pippa: «¿Qué te apuestas a que...?».

—Tú qué sabes —la interrumpió inesperadamente Kate, con frialdad.

—Pero si lo sabe todo el mundo, Katy...

—Tú no puedes saber con seguridad si tiene un lío —replicó Kate, y Alexa levantó la mirada al techo como diciendo «No me seas ingenua», lo cual hizo estallar a Kate—: ¡Piensa en esos niños! No te pongas a difundir calumnias sin tener pruebas. Piensa en los hijos de Tammy.

Un incómodo silencio se apoderó nuevamente de la mesa. Fue el tono de Kate. Tan impropio de ella. Nunca la había oído hablar así.

Alexa, ofendida, clavó los ojos en ella.

—¿Qué pasa con los hijos? Si Tammy y David no son felices como pareja, lo peor que pueden hacer es seguir juntos solo por el bien de los niños.

Kate dejó la copa sobre la mesa.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es verdad.

—¡No es verdad! Es lo que se suele decir, que es mejor coger el petate y largarse cuando a uno le viene en gana. ¡Que a los niños no les pasa nada! Que es mejor crecer con padres divorciados que con padres que no se llevan bien. Pero tú precisamente, Alexa, tienes que saber que eso no es verdad. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Alexa suspiró, como si el tema la aburriera mortalmente.

—Ya estamos.

Guy, que entraba en ese momento en el comedor, carraspeó.

—Señoritas, por favor...

—Tú calla la boca, Guy —saltó Kate.

Yo agaché la cabeza y miré de refilón a un lado y otro de la mesa. Joe sonreía abiertamente: le encanta que la gente se emborrache y pierda los papeles, sobre todo si son familia. Adam, el marido de Alexa, rebañaba ruidosamente el cuenco del helado como si nada.

—Si dos quieren tener un lío, que lo tengan —prosiguió Alexa—. Por Dios, Kate, si la vida son dos días, mujer, y el amor no surge así como así. Cuando se presenta hay que aprovecharlo. Si Tammy tiene una aventura, allá ella, no me seas tan gazmoña, joder. —Luego añadió—: Te pones muy fea cuando estás tensa, Kate. No te conviene nada, de verdad.

Kate estaba temblando.

—No puedo creer que hagas como si hubieras olvidado lo que pasamos —dijo en voz queda.

—Es la vida, Kate. Hazte a la idea.

Yo hice ademán de levantarme y dije:

—¿Alguien quiere algo de la cocina?

Pero Alexa me fulminó con la mirada.

—Siéntate, Lisa —saltó. Y luego, dirigiéndose de nuevo a Kate—: No somos las únicas que han vivido un divorcio en la familia, bien lo sabes. Y no puedes ir por ahí odiando a todo el que hace pasar a sus hijos por eso.

—No los odio —replicó Kate—. Lo que odio es que se comporten como si no tuvieran culpa de nada. Odio que metan a extraños en casa como si fuera lo más normal del mundo, a sabiendas de que no lo es. ¿No te acuerdas de lo mal que lo pasamos nosotras? ¿No te acuerdas de cuando tenías trece años y salías del baño y te encontrabas a un hombre en el pasillo? Era un horror, Alexa, bien que lo sabes. Si quieres hacer como si nada, allá tú. Pero yo no puedo.

Dicho lo cual, dejó escapar un leve sollozo, se levantó y salió del comedor.

Nadie abrió la boca durante un rato. Luego, por fin, al cabo de un minuto, Adam miró a Alexa y le dijo:

—¿A ti te parece que era necesario?

Y Alexa le arrojó la copa de vino a la cara.

—¡Vete a la mierda, calzonazos! —le dijo a voces, y salió del comedor echando chispas también.

Los hombres suspiraron y se recostaron en sus asientos. Yo no sabía qué hacer.

—¿Creéis que debería salir a ver? —pregunté—. Para preguntar cómo están.

—Si quieres que te partan la boca... —respondió Guy. Luego llenó las copas—. Yo diría, por experiencia, que mejor que se las compongan solas. Como vayas, saldrás escaldada. Hazme caso, Lisa, mejor no intervenir.

Joe, arrastrando las palabras, terció:

—Son cosas entre hermanas, Lise. Tú eres hija única y no puedes entenderlo.

Y tenía razón: no lo entendía. Aun así, el comentario me resultó un tanto hiriente, probablemente porque estaba borracha y tenía el juicio un tanto ofuscado. Y porque duele que a uno lo acusen de ser incapaz de comprender algo solo porque no lo haya vivido.

—Claro, porque tú en cambio lo entiendes perfectamente, Joe —contesté.

Joe se llevaba bastante bien con su hermana, sobre todo porque nunca la veía. Joe encogió los hombros, la cara cubierta de parches colorados de tanto beber, y luego, entornando los ojos, va y me suelta:

—Si el cabrón de tu padre no os hubiera dejado en la estacada, puede que...

—¡Joe! —exclamé, lanzándole una mirada asesina.

Ese era un tema tabú. Nunca se mencionaba delante de nadie. Y menos delante de gente como aquella. Pero él ya había entrado en lo que yo denominaba Territorio del Mal Vino: aunque Joe por lo general tenía buen beber, en cuanto traspasaba la frontera de las ocho pintas se ponía pendenciero y agresivo.

Me sentí muy incómoda. De pronto, la dinámica había cambiado. Yo era la única mujer en la mesa, sola con el taxista curda de mi marido, un refinado y adinerado promotor inmobiliario y un especialista en dermatología. Me encontraba violenta, fuera de lugar. Si Adam no me hubiera dirigido aquella sonrisa apaciguadora, como diciendo «No te lo tomes a mal», creo que me hubiera marchado.

Y eso debería haber hecho. Debería haber salido a buscar a Kate y Alexa e interesarme por cómo estaban. Mirándolo retrospectivamente, eso habría sido lo correcto. Pero no. Me quedé y seguí dándole al vino. Y cuando Alexa regresó unos cuarenta y cinco minutos más tarde, los cuatro nos habíamos olvidado tanto de ella como de Kate. Joe, como era de prever, dormía desplomado en una elegante butaca de rayas. Y yo había hecho demasiadas buenas migas con los otros dos.

Me había quitado los tacones y bailaba descalza al compás de la MTV, con una

copa en la mano, riendo y armando escándalo con ellos.

—Vas a reventar el vestido, Lisa. Deberías sentarte un ratito —me dijo Alexa, plantada en el umbral.

Y a mí, tontamente, se me escapó una risita. Craso error, porque Alexa se puso a cien. Era de entender, pero es que me pareció muy gracioso que me leyera la cartilla.

Me miró con cara de odio y exclamó a voz en grito:

—¡Pareces un putón verbenero! ¡Siéntate!

El exabrupto me dejó paralizada en el sitio.

Luego se volvió hacia su marido.

—Nos vamos. Sube a por el abrigo y llama a un taxi. Kate ya está bien, gracias a todos por el interés.

Guy se acercó a ella, con los brazos extendidos.

—Alexa, mujer, no te lo tomes así —dijo con voz retumbante—. Solo estábamos echando unas risas.

Guy quiso abrazarla, pero ella lo apartó de un empujón y se dirigió hecha una furia hacia el rincón para coger el bolso.

Yo salí por la puerta, reculando y disculpándome:

—Perdonad, tengo que ir al baño. —Y corrí hacia las escaleras, con la idea de refugiarme arriba hasta que se hubiera marchado. Me sentía como una adolescente en casa de un amigo cuando los padres se presentan intempestivamente y encienden las luces.

Segundos más tarde, entré dando tumbos en el baño, forcejeé con el pestillo y luego me dejé caer en el suelo y apoyé la espalda contra la bañera.

Era un cuarto de baño de ensueño. Todo esmalte y cromo, mármol y espejos. Miré alrededor anhelante, deseando poder permitirme el lujo aunque solo fuera de aquella pastilla de jabón, por no hablar de las gruesas y esponjosas toallas apiladas ordenadamente en la estantería empotrada. Dios, lo que yo daría por un cuarto de baño así, estaba pensando, cuando vi que el pomo de la puerta giraba lentamente.

Adam asomó la cabeza por el marco.

—¿Puedo entrar? —dijo.

Lo miré atónita.

—No —bufé, recolocándome instintivamente el vestido—. Claro que no.

—Por favor —insistió—. Solo quería decirte una cosa, será un momento.

—Está bien, vale, pero rápido. Tu mujer te está esperando.

—Guy la ha calmado con una copa.

Adam entró de medio lado y cerró la puerta tras de sí. Yo no sabía si intentar levantarme, pero francamente, con la borrachera que llevaba encima no me tenía en pie. Se me habían quedado las piernas desmadejadas, inútiles por completo.

—¿Qué querías? —pregunté.

—La odio —dijo rotundo, y fue superior a mis fuerzas: me eché a reír.

Tuve que llevar la mano a la boca para reprimirme.

—No tiene gracia —dijo—. Joder, de verdad te digo que la odio a rabiar.

—Sí tiene gracia —dije, entre risas todavía—. Perdón, perdón, ya me callo.

Adam se puso en cuclillas y se me acercó tanto que lo vi doble. La cabeza me bailaba hacia atrás y hacia delante mientras intentaba enfocar la mirada.

—Perdón —dije otra vez, y de golpe y porrazo Adam pegó sus labios a los míos.

—¿Qué haces? —salté escandalizada—. Estate quieto. No puedes hacer eso.

—Déjame... por favor.

—Soy una mujer casada.

—Yo también soy un hombre casado.

—Sí, pero...

Me besó entonces con más ardor, y yo estaba tan atónita que fui incapaz de detenerle. No le devolví el beso, pero tampoco lo aparté de mí. Estaba como embotada. Embotada y perpleja. Me sentía como si estuviera observando la escena desde el otro extremo del baño. Como si no formara parte de ella.

Luego se detuvo y se quedó mirándome.

—Estoy borracha, borracha perdida —dije impotente, y él me calló apoyando un dedo en mis labios.

—Estás preciosa.

Y yo quise contestar: «No, lo que estoy es ordinaria». Pero no lo hice. Me gustó oírle decir eso, aun sabiendo que no era sincero.

—¿Y qué hay de tu mujer? —pregunté, y él sacudió la cabeza como si su relación fuera una causa perdida.

—Ya la has visto, ya has visto cómo es —contestó—. La ha pagado contigo porque no soportaba no ser el centro de atención.

—La ha pagado conmigo porque piensa que soy tonta. Y tiene razón. Soy tonta en comparación con la gente como ella.

Guy me besó de nuevo, susurrando:

—Estás muy equivocada.

Y ahora viene lo más vergonzoso de todo. Ahora viene lo que, cuando lo pienso, me resulta más detestable. Detesto a la persona en que me transformé en ese momento.

Porque le dejé hacer.

Dejé que me besara. Dejé que me levantara el vestido y me bajara las bragas y las medias hasta los tobillos. Podría mentir y decir que fue porque su mujer acababa de dejarme a la altura del betún, y que la odiaba por ello. Lo cual sería verdad, pero no fue solo eso. A decir verdad fue porque antes, viendo a Joe por un lado, borracho como un tonto, y a Adam y Guy por el otro, tan elocuentes y encantadores los dos,

me pareció increíble que Adam me deseara. Que me deseara y que corriera el riesgo de que lo pillaran besándome. Adam, un hombre inteligente, ingenioso, bien parecido, y por si fuera poco, encima con dinero. Un hombre que nunca, jamás, había de ser para mí. Que tenía todo lo que yo nunca, jamás, iba a tener.

Cuando quise darme cuenta, ya estaba moviéndose dentro de mí, y yo jadeando. Fue todo muy ardiente, muy excitante y desesperado. Pero luego, al abrir los ojos presa del dulce arrebató, vi una cara asomada a la puerta, observándome. Observándonos.

Y al momento desapareció.

Son casi las once de la mañana. He llamado al trabajo para avisar de que no llegaría hasta... no he quedado en ninguna hora en concreto. La puerta de mi despacho permanecerá cerrada, y hoy no se formalizará ninguna adopción.

Soy yo quien da el visto bueno a todas las adopciones. Primero hago las correspondientes visitas al domicilio de los adoptantes para asegurarme de que nuestros perros y gatos no acaben en ningún cuchitril inmundo. Además tengo una norma propia: la persona que nos devuelve más de un perro, ya no tiene derecho a más adopciones. Me da igual si ahora tiene más tiempo en sus manos o lamenta mucho haberse desprendido del anterior. A la segunda va la vencida. Que prueben en otra parte.

Joe me deja una taza de té sobre la mesita de noche y me da un beso fugaz en la coronilla. Me incorporo y llevo el borde de la taza a los labios, pero me tiemblan tanto las manos que soy incapaz de dar ni un sorbito siquiera.

Joe acaba de recibir una llamada avisando de que en breve se personará un agente de policía en casa para tomarnos declaración. Yo he protestado. Le he dicho a Joe que nosotros no sabemos nada de nada, que sería mucho más útil que nos echáramos a la calle en busca de Lucinda.

—Tienen que hablar con nosotros —ha replicado Joe, acariciándome la cara—. No te preocupes, no será para tanto.

Como siempre, Joe ha entendido perfectamente por dónde yo iba. Sabía lo que en realidad había querido decir: «A mí que no vengan a interrogarme y a echarme la culpa. Que no me echen la culpa otra vez».

—Vamos —dice Joe—. Será mejor que bajas. No querrás que hablen contigo aquí metida en la cama.

Bajamos a la cocina y llaman al timbre.

Joe sale a abrir enseguida, y oigo una voz de mujer.

—¿El señor Kallisto? Hola, soy Joanne Aspinall, de la Unidad de Investigación.

Oigo a Joe murmurar algo y, segundos más tarde, la agente ya está en mi cocina. Los tres perros se lanzan inmediatamente a olisquearle las piernas y revolotean a su alrededor. Voy a disculparme pero, antes de que me dé tiempo a quitárselos de encima, ella se adelanta:

—No se preocupe —dice—. No me molestan los perros.

Joe le dice que acaba de poner agua a hervir y si le apetece tomar alguna infusión. La agente acepta la invitación: un té bien cargado, con cucharadita y media de azúcar.

—¿Cómo lo lleva? —me pregunta, porque se me nota en la cara que estoy hecha polvo. Lloro incluso sin ser consciente de que estoy llorando—. Según parece, el señor y la señora Riverty tenían entendido que su hija iba a pasar la noche con

ustedes. ¿Correcto?

Muevo la cabeza en señal de asentimiento, compungida, y tomo asiento, invitándola a ella a sentarse también. En la tosca mesa de pino de la cocina todavía quedan restos del desayuno. Granos de azúcar, cercos de tazas y vasos. Apoyo el codo en un pegote y enseguida lo aparto.

—Ha sido culpa mía —le digo, y ella no replica.

Nada de: «Podía haberle pasado a cualquiera» o «No sea tan dura consigo misma». Nada de lo que yo sin duda le diría a otra persona en mis circunstancias.

Es una mujer maciza y regordeta, y va vestida con parka y zapatos planos. Cuando se quita el abrigo advierto que su aparente corpulencia se debe más que nada a la prominente delantera. Es morena, y lleva el pelo recogido con una coleta en la nuca. Unos mechones sueltos le caen sobre la cara. Debe de tener la misma edad que yo, unos treinta y siete. No lleva alianza.

Joe le tiende el té.

—¿Me quedo? —le pregunta—. ¿O prefiere hablar con nosotros por separado?

Ninguno de los dos hemos tenido nunca tratos con la policía, y Joe está atacado de los nervios.

—Quédese —dice ella amablemente.

Saca un bloc de notas y lo hojea.

—Kate lo está pasando bastante mal —le digo.

—Normal.

—Han tenido que avisar al médico. Por eso nos hemos ido. Pensamos que era mejor... —me interrumpo.

Ahora soy yo la que está atacada de los nervios. No viene a cuento contarle nada de eso. No necesita saber por qué no estamos allí dando apoyo a la familia.

Cambio de táctica y le pregunto si ha sido ella quien ha interrogado a los Riverty antes de que llegáramos nosotros.

—¿Ha visto a Kate? —pregunto.

La agente va tomando notas mientras habla.

—Me he visto con el señor y la señora Riverty esta mañana. —Responde sin levantar la vista del papel—. Luego he ido al Centro de Enseñanza Secundaria de Windermere para hablar con los profesores y averiguar hasta qué hora estuvo Lucinda en el colegio. Estamos reconstruyendo los movimientos inmediatamente anteriores a su desaparición.

—Mi hija estudia allí también —le suelto—. ¿Ha hablado con ella? Se llama Sally, me dijo que la policía iba a...

—A los alumnos los está interrogando mi compañero.

Tengo la impresión de que lo estoy haciendo fatal. Quiero dar imagen de persona sensata y cabal, no de cabeza de chorlito.

La agente levanta la cabeza.

—Bien, empecemos.

Doy por hecho que querrá repasar los acontecimientos del día de ayer, dónde estuve en cada momento, qué planes tenía, qué llamadas hice, qué mensajes envié. Imagino que querrá hasta el detalle más insignificante, así que cuando oigo que me pregunta «¿Qué clase de madre diría usted que es Kate?», me quedo de una pieza.

—¿Perdón? —farfullo—. No entiendo.

—Kate —repite—. ¿Qué clase de madre diría usted que es?

Y, sin dudarle instante, respondo:

—Perfecta. Es la madre perfecta.

Recuerdo los problemas de salud que ha tenido con Fergus, el pequeño de siete años.

—Su hijo ha estado mal de salud desde que conozco a la familia —le digo—. Tuvo no sé qué problema en el ojo y nadie daba con el tratamiento adecuado, pero Kate, en vez de desesperarse y estar estresada y preocupada por todo como hubiera sido mi caso, cada vez que llevaba al niño a Londres a que lo visitara algún especialista se desvivía por hacer que el viaje fuera una aventura para él. Para que Fergus viviera aquellas visitas con ilusión.

Recuerdo que Kate dejaba a Fergus ir disfrazado de superhéroe, de caballero, de guerrero. Que se inventaba planos, juegos y búsquedas de tesoros para entretenerlo durante el trayecto en tren. Ni una sola vez la oí quejarse de los trastornos que les estaba ocasionando, nunca dio a entender que fuera una carga.

Miro a la agente.

—Kate es la clase de madre que a una le gustaría ser, la que a una le gustaría haber tenido.

—¿Y qué hay del señor Riverty? —pregunta—. ¿Diría usted que es un padre entregado también?

—Totalmente.

La agente sostiene mi mirada antes de pasar la hoja del bloc.

Miro de reojo a Joe, y él arquea las cejas. Está pensando lo mismo que yo, que quizá la agente Aspinall sospecha de Guy por algo. Lo cual es absurdo.

No conozco a Guy hasta ese punto; dejando a un lado aquella vez que fuimos a su casa a cenar, Joe y yo no somos la típica pareja que hace vida social «de pareja». Ya sabéis a qué me refiero, a esas reuniones en las que los hombres hacen corrillo aparte y hablan de sus cosas, y las mujeres se quedan en la cocina quejándose de lo poco que sus maridos ayudan en casa. Cada uno tenemos nuestros amigos respectivos. Yo salgo de vez en cuando con Kate y la veo en el colegio, pero Joe y Guy nunca saldrían a tomar una cerveza juntos. Ahora que lo pienso, me pregunto por qué será. De repente siento cierta crispación, aunque no sabría decir exactamente por qué.

—¿Conoce bien al señor Riverty? —me pregunta la agente.

—Todo lo bien que uno puede conocer a nadie —respondo, y me doy cuenta inmediatamente de que eso de filosofar no va con ella. No replica, pero aguarda a que le responda como es debido—. Muy bien no lo conozco, pero lo suficiente para saber de qué va, si es eso a lo que se refiere.

—Por el momento solo pretendemos hacernos una idea del tipo de familia con la que estamos tratando.

—No pensarán que está implicado, ¿no? —le digo, y Joe me reprende de inmediato.

—¡Lisa! —exclama con severidad.

—¿Qué? Es lo que hacen, ¿no? La policía, quiero decir. Lo primero que hacen es indagar en la familia.

La señora Aspinall mira a Joe y a continuación a mí. Luego habla pausadamente, midiendo sus palabras.

—Son muchísimos los casos de niños desaparecidos al año. La mayoría de las veces se trata de fugas, por eso tenemos que averiguar lo antes posible si existe alguna razón para que el niño desaparezca voluntariamente. De ahí que indagemos sobre las relaciones entre los distintos miembros de la familia; es importante conocer su dinámica antes de dar ningún paso.

—O sea, que me está preguntando si creo que Lucinda podría haber desaparecido por culpa de Guy, ¿no es eso?

La agente ladea ligeramente la cabeza, como diciendo «¿Le parece posible?».

—En absoluto —respondo.

—¿Cómo puede estar tan segura si, según dice, no lo conoce demasiado bien?

—Porque conozco a Kate y... —me interrumpo, dudando de si decir lo que quiero decir—. No sé cómo expresarlo, pero en fin, se lo diré tal como salga... Suponiendo que Guy fuera un tipejo de esos que hace que sus hijos se sientan a disgusto... a Kate le habría faltado tiempo para echársele encima. Está siempre pendiente de esos niños, se ocupa de todo, se sabe el nombre de todos los compañeros de clase de Fergus, conoce a todas las familias de las amigas de Lucinda; sabe dónde viven, a qué se dedican. Hace lo posible por enterarse. Está en todo. Esos niños son su vida. Son lo primero.

—Bien —dice la agente, y toma un trago del té. Luego mira a Joe—. Muy rico.

—Mi mujer me tiene bien enseñado —dice Joe con una sonrisa.

—Volvamos a ayer, pues —prosigue—. ¿Era normal que su hija y Lucinda durmieran una en casa de la otra entre semana, teniendo clase al día siguiente?

—Sí —contesto—. Son muy amigas, y...

De pronto, me interrumpo.

—No, la verdad es que normal no era. —Confundida, me vuelvo a Joe—. ¿Había

pasado otras veces, Joe? ¿Se había quedado Lucinda en casa a dormir algún día entre semana?

—Ni idea —responde, encogiéndose de hombros—. Está aquí muy a menudo, así que no puedo decir que me haya fijado especialmente.

Miro a los ojos a la agente.

—No lo sé.

—¿Quién lo propuso? —pregunta—. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Sally. Dijo que tenían que hacer un proyecto juntas. Algún trabajo en equipo, creo. Kate lo sabrá. En fin, Sally nos preguntó si podía venir Lucinda a casa y pasar aquí la noche, y así tenían más tiempo para preparar el trabajo. La verdad es que no le di más importancia, porque, como dice Joe, viene mucho por aquí.

—¿Y se habló de cómo irían al colegio al día siguiente? —pregunta—. Supongo que la señora Riverty daría por sentado que sería usted quien las llevara al colegio.

—¿Qué? No, no. Van las dos siempre en autocar. Hay un minibús escolar que lleva a todos los niños de Troutbeck al colegio.

—¿Qué compañía de autocares se encarga de ese servicio?

—South Lake Taxis —respondo, y la inspectora toma nota—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—¿Cuándo desapareció Lucinda? ¿Llegó a ir al colegio ayer? ¿O lleva ya desaparecida veinticuatro horas?

—Estamos casi seguros de que desapareció a última hora, al salir del colegio. Pasaron lista antes de la última clase y ella estaba presente. Pero lo estamos comprobando con los propios alumnos. ¿Cree usted que lo normal es la señora Riverty sería ponerse en contacto con su hija en caso de que esta durmiera en casa de una amiga?

—Conociendo a Kate, yo diría que sí.

¿Acaso Kate había intentado llamar a Lucinda y ella no le había cogido el teléfono? Con Sally nos había sucedido bastantes veces. Al principio le echábamos unas broncas tremendas, pero después, seguro que como otros muchos padres con hijos adolescentes, acabamos tirando la toalla.

Yo he aprendido a escoger las batallas que libro con Sally, y esa la perdí ya hace mucho, seguramente al mismo tiempo que desistí de darle la tabarra para que pusiera orden en su habitación.

—Kate le envió un mensaje de texto a Lucinda, pero no recibió respuesta —dice la agente—. ¿Opina usted, como madre, que eso sería motivo de preocupación suficiente como para hacer una llamada? ¿Como para ponerse en contacto con los padres?

Reflexioné un momento. ¿Acaso estaba dando a entender que Kate tenía cierta

parte de culpa por no haber hecho el seguimiento de aquel mensaje de texto sin respuesta?

—A veces Sally se ha quedado a dormir en casa de Lucinda y no ha contestado a mis mensajes. Están tan absortas en su mundo que se olvidan de todo. Ya sabe cómo son las adolescentes.

Al parecer, la agente Aspinall no lo sabe, porque no hace ademán de asentimiento alguno.

—Pero, si quiere que le diga la verdad —continúo—, sabiendo que está con Kate no me preocupo mucho por ella cuando se queda a dormir con Lucinda. Ahora bien, si estuviera en otra casa, con alguna amiga que yo no conociera tanto, quizá sí llamaría a los padres para preguntar cómo está.

Mi respuesta parece satisfacer a la agente, porque da un giro al interrogatorio y me pregunta seguidamente qué clase de niña es Lucinda. ¿Podría esconder algo a sus padres? Cuando tengo la impresión de que hemos terminado, le pregunto lo que llevo deseando saber desde que entró.

—¿Y usted? ¿Usted qué cree que le ha pasado?

—Imposible saberlo —contesta.

—Pero si tuviera que decir algo. Si tuviera que optar por una cosa u otra, diría que cree que Lucinda...

—Por el momento no se descarta ninguna posibilidad.

Asiento. En parte casi estaba deseando oírla decir que creía que Lucinda se había fugado de casa. Para que la culpa no recayera toda sobre mis espaldas. Es evidente, sin embargo, que Lucinda no se ha ido de casa voluntariamente. ¿Por qué demonios iba a hacerlo?

—Una última cosa —dice la agente, como de pasada, al levantarse—. Necesitaremos una relación de sus movimientos, los suyos y los de su marido... a partir de las tres de la tarde de ayer aproximadamente.

—Entonces, Charles —la agente inmobiliaria lo contempla, pestañeando—, ¿vas buscando viviendas similares a esta, a orillas del lago? ¿O estás abierto a cualquier cosa?

—Preferiría que tuviera acceso al lago, si es posible. De hecho, lo que realmente me gustaría sería una casa flotante, pero supongo que si surgiera una casa idónea, no tendría inconveniente en verla y...

—Entiendo —dice la agente, cabeceando—. Pero estoy convencida de que esta te va a encantar, es una casa fuera de serie.

Aguarda detrás de la agente inmobiliaria mientras esta abre la cerradura de la entrada y desactiva la alarma. No hay nadie en la casa, observa. En cuanto la agente pone el pie en el vestíbulo, se vuelve hacia él con sonrisa de oreja a oreja, esperando que se deshaga en elogios. Que se maraville con aquellas paredes revestidas de roble y aquellos acabados de época. Como si ella misma hubiera participado de algún modo en su construcción.

—Impresionante —dice él, por complacerla, pero miente.

Quienquiera que sea el propietario no tiene el menor gusto. La moqueta que reviste las escaleras es una vulgaridad, y los vitrales del porche son una horterada.

—Te enseñaré la cocina —dice la agente—. Es fantástica.

Los tacones de aguja de la agente atraviesan con celeridad el parquet. Él observa sus andares y se fija en el dobladillo descosido de su falda. Un hilo de algodón negro se ha soltado y le cuelga por la pantorrilla.

—Es una habitación estupenda, superluminosa —dice la agente—. Perfecta para reunir a toda la familia, ¿no te parece?

Él ni siquiera se molesta en responderle. Se siente como un ejecutivo recién trasladado a otra ciudad que busca nueva residencia; un ejecutivo con la típica esposa para quien la cocina es el «centro de la casa». Una mujer de esas que afirman desear una habitación donde «estar todos reunidos en familia», ante la mirada de horror de sus hijos adolescentes.

La agente se dirige al gran ventanal que hay al otro lado de la zona donde está el comedor.

—¿Dónde estás viviendo ahora? —le pregunta.

—En Grasmere —responde él.

—Ah, pues no me suena tu nombre; pensé que no eras de aquí.

El burdo intento de la agente por averiguar si verdaderamente puede pagar una casa de esas características no da resultado. La chica sonrío, esperando que revele algo más, pero en vano.

Él la estudia; estudia sus carnes fofas apretadas en un traje que pretende dar imagen de profesionalidad. No hay más que verle la cara a esa mujer para adivinar

la clase de vida que lleva. Se la imagina saliendo de casa a toda prisa por la mañana, engullendo una magdalena, fingiendo haberse cambiado de bragas y montándose en su coche, entre restos desperdigados de bolsas de patatas fritas y porquerías por doquier.

Vuelven a la cocina y ella pasa la mano por la encimera de granito rosa.

—¿A qué te dedicas? —pregunta ella como de pasada.

Él repara, antes de responderle, en que la alianza le aprieta tanto que le está segando el dedo.

—Establecimientos comerciales, hoteles —le responde.

—Ah —dice ella muy sonriente—. ¿Qué hoteles?

—Preferiría no contestar a esa pregunta por el momento, porque estoy pensando en vender y no quiero que se sepa. A muchos clientes les desagrada hospedarse en un alojamiento que está a la venta.

—No te preocupes, yo nunca comentaría los asuntos de mis clientes fuera de...

Él sonríe.

—Pero yo en realidad aún no soy cliente tuyo, ¿no? —dice cordialmente.

—Posible cliente, entonces.

De pronto la agente lo mira pestañeando con coquetería.

—¿Estás pensando en invertir en algún otro hotel?

—De hecho, mi intención es apartarme de la hostelería. Es un negocio demasiado esclavo. Nunca he logrado encontrar un director de hotel como es debido, y luego está el problema de la clientela británica en general... No, estoy pensando en montar un negocio por internet. Importación de artículos que en Estados Unidos hayan tenido éxito comercial.

Ella cabecea con seriedad, y él se hace cruces, no por primera vez en lo que va de día, de lo dispuesta que está la gente a creer todo lo que se le cuenta. Quieren creer, aunque en el fondo la duda les corroa. El regocijo que eso le provoca es tal que baja la guardia una fracción de segundo.

—¿Tienes una vivienda a la venta? —pregunta ella.

Él gira la cabeza bruscamente.

—¿Eh? ¿Cómo? —farfulla.

—Una vivienda. ¿Estás de alquiler o tienes una vivienda que vender antes de cambiar de casa?

No tiene una respuesta a punto para eso. ¿Cómo no se le ha ocurrido preparar un par de direcciones antes de acudir a la cita?

Sacude la cabeza y mira para otro lado. Siente un repentino picor en las palmas de las manos.

—¿Me dejas echar un vistazo? —dice él, señalando la carpeta donde la agente guarda el informe con las características de la vivienda.

—Ah, ¿no te han informado ya? —dice ella—. Perdona, creí que ya habías estudiado la oferta a fondo.

La agente va hacia él y deja la carpeta abierta sobre la encimera. Al acercarse, el olor corporal de la agente llega hasta él y la vaharada le revuelve las tripas.

En el interior de la casa hace calor y, al inclinarse ella hacia delante, se le abre ligeramente la chaqueta, y un acre pestazo a sudor con olor a cebolla, a crema autobronceadora y aliento a tabaco impregna el aire.

¿Quién coño le ha dado permiso para acercarse tanto a él?

Se revuelve nervioso. El picor en las manos va en aumento. Siente como si algo reptara bajo su piel. Intenta apartarse un poco, pero ella no parece darse cuenta. Está pasando un rollizo índice, el que tiene el esmalte descascarillado junto a la cutícula, por el papel. De pronto la mujer se lanza a parlotear a velocidad de vértigo sobre contratos de arrendamiento, suministros de agua corriente y evacuación particular de aguas residuales. Él siente que la cabeza le da vueltas y le falta el aliento: esa repulsiva mujer está acaparando todo el oxígeno.

Traga saliva.

—Apártate un poco, si no te importa.

—¿Perdona?

—Que te apartes.

Ofendida, la agente se aparta.

—¿Hay algún problema? Te aseguro que la vivienda está a un precio muy competitivo, si tienes ocasión de visitar otras casas en venta en las inmediaciones observarás que hay poca diferencia de...

Él tiene la mano levantada, pidiendo silencio. Cierra los ojos y hace una honda inspiración.

—Gracias, pero ya he visto lo que tenía que ver —afirma, encaminándose hacia la puerta.

Antes de llegar, sin embargo, las palabras de la agente hacen que se detenga:

—Tú no puedes pagar una casa como esta.

Él se vuelve, intentando descifrar el alcance de sus palabras.

—Me has hecho perder el tiempo miserablemente —prosigue la agente—. ¡Como si no tuviera otra cosa que hacer! —añade, apretando los dientes y mirándolo de arriba abajo con desdén.

Desgraciadamente, no le deja alternativa.

Va hacia ella, echa el brazo hacia atrás y cierra la mano en un puño. No obtiene ningún placer con ello, no es un hombre violento por naturaleza, pero le asesta tal puñetazo en la cara que el impacto la propulsa a tres metros de distancia y la agente cae de espaldas junto al frigorífico americano de dos puertas.

La agente se queda tan atónita que es incapaz de articular palabra, y aunque

*quisiera quizá tampoco podría, puesto que le ha reventado la nariz. Por su grotesca boca mana la sangre y podría ahogarse con sus propios fluidos.*

*Se lleva las manos a la cara horrorizada, dando arcadas a causa de las secreciones que anegan su garganta.*

*Él sacude la cabeza.*

*—No sirves para este trabajo —dice resignadamente, y sale por la puerta, con la mano llena de sangre enfundada en el bolsillo de la chaqueta.*

Miro el reloj. No son más que las doce y veinte. Siento como si ya hubiera vivido cinco vidas en el transcurso de esta mañana. Joe se ha unido a la partida de búsqueda. Los vecinos han formado tres grupos distintos. Uno en Troutbeck, que se encargará de rastrear el campo y toda la zona entre el colegio y el domicilio de Kate. Son varios kilómetros cuadrados, pero los recorrerán en los quads que utilizan los pastores cuando están en lo alto del páramo para guiar a las ovejas. La otra partida cubrirá el recinto del colegio, los campos de juego y la zona de bosque que va desde el centro escolar hasta orillas del lago Windermere. Y el tercer grupo se encargará del tramo que se extiende entre el colegio y el pueblo de Windermere. Muchos escolares vuelven a Windermere andando al salir de clase y de camino hacen un alto en Greggs para comprarse algún bollo, en el supermercado Co-op o en la biblioteca (los que no tienen ADSL en casa). Hay una distancia de apenas dos kilómetros, y es probable que Lucinda tomara esa dirección en caso de haberse fugado.

Pero yo sé que todo es inútil.

Lucinda no se ha fugado ni ha puesto el pie en Windermere. A Lucinda se la han llevado a alguna parte para violarla. Igual que a Molly Rigg.

Pienso en ella, y se me retuercen las entrañas. Lucinda nunca se fugaría de casa ni sometería a sus padres a este tormento adrede. Ni por lo más remoto. Sally se queja mucho de lo santita que Lucinda puede ser a veces. Le molesta que a su amiga nunca tengan que llamarle la atención en el colegio, que nunca llegue a clase sin la lección aprendida y que siempre se lleve el premio al uniforme más pulcro.

Lucinda nunca se marcharía de casa por voluntad propia. Nunca.

De pronto, me asalta un pánico incontrolable y siento la necesidad compulsiva de tener a mis hijos cerca, donde yo pueda verlos. Corro escaleras abajo, con el corazón desbocado, y me pongo a buscar desesperadamente las llaves del coche. Tengo que ir a buscar a mis hijos y traerlos a casa. Quiero verlos a mi lado, a salvo, donde nadie pueda arrebatármelos. Que le den al colegio; en casa es donde deben estar.

Revuelvo el armarito del recibidor y tiro al suelo papeles, guantes, sombreros y facturas sin pagar. Finalmente encuentro las llaves en el bolsillo del abrigo, pero hasta que salgo a la calle y veo que el coche no está, no caigo en la cuenta de que se quedó aparcado delante del colegio de Sam. Donde lo dejamos cuando Joe vino a recogerme a primera hora de la mañana.

Por el momento, no puedo hacer nada. Entro en casa de nuevo y llamo por teléfono a mi madre. No se me ocurre qué otra cosa hacer.

Suena el teléfono, y levantan el auricular.

Tras un silencio, la oigo dar una larga calada al cigarrillo antes de contestar.

—¿Diga? —dice con un acceso de tos.

—Soy yo.

Previsiblemente, se me quiebra la voz.

Ella ya está al corriente de lo ocurrido. Es un pueblo pequeño, y las noticias vuelan. Mi madre limpia la sucursal del NatWest Bank cada mañana antes de que abra al público, y desde allí se va directa a hacer limpiezas por horas que cobra en negro. Si no fumara dos paquetes diarios, podría hacer tres casas menos por semana. Pero según ella fumar es su único placer, y si no fuera por el tabaco estaría siempre estreñida. Así que no le doy mucho la tabarra con ello.

Le cuento que necesito traerme a los niños a casa, que tengo miedo de que me los secuestren.

—Lisa —dice con firmeza—, deja a esos niños en la escuela. No les va a hacer ningún bien estar en casa contigo. Tal y como estás, no. Además, nadie va a secuestrártelos hoy precisamente, ¿no ves que todo el mundo está en alerta máxima?

Mi madre siempre ha sabido reaccionar bien en momentos de crisis. Supongo que no le ha quedado más remedio, porque nosotras éramos la segunda familia de mi padre, la «otra» familia. Él vivía en Wigton, al norte de Cumbria, y lo veíamos cada tres o cuatro semanas. Vivíamos prácticamente en la indigencia las dos; mi madre se ganaba el sustento con las chapuzas que iban cayendo y mi padre le pasaba el poco dinero que podía. Pero en Wigton tenía otros cuatro hijos que mantener y su jornal no daba para mucho.

Los inviernos eran crudos, y entre unos cuantos niños de la barriada donde vivíamos habíamos montado una especie de pista de patinaje delante del portal de casa. Nadie tenía trineos entonces, nos servíamos de bandejas o bolsas grandes de basura. Recuerdo que uno de los niños se venía con una colchoneta de playa.

Estábamos haciendo cola para deslizarnos cuesta abajo cuando un coche asomó por la esquina. Era un taxi, un Rover de esos enormes con motor de tres litros y medio, como tanques de grandes. El vehículo se detuvo junto a nosotros y de él se apeó una señora.

Iba muy bien vestida. Muy elegante. Llevaba un abrigo de lana beige con un camafeo en la solapa, y el pelo recogido en un pulcro moño sujeto en lo alto de la cabeza. Y colgado de la muñeca un bolsito de charol de esos con forma de trapecio, como los que solían lucir Maggie Thatcher y la reina Isabel II. La señora miró con desdén a la pandilla de desharrapados que tenía delante y se dirigió a nosotros diciendo:

—¿Cuál es la mocosa bastarda de Harold?

Nos quedamos todos boquiabiertos. Los mayores dejaron escapar unas risitas. Evidentemente, la señora se estaba refiriendo a mí. Yo no tenía muy claro lo que significaba aquello de «bastarda», pero como ya me lo habían llamado alguna que otra vez sabía que no era nada bueno.

La señora, viendo que nadie abría la boca, pasó de largo y se dirigió hacia la puerta de nuestra casa, pisando sobre la nieve con mucho tiento para no resbalar. Mi madre salió a abrir, y la señora desapareció tras la puerta.

Luego empezó a nevar. Caían unos copos gordos como naranjas, y yo, que no llevaba encima más que un delgado anorak como esos que se les pone a los niños cuando llueve en verano, volví a casa a refugiarme.

La señora estaba sentada en el filo del sofá de la sala de estar —la única habitación de la casa, aparte del cuarto de baño, donde había calefacción de algún tipo— y, en cuanto entré, saltó del asiento, juntando las palmas de las manos.

—¡Lisa! Cuánto me alegro de conocerte —exclamó muy jovial.

Miré a mi madre, pero parecía tan desconcertada como yo por la presencia de aquella mujer.

—Soy la esposa de tu papá —dijo la señora, todavía con la sonrisa en los labios. Y luego añadió, en dirección a mi madre—: Quizá que merendáramos algo, Marion. ¿Qué tal una taza de té mientras le doy a la niña sus regalitos?

Mi madre fue hacia la cocina dispuesta a complacerla. Un momento después recuerdo que oí un portazo en la puerta trasera, y sospeché que habría salido a casa de la vecina para ir a por leche, azúcar, té, tazas... lo que fuera que hiciera falta aquel día. La mujer de mi padre metió la mano en el bolso y sacó dos paquetes de caramelos masticables y una chokolatina grande de menta.

Luego, mientras yo estaba masticando tan campante frente a la estufa, la señora metió de nuevo la mano en el bolso y se sacó un cúter Stanley. Lo blandió en el aire un par de veces con mucho aspaviento y dijo:

—No te olvides de contarle a tu papá todo esto con pelos y señales.

Yo asentí muy seria, suponiendo que se refería a mis caramelos, porque no sabía para qué servía el cúter aquel.

Y a continuación la señora hizo algo inconcebible. Se arremangó meticulosamente las mangas del abrigo beige hasta el codo, dejando a la vista sus lechosos brazos, y empezó a hacerse largos y profundos tajos en las muñecas.

El miedo me dejó tan petrificada que cuando mi madre regresó para preguntarle cómo le apetecía el té, la mujer de mi padre ya estaba desplomada en el sofá, y un charco de sangre crecía sobre su regazo como una manta.

—Vete a casa de la vecina —fue todo lo que me dijo mi madre, serena y sucintamente. Luego añadió, sin dirigirse a nadie en particular—: Se lo advertí. Sabía que al final iba a pasar esto.

Nunca más volvimos a ver a mi padre. Todas las crisis que surgieron a nuestro paso las remontó mi madre sola. Y con el mismo talante con que en este momento se está enfrentando a mí, con toda naturalidad, sin aspavientos ni dramas.

—¿Qué hago? —le pregunto, histérica, la cabeza a punto de estallar.

—¿Qué haces de qué? Ya te he dicho que no saques a los niños de la escuela.

—Digo con Kate. Tengo que hacer algo. Si me quedo aquí sentada de brazos cruzados me voy a volver loca.

—Ya ha salido Joe a ayudar con la búsqueda —responde—. ¿Qué más puedes hacer?

—Le dije a Kate que la encontraría.

Oigo que da otra larga calada.

—Pues menuda tontería de decirle. ¿Quién demonios te manda prometer eso?

—Es que me dijo: «Encuéntrala». ¿Qué querías que le dijera? ¿Que no?

—Pues entonces ya te puedes poner a ello.

—Estoy sin coche.

—Pero no sin piernas, ¿no? —replicó—. ¿Para qué te sirven?

Salgo de casa con la vaga intención de dirigirme hacia la vertiente del valle donde vive Kate y buscar por mi cuenta y riesgo. No llevo una idea muy clara, ni abrigo grandes esperanzas de encontrar nada. Pero, como le he dicho a mi madre, no puedo quedarme sentada de brazos cruzados.

Cruzar el valle hasta casa de Kate no debería llevarme más de veinticinco minutos. Me he puesto las botas de montaña, porque las de agua tienen las suelas desgastadas, y me he abrigado tanto como he podido pero procurando no perder movilidad. Si no fuera por lo aturdida que estoy con la que me ha caído encima, me sentiría rara sin la compañía de los tres perros. Como si fuera una traición salir a andar por ahí sin ellos.

Al llegar a la carretera principal, doy un par de resbalones. El asfalto brilla como un espejo. El sol, todavía bajo, cae sobre los cristales de hielo que cubren la calzada haciéndola refulgir. Mi sombra se alarga ante mí. Mido seis metros de altura y mi cabeza tiene el tamaño de una pelota de tenis.

Ayer, más o menos a esta misma hora, fue cuando desapareció Lucinda, y se me ocurre preguntarme si la pobre llevaría puesta ropa adecuada para estas temperaturas. Yo me tengo que pelear prácticamente a diario con Sally y James para que se pongan abrigo cuando salen al colegio. «Pero si nadie lleva», saltan los dos; razón parecida a la que pretexta James últimamente cuando se niega a que le compre ropa en Gap.

—¿Tú sabes lo que quiere decir esa sigla, mamá? ¡Gay American People!

—Qué va a querer decir eso —replico, pero él ya se ha dado media vuelta, ajeno a mi criterio.

Ahora tiene once años, pero ya me hago una idea del tipo de adolescente en que se convertirá dentro de nada. Últimamente se mueve por casa como un fantasma para evitar que le hables. Entro en la cocina, y oigo sus pisadas subiendo con sigilo las escaleras. Recuerdo los temores que me embargaban antes de su nacimiento, la

paralizante certeza de que me sería imposible querer a aquel bebé como había querido a Sally. ¿Cómo demonios iba a poder yo generar una intensidad de amor así dos veces? Pero de pronto allí estaba James. Y el amor con él. Ni siquiera tuve que intentarlo. Ahora me desvivo por ofrecerle ese amor, pero él me rechaza. No lo necesita ahora mismo. No me necesita.

Mis pensamientos vuelven en tropel sobre Lucinda y me pregunto si ayer saldría de casa sin abrigo. Imposible sobrevivir una noche a la intemperie con estas temperaturas. En el Distrito de los Lagos no suele hacer un frío extremo, y a menos que a uno se le ocurriera hacer un disparate, tipo escalar el Great Gable o el Scafell en chancletas, podría seguramente sobrevivir una noche al raso.

Pero con este tiempo, imposible. Anoche, imposible.

De pronto me imagino el cadáver de Lucinda arrimado a un muro de piedra, abandonado, tirado como un fardo. Desnudo de cintura para arriba como el de aquella otra chica.

Pero, a diferencia de Molly Rigg, Lucinda está muerta. A esta el sujeto decidió matarla antes de arrojarla por la puerta del coche y salir huyendo.

Estoy ya en la parte en sombra del valle, remontando la otra vertiente en dirección a la casa de Kate y Guy, e intento sacudirme de encima las imágenes que me vienen a la cabeza. Aquí hace más frío y, aunque el día está despejado y luminoso, es una zona umbría. Tenebrosa.

La mente me juega malas pasadas. No hago más que ver como fogonazos de color entre el blanco. Vuelvo la cabeza cada dos por tres cada vez que oigo a los grajos entre los árboles, esperando divisar a Lucinda allá arriba, sonriendo y saludándome con la mano.

Al llegar a lo alto de la carretera tuerzo a la izquierda e inmediatamente oigo ruidos. Un guirigay de voces. Aprieto el paso carretera adelante y al volver la siguiente curva descubro de dónde provienen.

Hay furgonetas. Coches. Prensa. Cámaras y antenas parabólicas en lo alto de los vehículos. La carretera que rodea la casa de Kate está prácticamente bloqueada.

Dios mío, pienso, ¡la han encontrado! Y echo a correr.

Pero no.

No han encontrado nada de nada. Kate y Guy están ofreciendo una rueda de prensa delante de su casa, ante el portón rojo brillante.

Es Guy quien habla; ha tomado él la palabra. Es él quien está informando a los medios de comunicación, y Kate está de pie a su lado, en silencio. Tiene la típica mirada en el rostro: la mirada de la angustia. Como si también ella hubiera desaparecido. No hay señal de vida en sus ojos, ni movimiento, ni siquiera un involuntario tic en los músculos de la cara. Es una mirada vacía.

Me mantengo a distancia procurando no llamar la atención. Alexa repara en mí y

me lanza una mirada asesina, furiosa de verme aquí.

Guy habla y habla, pero no oigo lo que dice. Mueve los labios a toda velocidad, como si estuviera haciendo un reportaje en directo, y gesticula y señala el valle al fondo. Como si pretendiera que los espectadores se hicieran una idea de dónde podría estar su hija. Luego mira a su mujer a la cara y enmudece, incapaz de proseguir.

Es lo peor que me ha tocado ver en la vida.

Peor que ver cómo el veterinario sacrifica a un perro maltratado, para ahorrarle sufrimiento al pobre animal. Peor que ver a la mujer de mi padre cortándose las venas ante mis propios ojos.

No hay nada peor que la desaparición de un hijo. Nada en el mundo.

*Recorre los pasillos del almacén de bricolaje fingiendo que se ha dejado caer por allí con la intención de echar un vistazo simplemente, como todo el mundo. Para matar el tiempo curioseando un rato. No sabe qué llamará menos la atención, si adquirir lo que necesita en este almacén o arriesgarse a comprar esos artículos en la ferretería de Windermere.*

*Ambos tienen sus inconvenientes. Aquí, las cámaras. Allí, los cotillas y bocazas de los dependientes.*

*En una ciudad no tendría ese problema. En Newcastle o Liverpool a nadie le importa una mierda lo que uno pretenda hacer con unos rollos de polietileno.*

*Mientras se decide y no, sale a la parte exterior del establecimiento y hace como si comparara el tamaño de las distintas bolsas de gravilla ornamental a la venta. No quiere entretenerse en la misma zona demasiado rato; podría llamar la atención.*

*Además, le ha salido una admiradora.*

*Una pelirroja con cara triste, vestida con cazadora vaquera y botas de tacón de aguja, le está siguiendo los pasos. Por el momento, la chica ya ha metido en su carrito un paquete de sosa cáustica, un producto para eliminar el moho y un paquete con cuatro fundas protectoras para muebles. Sospecha que la pelirroja no necesita ninguno de esos artículos y siente la tentación de entretenerse junto a la gravilla otro rato. Aunque solo sea por ver cómo la tipa se las ingenia para levantar del suelo un saco con treinta kilos de grava.*

*Una vez dentro de nuevo, decide hacer sus compras en dos establecimientos distintos. Los productos de limpieza, aquí, y los rollos de plástico en el almacén de material de construcción que hay en el polígono industrial. Acaba de recordar que allí el personal no muestra el más mínimo interés por lo que compras.*

*Repasa mentalmente la lista. Lejía. Trapos. Bolsas de basura. Quizá que se lleve también una fregona y un cubo y así acabará antes.*

*A su mujer le gustan las fregonas Vileda. Dice que secan mucho más rápido el suelo que las de flecos de trapo que se usaban antiguamente, así que mejor que coja una de esas.*

Kate repara en mí allí apartada junto a la carretera y me devuelve una mirada sin expresión. Me dispongo a volverme por donde he venido, porque es evidente que ha sido un error. He hecho el tonto viniendo hasta aquí.

Supongo que me había hecho la absurda idea de que si me veían participar en la búsqueda, si veían hasta qué punto deseo reparar el daño causado, quizá pudieran llegar a perdonarme.

Qué tonta. Y encima de tonta, egoísta. Me avergüenzo de haber venido.

Me doy la vuelta para irme, avanzo unos pasos y oigo:

—Disculpe.

Una mujer viene hacia mí. Hago ademán de acercarme a ella, pero advierto enseguida que es reportera. Va hecha un pincel, salta a la vista que no es una periodista local; por la ropa que lleva, seguro que es de algún medio de comunicación nacional: abrigo de cachemira azul marino, perfectamente peinada, perfectamente maquillada.

—¿Conoce a la familia? —me pregunta.

—Soy una amiga.

—¿Podría decirnos algo sobre la niña desaparecida? ¿Qué tipo de niña era?

La miro fijamente a los ojos.

—Es —corrijo—. Querrá decir «¿Qué tipo de niña es?».

—Sí, claro. Disculpe —dice prestamente—. ¿Conoce bien a la familia Riverty?

Digo que sí con la cabeza, pero me siento muy incómoda. No debería hablar con esta mujer; echo una ojeada hacia la casa y veo que Kate y Guy se han refugiado de nuevo en su interior.

—Lo siento —le digo, intentando alejarme—, pero me tengo que ir.

—Por favor, es solo un momento, no tardaremos mucho. —Sus ojos rebosan amabilidad. ¿Estará fingiendo? No estoy segura—. No la entretendré más de lo necesario, pero ya sabe que los medios de comunicación desempeñan un papel decisivo a la hora de localizar a niños desaparecidos. Podemos trasladar la información a la opinión pública en un instante. En realidad, a veces de ello depende que se localice al niño vivo o...

No termina la frase. No es necesario. Sabe que me ha atrapado.

—¿Qué quería saber? —le pregunto.

Extrae rápidamente una grabadora del bolso.

—Preséntese por su apellido y deletréelo, por favor.

Estoy deletrando K-A-L-L-I-S-T-O cuando veo desde lejos a Kate tras la ventana del salón.

—Lo siento —le digo—, no sé si debería hacer esto.

Inmediatamente, la reportera muda el amable semblante.

—Está bien, pero ¿le importaría confirmarnos un dato? —No aguarda a que yo le responda—. ¿Es cierto que Lucinda Riverty sale con un hombre mayor que ella? Mucho mayor. ¿Podría confirmármelo?

—¿Qué? —salto escandalizada—. No.

—¿Quiere decir que no es cierto o que no puede confirmarlo porque no lo sabe?

Farfullo como dando a entender que no es cierto pero, la verdad, me he quedado perpleja. ¿De dónde ha sacado eso? ¿A quién se le habrá ocurrido ir a la prensa con esas patrañas?

La miro desafiante, súbitamente indignada.

—¿Usted ha visto alguna foto de Lucinda?

—Sí, una del colegio. De hecho, necesitaríamos otra.

—Pues si la ha visto en foto sabrá que esa niña no es la típica putilla por quien usted la toma...

—Yo en ningún momento he dado a entender que fuera una putilla.

—Sí lo ha hecho. Ha dicho que va por ahí «con un hombre mucho mayor que ella». Publicando esos infundios de mierda, lo único que se consigue es que a la gente deje de importarle el caso. Que piense: Ah, bah, está claro que es una de «esas». Acabará apareciendo muerta en alguna parte.

La reportera abre la boca para interrumpirme, para romper una lanza por su trabajo, pero yo sigo con la perorata.

—Así funcionan los periodistas. Es como cuando dicen: «Fulanito ha sido víctima de un ataque a mano armada en su “humilde” residencia». Para el caso es lo mismo. Le están diciendo a la gente lo apenada que debería sentirse por la víctima en lugar de limitarse a informar simplemente. Me sacan de quicio.

—Las noticias son así..., señora...

Hace una pausa y le refresco la memoria:

—Kallisto.

Una leve sonrisa cruza sus labios.

—Ah, sí. No será usted, por casualidad, la misma señora Kallisto a cuyo cuidado debería haber quedado Lucinda el día de su desaparición, ¿verdad?

Muda de asombro, le lanzo una mirada furibunda.

—Eso no fue lo que ocurrió —digo por fin—. No fue así...

Pero la reportera ya ha acercado de nuevo la grabadora a mis labios.

—¿Y si me explica, con sus propias palabras, lo que sucedió exactamente?

Echo un vistazo hacia la casa. Kate sigue allí, mirando por la ventana del salón, haciéndome señas para que me acerque a la casa.

Me vuelvo a la reportera. Sé que soy culpable. Sé que Lucinda ha desaparecido por mi culpa. Pero ¿confesárselo a esta mujer? ¿Al país entero? ¿Y que todo el

mundo me juzgue, que esta bruja ponga en mi boca cosas que no he dicho? No puedo. Será cobarde por mi parte, pero no me salen las palabras del cuerpo.

—¿Señora Kallisto? —insiste y, a falta de una réplica inteligente y mordaz, la mando a la mierda y me dirijo a la casa.

Cuando entro, Kate está en el recibidor. Dudo un instante. Ella percibe mi aprensión y me abraza. Siento su cuerpo tan menudo bajo la ropa, que pienso: ¿Cuándo ha sucedido esto? ¿Cuándo ha podido adelgazar tanto sin que yo me diera cuenta?

—¿Qué te decía esa periodista? —me pregunta.

—Nada —contesto incómoda—. Si te conocía, nada más. Le he dicho que sí, pero que no podía responder a sus preguntas.

—He estado observándola.

—No se anda con contemplaciones. Supongo que si quieres sobrevivir en esa profesión no te queda más remedio.

No le menciono lo que acaba de decirme la reportera.

—Les ha faltado tiempo —digo—. A los medios de comunicación.

—Es por la otra —contesta Kate—. Porque Lucinda ya es la segunda que desaparece.

Hablo con voz débil, quebrada. Quiero preguntarle cómo está, pero no me atrevo, me parece inoportuno. Porque es evidente que no se puede estar bien. Que uno se encuentra al límite, aferrado con las uñas al borde del precipicio.

Kate me mira como si acabara de leerme el pensamiento y dice:

—Estoy muerta de miedo, Lisa. Estoy cagada de miedo.

Y me parte el alma.

—Lo sé —le digo en voz baja—. Lo sé.

—¿Dónde está?

—La encontrarán.

Kate se frota la cara con las manos. Está agotada. Vamos hacia la cocina. Oigo pisadas sordas en el piso de arriba, pero, a diferencia de esta mañana, reina un silencio ensordecedor en la casa. Deben de estar todos fuera buscándola.

Nos sentamos a la isleta de la cocina. Adosada a la parte trasera de la casa hay una enorme galería acristalada, y la intensa luz del jardín cubierto de nieve entra a raudales en la cocina.

Desde donde estoy sentada veo la casita de juguete fuera. Pintada de colores vivos, como la casa de pan de jengibre de Hansel y Gretel. Cuando Sally y Lucinda tenían nueve o diez años se pasaban el día metidas allí dentro. Inventando clubs, códigos secretos y haciendo lo que sea que hacen las niñas a esa edad. Es triste lo lejano que queda ya esa época.

—Sé que te parecerá una tontería —dice Kate—, pero nunca pensé que a mí

podiera ocurrirme esto. Que iba a ser esa madre que sale en las noticias, esa en cuya piel una nunca desearía verse. No sé por qué, pero me creía a salvo. Inmune a estas cosas. —Intenta esbozar una sonrisa—. Una tontería, la verdad.

Tiene los ojos enrojecidos, la piel casi translúcida.

—Kate, no sabes cuánto lo siento. No sé cómo decirte lo mucho que lo siento.

Me toma la mano.

—No lo repitas más, Lisa. Por favor. Ya me lo has dicho. No ha sido culpa tuya. Ni tuya ni de nadie. Puestos a repartir culpas, yo tendría que haberte llamado para asegurarme de que estaba en tu casa.

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—No sé cómo puedes ser así —le digo, sinceramente admirada por el modo en que está llevando la situación, por sus palabras—. Tan ecuánime... ¿De verdad es lo que sientes por dentro?

—¿Qué quieres que haga? —dice con voz apagada—. Ahora mismo no tengo fuerzas para estar rabiosa. Lo único que quiero es verla de vuelta en casa.

—La verás.

Entonces me mira, y la oscura sombra que atraviesa su rostro se desvanece por un instante.

—¿Sabes una cosa? —me dice—, yo también lo creo. Creo que volverá. Tal como me siento ahora, ya me da igual lo que le haya ocurrido con tal de recuperarla. Si está viva, lo demás es superable.

Intento con todas mis fuerzas que mi cara refleje la misma esperanza. Intento dar a entender que sí, que por supuesto Lucinda volverá a casa. Pero no sé si lo consigo, porque, a decir verdad, no lo creo posible. ¿Cómo voy a creerlo después de haber visto a tantas familias en las noticias que han sufrido el mismo tormento? Rotas por el dolor cuando su hijo aparece muerto.

Me levanto y me abrazo a ella otra vez.

—¿Dónde está Fergus? —le pregunto.

—Arriba con Alexa.

—¿Cómo está?

—Sabe que ha sucedido algo terrible, que Lucinda no ha vuelto a casa, pero él no entiende qué consecuencias puede tener eso. No tiene ni idea del peligro que corre su hermana, y hemos decidido que mejor que no lo sepa.

—Por supuesto.

—¿Y Sally, cómo está? —me pregunta ella.

Muy propio de Kate interesarse por mis hijos en un momento así.

—Lo está pasando fatal, pero no he hablado con ella desde esta mañana. Intenté llamarla. Por lo visto, la policía estaba en el colegio interrogándoles, pero desde entonces no he vuelto a saber nada más. Se echa la culpa de lo que ha pasado, como

ya imaginarás.

—¿Por qué no fue al colegio ayer?

—Le dolía la barriga... nada grave. Yo no podía quedarme en casa con ella porque tenía un lío tremendo en el trabajo, y Sally...

—Deberías haberme llamado. Podría haberme pasado por tu casa para ver cómo estaba y... —Pero Kate se interrumpe.

Porque las dos estamos pensando lo mismo.

Si yo hubiera hecho esa llamada...

El silencio se prolonga un momento mientras ambas nos perdemos en hipótesis, conjeturas y deseos; luego, oigo pisadas en el piso de arriba y me estremezco.

Kate advierte mi inquietud.

—No te preocupes, ha entrado en el cuarto de baño. No va a bajar.

Se refiere a Alexa, evidentemente, y yo exhalo un lento suspiro.

—Siento que haya estado tan violenta contigo esta mañana —dice Kate—. Es su forma de ser. Lo de culpar a los demás, me refiero.

Desvió la mirada. Como suelo hacer siempre que se menciona a Alexa en mi presencia.

—Tenía razón echándome la culpa —digo en voz baja, pero Kate de pronto está pensando en otra cosa.

Tiene la mirada puesta en la esquina de un rincón, y los ojos vidriosos.

La agente Joanne Aspinall sube los peldaños que llevan al consultorio médico. Son las 5.40 de la tarde.

Adolescente desaparecida número dos, día uno, y la presión va en aumento. Joanne se había propuesto cancelar la cita, para quedarse en la comisaría y seguir trabajando. Pero su jefe le ha dicho que la investigación no iba a hacer grandes progresos en lo que quedaba de día. La ha mandado a su casa, no sin antes pedirle que de camino hiciera un alto en casa de los Riverty. «Para que sepan que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos. Indaga un poco más, habla con la prensa si es preciso».

Guy Riverty se había sumado a la partida de búsqueda y Kate estaba al cuidado de su hermana. Joanne no se entretuvo mucho rato.

Los agentes de la Unidad de Investigación siguen el horario habitual de oficina, de nueve a cinco de la tarde; solo prolongan la jornada cuando el caso lo requiere. Joanne a veces echaba en falta los turnos de su antiguo puesto; cuando trabajaba de noche, tenía mucho más tiempo para hacer recados durante el día. La agente contempla su reflejo en las puertas de cristal que dan acceso al consultorio y se atusa el pelo. Lleva la coleta casi medio suelta. Ya no recuerda cuándo fue la última vez que fue a una peluquería a hacerse un corte como es debido.

La sala de espera está llena y, automáticamente, agacha la cabeza. Joanne procura no hacerse notar mucho en Windermere. Sabe por experiencia que es mejor no pregonar a qué se dedica.

No hace mucho leyó en alguna parte que había que dar «más visibilidad a la policía». Cierta asesor gubernamental sin demasiadas luces que, en vista de los recortes, proponía dar mayor notoriedad a los agentes de policía. Fomentar la conciencia ciudadana de la presencia policial. Que se les viera patrullando la ciudad.

La idea era que los agentes se desplazaran de casa al trabajo y viceversa vestidos de uniforme. Joanne soltó una risotada al leer aquello. Si entras y sales de tu domicilio de uniforme, antes de que termine el día ya te han puesto las ventanas de casa perdidas de huevo y te han pinchado los neumáticos del coche. Y eso en un barrio decente.

Joanne introduce sus datos en el artilugio informático colgado a la entrada que avisa a recepción de que ha llegado el paciente. Las personas mayores nunca lo utilizan, gracias a lo cual a veces uno se puede saltar algún turno mientras ellos esperan a ser atendidos personalmente por la recepcionista. Después toma asiento junto a una risueña anciana.

—¿A vacunarse de la gripe? —le pregunta la anciana.

Joanne responde que sí, por no dar explicaciones.

El consultorio dispone también de su pequeña botica particular, una idea estupenda en opinión de Joanne. Se acabó aquello de dar vueltas en el coche bajo la inclemente lluvia, agarrada a tu receta, buscando inútilmente una farmacia de guardia abierta. La farmacia del consultorio tiene el mismo horario de atención al público que el personal médico que allí trabaja, de manera que si lo necesitas puedes matar dos pájaros de un tiro.

Asomando entre la pila de revistas, Joanne ve un ejemplar de *Interiores* —a la que su tía Jackie llama *Inferiores*—, pero pasa la vista por encima y se decanta por el número de diciembre de *Good Housekeeping*. Qué raro encontrarse un ejemplar del mes en curso dentro de una sala de espera, piensa, y se pone a cavilar sobre cómo dar un poco de vidilla a la futura comida navideña. ¿Y si esta vez probara a hacer ganso? ¿O una gallina pintada? Su mirada se detiene en una terrina de salmón (apta para diabéticos), pero su cabeza no deja de darle vueltas al caso de la adolescente desaparecida.

Al principio de entrar en la Unidad de Investigación, no le resultó nada fácil compaginar el trabajo con la vida diaria. Ella no era un detective como los de las películas, que nunca desconectan, que beben como cosacos, desacatan las órdenes de sus superiores y terminan perdiendo a su familia por culpa del trabajo.

Su problema era mucho menos evidente. Joanne descubrió que en cuanto sus pensamientos derivaban hacia otros asuntos, en cuanto regresaba a los quehaceres cotidianos de la vida, se sentía tremendamente culpable.

Si no cavilaba sobre el caso que tuviera entre manos en ese momento, sentía que estaba faltando a su deber.

Ahora ya estaba algo más habituada. Lo llevaba bastante mejor. Había acabado por encontrarle cierto paralelismo con el proceso creativo del que hablan los artistas. Mientras su atención se hallaba absorta en otros asuntos, el subconsciente trabajaba por su cuenta, atando cabos, resolviendo enigmas.

Joanne descubrió que si dejaba vagar su mente, si la dejaba descansar, las ideas y las respuestas brotaban como los conos de tráfico en la carretera. Tan pronto brillaban por su ausencia como brotaban por dondequiera que miraras.

Suena el timbre anunciando que ya puede pasar el paciente siguiente, y su nombre aparece en la pantalla. La anciana sentada junto a Joanne parece contrariada porque la hayan hecho pasar antes que a ella, pero Joanne no se detiene a explicarle que de hecho no está aquí para vacunarse contra la gripe.

Joanne está nerviosa sabiendo que va a tener que desnudarse. No es que sea mojigata, ni siquiera tímida, simplemente le desagrada ver la cara que se les pone a los demás cuando se quita la ropa.

Llama con los nudillos a la puerta antes de pasar, y el doctor Ravenscroft, que ha sido su médico de cabecera desde que era una niña, la recibe afectuosamente.

—¡Joanne! Me alegro de verte. Siéntate. ¿Qué tal, cómo estamos?

—Bien, gracias.

—¿Y tu tía, cómo va? Hace tiempo que no la veo.

—Igual que siempre... por algo la llaman Jackie la Loca.

El doctor ríe entre dientes.

—¿Sigue viviendo en tu casa entonces?

—Creo que no me la voy a quitar de encima en la vida.

El doctor Ravenscroft sonrío comprensivo.

—Bueno, ¿y tú qué tal? ¿Todavía ocupada en la lucha contra el crimen?

—Eso se intenta.

—Estupendo, así me gusta. —El doctor teclea unos datos en su ordenador y abre el historial de Joanne—. Bien, ¿qué te trae por aquí, entonces?

—Me gustaría hacerme una reducción de mamas.

El doctor no levanta la cabeza.

—A mí tampoco me vuelven loco —masculla él con aire ausente, y Joanne no sabe muy bien qué contestar a eso—. ¿Has notado dolores en la zona dorsal, alguna erupción en la piel a consecuencia del sudor?

—De vez en cuando —responde—. No es un dolor de espalda continuo, pero cuando me da es insoportable. Aunque donde más duele es aquí —añade, señalando la zona entre el cuello y el hombro.

—El trapecio —dice él—. Notas tensión, ¿no?

Joanne presiona la zona con el pulgar.

—Lo tengo como una piedra. Las tiras del sujetador me han dejado dos hendiduras permanentes a cada lado.

Joanne introduce la mano por debajo de la blusa y levanta la tira derecha del sujetador hincada en el músculo. Se frota un momento la zona y siente un alivio momentáneo. Luego desliza el índice por el surco hendido por la tira; tiene más de un centímetro de hondo. Y la piel le arde.

—¿Te afecta en tu trabajo?

—De vez en cuando.

Joanne no tiene ganas de explicarle en qué sentido. En realidad no le apetece contarle que correr es una humillación para ella, ni la vergüenza previa que siente cada vez que se enfrenta a un interrogatorio. Antes procuraba llevarlo con resignación y no dejar que fuera un obstáculo, pero ahora que ya ronda los cuarenta, cada vez se le hace más difícil sobrellevar el temor al ridículo.

El doctor Ravenscroft asiente con semblante serio.

—Sabes que no podrás dar el pecho.

—Ni siquiera tengo novio... dar el pecho no es que sea prioritario en mi situación, la verdad.

—Podría serlo algún día —replica el médico, con súbita desenvoltura—. Imagina que se te presenta un buen mozo, y te enamoras locamente...

Joanne lo mira sin replicar.

—¡Nunca se puede decir de esta agua no beberé! —añade el doctor—. Una muchacha tan encantadora como tú seguro que tendrá algún príncipe azul por ahí fuera esperando a hacerla su esposa...

—¿Y dónde iba a poner yo el unicornio? —replica Joanne con sorna.

Joanne consigue que la deriven al cirujano plástico.

Al salir del despacho del doctor Ravenscroft, deja a un lado la sala de enfermería donde hacen los análisis de sangre, luego la consulta donde están vacunando a la tercera edad contra la gripe, después el cuarto de los utensilios de limpieza, hasta que finalmente atraviesa la sala de espera principal. Cuando ya está a punto de salir por la puerta doble de cristal, oye algo que la hace detenerse.

—¿Es una receta de pago? —pregunta la recepcionista a un señor.

—Sí —responde él, pero al segundo añade—: Bueno, no, la verdad. Esta no se cobra... es una receta pediátrica... ¿ve?

—Tiene usted razón —dice la recepcionista en tono de disculpa—. Enseguida la tendrá lista.

El señor que aguarda por esa receta es Guy, Guy Riverty. ¿Qué hace aquí? ¿No se había sumado a la búsqueda?

Lo primero que a Joanne se le pasa por la cabeza es que habrá ido a recoger algún medicamento para Kate. Algún sedante, un somnífero. Aunque acaba de oírle decir que el medicamento era para un niño. Las recetas pediátricas no se pagan. Son gratuitas.

Joanne decide esperar dentro del coche.

Entra y observa que el termómetro marca siete grados bajo cero. Arranca el motor para poner en marcha la calefacción y automáticamente salta la música a todo volumen. Es uno de los cedés de Michael Bublé que a su tía Jackie le ha dado por escuchar últimamente. «Chulito empalagoso», masculla Joanne, y apaga bruscamente el aparato.

Enciende los faros para que no se la distinga fácilmente desde fuera y recuerda algo que había dicho Lisa Kallisto en el interrogatorio de por la mañana. Dijo que el hijo de Kate tenía problemas de salud. Algo así como que el niño llevaba enfermo desde que conocía a la familia dijo, y Joanne concluye que debe de ser eso lo que ha traído a Guy a la consulta.

Decide, pues, dar por terminada su jornada. Guy habrá ido a recoger algún medicamento para el niño, piensa, y pisa el embrague y mete la marcha. Justo cuando está a punto de incorporarse a la circulación, ve a Guy Riverty salir por la puerta.

Parece llevar prisa.

Lógico, piensa.

Lo ve mirar a un lado y otro de la calle con aire furtivo.

Su hija está desaparecida, razona Joanne.

Guy se aleja en su Audi Q7 V12 —un coche que vale una fortuna— con las luces apagadas.

Bueno, es normal, irá distraído.

Pero luego, al llegar al final de la calle, en lugar de doblar a la izquierda en dirección a su casa, gira a la derecha.

Un poco raro, piensa Joanne. Y decide seguirlo.

Joanne lo sigue desde lejos. Se mantiene a una distancia prudencial de Guy Riverty. Si por lo que fuera él tuviera que reducir la velocidad, y ella se le acercara en exceso, podría verla por el espejo retrovisor. El potente Audi, un todoterreno con matrícula personalizada —GR 658— de color blanco reluciente, tiene más faros y pilotos que una carroza navideña. Sería el último vehículo que a uno se le ocurriría conducir si se trajera algo entre manos. Más llamativo, imposible.

Atraviesan Bowness, el núcleo de población con más vida de todos los que conforman el Parque Nacional. Eso en verano, porque en estas semanas muertas de mediados de diciembre no se ve ni un alma por la calle. Los comercios están cerrados. Joanne recuerda que el año anterior por estas fechas intentaron prolongar la hora de cierre hasta las siete para la campaña prenavideña. «¡Haga sus compras a última hora!», anunciaban los carteles. Este año, sin embargo, nadie se ha tomado la molestia. No hay dinero. Todo el mundo está arruinado.

Joanne ve a Guy aparcar el Audi cerca de la bodega Bargain Booze y ella estaciona a unos veinte metros de distancia. Guy se apea del coche, desaparece en el interior del establecimiento y sale un minuto después, encendiendo lo que parece un purito Café Crème. Monta en el todoterreno de nuevo, se incorpora a la circulación sin mirar por el retrovisor, chocando casi con un viejo Peugeot 206, y sale a toda pastilla pendiente abajo.

Los camiones han esparcido sal y arenilla sobre la calzada, pero aun así va a demasiada velocidad. Incluso para Joanne. La carretera es estrecha, hay vehículos aparcados en el arcén izquierdo y, dadas las condiciones meteorológicas, no deja margen alguno para el error.

Joanne, sin embargo, disculpa su temeridad. Cuando a uno le han raptado a su hija, puede permitirse ciertas libertades.

El Audi se acerca a la pequeña rotonda donde debería girar a la derecha. Si va camino de casa, tendrá que girar a la derecha.

Pero no. Enfila hacia el lago y luego, como si se oliera que lo están siguiendo, hace un brusco viraje a la izquierda y entra en Brantfell Road.

—Mierda —masculla Joanne.

Brantfell Road es una pendiente muy empinada. Tendrá unos treinta grados de inclinación, y seguro que por ahí los camiones de sal no han pasado como es debido. No es una vía de mucho tránsito, más bien una carretera de acceso vecinal, de manera que no se considera prioritaria. Guy Riverty ha desaparecido pendiente arriba en cuestión de segundos, y el Mondeo de Joanne apenas si consigue remontar el primer tramo de la cuesta.

Pisa el acelerador y las ruedas giran inútilmente. A un lado de la carretera, un

anciano la observa con atención. A sus pies un viejo Patterdale terrier negro tiembla de frío. El anciano sacude la cabeza. Luego hace girar un dedo en el aire, como sugiriéndole que se dé la vuelta, que no conseguirá subir por esa pendiente.

—Ya, vale, vale —dice ella exasperada, moviendo los labios sin voz.

¿Qué demonios les pasa a los viejos?

A veces se le paran en mitad de la calle cuando está intentando aparcar en paralelo delante de su casa, y se quedan allí plantados mirando y sacudiendo la cabeza como si no la vieran capaz de meter el coche en ese espacio. Una mujer nunca haría eso. Nunca se pararía a anunciarte que estás a punto de chocar con algo, ni se arrogaría la responsabilidad de darte indicaciones de cómo aparcar, haciéndote señas con las manos como si estuvieras pilotando un maldito avión. Las mujeres pasan de largo si ven que intentas aparcar en un espacio reducido, como mucho quizá te echan una miradita de reojo como diciendo «No me gustaría verme en esa», pero nunca se te quedan plantadas delante observando.

Joanne se esfuerza por sonreír al anciano, aunque en el fondo lo que está deseando es descargar un puñetazo en el salpicadero. Lo ha perdido. Ha perdido de vista a Guy Riverty.

El anciano se acerca a su ventanilla y le indica con un gesto que baje el cristal.

—Esta todo helado por ahí arriba, guapa.

Tiene la nariz amoratada, las pupilas veladas y blanquecinas.

—Eso parece —contesta Joanne.

—Podrías probar a meterte por Helm Road, pero yo que tú dejaría el coche aquí abajo y no me arriesgaría.

El terrier del anciano la mira con la cabeza levantada. Tiene el morro lleno de pelitos blancos. Joanne le sonrío con lástima: le da pena que lo hayan sacado de paseo con el frío que hace.

—El pavimento es hielo puro. Porque voy bien calzado con esto, que si no... —dice el anciano, levantando un pie para enseñarle los clavos de plástico que se ha pegado a la suela de las botas—. Ni las cadenas de los coches —añade muy ufano.

Joanne sabe que no podrá subir andando con los zapatos de vestir que lleva.

—¿Vive usted por ahí arriba? —le pregunta.

—Sí, señora. En Belle Isle View. No debería haber salido a la calle, el año pasado por culpa de una nevada como esta me rompí el peroné, pero Terence se pone imposible si no lo saco a dar un paseíto antes de que anochezca.

Terence parece a punto de caer muerto, piensa Joanne.

—¿Había visto alguna vez ese Audi blanco por aquí? —le pregunta al anciano.

—¿Ese que acaba de pasar zumbando?

—Sí.

—No, señora. Ahí arriba no vive, eso se lo aseguro yo. Conozco a todos los

vecinos de por ahí y ninguno tiene un haiga de esos. Hay un par de todoterrenos, eso sí. —El anciano sonrío—. Gente sin posibles en el fondo, solo los tienen para darse pisto. Pero aquí van a durar poco, dentro de nada se quedarán sin un céntimo. Tienen los días contados, se lo digo yo.

—Y quién no —replica Joanne—. Entonces ¿no recuerda haber visto ese coche antes?

El anciano niega con la cabeza. Luego la inclina hacia un lado y contempla a Joanne un tanto intrigado.

—Pero ¿por qué quiere saberlo? ¿Es su marido?

Joanne se echa a reír.

—Curiosidad simplemente —responde, y le da las gracias.

Luego deja que el coche se deslice un poco hacia atrás en punto muerto antes de intentar dar la vuelta, y las ruedas derrapan algo más de lo que desearía, pero al final consigue hacer el giro.

Ya está a punto de ponerse en marcha de nuevo cuando el anciano le hace una seña con la mano desde la acera.

Mira qué bien, piensa Joanne, otro consejo vial del experto.

—Me acabo de acordar de una cosa —dice a voces el anciano—, ese coche no lo he visto nunca por aquí, pero al hombre sí. Con otro cochazo por el estilo, no sabría decirle de qué marca, pero los puritos esos no se me olvidan. Siempre lleva uno en la boca cuando pasa por aquí.

—Muchas gracias —contesta Joanne, a voces también, reparando en lo orgulloso que se siente el anciano de haberla ayudado.

Y tras despedirse de él con gesto rápido, sale a todo gas.

—¿Joanne, eres tú, reina?

Joanne cruza el umbral y siente la bofetada de calor en la cara. Va directa hacia el termostato y ajusta la temperatura. Su tía Jackie tiene la casa que parece un horno. Ella dice que lleva el frío metido en el cuerpo, pero cada noche, tan pronto como terminan de cenar, se quedan las dos traspuestas en el tresillo por culpa del calor. Como dos turistas sesteando en Magaluf tras la prolongada sobremesa y la jarra de sangría.

Jackie la Loca lleva ya casi un año viviendo con Joanne, desde que se declaró en bancarrota. Poco antes de que su tía se instalara en su casa, se había marchado de allí Martin, la pareja con la que Joanne llevaba tres años conviviendo. Decidió que no quería seguir adelante con la relación.

Las amigas de Joanne hicieron piña para consolarla, echaron pestes de Martin y la sacaron por ahí de borrachera: la cura de rigor para cualquier desengaño amoroso. Estaban todas convencidas de que Martin tenía otra por ahí, algún putón.

Pero no. Resulta que no había nadie más; Martin seguía solo. Y eso, en su fuero interno, Joanne no acababa de digerirlo. Nunca habría pensado que eso fuera peor que te dejaran por otra... pero lo era, vaya que sí. Se sentía humillada. Sobre todo cuando se cruzaba con Martin en Windermere y él la miraba con carita de pena, como si le doliera físicamente haberle causado aquel desengaño.

A Joanne le había dado por hacerle cortes de manga cada vez que lo veía por la calle. Una puerilidad, pero se quedaba descansada.

—Sí, soy yo —le dice en voz alta a Jackie, quitándose los zapatos.

La puerta de la sala de estar está abierta.

—Te he dejado la cena en el horno —le dice Jackie, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Cómo es que llegas tan tarde? Hace ya una hora que tendrías que estar aquí.

—Me he entretenido.

Su tía está de lo más cómica con el uniforme. Jackie es cuidadora de ancianos. Viste uniforme de color malva, medias blancas y zuecos blancos. Y no es precisamente un peso ligero que digamos. Este último año ha vivido un estrés brutal y, al igual que muchas mujeres, ella se traga el estrés junto con cualquier carbohidrato que encuentre a mano en la cocina.

—¿Te has enterado de que ha desaparecido una niña? —pregunta Jackie.

—Sí, de allá arriba vengo. Nos han asignado el caso a Ron Quigley y a mí.

Jackie está apoyada en la puerta de la sala de estar. Tiene las mejillas encendidas. Seguramente ya se ha tomado un par de Bacardi Breezers.

—¿Crees que la encontraréis?

Joanne encoge los hombros.

—Eso espero. ¿Qué hay para cenar?

—Pescado rebozado. Está un poco seco. En la nevera hay algo de salsa tártara. Ah, y de postre he comprado unos borrachos de fresa.

Joanne la mira con una sonrisa.

—¿Cuántos te has comido?

—Dos. Pero te he guardado uno.

Jackie sigue a Joanne hasta la cocina. La casa, una vivienda de alquiler situada en el centro de Windermere, forma parte de una hilera de casitas todas idénticas. Dos estancias en el piso de arriba y dos en el de abajo, con una cocina adosada en la parte trasera.

—Acabo de ver a los padres de la niña en las noticias. ¿Cómo estaban cuando has subido por allí? —pregunta Jackie.

—Destrozados. Asustados. Lo normal. Se apellidan Riverty, ¿los conoces?

Jackie niega con la cabeza.

—Por lo visto la niña tenía que haber ido después de clase a casa de una amiga y

quedarse allí a dormir, pero la amiga no se presentó ese día en el colegio y... en fin, un malentendido. He subido hoy a interrogar a la madre, a la de la amiga con quien iba a quedarse esa noche, y...

—¿Cómo se llama? ¿Es de aquí?

—Lisa Kallisto.

Jackie se queda boquiabierta y exhala un suspiro.

—¿La conoces?

—Sí. Es buena mujer. Lleva el centro de acogida de animales. Justo pasé por allí hace un par de días, para dejar el gato de una cliente mía que se había muerto. Ya me ha quitado unos cuantos de encima en lo que va de año... eso cuando no he conseguido que se los quedaran los familiares, claro.

Siempre pienso que la palabra «cliente» no encaja con el tipo de personas para las que Jackie trabaja. Personas de la tercera edad que viven en su domicilio particular y necesitan ayuda para levantarse, vestirse y que les vacíen el orinal.

Cada vez que Jackie habla de «una cliente», Joanne se imagina a su tía ofreciendo asesoría legal o tramitando declaraciones fiscales. No limpiando culos y curando llagas. Jackie tiene un carácter difícil, pero Joanne sabe que es buena en su trabajo. Se encarga de todas las tareas que las cuidadoras jóvenes no hacen. Como pintarle las uñas a las abuelitas y pasarse por la biblioteca para pedir audiolibros... o realojar a las mascotas de sus «clientas» cuando se las encuentra muertas en la cama.

—Lisa Kallisto es una curranta —dice Jackie—. Muy voluntariosa la mujer, y tiene muy bien cuidados a esos animales. Si se culpa de lo que ha pasado, estará destrozada.

—Son amigas, ella y la madre de la otra; buenas amigas, por lo visto.

Jackie hace inhala entre dientes y el aire emite un silbido.

—Qué horror —dice—. ¿Te imaginas que la hija de una amiga tuya desapareciera por tu culpa? Qué putada.

Pero Joanne no puede imaginárselo, porque no tiene hijos. Quiere tenerlos, pero no alberga grandes esperanzas. Se enteró de una chica del pueblo que había pagado para hacerse «inseminar», como ella dijo, en una clínica privada de Cheshire.

«¿Inseminar? —saltó Jackie, atónita de verdad, cuando Joanne se lo contó—. ¿Y por qué no se ha echado a la calle y se ha tirado a alguno?».

El hijo de Jackie trabajaba en el extranjero. En Dubai. Se había dado el piro el año anterior, cuando las cosas se pusieron feas, y apenas si llamaba por teléfono a su madre. Joanne sabía que a su tía le dolía en el alma que fuera tan descastado, pero Jackie nunca sacaba a relucir el tema. Estaba demasiado avergonzada por todo el episodio en general.

Joanne abre el horno, saca el plato y lo coloca sobre una bandeja. Cenará ante el televisor, viendo un episodio de *Emmerdale*. Jackie se ha acercado a la nevera para

coger el vino. Oficialmente se ha puesto de límite media botella por noche (por las calorías), pero generalmente la otra media acaba cayendo sin que se dé cuenta siquiera.

—¿Crees que será el mismo psicópata que violó a aquella niña y la dejó tirada en Bowness? —dice Jackie mirando a Joanne—. ¿Tú crees que ha sido el mismo?

—Estamos trabajando sobre ese supuesto, pero el sujeto aquel solo tuvo retenida a la niña unas horas... luego la soltó.

—O sea que esta ya tendría que haber aparecido, ¿no? ¿Eso es lo que quieres decir?

Siento como si nos hubieran dejado caer en un mundo nuevo. Un mundo tan ajeno e inhóspito que no sabemos cómo sobrevivir en él.

Joe, los niños y yo estamos sentados en torno a la mesa de la cocina. Los dos pequeños comen a toda prisa, echando una carrera, porque el primero en acabar podrá ponerse a jugar con la PlayStation otra vez. Notan algo raro en el ambiente y no ven el momento de escapar.

Sally y yo apenas probamos bocado. Se nos ha cerrado el estómago. Joe tiene apetito, pero está muy silencioso. Se ha pasado la tarde a la intemperie buscando a Lucinda y dentro de una hora volverá a salir. Han quedado en reunirse en la sala de actos del Ayuntamiento para desde allí reanudar la búsqueda, que se prolongará toda la noche. Mountain Rescue, la asociación de voluntarios para operaciones de rescate en la montaña, se ha sumado a la partida, y acudirán con los perros, los collies que utilizan para localizar cadáveres sepultados bajo la nieve o atrapados en los barrancos. Recuerdo vagamente haberles hecho un donativo en una colecta no hace mucho. Como todas las organizaciones benéficas, también ellos empiezan a acusar la falta de fondos.

Sally nos ha contado brevemente el interrogatorio que le han hecho en el colegio. Según parece, el policía con el que le ha tocado hablar ha sido amable con ella, y al decirle el agente que solo quería que le contara lo que sabía, se ha quedado más tranquila. Supongo que la pobre esperaba que le cayera un rapapolvo, que le echaran la culpa.

Aunque yo sospecho que oculta algo. Me huelo que hay algo que no me ha contado, y quiero esperar a que Joe haya salido de casa para sonsacárselo. Con Sally siempre tengo que recurrir a esa táctica. En cuanto la miro a los ojos, sé inmediatamente que algo anda mal. Pero me contengo. He aprendido la lección. Quizá le pregunto qué tal le ha ido en el colegio ese día. «¿Algún cotilleo?», le digo, y ella siempre contesta que no, nada. Pero luego, más tarde, cuando ya hemos terminado de cenar y estoy recogiendo los platos o preparando los bocadillos de los niños para el día siguiente, aparece en la cocina otra vez. Y si le tiro de la lengua con mucho tiento, me lo acaba soltando todo.

Lo que nunca debo hacer si quiero llegar al fondo de la cuestión es juzgar a sus amigos. Como se me ocurra descolgarme con algo mínimamente despectivo sobre ellos, algo que dé a entender que estoy siendo crítica, tuerce el morro y se cierra en banda. Es leal a morir. Así que mido mucho mis palabras. Y escucho.

Hemos cenado a base de porquerías: *nuggets* de pollo, patatas fritas y judías enlatadas. En este estado, no doy más de sí. Sally rebaña el plato y reparte sus sobras de patatas fritas entre los perros. Veo que saca dos de un cuenco y las echa en el

siguiente de manera que el reparto sea equitativo. Joe ha salido a la leñera del jardín para dejarme bien surtida esta noche, y Sally se vuelve hacia mí.

—¿Mamá?

—¿Mmm...?

—¿Crees que Lucinda podría haberse ido con alguien, pero así como... adrede, vaya?

Cuidadito, me digo. Ve con pies de plomo.

Procuro que el tono de voz no me delate.

—¿Por qué lo dices?

—No, por nada, solo estaba pensando que... bueno, que ya no es una niña, ¿no? Tampoco iba ser tan fácil llevársela a la fuerza.

Ladeo la cabeza, hago como si sopesara lo que me acaba de decir y no lo que en realidad estoy pensando, es decir: ¿Sabes algo? Cuéntame. ¿Qué sabes?

—Tienes razón —le digo—. Habría sido difícil llevarse a Lucinda contra su voluntad y encima a plena luz del día, aunque no creo que pasara así. Yo creo que si un hombre hubiera querido que Lucinda se metiera en su coche, habría sido algo más discreto.

—¿Discreto? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, normalmente lo que hacen es engañarlas.

—Pero Lucinda no es tonta. No iba a montarse en el coche porque él le dijera que conocía a su madre o algo por el estilo.

Sé por dónde va: esa es la advertencia que solía hacerles a los tres cuando eran pequeños. De pronto se me ocurre que hace tiempo que Sally y yo no sacamos el tema. Y los dos pequeños, como buenos niños, son unos cabeza de chorlito. No atienden cuando les hablas. Hay que repetirles las cosas mil veces.

Les dices:

«Por mucho que esa persona os asegure que conoce a vuestra mamá, nunca os vayáis con ella, ¿de acuerdo? Aunque os diga “Yo conozco a tu madre, se llama Lisa, y me ha pedido que venga hoy a recogerte al colegio”, nunca, jamás, se os ocurra ir con ella. Vais y habláis con la maestra, ¿está claro?».

Y ellos te miran muy serios, y tú piensas: Bien, lo han pillado. Creo que lo han pillado.

Pero de pronto les cambia la cara, se les iluminan los ojos y van y te sueltan:

«Tú no te preocupes, mamá, porque aunque me metiera en el coche, ¡yo lo machacaría! ¡Le pegaría un puñetazo que... que... que seguro que se estrellaría! ¡Y entonces yo aprovecharía para saltar del coche y saldría corriendo! Y él no me podría pillar, porque yo corro muy muy rápido y...».

Y se te cae el alma a los pies. Porque ves que tu hijo se ha perdido en el reino de la fantasía.

Dejo lo que estoy haciendo y miro a Sally a los ojos.

—A las adolescentes no las engañan como a los niños, Sal. Hablan con ellas, les adulan el ego, las... —procuro medir mis palabras, de manera que entienda lo que viene a continuación—. Un hombre haría como si se sintiera atraído por esa chica para que ella pensara «Le gusto», y como es una persona mayor, y las adolescentes suelen ser inseguras, pican el anzuelo. Se creen lo que les dicen.

No menciono que a esa clase de hombres de hecho les atraen las adolescentes, ahí no hay ningún engaño.

Sally asiente con la cabeza.

—Ya —dice en voz baja.

Poso una mano sobre su hombro.

—Te quiero, Sal —le digo, y sus párpados se agitan.

Aparta la mirada, y advierto que intenta contener las lágrimas.

—Llora, no pasa nada —le digo—. Es natural que lo estés pasando mal.

La veo tan niña, tan vulnerable, que se me parte el alma. Su mundo está cambiando a pasos agigantados y...

—¡Mamá, eso es lo que ha pasado! —exclama de pronto—. Lucinda... ese hombre ya hace tiempo que se acerca a hablarle a la salida de clase. Además, Lucinda dijo que iba a quedar con él.

—¿Quedar? ¿Para qué? —exclamo, atónita.

—¡Yo qué sé!

Tomo asiento, me he quedado sin respiración.

—¿Por qué no nos lo has contado? ¿Por qué lo has mantenido en secreto? Ya eres mayorcita para saber que eso no se hace. Por Dios, Sally, ¿es que no haces caso a nada de lo que te digo?

—Es que...

—¿Es que qué?

—Que Lucinda no quería que lo supiera nadie. No quería que su madre...

—Por Dios, Sal, esto va mucho más allá. No es un secreto normal y corriente. No me dirás que no lo ves, ¿no?

Está llorando.

—No grites —dice entre sollozos.

Joe entra por la puerta del jardín.

—¿Qué pasa?

Me vuelvo hacia él.

—Calla, espera un momento. Quédate ahí y no digas nada.

Joe se queda quieto, clavado en el sitio. En la mano lleva el canasto de plástico con la leña; ni siquiera lo posa en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con voz calmada.

—Lucinda se estaba viendo con un hombre y Sally lo sabía.

—¿Se lo has contado a la policía? —le pregunta Joe.

Sally sacude la cabeza.

—No.

—¿Qué? —exclamo a voz en grito—. Pero ¿¿se puede saber qué te pasa?!

—¡No me lo han preguntado! No preguntaron nada de eso, y yo no quería irles con el cuento, porque su madre no lo sabe, y si luego Lucinda me lo echa en cara cuando...

—¿Y qué si te lo echa en cara? Sally, Lucinda podría estar muerta. Muerta. ¿Lo entiendes? ¿Qué mierda le va a importar a nadie si te lo echa en cara o no? Aunque ahora puede que sean ellos quienes te echen en cara no haber dicho nada.

—Ya basta —dice Joe, y lo miro furibunda.

—No la protejas, Joe. Debería habérmelo contado.

—¿Y eso iba a cambiar algo? —replica él.

—Pues por lo pronto que ahora mismo no habría ahí fuera tres partidas de rescate buscándola. Y tú, tú —le digo, apuntándole con el dedo—, no estarías perdiendo el tiempo rastreando el monte y los bosques con un frío que pela sabiendo que es más que evidente que Lucinda no va a estar ahí. —Cierro los ojos—. Joder —digo—. Joder.

Sally llora desconsolada, y yo sé que debería callarme de una vez, pero no entiendo cómo ha podido ser tan tonta de guardarse algo así.

La miro con dureza.

—Pásame el teléfono. Voy a llamar a Kate.

Joe deja la leña en el suelo.

—Espera —dice.

—¿Por qué? Tiene que saberlo.

—Antes llama a la policía. Llama a la agente esa que vino a interrogarnos, con ella es con quien tienes que hablar primero. Ya llamarás luego a Kate.

Marco el número de la agente Aspinall y me salta el buzón de voz.

—Soy Lisa Kallisto. Llámeme en cuanto oiga este mensaje, por favor.

Luego respiro hondo y me vuelvo hacia Sally. No se atreve a mirarme a los ojos.

—¿Por qué no nos lo contaste, Sal?

Sally sube y baja los hombros dos veces.

—Porque las cosas no son siempre como tú crees —solloza—. Tú crees que todos son como nosotras, que todos son como yo... y no es así.

—No entiendo qué quieres decir... explícate.

Sally mira de soslayo a Joe y se mordisquea el labio.

—¿Prefieres decírmelo sin que papá esté delante?

Sally asiente con la cabeza.

Le lanzo una ojeada a Joe y él se encoge de hombros, resignado.

—Venga, continúa —la azuzo una vez que su padre ha salido de la cocina—. Cuéntame, que no me voy a enfadar, perdona que me haya puesto así. Ha sido la frustración, eso es todo. Yo también estoy asustada, Sally. Por eso he perdido los nervios.

—Tú crees que porque yo no tengo novio, y ninguna de mis amigas tiene novio, en el colegio todos son tan inocentes. Y no es verdad. De inocentes nada, mamá.

—Lo sé, cielo. Hay muchísima diferencia entre unas niñas de trece años y otras. Cuando yo iba al colegio pasaba lo mismo. Algunas a los trece ya tenían relaciones sexuales, pero la mayoría, no.

Sally se encoge con vergüenza ajena cada vez que me oye usar la expresión. Llevo todo el año intentando buscar otras formas de referirme al sexo, pero a cual más cursi, y al final con esa nos hemos quedado.

Sally se suena la nariz.

—Siempre nos están presionando —dice entre gimoteos—. Los niños se burlan de las que aún no hemos «hecho» nada, dicen que somos unas... —Se interrumpe. Pero añade—: Es duro, mamá. A veces es muy duro. Se ponen insoportables.

El clásico drama adolescente. Nadie sabe lo duro que es. Y tu madre menos que nadie.

—Siempre están metiéndose con nosotras. A Lucinda le dicen que es una estrecha y una pija, y ella lo lleva fatal.

Puedo entender que esos gamberretes la hayan tomado con Lucinda. A veces da una imagen un tanto altiva y santurróna. Además, no se expresa como los demás niños de su edad. En parte porque Kate decidió que su hija hiciera la primaria en un colegio privado, y en parte por Guy. Guy no es de aquí, se crió en el sur, por lo que Lucinda y Fergus hablan alargando las vocales y remedando el refinado acento de su padre, algo que, por otra parte, Kate siempre ha fomentado.

Le explico a Sally que esos chicos, esos chicos insufribles que les hacen la vida imposible —los macarrillas, como ella los llama— son los mismos que dentro de un año querrán llevársela a la cama, y que lo único que pretenden es atraer su atención. Pero a ella eso le parece una chorrada de tomo y lomo y me mira como diciendo «Tú estás loca perdida». Así que dejamos el tema.

Voy a por el teléfono y llamo a Kate.

Tecleo el número. Sally se queda de pie junto a mí, con aire apesadumbrado.

—Dile que lo siento —susurra.

—Se lo diré, descuida.

Pero el teléfono suena una y otra vez.

Llamo a voces a Joe:

—¿Cómo puede ser que no cojan el teléfono en casa de Kate?

Y Joe viene de la sala de estar y entra en la cocina, seguido por una vaharada a humo de leña y a petróleo de las pastillas para encender la chimenea.

—Déjalo sonar —dice—. Estarán hablando con la partida de rescate o la policía.

Y eso hago. Dejo que suene treinta veces. Y luego la llamo al móvil. Tampoco contesta.

*Viene observándolas desde hace bastante tiempo y ya sabe detectar lo que desea sin necesidad de detenerse en su contemplación. La decisión es casi inmediata.*

*Hay una diferencia asombrosa entre ellas, como si no pertenecieran a la misma especie siquiera. Como si fueran perros de distintas razas, piensa. Todas distintas. Altas, bajas, gordas, delgadas, las hay de todos tipos y para todos los gustos.*

*Es curioso que uno no sepa qué le excita hasta que lo ha probado. Él llevaba una idea, pero no consiguió perfilarla por completo hasta haberla puesto en práctica. De todos modos, ¿quién sabe? Puede que dentro de un tiempo opte por un tipo distinto. Que pruebe con una de esas niñas paliduchas y zanquilargas. Y experimente lo que se siente al hundirse entre la suave y blanca piel de gallina de sus muslos. Y compruebe si está tan fría como parece.*

*Pero eso será más adelante. Por el momento, hoy ya ha hecho su elección y, a decir verdad, no ha podido ser más fácil. Como si ella le hubiera estado esperando. Como si deseara trabar conversación con él, conocerlo mejor. Al principio la ha notado un tanto reticente, pero mejor así. En realidad nunca le han atraído las chicas descaradas; su zafiedad le resulta desagradable, su forma de hablar le repele. Le provocan una sensación tan fea y nauseabunda que arde en deseos de salir a escape, de correr a casa y meterse bajo la ducha cuanto antes.*

*En el trabajo se veía obligado a tratar con muchas mujeres así. Empleadas eventuales llegadas del sur del país, deslenguadas y procaces, que creían poder camelárselo con su desparpajo. Asco le provocaban. Se entretenían en su despacho, apoyadas en los radiadores dándole a la lengua, mientras él evaluaba su trabajo. «¡A ver si se me calienta el culo con este calorcito!», decían entre risotadas, y él se veía obligado a desviar la mirada.*

*Había una que llevaba toda la semana asediándole. Una chica de Crewe llamada Chelseigh. Sí, Chelseigh: escrito tal cual. Se le metía en el despacho y se ponía a morderse las uñas mientras él intentaba leer algo, y él, al ver aquellas cutículas despellejadas, las yemas de los dedos hinchadas y ensangrentadas de tanto mordisqueárselas, sentía deseos de soltarle un puñetazo. Pero se reprimía, porque para ello no solo habría tenido que tocarla (algo ya de por sí insoportable para él), sino que, además, habría sido indigno de él perder los estribos a menos que fuera absolutamente imprescindible. Chelseigh le había pedido que se acercara a las dependencias del personal y echara un vistazo a una mancha de humedad que había salido en su habitación, pero una vez lo tuvo allí, la chica se sentó en su cama y empezó a acosarlo a preguntas, pasándose una y otra vez la lengua por el labio inferior. Como si diera por hecho que él se le iba a echar encima allí mismo. Y cuanto menos caso le hacía él, más provocativa, ordinaria y desvergonzada parecía mostrarse ella.*

*Chelseigh dijo que le gustaba porque era tímido. Al decir la palabra «tímido» la chica abrió la boca y extendió el labio inferior haciendo un morrito. Y él pensó en todas aquellas famosas poniendo morritos ante las cámaras con cara de idiotas. ¿Qué pretendían con aquella pose? ¿Demostrar que estaban dispuestas a hacerte una mamada allí mismo? Daban lástima.*

*Chelseigh había querido ver timidez en lo que simplemente era rechazo. Porque, cuando él estaba donde deseaba y con quien deseaba, no era tímido, sino encantador.*

*Lo único que tenía que hacer era bajar la ventanilla del coche, llamar su atención y...*

Acuesto a los niños y los arropo. Los pequeños comparten dormitorio, y tengo que abrirme paso de puntillas para no tropezar con el desbarajuste de cosas desperdigadas por el suelo: el control remoto de la Wii, piezas de Lego, devedés de los *Simpsons* (fuera de sus cajas), bolsas de patatas fritas. Tirada sobre la litera de arriba, donde duerme James, hay una toalla todavía húmeda.

—Buenas noches, cielo —le digo.

Tengo prohibido besarle.

—Buenas noches, mamá.

Me agacho y ajusto las mantas de la litera de abajo, donde está acostado Sam. Tiene los ojos engurruñidos y sonrío enseñando las encías. Aún no se le han caído los dientes de leche. Los tiene tan desgastados que parecen piñoncitos.

—Mami —dice sin abrir los ojos—, ¿tú te sabes alguna tabla de multiplicar?

—Alguna —le digo, y le doy un achuchón y un beso en la mejilla.

Todavía tiene los carrillos regordetes de bebé; intenta apartarse porque lo beso con demasiado ímpetu, con demasiada vehemencia.

Entro en el dormitorio de Sally y veo que está tumbada de lado, vestida todavía. Tiene la cara empapada de lágrimas y mirada de total desolación.

—Venga, Sal, tienes que dormir.

Ella asiente, pero no se mueve.

—Tengo miedo, mamá —me dice, y le digo que lo sé.

Y me abrazo a ella.

Cuando ya está más calmada, vuelvo al piso de abajo e intento llamar por teléfono a Kate de nuevo, pero tampoco hay respuesta. Recuerdo nuestra conversación de por la tarde y hago memoria por si hubiera mencionado que no iba a estar en casa esta noche. Y una vez más me admiro de su valía como persona.

¿Cómo es posible no echarle la culpa al prójimo en semejantes circunstancias? ¿De dónde sacará ánimos no ya para abrirme las puertas de su casa, sino para exonerarme de culpa por la desaparición de Lucinda?

No es la primera vez que Kate se abre a mí y me demuestra hasta dónde puede llegar su comprensión. Ni la primera que nos deja a todos a la altura del betún en comparación.

Nunca habíamos comentado lo de aquella noche, Kate y yo. El hecho de que me pillara con Adam, el marido de su hermana, en el suelo del cuarto de baño después de aquella velada.

Nunca me había sacado el tema ni me había pedido explicaciones.

Y, al principio, yo quería explicarme, tenía necesidad de hacerlo.

Al principio, pensaba que si no lo soltaba reventaba. Tenía que decirle algo,

quería que se hiciera una idea de por qué había ocurrido, de cómo habíamos acabado en aquella situación. Pero cada vez que nos encontrábamos a solas y yo hacía amago de sacar el tema, ella respondía con evasivas. No se le puede llamar de otro modo. Kate eludía todos y cada uno de mis intentos de explicarme.

Así que, con el tiempo, desistí. A medida que fueron pasando los meses comprendí que ni ella ni Adam tenían intención de sacar a relucir lo de aquella noche, y yo aprendí a sepultarla en el olvido como habían hecho ellos. Seguí el ejemplo de Kate, capté la indirecta implícita: «Mejor olvidarlo».

Solo que yo, a diferencia de Kate y Adam, no conseguía olvidarlo. La culpa y la vergüenza me remordían la conciencia.

Joe notaba que me pasaba algo, pero lo achacaba al cansancio. Estuve en un tris de contárselo infinidad de veces. Pero justo cuando creía que no iba a poder aguantar más, que tenía que confesar, en el último momento me echaba atrás.

Quisiera pensar que la idea de destrozar nuestro matrimonio se me hacía demasiado dolorosa, y supongo que hasta cierto punto eso era. Pero en realidad es porque soy una cobarde, una cobarde que había salido muy bien parada gracias a que su amiga, por la razón que fuese, decidió no delatarla.

Al final, sin embargo, llegué a la conclusión de que tenía que hablarlo con Kate como fuera. Fue hace cosa de un año; estábamos las dos en el campeonato de natación del colegio, y no sé cuál debió de ser el detonante, pero de pronto no pude contenerme.

El ruido en la tribuna era ensordecedor. Estábamos rodeadas de padres, todos jaleando a voz en grito a sus pequeños. Fergus y Sam aguardaban junto a los demás compañeros al borde de la piscina, con los ojos saltones tras las gafas de natación y sus flacuchas y blanquitas piernas cada vez más amoratadas por el frío y la humedad.

—¿Por qué nunca le contaste a Alexa lo que pasó? —dije volviéndome hacia ella.

—¿Lo que pasó de qué?

—Ya sabes —respondí sibilina—. Aquella noche que estuvimos cenando en tu casa, cuando entraste y nos viste a Adam y a mí en el cuarto de baño.

Kate se puso seria, pero no apartó la vista de la piscina.

—Siempre que he intentado sacar el tema me has evitado. —Entonces bajé la voz y me incliné hacia su oído—. ¿Qué pensaste de mí, Kate?

Entre el griterío circundante, Kate me respondió simplemente:

—Pensé que te sentías sola.

—¿Eso es todo?

Kate ladeó la cabeza.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que pensaste?

—Pensé que mi hermana te había provocado —añadió a regañadientes—. Que llevaba casi toda la noche provocándote, haciéndote sentir insegura, y que había

hecho lo mismo con su marido... así que, inevitablemente, encontrasteis consuelo el uno en el otro.

La miré de hito en hito, sorprendida al oírla hablar de lo ocurrido aquella noche con tanta naturalidad.

—¿Por qué no te chivaste?

—Porque no hubiera soportado que tanto tú como él echarais a perder lo que tenéis... solo por un momento de ligereza. Habría sido injusto destrozar a dos familias por un desliz, y además, que no era a mí a quien correspondía ese papel... Si tú o Adam decidíais sacarlo a la luz era cosa vuestra. Pero no quería que ninguno de los dos os vierais obligados por mi culpa.

Luego volvió a mirar hacia la piscina.

—Gracias —dije yo tímidamente por toda respuesta.

Y nunca más volvimos a mencionar el episodio.

Echo un vistazo al reloj ahora y veo que pasan de las nueve. Agarro el auricular e intento una vez más hablar por teléfono con Kate. Finalmente, responde y me dice que ha tenido que ir a Booths, a comprar algo para la cena.

—¿Booths? —le digo—. ¿Has ido al supermercado? ¿Esta noche?

—Sí, Lisa. Pese a todo, hay que comer.

—Claro —mascullo—. Debería haberte llevado yo algo —le digo, y suena como el pobre gesto que es.

Kate le resta importancia, como si no la estuviera decepcionado en todos los sentidos habidos y por haber. Ahora que, pensándolo bien, ¿qué iba a llevarle? ¿*Nuggets* de pollo? Kate no le daría de comer esas porquerías a su familia ni en las peores circunstancias.

Suspiro.

—Kate, no te lo tomes a la tremenda —le advierto con cautela, y al ver que no reacciona, continúo; cuanto antes lo suelte, mejor—. Sally nos ha dicho hace un rato que cree que Lucinda podría haberse fugado con alguien. Alguien mayor que ella. Un hombre.

Sigue sin reaccionar.

—Kate, ¿estás ahí?

—Sí, te escucho —responde, y detecto claramente el miedo en su voz.

—He llamado a la agente Aspinall y le he dejado un mensaje en el móvil explicándole lo que Sally nos ha contado. Supongo que ella también habrá intentado ponerse en contacto contigo.

—Sí —contesta sin más.

Imagino a Kate de pie en su precioso recibidor, junto a la mesita del teléfono. Los retratos de familia, las fotos de Lucinda y Fergus creciendo en edad a medida que ascienden las escaleras. La imagino con la vista clavada en esas fotos, escuchando

mis palabras, sintiendo como si le desgarraran las entrañas.

—Lo siento mucho, Kate. Dios mío, cuántos desengaños te estás llevando con todos nosotros. No sé cómo decirte cuánto lo siento y cuánto desearía poder hacer algo, lo que fuera.

Oigo una profunda inspiración al otro lado.

—¿Por qué Sally no nos lo ha dicho antes?

—Tenía miedo. Temía que si te enterabas fuera aún peor. Lucinda le hizo prometer que no se lo contaría a nadie. Está muy apenada, Kate. Le he ajustado bien las cuentas, como ya imaginarás, aunque sea con retraso.

—No seas demasiado dura con ella... yo... yo creo que algo me temía.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? —digo con un hilo de voz.

—No estoy segura. ¿Sabes esas intuiciones que una tiene a veces? Hueles que algo no va bien, que se traen algo entre manos. Le pregunté un par de veces si estaba bien, pero sin intentar sonsacarla...

—Con las niñas es imposible... cuanto más las fuerzas, más se cierran.

Kate está de acuerdo.

—Supongo que esperaba a que saliera de ella y... —Le tiembla la voz al evocar el recuerdo—. Dios mío... Lucinda y yo somos «íntimas», Lisa. No debería haber esperado, ¿verdad? Si hubiera sido Fergus, no lo habría dejado escapar hasta que soltara prenda. ¡Dios mío! —exclama de nuevo, llorando.

—¿Kate? ¿Estás sola en casa? ¿Quieres que vaya?

—No —responde—. Está Guy. Esta noche no ha salido a buscarla. Es una tortura para él. Teme ser él quien la encuentre. Sé que es eso lo que le ronda por la cabeza. Además, de todos modos, Alexa volverá dentro de nada. Ha salido solo para hacerle la cena a Adam y acostar a los niños. Se quedará a pasar la noche aquí. Ha sido un consuelo que se haya ocupado de Fergus. Hoy no habría podido con él; en este estado, imposible.

Kate enmudece y la oigo inspirar entrecortadamente al otro lado.

—¿Lisa?

—Dime.

—Voy a colgar. Necesito desahogarme un rato llorando, ¿vale?

—Vale —le digo, y se corta la comunicación.

Me froto la cara con las manos y miro alrededor. Delante de mí, en el sofá, hay dos perros dormidos. Y en la butaca, acurrucado entre la camisa de franela de Joe, un gato. Pongo la televisión, para distraerme, y busco Sky Plus.

Veo que Joe ha grabado *Kes* otra vez. Y por partida doble. También tiene en lista *Blade Runner: El montaje final*, que ve casi una vez al mes. Dos episodios de *Nazis: Un aviso de la Historia*. Y una selección de partidos de fútbol del canal ESPN.

Sonríó un instante ante esa selección.

Me viene a la memoria una vez que vino Kate a casa y, al darse cuenta de que el partido que Joe estaba viendo por televisión era algo tipo el Manchester United contra el Liverpool de 1977, perpleja por completo, dijo: «¿Esto es un partido antiguo?». — Y miró a Joe como si estuviera mal de la cabeza—. «¿Para qué quieres ver un partido antiguo? ¿No sabes ya quien ganó?».

Joe le dirigió una sonrisa por toda respuesta.

Me pongo a zapear y al ver a Kate y Guy en las noticias el corazón me da un vuelco. Pulso el botón de *standby* automáticamente porque no me siento capaz de verlos. No puedo.

Me levanto, sin poder siquiera centrar la vista en la pantalla en negro al pensar en ellos dos allí, dentro del televisor, y me voy a la cocina. Con la cabeza inclinada sobre el fregadero, me pongo a rezar. Le pido a Dios que no tenga que pasar el resto de mi vida pidiéndole perdón a Kate porque su hija nunca volvió a casa.

Luego hago lo único que puedo hacer: beber.

**DÍA 2**

**MIÉRCOLES**

Ayer me levanté compadeciéndome de mí misma porque estaba cansada.

Eso era, cansancio. Mi vida iba de perlas, solo que estaba cansada.

—Dios mío —susurro, hundiendo la cara en la almohada.

Oigo pasos subiendo las escaleras. Traqueteo de platos. Joe asoma la cabeza por la puerta del dormitorio: me trae el desayuno.

—Hoy tenemos tostada sobre lecho de plato —anuncia.

Hago un amago de sonrisa.

Joe odia esos programas de cocina con los que nos bombardean últimamente por televisión, todas esas pijotadas culinarias que jamás se prepararán en casa.

Lo que más enfermo le pone es cuando Nigella Lawson monta la farsa de asaltar la nevera en plena noche. Como si nos fuéramos a creer que cocina tales exquisiteces y está tan orgullosa de sus curvilíneas formas que la pobre es incapaz de resistir la tentación. Joe ve la payasada y suelta: «Lo normal sería que se cagara de miedo al ver que el cámara no se ha movido de la cocina, ¿no?».

—¿Cómo estás? —me pregunta ahora.

—Hecha polvo —contesto—. Anoche me pasé con el vino. No pude evitarlo. ¿A qué hora volviste?

—Pasadas las doce. June preparó un guiso para todo el mundo y nos invitó a una pinta.

June regenta el único pub que hay en el pueblo.

—Qué detalle —digo.

—Sí, pero la verdad es que parecía que estábamos todos haciendo el paripé y al rato cada uno se fue a su casa.

—¿Por lo que Sal nos contó?

—Sí —dice Joe, asintiendo—. En realidad, nadie cree que vayamos a encontrar a Lucinda por los alrededores. Se prestan a salir a buscarla solo por Guy y Kate, para mostrar algo de apoyo.

Intento incorporarme y el dolor de cabeza me devuelve de golpe contra la almohada.

—Quédate en la cama —dice Joe—. Solo son las seis y media, todavía queda un buen rato para entrar en acción. ¿Vas a ir a trabajar hoy?

—Tengo que ir.

—Ya despierto yo a los niños. Aprovecha y duerme otra media hora.

—Joe...

—Dime.

—¿Qué dice la gente? ¿Qué dicen de mí? ¿Me echan la culpa?

Joe encoge los hombros.

—Si te la echaran, dudo mucho que me vinieran a mí con el cuento.

—Ya... Joe...

Joe se detiene.

—¿Qué?

—Estaba convencida de que a estas horas Lucinda estaría de vuelta en casa. De verdad que lo estaba.

Joe esboza una sonrisa y me mira con ojos tristes.

—Yo también, nena.

Anoche bebí hasta que supe que no me cabía una gota más en el cuerpo. Adrede, para perder el conocimiento. Para no pensar en nada. No quería seguir dándole vueltas a la cabeza.

Naturalmente, ahora estoy pagando las consecuencias.

Siento arcadas, pero no tengo fuerzas para moverme siquiera. Tengo miedo de caerme redonda al suelo si me levanto.

Me quedo remoloneando en la cama otro rato. Igual no estoy tan mal y me libro de esta. Casi sonrío con las mentiras que me cuento a mí misma. Mi cuerpo está pidiendo a gritos una purga, lo veo venir, pero sigo quieta como si nada. Me invade una repentina sensación de calor y sé que tengo que ponerme en movimiento. Cuanto antes lo suelte mejor, pienso, y corro hacia el cuarto de baño, dándome porrazos contra las paredes.

Dos horas más tarde, voy de camino al trabajo. Joe dejará a Sam en el colegio y desde allí se irá directamente al Hospital de Lancaster, donde está siguiendo unas sesiones de fototerapia contra el vitíligo. Hemos quedado en que yo me pasaría por el supermercado de Kendal y compraría algo para la cena. Como decía Kate anoche, pese a todo, hay que comer.

Pensé que esta mañana Sally me suplicaría que la dejara quedarse en casa, pero no ha dicho nada. Hoy se ha levantado algo más animada, pero no ha querido desayunar. Supongo que necesita estar con sus amigos. Con quien necesita hablar es con ellos, no conmigo. He intentado tirarle de la lengua de nuevo para que me contara algo más sobre el comportamiento de Lucinda en los últimos días, pero se ha cerrado en banda. No sé si oculta algo más o es que está tan afectada que ni siquiera se siente capaz de hablar de ella.

Voy conduciendo, con el sol de frente. Hace un día escandalosamente luminoso. De una luminosidad alpina. Aún hay nieve por todas partes. Hace tanto frío que todavía no se ha derretido, y los montículos acumulados a ambos lados de la carretera refulgen con la misma blancura que en las primeras horas de la nevada, apenas salpicados por el barro que levanta a su paso el tráfico.

En otras circunstancias, me sentiría exultante ante una mañana así, rodeada de toda esta belleza. Escucharía los ruidos de tráfico dirigidos a los pobres desgraciados

que viven en Londres, atrapados en atascos de cuatro horas, y me regodearía tan feliz al volante. Hoy, en cambio, no reparo en la belleza circundante. Hoy siento el sol como un dolor punzante, atroz.

Llevo el parabrisas todo salpicado de sal, y el líquido anticongelante no funciona. Tengo que pararme tres veces y recurrir a la botellita de agua que he cogido para mí, para hidratarme un poco, y echar agua sobre el cristal. Rezo para que no me pare la policía. No solo soy un peligro público por conducir con esta pésima visibilidad sino que apesto como si estuviera en proceso de fermentación. Como me huelan el aliento, me harán el test de alcoholemia ipso facto y llevaré para siempre el sambenito de la típica madre borracha que salió de juerga la noche anterior.

Llevo los guantes puestos y aun así las manos se me quedan congeladas al volante. Fuera hay un aire calmo pero denso. El frío se cuele por todas partes. Se cala entre los muros de piedra de las casas, entre la carrocería de mi coche.

Llego al supermercado de la cadena Asda a las ocho cuarenta y cinco, y el aparcamiento ya está absurdamente atestado de gente que ha venido a hacer las compras navideñas. Veo a una chica que no pasará de los treinta apearse de su Vitara, aparcado en un espacio reservado para familias con niños. No lleva a ningún crío de la mano y me asalta un vehemente deseo de llevármela por delante. La tipa se hace la loca. Sabe que está mal aparcar ahí, pero sigue como si nada.

Finalmente, consigo encontrar un espacio libre en el solar de al lado, donde salvo en Navidades o en sábado de Pascua nunca aparca nadie.

No llevo lista de la compra; mi intención es comprar platos precocinados, montones de ellos.

Por eso he venido hasta este supermercado en particular, pese a que me pilla un poco a desmano. En Asda los platos precocinados son más baratos. No me veo con ánimos para pensar en recetas, comprar los ingredientes necesarios y ponerme a cocinar. Cuanto menos me complique la vida, mejor. Comida preparada a montones y algo para los bocadillos de mañana. Nada más. Ya hará Joe la compra como es debido el sábado.

Veo a madres felices, cargando con exquisiteces para las fiestas: nueces, higos secos, dátiles, botellas de dos litros de Coca-Cola.

Frente al congelador al que me dirijo hay una mujer con un carrito y tres niños menores de cuatro años dentro. En un día normal, me detendría a decirles alguna cosita a los niños y hacerles monerías. Compadecería a esa madre, diciéndole «Estás bien entretenida» o algo por el estilo. Pero hoy apenas registro su presencia. En lo único que pienso es en Lucinda. En dónde estará, y quién será el hombre ese con el que se estaba viendo.

Escojo tres platos precocinados de pollo korma con arroz, otro de pollo madrás para Joe, al que ya se encargará él de echarle su picante chile rojo, y un curry con

extra de cebolla para mí.

Cuando salgo a cenar con Joe, y el camarero le pregunta «En una escala del uno al diez, ¿cómo le gustaría de picante el curry?», él contesta: «Veinte».

Y por si no tuviera suficiente, arrambla con su cargamento particular de chiles antes de salir de casa.

Al principio me molestaba que echara esos chiles a todo lo que yo cocinaba. «¡Pero si matas todo el sabor!» refunfuñaba, enfadada al ver tanto esfuerzo por mi parte echado hasta cierto punto a perder. Ahora ya me da igual. Solo me exaspera cuando estamos comiendo con amigos y los hombres se ponen en plan gallito a ver cuál de ellos tolera mejor el picante (compitiendo en el fondo para ver cuál es más macho). Como si fueran niños. Como cuando rivalizan por ver cuál es más hinchado del Manchester United. Otra competición muy del gusto de Joe.

Paso la tarjeta por la caja de autoservicio, pensando en los absurdos derroteros que han tomado mis pensamientos. Y momentos después, justo cuando estoy a punto de cruzar la puerta de salida, de pronto me aborda un vigilante de seguridad y me agarra el bolso.

—Señora, haga el favor de venir por aquí —dice, tomándome del codo.

Me quedo petrificada.

—Pero ¿qué hace? —digo, atónita, pero él no me contesta y sigue tirando de mí, como yo tiraría de un perrito remiso y temeroso.

Me dejo conducir hasta una puerta junto a los lavabos, una puerta marrón de contrachapado, sin rótulo identificativo, en la que nunca había reparado. La gente se para a mirarme. Algunos disimulan, espiando por detrás del expositor de periódicos y revistas, y entre la torre de cajas de Stella Artois apiladas en la entrada. Otros nos observan con descaro.

—Perdone —le digo al vigilante—, pero se equivoca usted de persona.

Es un hombre corpulento; desprende el típico olor a sudor rancio de quien lleva varios días sin cambiarse de ropa. No me contesta. Se limita a abrirme la puerta y me indica que tome asiento a una mesa, al otro lado de la cual hay un hombre delgado vestido con traje. De hecho, no es un hombre, es un chico. El cuello de la camisa le baila y lleva unos zapatos como los que se pone mi hijo mayor para ir al colegio. Me mira con semblante ufano.

—¿Me dice su nombre?

—Se lo diré cuando usted me explique a santo de qué viene hacerme pasar por esta humillación —contesto.

—Sospechamos que ha estado usted robando.

Casi monto en cólera y me lanzo a despotricar a voz en grito, pero en el último momento, me reprimo. Porque, francamente, no estoy en condiciones como para ponerme a dar gritos. La cabeza me va a estallar, se me ha quedado la boca más seca

que la suela de un zapato y, si no fuera porque anoche bebí más de la cuenta sin salir de mi propia casa, juraría que había estado gorreando tabaco por ahí. Tabaco del fuerte además, Regal o Embassy Number 1.

La lengua se me pega al cielo de la boca.

—¿Llevará mucho tiempo?

No se lo pregunto indignada. Lo pregunto en voz queda. Compungida, como si en verdad fuera culpable de haber robado, tal es mi estado de ánimo.

—Si está dispuesta a colaborar, no, ¿señorita...?

—Lisa Kallisto. Señora.

El chico aprieta los labios y señala con la cabeza las dos bolsas de la compra con las que he entrado cargando en su despacho.

—Si no le importa, vacíe esas compras sobre la mesa y echaremos un vistazo.

Miro al chico con aire hastiado. Por dentro, pienso en lo mucho que habría gozado al oír su obligada disculpa. Digo habría porque hoy no estoy de humor ni para regodearme.

Me pongo en pie. Extraigo un paquete gigante con bolsas de patatas fritas de todos los sabores, un paquete de pan de molde integral —que compro intentando introducir subrepticamente algo de fibra en la dieta de mis hijos— y una bandeja gigante de jamón ahumado que vuelve locos a los gatos.

Levanto la vista, arqueo las cejas.

—Todo está pagado —le digo—. ¿Quiere que le dé el ticket de compra y lo comprueba?

—No es necesario. Ahora vacíe la otra bolsa, señora Kallisto.

Un envase de zumo de naranja Tropicana (sin pulpa), los cinco platos precocinados de curry... esto empieza a resultar un tanto aburrido, pienso, cuando de pronto...

—Pero qué mierda...

Clavo la vista en la mesa. Agacho la cabeza y me tapo la cara con las manos.

—Mierda —repito.

Atisbo entre los dedos de las manos y veo al chico mirándome fijamente a su vez como preguntando: «¿Y qué me dice de esto?».

De pronto suelto una carcajada.

—No le veo ninguna gracia —afirma él.

—Si fuera yo, se la vería.

La maldita gracia está en que, sin saber cómo, he arramblado con la hucha de la colecta benéfica que estaba junto a la caja registradora. Quién sabe cómo demonios habrá ido a parar a mi cesta de la compra.

—Hemos sufrido una oleada de hurtos de huchas —dice el chico en tono oficioso—. El mes pasado nos robaron dos con los donativos para los veteranos de guerra y,

como ya imaginará, los gerentes de este establecimiento están indignados. Tenga por seguro que tomaremos medidas muy serias. La policía no tardará en personarse para interrogarla, porque es la tercera hucha que...

Lo interrumpo.

—Esa hucha es mía —le digo.

—¿Disculpe?

—Que es mía —repito.

Le doy la vuelta al cilindro amarillo para que vea la inscripción en la cara delantera. Se la señalo: «Rescue Me. Animal Sanctuary». Este es el centro de acogida y adopción de animales donde trabajo. Soy su directora. Iba de camino hacia allí precisamente.

El chico me mira con aire receloso.

—Comprenderá que tenemos que proceder según las normas, y se trata de un importante...

—Qué va. De importante no tiene nada. ¿Qué puede haber dentro de esa hucha? ¿Cuatro, cinco libras a lo sumo? ¿Usted me ve cara de robar una fruslería así? ¿Le parezco tan necesitada como para...?

No me molesto en terminar la frase. Lo miro y punto.

—La gente no roba solo por necesidad, señora Kallisto. También lo hacen por impulso, sin poder evitarlo. A veces no hay motivo aparente. No tienen por qué encontrarse en una situación desesperada. Véase el caso de Lindsay Lohan.

—Tiene toda la razón —concedo—, pero yo no soy Lindsay Lohan, ni Winona Ryder, ni ninguna otra cleptómana que se le ocurra ponerme por ejemplo. Soy una madre de familia que ha pasado dos días espantosos, que anoche se excedió con el Rioja y no tiene la cabeza donde la tendría que tener. He metido esa hucha en la bolsa inconscientemente, sin darme cuenta siquiera. La hija de mi mejor amiga lleva dos noches desaparecida y, en fin, se hará usted cargo de lo que me ronda por la cabeza en este momento...

El chico deja escapar un suspiro. Mira hacia el vigilante de seguridad, que aguarda impasible. Al rato, pregunta:

—¿Lleva usted alguna identificación que demuestre que trabaja en ese centro de acogida de animales?

Me abro la solapa del abrigo. Debajo llevo puesto un polo de color verde botella con una pata de perro naranja estampada a la altura del pecho izquierdo. Sobre la pata, impreso en caracteres infantiles de colores chillones, la inscripción: «¡Sálveme!».

El chico titubea. Barrunto que necesitará autorización de algún superior, pero no desea quedar como un pardillo por haber aplicado el reglamento a rajatabla.

—Oiga... por favor... —le digo—. Lo siento muchísimo, de verdad. Pero no soy

el ladrón que andan buscando.

El chico aprieta la mandíbula.

—Puede irse —masculla.

Agarro las bolsas con la mano izquierda, me levanto el cuello del abrigo para proteger la garganta del gélido aire de la calle y, justo cuando estoy a punto de salir por la puerta, levanto la hucha de la colecta hasta la altura de los ojos y la sacudo un poco.

—La semana que viene me paso otra vez para recoger esto, ¿le parece? —pregunto—. ¿Y le traigo otras huchas vacías?

Pero él no contesta, simplemente me mira con aire un tanto derrotado.

Al cruzar por las puertas automáticas, no puedo evitar dar un brinco triunfal.

Luego entro en el coche y rompo a llorar.

El subinspector de la Unidad de Investigación, Ron Quigley, va sentado en el asiento del copiloto del Mondeo de Joanne, comiendo una empanadilla de carne.

Las migas de hojaldre caen entre los asientos, colándose por ese hueco de tan difícil acceso que hay junto al freno de mano. Son las 9.20 de la mañana y el olor le está revolviendo las tripas a Joanne.

—¿Cómo puedes desayunar carne?

Ron se encoge de hombros.

La noche anterior, Joanne y Jackie habían visto un programa en televisión sobre el consumo de alcohol en Gran Bretaña. La tendencia ha cambiado y ahora los británicos en lugar de beber para emborracharse, beben continuamente.

Joanne y Jackie se miraron la una a la otra, con las dos botellas vacías de Merlot sobre la mesa.

«Tomarse dos copitas de vino al día es bueno para la salud —dijo Jackie—. Dos unidades al día, multiplicadas por siete, son catorce unidades a la semana. Es el total que nos corresponde, Joanne, ni más ni menos. Una mujer puede beber hasta catorce unidades».

Joanne estuvo totalmente de acuerdo.

Pero Jackie no hizo mención de las otras botellas que caían en casa a lo largo del fin de semana. Ni los Bacardi Breezers que se pimplaba antes de empezar a darle al alcohol propiamente dicho.

De todos modos, el hecho de que Joanne y Jackie se bebieran una botella cada una era una nadería en comparación con el espectáculo que Joanne veía por las calles de Kendal a la hora de cierre de los bares: mujeres que salían dando tumbos de los pubs, que vomitaban en los cubos de basura; la mayoría de ellas, si no todas, pretextando que alguien les había echado algo en la bebida cuando de hecho lo que estaban era borrachas como cubas.

Joanne lo achacaba a que las mujeres de hoy tenían más dinero a su disposición. Las de la generación de su madre no salían a emborracharse de esa manera porque no había dinero con el que emborracharse.

El médico entrevistado en el programa le preguntó a la reportera cuántas unidades pensaba que contenía una botella de vino. «¿Seis?», contestó la periodista. Y él sacudió la cabeza: «Una botella de vino contiene diez unidades».

Joanne lanzó entonces una mirada a Jackie. Luego eso significaba que de hecho ellas bebían... Joanne levantó los ojos al techo mientras echaba la cuenta... válgame el cielo: setenta unidades por semana. Como mínimo.

«Habrá que reducir el consumo —dijo Jackie un tanto avergonzada».

Joanne le pregunta ahora a Ron Quigley:

—¿Tú cuánto bebes, Ron?

—No mucho —responde él—. Como todo el mundo, la verdad. Nunca he sido muy borrachín.

—¿Cuánto calcularías más o menos?

—Cinco o seis pintas cuando salgo. Más la botella de vino que cae con la parienta el fin de semana. Aunque anoche empiné el codo más de la cuenta, por eso estoy ahora echando fécula al estómago a ver si esponja un poco.

Ron engulle el resto de la empanadilla de un bocado. Las migajas de hojaldre se le quedan pegadas al pecho, que sube y baja como un fuelle al ritmo de su respiración.

No me extraña que los médicos nos den la tabarra, piensa Joanne. Vivimos todos en un engaño. El país entero está curda y nadie lo reconoce.

Joanne gira a la derecha para salir de la A6 y toma en dirección a Silverdale. Han quedado en verse allí con Molly Rigg. Para ver si la niña recuerda algún detalle más sobre el sujeto que la secuestró.

Molly, la pobre, había colaborado todo lo posible en el primer interrogatorio, pero era una niña con poco mundo al decir de Joanne. Una ingenua. Dijo que se la habían llevado a una habitación de alquiler; no sabía de dónde. La habían drogado, violado y dejado tirada en la calle, pero Molly ni siquiera acertó a informar a la policía de la marca del vehículo que había utilizado su asaltante. Tampoco recordaba el color. Cuando le preguntaron por qué se había metido en el coche de aquel hombre, dijo que no lo sabía. Que sabía que hacía mal, pero se metió de todos modos.

Eso hacía pensar a Joanne que el sujeto, el secuestrador, debía de poseer cierto atractivo. Es decir, que no se trataba de un solitario, de un pedófilo al uso, sino de un individuo con cierto carisma. Con cierto encanto. Joanne, sin embargo, era la única que sostenía esa teoría. Su jefe, el inspector Pete McAleese, que estaba al frente de la investigación del caso, se empeñaba más bien en que siguieran la pista de los trabajadores eventuales recién llegados a la zona.

—¿Tú qué opinas de la teoría de *The Darling Buds of May*, Ron?

—Que es una pérdida de tiempo.

—¿Por qué?

—Bueno, ya interrogaste a la niña, a Molly Rigg, ¿no?

—Brevemente.

—Y lo único que hemos sacado en claro hasta el momento es que el tipo hablaba como el personaje ese de la serie, Pop Larkin. Yo ni siquiera sabía que se suponía que el actor imitaba el acento de Kent para su personaje. Creía que la serie estaba ambientada en otra parte de Inglaterra, en Devon o Dorset... ¿Cómo se supone que esa niña iba a diferenciar un acento de otro? Por ahí no vamos a ninguna parte.

—Sí, no es que sea muy convincente —conviene Joanne.

—De todos modos, quién se iba a imaginar que alguien veía esa tontada de serie todavía. ¿Crees que sería mejor que interrogaras a la niña a solas? —pregunta Ron, moviéndose en el asiento, como intentando sacar algo del bolsillo.

—Quizá sí. Es muy tímida la pobre. Quizá mejor que no estés presente. ¿Y si interrogas a la madre mientras y averiguas si tiene algo nuevo que contarnos?

—Por mí, bien. ¿Cómo piensas enfocar la cosa?

—Quiero saber cómo se las ingenió el tipo para llevarla hasta aquella habitación y sacarla de allí después sin que nadie los viera. O los oyera. Eso es lo que más intrigada me tiene. Creo que si consigo esclarecer un poco esa cuestión, quizá podamos tirar del hilo y averiguar algo más.

Ron asiente con la cabeza y le ofrece a Joanne un caramelo de menta.

—Además, ¿cómo es posible que un sujeto que vive en una habitación de alquiler pueda costearse un coche? —se pregunta Joanne—. Esa es otra cosa que no me cuadra.

—No sería su domicilio.

El navegador del coche anuncia que han llegado a su destino, y Joanne aparca y apaga el motor. Están delante de una vivienda de una sola planta, con aspecto bien cuidado, aunque a su fachada color crema le haría falta una mano de pintura.

Aquí, en la costa, la nevada no ha sido tan copiosa, pero alguien se ha tomado la molestia de echar sal frente a la casa de los Rigg, sobre todo en el acceso al jardín delantero. Todo un detalle, piensa Joanne, mientras sus zapatos crujen sobre la asalmonada gravilla.

Cinco minutos más tarde, Joanne toma asiento con Molly en la cocina, junto a una vieja caldera. Está puesta al máximo, pero sigue haciendo frío. Una moqueta de baldosas granate cubre el suelo. Han cambiado una de ellas recientemente, la que está frente a la caldera: se nota porque es de color más vivo que las demás.

Joanne empieza disculpándose.

—Siento tener que molestarte, Molly, pero ya te habrás enterado de que ha desaparecido otra chica más o menos de tu edad, ¿verdad?

Molly asiente sin mirar a Joanne. Es tan poquita cosa la pobre... Parece un personaje de Disney. Con esos ojazos tan grandes, esas pestañas y ese cuerpo minúsculo.

—He venido a hablar contigo para ver si puedo refrescarte un poco la memoria. Estamos deseando dar con el hombre que te secuestró, Molly, y por el momento tú eres la única persona...

—Quieren dar con él antes de que haga daño a alguien más —afirma sin ambages.

—Sí, cierto.

Joanne mide muy bien lo que va a decir a continuación.

—Pero, en realidad, lo más importante es que se le castigue por lo que te hizo a ti.  
—No quiere que Molly piense que lo suyo no es prioritario—. ¿Qué aspecto tenía?  
¿Te acuerdas?

Molly niega con la cabeza.

—Tengo un recuerdo muy borroso de él —dice apesadumbrada—. Es por culpa de la bebida que me dio.

—Lo sé, guapa. ¿Tienes un recuerdo borroso de todo lo que sucedió o más bien es que hay partes que no recuerdas? ¿Como esas veces cuando uno sueña, y sabe que el recuerdo está ahí, pero no logra acceder a él?

Molly mira por primera vez a Joanne a los ojos.

—Exacto —afirma—. Al principio dije que recordaba a aquel hombre como borroso, pero la verdad es que no supe explicarme bien. Es como si tuviera la sensación de lo que pasó, pero no supiera lo que pasó.

—Muy bien —dice Joanne, alentada—. ¿Qué tal si en vez de hacerte preguntas específicas me hablaras de tus sensaciones? ¿Qué te parece? —Joanne advierte que Molly no sabe qué contestar y añade—: No sobre lo que te hizo. No tenemos necesidad de pasar por eso otra vez. En realidad me gustaría averiguar adónde te llevo. ¿Puedo preguntarte sobre eso?

Molly se mordisqueea el labio.

—Bueno —responde.

—Intenta hacer memoria y dime si lo recuerdas como un sitio sucio o maloliente.

—No —responde Molly automáticamente. Y parece asombrada por un momento, sorprendida de su rotundidad—. No, era un sitio limpio. Las sábanas olían a...

La niña desvía la mirada hacia la ventana de la cocina, como si intentara buscar el término exacto.

—¿Suavizante para la ropa? —apunta Joanne.

—No. No era esa clase de olor, no olían a detergente. Más bien como a calor, no sé si me explico.

—¿Como a quemado te refieres?

Molly aprieta los ojos intentando recordar el olor.

—Cuando mi madre pone a secar las toallas de baño en el radiador... huelen así como si estuvieran recalentadas. No sé cómo explicarlo.

—¿Cómo si las hubieran lavado en una lavandería? —pregunta Joanne.

—Sí. Eso.

—Bien. Y pasando a la habitación en sí, ¿recuerdas si había cuadros en las paredes?

—Era de color crema.

—¿Solo crema?

—Estaba vacía. No parecía una habitación normal.

—¿Como una habitación de hotel?

—No he estado nunca en un hotel.

—Pero ¿te dio la impresión de que allí vivía alguien? ¿Crees que el hombre que te secuestró vivía en aquella habitación?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero lo estoy.

—Bien —dice Joanne—. Lo estás haciendo pero que muy bien. Todo esto facilitará mucho la investigación, pero la pregunta que viene a continuación es algo peliaguda. No quiero hacerte sentir culpable, pero es muy importante que respondas con sinceridad. ¿De acuerdo?

Molly procura disimular su temor.

—Cuando viste a aquel hombre por primera vez, cuando te abordó a la salida del colegio, ¿te... te metiste en su coche porque te pareció atractivo?

Molly no responde. Solo agacha la cabeza.

—Nadie te culpa de nada, Molly. Solo necesito saber qué clase de persona es ese sujeto, y sería de gran ayuda que tú me lo dijeras. ¿Te gustó aquel hombre... aunque solo fuera un poco?

Molly, sin levantar la cabeza, asiente. Una lágrima cae sobre sus pantalones.

—Parecía agradable. No recuerdo qué cara tenía, pero parecía agradable...

Unos segundos más tarde, añade, sollozando en silencio:

—No se lo diga a mi madre.

Joanne alarga el brazo y posa una mano sobre el hombro de Molly.

—No lo haré, te lo prometo.

Llevo en el trabajo menos de media hora cuando una veinteañera con aspecto desaliñado y sin abrigo entra en mi despacho. Viene con un Staffordshire bull terrier atado a una cuerda azul de nailon, de esas para tender la ropa, enrollada al cuello a modo de correa.

—No quiero este perro.

La tengo a medio metro de distancia y no se atreve a mirarme a los ojos. Está muy inquieta. Salta a la vista que padece algún tipo de adicción, porque tiene las pupilas contraídas y sus movimientos son agitados y nerviosos, como los de los drogadictos que te encuentras en la farmacia del pueblo recogiendo su dosis de metadona. Esos que conocen al farmacéutico por su nombre, que simulan no advertir el rechazo del resto de la clientela allí presente.

—¿Es suyo el perro?

Es una pregunta de rigor, porque os sorprendería la cantidad de gente que me viene a entregar animales que no son de su propiedad. No sería la primera vez que, incautamente, diera en adopción el perro de algún marido mujeriego e infiel.

—Es de mi padre —responde la chica—, pero el viejo está mal de salud. Ya no puede cuidar del perro.

Se me cae el alma a los pies. Otro Staffordshire más. Será difícil que podamos deshacernos de él; tenemos el centro repleto de Staffordshires. Últimamente he estado colaborando con la Sociedad Protectora de Animales: están intentando que se apruebe una ley que obligue a los criadores a tener diecinueve años y disponer de licencia. Pero yo creo que se equivocan. Lo que hay que hacer es castrar a esos perros en masa, porque el problema ya está fuera de control.

—Tiene gatos también.

—¿Cuántos? —le pregunto.

—Más de dos.

—¿Dónde están?

—En su piso. Es una pocilga. No se ha limpiado desde que murió mi madre. Le habría traído los gatos también, pero... se han vuelto un poco salvajes.

—¿Dónde está ahora su padre?

—En Helm Chase.

Helm Chase es el hospital local.

—¿Volverá a casa algún día?

—No parece. Tiene más de un problemilla. Seguramente ya habrán puesto el piso a la venta.

—De acuerdo —digo, pasándole papel y bolígrafo—. Anóteme la dirección.

La chica empuña el bolígrafo como mi hijo James solía hacer de pequeño. Escribe

mezclando mayúsculas y minúsculas.

—¿Habrán alguien en el piso para abrirme? Para que pueda recoger esos gatos, quiero decir.

La chica saca una llave de entre el pesado manojito que lleva enganchado a los vaqueros y me la tiende.

—¿Qué hago con la llave después? —le pregunto.

—Tírela —dice, y me tiende la cuerda con el perro—. Se llama Tyson —añade.

Un nombre muy común entre los Staffordshires. Como no se lo cambie, seguro que no se lo queda nadie.

Un instante después la chica ha desaparecido. Pasa de trámites, y poco puedo hacer al respecto. Las cuestiones burocráticas no me quitan el sueño. Miro al perro.

—Creo que te pondré Banjo —le digo, y no le parece mal.

Tengo preparada una lista con unos doce nombres posibles para Staffordshires, todos agradables al oído, que suenen a perro dócil y manso.

A los Tysons, Hatchets, Badasses y Tarantinos los rebautizamos y les ponemos Teddy, Alfie y Percy. El nombre del perro solo le importa a su dueño. Un perro responde a lo que sea, le da lo mismo cómo lo llames.

Me pongo en cuclillas junto a Banjo; sé que no está castrado, pero no pierdo la esperanza.

No lo está. Entre las patas le cuelga un escroto del tamaño de una granada, y exhalo un suspiro porque alguna vez, aunque fuera muy de tarde en tarde, desearía llevarme una sorpresa.

—Ven, vamos a buscarte acomodo en algún sitio —le digo, cosquilleándole la cabeza.

En la zona de la perrera, las chicas trajinan pasando la manguera y limpiando. Las puertas se abren al público a las 9.30, y nos gusta que todo esté limpio y reluciente para esa hora. La gente cuando ve cacas pierde un poco las ganas. Es comprensible.

Lorna, una de mis dos ayudantes, cierra el chorro de la manguera al verme llegar con Banjo.

—La siete está libre —dice a voces entre los ladridos. Hace un gesto en dirección a Banjo—. ¿Qué tal es?

—No hay referencias, pero parece bastante manso. Ha pasado por delante de los otros perros sin problemas, así que supongo que no nos dará mucha guerra.

—¿Hay noticias?

—¿Sobre Lucinda Riverty quieres decir? —le pregunto, y Lorna asiente—. Nada. ¿Qué tal os arreglasteis ayer? ¿Algún problema?

—No, estuvo todo muy tranquilo, la verdad. Vino Clive, y le di la lista que estaba en tu mesa. Fue a por madera para los postes de la valla esa que hay que cambiar...

—¿Le pagaste con dinero de la caja chica?

Lorna sonríe, y su mirada es chispeante.

—Dijo que ya llevaba suelto...

Clive Peasgood es lo que entre el gremio llamamos un regalo del cielo. Es un maestro jubilado y un manitas, capaz de arreglarlo todo y hacer de todo. Según él, esta es su manera de «devolverle a la sociedad» lo que le ha dado, y yo diariamente saco tanto partido como puedo de sus habilidades.

De vez en cuando, si voy escasa de personal, me pasea a los perros y limpia la perrera, pero por lo general se ocupa de la seguridad y el mantenimiento de los distintos pabellones. Y casi siempre que intento pagarle por los materiales me dice que ya lleva «suelto».

Su mujer es una señora encantadora que a veces nos organiza colectas — mercadillos y actividades por el estilo— y siempre que me topo con ella me disculpo por haberle robado a su marido cuando deberían estar los dos por ahí disfrutando juntos de la jubilación. Ella, invariablemente, me contesta que si le impidiera a su marido venir al centro, lo mataba. Puede que lleve razón, pero eso no quita que yo me sienta culpable por tener siempre a Clive tan ocupado. El año pasado nos instaló una cubierta nueva en el pabellón de los gatos y no quiso aceptar pago alguno a cambio.

—Tengo que hacer una recogida luego —le digo a Lorna—. Gatos... ¿cuánto espacio tenemos disponible?

Lorna tuerce el gesto.

—Pues apenas ninguno. Ayer nos entró un lote de ellos, ¿te acuerdas?

—Uy, es verdad, se me había olvidado. Mierda. Quizá debería llamar a Bill en West Cumbria, a ver si puede quedarse alguno.

—¿Cuántos son?

—La chica no lo sabía. Más de dos...

—Mala señal —dice Lorna.

Al principio pienso que debo de haberme equivocado de dirección. Me encuentro ante una vieja mansión solariega dividida en apartamentos. No suelo recoger gatos salvajes de residencias así. Echo un vistazo a la nota donde llevo apuntadas las señas: Apartamento 6, Helm Priory, Bowness. Sí, es aquí.

Han despejado la nieve de la calzada y saco del maletero del coche tres cestas para gatos. Una mujer me está espiando por la ventana de uno de los apartamentos de la planta baja. Es joven, veinticinco años a lo sumo, con aspecto un tanto tristón.

Saco los guantes protectores que llevo en la bolsa que hay tras el respaldo del asiento del conductor y, en el último instante, agarro una mascarilla también y me la meto en el bolsillo, por si acaso. Suelo comprarlas en la tienda de pinturas de Kendal. Son las mejores, lo sé por experiencia. Si pueden protegerte del olor a esmalte y acrílico, también del olor a excremento de gato. En todo el tiempo que llevo

trabajando en esto, es lo único a lo que no he logrado acostumbrarme.

Sonríó a la joven de la ventana, pero cuando me acerco al edificio ella baja la vista y alza los codos en un ademán exagerado para dejar claro que está lavando los platos. Parece polaca.

Durante un tiempo, en esta comarca las veías por todas partes, a las polacas. Chicas delgadas, afables, todas vestidas idénticas. Con falda excesivamente corta y medias color caramelo, un color que mi madre luciría seguramente a sus veinte años. Recuerdo que un día fui al supermercado Asda y tras pasar un buen rato en la sección «Polish», embobada ante el amplio surtido de borschts y kielbasas, de pronto caí en la cuenta de que en aquellos estantes no iba a encontrar ni Pledge, ni Mr Sheen ni cera alguna para suelos.

Empujo el portón de la entrada, que se abre a un espacio porticado con buzones de correos a ambos lados. La puerta interior del fondo tiene la llave echada. Encuentro una Yale —la que creo que mejor podría encajar de entre el manajo que me ha dado la chica— y compruebo con alivio que funciona a la primera.

El vestíbulo de entrada es imponente; con moqueta tipo hotel, lujosa. Al final del primer tramo de escaleras hay una gran vidriera emplomada de época por la que entra luz a raudales. Un ambientador eléctrico con fragancia a jazmín perfuma el entorno, y me asalta de nuevo la duda de si me habré equivocado de dirección. Demasiado suntuoso.

Deduzco que el apartamento 6 estará en la planta de arriba. Subo con precaución para no arañar la pintura de las paredes con las cestas de los gatos. Al llegar al segundo rellano, me encuentro ante dos puertas. A la derecha está el apartamento 5. Flanqueando su puerta, dos laureles primorosamente podados, y en el suelo un bonito felpudo rojo con la inscripción: «El hogar es donde está el corazón».

Miro a mi izquierda. Junto a la puerta del apartamento 6 hay una planta marchita; el suelo está cubierto de colillas y restos de porros consumidos hasta el filtro. Esto ya me cuadra más, pienso, metiendo la llave en la cerradura.

Nada más abrir la puerta, me asalta el nauseabundo pestazo, y la cierro enseguida mientras me ajusto la mascarilla. Palpo la pared buscando el interruptor, lo pulso, pero no ocurre nada. Han cortado el suministro eléctrico. Caigo en la cuenta, echando sapos y culebras por la boca, de que no llevo linterna y no hay luz en el recibidor; todas las puertas que dan a él están cerradas.

Pienso en entrar a tientas y despachar el asunto lo más rápido posible, pero enseguida recapacito. Hace dos años me tocó ir a recoger un perro hambriento de un domicilio de Troutbeck Bridge. El pobre ladraba con tanta angustia que entré sin pensármelo dos veces. Y pisé una aguja. Aguja que, aunque parezca mentira, me traspasó la suela de las zapatillas y se me clavó en la planta del pie. Herida por punción de aguja lo llaman; el caso es que me pasé los seis meses siguientes

convencida de que había pillado el SIDA. No me gustaría repetir la experiencia a ser posible.

Dejo las cestas para los gatos y los guantes en el rellano, me bajo la mascarilla al cuello y llamo a la puerta del apartamento 5. En vista de que nadie sale a abrir, bajo deprisa y corriendo al apartamento de la planta baja donde antes estaba la chica asomada a la ventana.

Llamo suavemente con los nudillos. Ella entreabre la puerta enseguida, apenas una rendija, y me mira con recelo.

—Hola, trabajo en un centro de acogida de animales y...

—No tengo dinero —dice en inglés con marcado acento extranjero.

—No, si no quiero dinero. Necesito una linterna.

—¿Linterna? Pero es de día.

Señalo hacia el piso de arriba.

—El inquilino del apartamento seis está en el hospital, he venido a por sus gatos.

Advierto que estoy remedando su acento sin darme cuenta.

—Un momento. Miro.

Cierra la puerta.

Un minuto más tarde regresa con un crío cargado a horcajadas en la cadera. Un hermoso y regordete niño rubio que tendrá unos doce meses. Nadie, pero nadie, diría que son madre e hijo. Alargo el brazo para acariciarle el pelo, un reflejo automático adquirido desde que soy madre yo también.

—Qué preciosidad de niño. ¿Cómo se llama?

—Nika.

—Qué bonito... ¿es un nombre polaco?

—Es de Georgia.

Voy a decir algo, pero en el último instante caigo en que se refiere al país vecino de Rusia, no al estado vecino de Alabama.

Me tiende la linterna, una linternita marca Stanley de color negro y amarillo, y, como siempre me sucede en cuanto veo esa marca, me traslado de inmediato al día en que la mujer de mi padre se cortó las venas con el cúter en la sala de estar de casa.

—Deje fuera —me dice, y yo me quedo mirándola, sin entender—. Deje linterna fuera al terminar.

—Ah, ya, de acuerdo, eso haré.

Me quedo plantada en el umbral de la cocina y hago una honda y entrecortada inspiración.

Más de dos, había dicho la chica. Pero ya he visto cuatro gatos adultos, y hay una camada de gatitos en uno de los armarios que están junto al fregadero. Desde aquí

oigo sus maullidos lastimeros. En realidad, debería ser la Sociedad Protectora de Animales quien se encargara de esto. En situaciones así, generalmente hago una llamada y ellos acuden acompañados del veterinario local, dispuesto a certificar que se trata de un caso de maltrato animal. Luego recogen todas las pruebas pertinentes para proceder a la denuncia. Pero todo eso lleva tiempo. Además, el dueño de estos animalitos está en el hospital. Y, por lo que dijo su hija, lo más probable es que ya no salga de allí, así que sería perder el tiempo.

Decido juntar a los gatos en la cocina antes de seguir registrando el piso. Mejor que vaya por partes o no daré abasto.

Los gatos están algo asilvestrados. Los pobres se han quedado escuálidos, todo patas y garras. Cojo a una gata sarnosa de color parduzco con tres patitas blancas y al tocarle el vientre noto que está preñada y cargada de crías.

Una gata puede llegar a engendrar veinte mil gatitos a lo largo de su vida si sobreviven todas sus camadas. De ahí que una parte sustanciosa del presupuesto se nos vaya en esterilizarlas, y así prevenir escenas como esta. Si todos los propietarios de animales domésticos esterilizaran a sus cachorros a los seis meses en lugar de «dejarles pasar un periodo de celo», tendríamos resuelto casi el problema de esos gatitos y perritos que nadie quiere. Evidentemente, habría que lidiar también con todos los que consideran la esterilización como una injerencia en la naturaleza, pero tengo para mí que si esos individuos no se dedicaran a complicarle la vida a la gente como yo, estarían complicándola en otra parte. Montando peleas de gallos probablemente. O pegando a su mujer.

Doblo la espalda para meter a dos gatos en sendas cestas y luego voy hacia el fregadero. Sospecho que el tipo que vivía aquí era un alcohólico porque, aunque el piso esté hecho una pocilga, apenas hay comida a la vista. Está todo vacío. Rezo para mis adentros dando gracias al cielo, porque hoy dudo que me sintiera capaz de bregar con restos de comida enmohecida y carnes putrefactas.

Debe de haber más de sesenta latas de cerveza Special Brew desperdigadas por la encimera de la cocina, además de botellas vacías de ginebra por todas partes. Como no reconozco la marca, giro la botella y veo la inscripción en la etiqueta trasera: «Destilada especialmente para Supermercados Aldi». Imagino al típico borracho empujando el carrito repleto de ginebras por el supermercado: tan escuálido como sus gatos, las córneas amarillentas y esa hipermovilidad de la mandíbula inferior que al parecer desarrollan los alcohólicos. Oigo otro tenue maullido que sale de los armarios bajos de la cocina.

Me encuentro cinco gatitos metidos en una caja de cartón. Uno está muerto; y los demás, medio moribundos.

Tienen pulgas. Una plaga de ellas.

Les han chupado tanta sangre a los pobrecillos que será una suerte si consigo

salvarlos. Tienen las encías blancas como el alabastro y el cuerpecito exangüe. Solo dos de ellos alcanzan a emitir algún sonido. Son gatitos de pelaje blanco y negro. El que menos adeptos tiene últimamente, quién sabe por qué.

Ahora la moda son los gatos rojizos y los atigrados; me piden gatitos grises atigrados como el del anuncio de Whiskas, sin saber que ese es un felino con pedigrí y su precio ronda los quinientos euros.

No me molesto en meter los gatitos en la cesta por el momento. De todos modos, están tan débiles que no saldrán huyendo, así que los dejo en la caja. Registro el resto del piso y encuentro a otros dos gatos adultos. Ambos negros y semisalvajes; uno de ellos, una hembra, preñada también. Echo una ojeada en los armarios y detrás de los sillones, pero no encuentro rastro de ninguno más, de modo que bajo las escaleras cargada con dos de las cestas y las dejo en el coche mientras voy a por el resto.

La georgiana hace como si lavara platos de nuevo; yo le dirijo un amago de saludo con la mano, pero ella parece en trance. Pienso que debería llamar a su puerta y devolverle la linterna en persona, pero recuerdo que ha sido rotunda: «Deje linterna fuera al terminar». Y eso hago. Hay personas a las que no les gustan las visitas.

Recojo los demás gatos y doy un último repaso al piso antes de marcharme. Al rato, mientras sujeto la puerta del porche con la tercera cesta, me palpo los bolsillos para cerciorarme de que llevo encima las llaves tanto del coche como del piso del señor de arriba, para que no se me olvide nada.

Y en ese momento reparo en el nombre del buzón que corresponde al apartamento 2: Riverty.

«G. Riverty» reza la tarjeta, escrita en primorosas letras minúsculas. G de Guy. De Guy Riverty, el marido de Kate, el padre de Lucinda.

Los Riverty tienen montones de casitas de alquiler repartidas por el Distrito de los Lagos, pero no sabía que tuvieran una aquí.

Nunca la habían mencionado. Aunque, por otra parte, me digo mientras cierro la puerta, ¿por qué lo iban a hacer?

—Pero ¿y si no se tratara de la misma persona? —pregunta Ron Quigley al inspector.

—Demasiados paralelismos —contesta Pete McAleese—. Las dos niñas tienen la misma edad, son del mismo tipo, de la misma zona, y ambas desaparecieron en las inmediaciones del colegio. —Demasiadas coincidencias como para descartar ese supuesto.

—Pero a estas horas ese ya estaría soltando a Molly Rigg. La tuvo retenida un solo día.

El inspector Pete McAleese suspira.

—Ron, no es infrecuente que el delito vaya a más. Ya lo has visto tú mismo en bastantes ocasiones. La primera vez tantean el terreno, a ver qué pasa, y luego van cogiendo atrevimiento.

Se han congregado en la comisaría. La sala de reuniones está atestada, pero Joanne sigue con el abrigo puesto porque los cristales de las ventanas están helados por dentro. Se está calentando las manos en una taza de té bien cargado, mientras piensa que ojalá el sujeto sea el taimado violador que pensaban y no un taimado asesino.

Joanne carraspea y se dirige a McAleese.

—Ya sé que tenemos que ahondar cuanto antes en la nueva información que nos ha proporcionado Lisa Kallisto, lo de la relación de Lucinda con ese hombre, pero estoy de acuerdo con Ron. ¿Y si no fuera el mismo sujeto en los dos casos? Yo opino que habría que investigar más a fondo al padre.

—Es lo que hacemos siempre —conviene el inspector, un tanto hastiado—. Pero en este caso podemos descartarlo. En primer lugar, porque dispone de una coartada consistente: cuando desapareció Molly Rigg estaba con su familia. Y en segundo, porque se le ha mostrado a Molly una foto de ese hombre y la niña dice que no es él.

Joanne deja la taza de té sobre la mesa.

—Esta mañana he vuelto a interrogar a Molly y, la verdad, no tiene muy claro lo que sabe y lo que no. Estaba bajo los efectos del Rohypnol. ¿Cómo puede negar categóricamente que fuera ese hombre si es incapaz de recordar nada de lo que sucedió?

—Sí, pero insisto en que su coartada es sólida. Así que por mucho que tengas la corazonada de tu vida, Joanne, por el momento vas a tener que olvidarte de ella. En fin, eso nos deja...

—¿Se pueden hacer pruebas de ADN? —pregunta Ron.

—No se han hallado restos de semen, ni piel, ni pelo. Solo el hilo de un traje encontrado entre los genitales de Molly. No es concluyente, pero el laboratorio cree

que proviene de una tela con hilo de seda. De un traje de raya diplomática tal vez.

—Fantástico —dice Ron, inclinándose hacia Joanne—. Un pedófilo dandi... no te jode, lo que nos faltaba.

Joanne intuye que McAleese está a punto de dar por concluida la reunión.

—Inspector —salta sin perder tiempo—, de verdad creo que sería un error descartar a ese padre, aunque tenga una coartada...

McAleese levanta la palma de la mano.

—Joanne, atente a los datos de que disponemos: adolescente de trece años, raza blanca, clase media, desaparecida en una comarca de extraordinaria belleza natural. La segunda adolescente que desaparece en quince días. Así que, no te preocupes, no descartaré a ese padre, haré que se le siga la pista, pero recuerda: todas las miradas están puestas en nosotros. El país entero está pendiente. Hay que encontrar al cabrón que se ha llevado a esa niña hoy mismo. No mañana, hoy. Y eso significa continuar indagando sobre las pistas de las que en realidad disponemos en este momento.

Joanne asiente con la cabeza.

—Entendido.

—Vuelve con Ron a Windermere e interrogad a Sally Kallisto —ordena McAleese—. A ver si conseguís que os dé un poco más de información sobre ese misterioso caballero y encontráis alguna conexión con las declaraciones que ha hecho Molly Rigg esta mañana.

Joanne y Ron se levantan y recogen sus cosas mientras McAleese delega el resto de la investigación puerta a puerta.

Cuando ya está a punto de salir de la sala, Joanne se vuelve de pronto y se detiene junto a McAleese, interrumpiéndolo en mitad de la frase.

—En la habitación donde llevaron a Molly Rigg las sábanas olían a lavandería —dice en voz baja—. Guy Riverty alquila casas a turistas. ¿Hay alguien encargado de indagar sobre esas viviendas?

Qué extraño verse aquí de nuevo, piensa Joanne, mientras avanza con Ron por el pasillo del colegio en dirección al despacho del subdirector.

—Le hace a uno revivir el pasado, ¿verdad? —dice Ron.

—Pues sí. ¿Tú a qué colegio fuiste, Ron?

—A la Grammar School de Lancaster.

—Muy buen colegio. No te imaginaba yo tan estudioso.

—A los once años, cuando hice el examen de ingreso para entrar, era un chaval bastante espabilado, pero me eché a perder al poco tiempo. A los dieciséis ya había colgado los libros, sin titulación ninguna, y acabé metiéndome en el Cuerpo... Ingresé solo por la perspectiva del deporte.

Joanne lo mira de reojo. Ron no le parece un tipo muy atlético que digamos. El

simple esfuerzo de atarse los cordones ya lo deja sin aliento.

—Sé lo que estás pensando —dice él, risueño—. Ahora apenas practico deporte ninguno, pero en mis tiempos jugaba mucho al críquet. Un día se nos presentó en el club un cazatalentos que andaba a la búsqueda de sangre nueva para el Cuerpo y me dijo que tenía la carrera perfecta para mí. Que si entraba en la academia de policía, podría practicar todo el deporte que me viniera en gana.

Están avanzando por el pasillo principal del Centro de Enseñanza Secundaria de Windermere. Ciertamente el lugar evoca en Joanne montones de recuerdos. Recuerdos de cuando tenía trece años y discurría por aquel mismo pasillo, muerta de miedo solo de pensar en tropezar y quedar en ridículo. Miedo de cruzar una miradita con algún alumno de los cursos superiores y que se le subiera el pavo cada vez que se acordara de él a lo largo del día.

El subdirector del centro les ha cedido su despacho para que hablen con Sally Kallisto. Joanne contempla la anodina decoración de la estancia: el escritorio con su encimera de contrachapado, el sucio color grisáceo de unas persianas que en otro tiempo fueron blancas.

Joanne conoce ese despacho, estuvo sentada allí en una ocasión, hace mucho tiempo, veintitantos años atrás, después de una pelea especialmente violenta entre dos quinceañeras compañeras suyas. A una de ellas le habían arrancado el pendiente de cuajo, segándole en dos el lóbulo de la oreja, y llamaron a Joanne al despacho como testigo de la pelea. Pero Joanne no soltó prenda. Fingió no saber nada, porque había sido educada en el convencimiento de que una nunca se chivaba de sus compañeros. Qué paradoja encontrarse de nuevo en la misma habitación, dispuesta a pedirle a Sally Kallisto que se chivara de los suyos... Aunque, justo era de reconocer, que lo que había en juego en esta ocasión era mucho más grave.

Sally entra en el despacho acompañada por una joven profesora de tez pálida, la señorita Murray, más atemorizada aún que su alumna a simple vista.

Sally no guarda parecido alguno con su madre. Es el vivo retrato del padre. Pelo lacio y negro, tez oscura y tersa, preciosos ojos castaño oscuro.

—Soy la agente Joanne Aspinall... y este es mi colega —hace un ademán en dirección a Ron—, Ron Quigley. Os conocisteis ayer.

—Hola —saluda Sally en voz baja.

Joanne ha dispuesto las sillas en forma de L. Toma asiento con su bloc de notas sobre las rodillas, y Sally se sienta en la silla contigua.

—Antes de que empecemos con las preguntas, Sally, ¿estás segura de que te sientes cómoda con la presencia de la señorita Murray? Porque podemos esperar un poco e intentar localizar a tus padres si prefieres responder con ellos delante. Tu madre ha salido a recoger unos gatos, según nos han informado en su trabajo, así que no tardará en estar de vuelta. Pero a tu padre no he podido localizarlo. No contesta al

teléfono.

Sally lleva los leotardos arrugados en torno a los tobillos. Se los estira, recolocándose una pierna primero y luego la otra, y responde sin mirar a los ojos a Joanne.

—¿Podemos hacerlo ahora?

—Por supuesto.

—Es que... es que...

No termina la frase.

Joanne lanza una mirada a Ron. Los dos están pensando lo mismo: cuando una niña no desea hablar en presencia de sus padres es que tiene algo interesante que contar.

Joanne sonríe.

—Pues entonces, manos a la obra.

Joanne empieza repasando los hechos del día de autos, por si a Ron se le hubiera pasado algo por alto en el interrogatorio del día anterior.

Cuando termina de hablar, Sally la mira directamente a los ojos.

—¿Usted cree que todavía está viva? —le pregunta a Joanne.

—Eso espero, sinceramente. ¿Tú qué crees?

Sally hace un gesto de negación con la cabeza.

—¿Qué te hace pensar eso?

Sally baja la vista.

—No lo sé. Es que no veo cómo podría estarlo...

—Porque...

—Porque mi madre dice que es posible que esté muerta.

—Eso tu madre no lo puede saber con certeza. Nadie puede, ¿no?

—No, pero lo que no he contado, lo que no le he contado a la policía, es que Lucinda se estaba viendo con un hombre. Debería haberlo dicho, ¿verdad?

—Sí —responde Joanne—, deberías. Pero para eso estamos aquí ahora, para que nos lo cuentes.

—Mi madre dice que ha sido culpa mía, dice que si Lucinda muere... —Sally se interrumpe, se recoge el pelo detrás de la oreja—. ¿Usted cree que ha sido culpa mía?

—No.

Joanne se inclina hacia ella.

—¿Cómo va a ser culpa tuya que Lucinda decidiera meterse en el coche de un extraño? Pero, escúchame, Sally, si queremos ayudar a Lucinda, tendrás que contarnos todo lo que sabes sobre ella. Aunque eso te parezca una traición. Aunque pienses que eso la disgustará y se enfadará tanto contigo que nunca más volverá a dirigirte la palabra. Tendrás que contarnos sus secretos. ¿Lo entiendes?

Sally asiente con la cabeza y hace una trémula inspiración. Parece intentar

refrenar un acceso repentino de llanto, y Joanne siente que el vello de la nuca se le eriza. Intuye que Lucinda y ella eran amigas íntimas.

—Llora si lo necesitas, Sally —la anima—. No te contengas.

Ron extrae un pañuelo limpio del bolsillo de la chaqueta y se lo tiende a la niña.

—Toma, guapa —le dice amablemente.

Pero Sally logra reprimir las lágrimas.

—No he visto nunca a ese hombre con el que hablaba —empieza diciendo—. Nunca estaba con ella cuando se veían. Lucinda me dijo que había quedado con él tres veces, y que él quería llevarla por ahí, de compras.

—¿Te daba la impresión de que le tuviera miedo?

—Estaba ilusionada.

—Entonces ¿ese hombre no había intentado hacerle daño?

—No.

—¿Viste alguna vez el coche que conducía?

—De cerca, no. Solo por detrás una vez.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Hará dos semanas? —contesta a modo de pregunta—. Salí del colegio un poco más tarde de lo normal, porque me entretuve hablando con una profesora.

—¿Podrías describir el coche?

—Era plateado.

—¿Seguro? —interviene Ron—. ¿Podría haber sido blanco?

Sally mira hacia un lado.

—Puede ser —reconoce—. No estoy muy segura. No sabía que era el mismo hombre del que me había hablado hasta que me acerqué a Lucinda, y ella me dijo que acababa de invitarla a salir.

—¿A salir? —repite Joanne—. ¿Salir como novios o salir juntos a algún sitio?

—Lucinda tampoco lo sabía. Estuvimos dándole vueltas un montón de rato, pero no nos quedó claro si quería decir en plan de novios y tal o qué.

—Entonces ¿nunca has llegado a ver a ese hombre? —pregunta Ron.

—Nunca —dice ella, negando con la cabeza.

Joanne toma nota del color del vehículo y levanta la vista de su bloc.

—¿Qué más puedes decirnos?

—No mucho.

—¿No se te viene nada a la cabeza?

Sally encoge los hombros.

—Vamos —dice Joanne, azuzándola—, yo sé que las chicas os lo contáis todo con pelos y señales. Sobre todo cuando se trata de chicos. —El comentario parece herir a Sally, y Joanne añade enseguida—: A las mayores nos pasa exactamente lo mismo —y lanza una mirada hacia la señorita Murray—, ¿verdad?

—Totalmente —contesta la señorita Murray, azorada—. Yo me puedo pasar las horas muertas hablando de mi novio.

Sally, sin embargo, no pica el anzuelo.

Clava la mirada en el regazo. Tiene el cuerpo en tensión, y casi parece que la hubieran amenazado para que no revelara nada.

—¿Qué pasa, Sally? —pregunta Joanne finalmente—. ¿Te ha contado Lucinda algo sobre ese hombre, algo que temas contarnos?

La niña sacude la cabeza.

—Ya les he dicho todo lo que sé.

—¿Estás segura? —pregunta Joanne no sin cierta decepción.

Tenía la certeza de que iban a sacar algo más en claro de aquella conversación.

—Segura —responde Sally.

Ron hace ademán de levantarse, pero, instintivamente, Joanne alarga la mano hacia la rodilla de su compañero, dándole a entender que aún no han terminado.

—Sally —prosigue Joanne cautelosamente—, recuerda lo que te he dicho. O nos cuentas todo lo que sabes, o no conseguiremos encontrarla. No le haces ningún favor guardándole secretos. En estas circunstancias, no.

Sally levanta la mirada y de pronto parpadea rápidamente. Intenta inspirar, pero el aire entra a sacudidas en sus pulmones, como si tuviera la tráquea obstruida.

Sus ojos se clavan en los de Joanne. Y repentinamente se anegan en lágrimas mientras las palabras brotan de sus labios como un torrente.

—Es algo que tiene que ver con su padre —dice—. Ese es su secreto. Eso es lo que no puedo contarle a nadie.

Estoy de vuelta en el trabajo intentando darles un poco de líquido a estos pobres gatitos con una jeringuilla, pero es inútil. Sé que les hago daño, y me estoy planteando si no sería más caritativo llamar directamente al veterinario y que los sacrifique. Me siento cabreada y triste, pero procuro que la rabia contra el mierda ese que los ha dejado abandonados no se apodere de mí. Luego me quedo para el arrastre. Lo único bueno que hemos sacado de todo esto es que al menos ahora sabemos que Banjo, el Staffordshire, se lleva bien con los gatos. Eso hará que sea mucho más fácil encontrarle un nuevo hogar. Aunque quien se lo quede eventualmente no tenga felinos en casa, a nadie le hace gracia adoptar un perro capaz de zamparse tan campante un gatito.

Suena el timbre, indicando que hay alguien fuera, en el despacho, así que dejo los gatitos y voy para allí. De todos modos, me vendrá bien un descanso, y quizá me tome un té.

Es la loca de Jackie Wagstaff.

La gente la ha apodado Jackie la Loca porque hace un tiempo, sobre todo durante aquella mala racha que pasó hará un par de años, la emprendía a puñetazos con la gente cada dos por tres.

El marido de Jackie se pulió todo el dinero que tenían en común —rehipotecó la casa sin avisarla— y metió a la familia en un atolladero económico de mucho cuidado. Para salir de él, no se le ocurrió otra cosa que rifar su vivienda. Era una buena casa, valorada en unas trescientas mil libras, y en el pueblo todos (incluidos Joe y yo) compramos boletos para la rifa, a veinticinco libras cada uno. Al parecer se vendieron unos ocho mil, después de que la noticia saliera anunciada en el *Gazette* y se repartieran folletos por toda la población, con lo que sacaron en total cerca de doscientas mil libras.

Luego el marido de Jackie la Loca se fugó con toda la pasta. Una desgracia.

Y todo el mundo la tomó con ella. Dice Jackie que la gente todavía se cruza de acera cuando la ve por la calle; ha perdido todas las amistades que había hecho a lo largo de más de treinta años.

Ahora trabaja como cuidadora de ancianos y de vez en cuando me trae los animales de compañía de los que se le van muriendo.

Al encontrármela allí en el despacho con las manos vacías, la miro sorprendida.

—¿Qué? —dice, pero enseguida cae en la cuenta—. Ah, tranquila, mujer, que hoy no te traigo nada. Venía para verte a ti. Para saber cómo estabas. Joanne dice que la niña esa que ha desaparecido estaba en tu casa cuando pasó todo.

—Bueno, más o menos. ¿Has dicho Joanne? ¿Te refieres a la agente Aspinall? ¿Es tu hija?

—Mi sobrina.

—No me habías dicho que trabajara para la policía.

—No, ya, es que no le gusta que vaya pregonándolo por ahí. Un poco paranoica ella, la verdad. Piensa que si corre la voz de que es poli, le van a rajar los neumáticos. En fin, dice Joanne que estás muy afectada con el asunto este, lo de la niña, y como me pillaba de paso se me ha ocurrido pasar un momento a ver cómo andabas.

—Intento no pensar en ello, la verdad. Bueno, o al menos no darle vueltas al coco imaginando lo que puede haberle sucedido. Venir a trabajar me ha sentado muy bien. No querrás un gato, ¿verdad?

—No.

—¿Y unos gatitos?

—No nos dejan tener animales en casa.

—¿Y si los metes de extranjis? Nadie tiene por qué enterarse.

Jackie la Loca suelta una risotada.

—El casero se enteraría seguro. Además, que la casa es de Joanne, no mía. Me deja vivir allí porque no tengo para pagarme el alquiler de una casa yo sola, pero nada más. No va a permitirme meter un gato.

—Bueno, está bien. Por probar que no quede. Tenemos el centro hasta los topes y acabo de traer una camada de gatitos medio moribundos... No sé dónde los voy a meter, si es que sobreviven. Vaya día llevo. Vaya par de días.

—¿Qué creen que ha pasado con la niña desaparecida?

—Probablemente sabrás tú más que yo.

—¿Qué? No lo dirás por Joanne, ¿no? A mí no me cuenta nada. Lo tiene prohibido, y, además, ella es muy legal para esas cosas. ¿Cómo está la madre? Joanne me ha dicho que erais amigas.

—¿Viste la rueda de prensa?

Jackie asiente con la cabeza.

—Yo no fui capaz —digo apesadumbrada—. Bastante horrible es ya de por sí saber el daño que les he hecho como para encima tener que presenciar...

Callo de pronto porque se acaba de abrir la puerta y entra una mujer con un West Highland terrier.

Va vestida con un chaleco acolchado de tela brillante, unos pantalones de marca remetidos en unas botas Hunter de color rosa y un ridículo gorrito de lana con orejeras, como si viniera de cazar castores.

Jackie la Loca me mira de soslayo y se aparta de mi mesa para hacerle sitio a la recién llegada.

—Buenas tardes —dice. Tendrá unos cuarenta y cinco años más o menos—. Le traigo a Hamish porque la empresa de mi marido nos traslada a Oriente Medio, y pensé que podría estar interesada en comprármelo.

Lo dice tan campante y risueña que cualquiera diría que acaba de ofrecerme unas vacaciones gratis.

Jackie carraspea.

—La verdad es que no es nuestro cometido —aclaro, y ella ladea la cabeza.

—Pero si es un encanto de perrito, superlimpio y muy bien enseñado. Aquí mismo tengo su certificado de pedigrí —dice, agitando un sobre con gran alarde.

Le explico pacientemente cómo trabajamos y cuál es la función de un centro de acogida de animales y, aunque me gustaría poder decir que es la primera vez que nos sucede algo así —que alguien pretenda cobrar por un perro con pedigrí—, no puedo. Es algo que viene sucediendo cada quince días como mínimo. De verdad piensan que es como si tuvieran un televisor de plasma que venderte. ¿Cómo no vas a querer comprárselo tan rebajado de precio? ¡Pero si es una ganga!

Me encojo de hombros con impotencia.

—Lo siento —le digo—, pero esto es una organización sin ánimo de lucro.

La actitud cordial y risueña de antes desaparece súbitamente, y su semblante refleja una intensa concentración. Se enfrenta a un contratiempo que no había previsto.

—De todos modos, si quiere nos lo puede dejar —se me ocurre decir—. Me queda espacio para otro perro más, y seguro que le encontraremos un hogar donde lo traten maravillosamente.

—Le dije a mi marido que recuperaríamos la inversión —replica, arrugando el entrecejo—. Hemos gastado mucho dinero en él y esperábamos recuperar una parte de...

Jackie salta de pronto:

—¿Deja al pobre animal aquí tirado y encima pretende que le paguen por ello?

Lo estaba viendo venir, veía que Jackie se estaba sulfurando, pero confiaba en que no explotara.

El tono de Jackie indigna a la señora.

—Yo no estoy dejando nada tirado —contesta—. Una empresa de cazatalentos le ha ofrecido a mi marido un trabajo en el extranjero, y no nos queda otra alternativa que marcharnos.

—Siempre hay alternativas —replica Jackie—. Depende de las prioridades que uno tenga.

—Mi prioridad es mi familia, ¡por eso nos vamos a vivir fuera! En fin —dice, volviéndose a mí—, este perro nos costó mil cuatrocientas libras, será una mascota ideal, es un animal que no necesita muchos paseos, además, es muy limpio.

Jackie tiene las cejas arqueadas. «¿Un animal?» dice sin voz.

—Estoy convencida de que alguien pagaría con gusto por quedarse con él —prosigue la señora, imperturbable—, y si este centro no está dispuesto a ofrecerme

dinero a cambio, pondré un anuncio en el *Westmorland Gazette* y santas pascuas. Compradores no me van a faltar.

Jackie va hacia la puerta y se asoma al exterior. Luego se vuelve a la señora y le pregunta, con aire inocente:

—¿Ese Lexus que hay fuera es suyo?

La señora dice que sí, que el coche es suyo.

—¿Con un cochazo que cuesta una millonada y viene aquí a marear la perdiz para ver si algún primo le compra el maldito perro?... ¿Un perro que usted ya no quiere?

—No es que no lo quiera, ya he explicado que...

Jackie se acerca de nuevo a la mesa y la interrumpe.

—No, si ya la hemos oído... Pero déjeme que sea yo quien le explique, porque aquí Lisa es demasiado amable para ponerle las cosas claras. Yo le explicaré lo que uno debería decir cuando ya no puede cuidar de su perro...

»Una entra aquí, deshaciéndose en sonrisas y disculpas, y dice: “Por favor, amable señorita, usted que cobra una miseria por recoger los platos rotos de unos desagradecidos de mierda a quienes sus animales les traen sin cuidado, ¿sería usted tan amable, señorita, de aceptarme este perro y buscarle un buen hogar? Porque eso es lo que de verdad, de verdad importa, encontrarle un buen hogar, un hogar donde lo quieran y lo traten bien”. Y luego una dice, porque le está muy agradecida a la amable señorita por quitarle de encima el marrón: “Me encantaría hacer un donativo para el centro, porque mantener esto debe de costar una fortuna. Entre gastos de comida, veterinario, calefacción... ¿Qué le parece si le extiendo un cheque por una bonita suma ahora mismo? ¿Qué? ¡Pues claro que no me importa! ¡Mi marido está forrado! Unos jeques árabes lo han cazado para su empresa, y nos vamos a hacer de oro. ¡Cómo me va a importar!

Jackie cruza los brazos sobre su considerable pechera y mira furibunda a la señora.

—Eso es lo que una dice.

La señora sale hecha una furia por la puerta, tirando del perro, y yo miro a Jackie y sacudo la cabeza.

—No puedes ir por la vida tratando así a la gente.

—¿Quién dice eso? —salta—. Ella se lo ha buscado. No soporto a esa clase de mujeres. Tan convencidas de que pueden hacer su santo capricho y escaquearse cuando les viene en gana. No sé cómo aguantas este trabajo, Lisa, de verdad te lo digo... Pero, bueno, ¿tú has visto el sombrero que llevaba?

Se supone que uno no debe tener favoritos.

Lo sé. Pero a veces es inevitable.

En este momento, tenemos en el centro un Bedlington terrier ya achacoso llamado Bluey por el que nadie se interesa. Está en una jaula individual, porque es un perro algo inquieto y lo que desea en realidad es verse rodeado de compañía humana; no le van mucho los demás perros. Los tolera, no es agresivo —los bedlingtons raramente lo son—, pero prefiere estar a su aire.

Bluey llegó al centro hace cinco meses y, debido a su avanzada edad, nadie ha mostrado interés por él. Nadie desea adoptar un perro entrado en años, con más probabilidades de caer enfermo y de acarrear gastos veterinarios. Pero, cada vez que paso por delante de su jaula, se me parte el alma. Nunca lo ves sentado ni tumbado, se pasa el día pegado a la reja, a la espera. Siempre a la espera. Es como esos caballos de las películas del Oeste que dejan abandonados bajo la lluvia, amarrados ante las puertas del *saloon*. Con la cabeza gacha, la pata medio levantada, los ojos semientornados, esperando.

Le comenté a Joe la semana pasada el caso de Bluey y decidimos que, si en quince días no le hemos encontrado hogar que lo acoja, le haremos sitio en el nuestro.

Pero, mira por dónde, a eso de las dos de esta tarde, decido que Dios existe después de todo, porque estaba yo con el ánimo por los suelos, entre la falta de noticias sobre Lucinda y los tres gatitos muertos en mis propias manos, cuando se presenta un caballero que dice querer adoptar un perro sin hogar.

Inmediatamente, menciono a Bluey, y no parece que la edad le eche para atrás; de hecho, dice preferir un perro adulto, porque no tiene tiempo para cachorros revoltosos en sus actuales circunstancias.

—No se imagina lo encantador que es, tranquilo, manso, el perro perfecto —le digo—. ¿Ha tenido perros alguna vez?

—De pequeño. Pero es que me he sentido un poco solo en los últimos meses, hace poco que vivo en esta zona, y pensé que con un perro sería más fácil conocer gente nueva.

Convengo con un ademán de la cabeza, como diciendo «Ya, entiendo a qué se refiere». Pero por dentro pienso que no me parece el tipo de persona que pueda tener problemas para relacionarse. Sin querer, la mirada se me va hacia la mano donde debería llevar la alianza. En su lugar observo la tenue banda pálida en la piel donde en otro momento debió de lucir un anillo, por lo que deduzco que o se ha separado recientemente o se lo ha quitado para ligar.

El tipo lleva una gabardina Barbour hasta media pierna y una bufanda de lana a rayas, anudada conforme a la última moda pija: se dobla la bufanda en dos partes

simétricas, se cuelga del cuello y se introducen los dos extremos por el hueco. A algunos parece que los estén estrangulando cuando la llevan así, pero a él le queda muy estilosa.

Debe de rondar los treinta y cuatro. Es atractivo. Se sabe atractivo.

—¿Me dice su nombre?

—Charles Lafferty.

Me dispongo a tomar nota pero momentáneamente los dos damos un respingo, sobresaltados por el estruendo de un jet Tornado que vuela a baja altura sobre nuestras cabezas. El despacho entero retiembla y yo aprieto los ojos con fuerza. Ya van tres en una hora, y está empezando a crisparme los nervios. En días despejados, parece como si la RAF desplegara su flota de cazas al completo para que se dieran una vuelta loca por los Lagos.

El rostro de Charles Lafferty se crispa también con el repentino estruendo. Cuando ha pasado, pregunta:

—¿Tiene muchos perros en adopción?

—Demasiados —contesto—. Y muchos más que sin duda nos llegarán pasadas las fiestas.

—Ah, ¿sí? ¿Todavía hay quien regala perros para Navidad? Yo pensaba que la gente ya habría aprendido, con tanta campaña de concienciación como se ha hecho con lo de que un perro es para toda la vida, que no es un juguete.

Levanto la vista un instante.

—Pues parece que no... Aunque la verdad es que esos perritos que nadie quiere no nos suelen entrar hasta junio más o menos. Cuando el cachorrito navideño se ha convertido en un adolescente revoltoso y destructivo. La avalancha que recibimos pasado Año Nuevo es por el estrés de las fiestas navideñas. La gente está desbordada, y a menudo lo primero que se les ocurre, para evitar complicaciones, es deshacerse del perro.

—Pobrecitos animales —dice muy serio—. Ojalá pudiera quedarme más de uno.

—Uno me parece ideal. De verdad. Si todo el mundo pudiera llevarse aunque solo fuera uno, las cosas serían...

Estoy hablando demasiado.

—Venga conmigo y le presento a Bluey —digo, muy decidida—. Estoy aquí, vendiéndole ese perro, y ni siquiera lo ha visto aún.

Levanto los ojos al cielo como burlándome de mi ineptitud, esperando que se ría conmigo, pero no reacciona. Me mira de una forma rara, clavando los ojos en mí. Y luego, como si de pronto recapacitara y recordara el debido proceder, me sonrío cordialmente.

—Sígame —le digo, y pasamos de largo frente a la primera serie de perreras individuales, hasta llegar a la de Bluey.

Está plantado en el sitio de siempre. No he visto un perro con más cara de pena en mi vida.

—Aquí lo tiene. Le presento a Bluey.

Charles Lafferty se pone en cuclillas. Lleva unos pantalones de raya diplomática, caros, de buena calidad, y mocasines de suave piel de becerro. Parece fuera de lugar ahí agachado sobre el frío suelo alicatado de la perrera y rodeado de olor a desinfectante.

—Qué perro más triste —observa.

—Necesita un dueño.

—Pero está bien, ¿no? —pregunta—. No tendrá depresión o algo por el estilo, ¿verdad?

—No, su único problema es la soledad. Necesita compañía urgentemente. ¿Quiere que se lo saque y así lo ve mejor? Normalmente cuando le hacen carantoñas se anima bastante.

Charles se pone en pie.

—Sí, por favor. A ver cómo reacciona.

Tiro de la reja de hierro, que se abre con un bronco chirrido, y Bluey vuelve a la vida al instante. Me mira primero a mí y luego a Charles, y por estas que si los perros pudieran sonreír, eso diría uno que hace Bluey en este instante.

—¡Fíjese! —exclama Charles ilusionado—. Parece casi contento, ¿no?

Froto a Bluey en el pecho, con brío, masajeándole donde sé que le gusta, y al instante entorna los párpados ligeramente, relajado por el tacto.

—¿Puedo? —pregunta Charles.

—Claro. Pero no le haga caricias en la zona de la cola, que no le gusta.

—Estará enseñado a hacer sus necesidades, ¿no?

—Sí, claro —digo con seguridad, pero pienso para mis adentros que no tengo ni idea, la verdad.

Es imposible saber si estos perros están enseñados como es debido, porque todos tienen que hacer sus necesidades dentro de su perrera. No disponemos de personal suficiente para sacarlos fuera cuatro veces al día. En caso de duda (y en circunstancias como estas), he descubierto que lo mejor es mentir. Porque Bluey necesita toda la ayuda del mundo.

Me aparto para dejarles espacio y que se conozcan un poco. Charles le rasca detrás de la oreja, y Bluey mueve el lomo de un lado a otro como suelen hacer automáticamente los perros cuando están contentos. La escena me conmueve. Casi se me saltan las lágrimas.

Estoy convencida de que el señor Lafferty se lo va a quedar. Es raro que, después de hacerle mimos y carantoñas así a un perro, la persona se vuelva diciendo que lo pensará. Por favor, rezo para mis adentros, por favor, quédeselo.

Charles se pone en pie, y los ojos le chispean.

—Me lo quedo —dice con decisión—. ¿Puedo llevármelo ahora mismo?

—Lo siento, pero no va a poder ser —contesto—. Antes hay ciertos trámites burocráticos que cumplir. Necesito alguna factura de un suministro público en la que consten su nombre y dirección, para confirmar que tiene residencia fija y no duerme en el coche o algo por el estilo, ya me entiende, y una vez la fotocopie, tendré que pasar por su domicilio y comprobar si es adecuado para Bluey.

—Por supuesto —dice—, lo comprendo perfectamente. No pueden despacharlos así como así, ¿no?

—No, la verdad. ¿No llevará a mano por casualidad algún justificante de domicilio? Así nos quitamos de encima ese escollo, y puedo pasar a ver su casa mañana mismo, si le va bien.

—Vaya —dice—. No. No llevo nada encima. Qué lástima. Pero ¿qué tal si vengo a traérselo mañana por la mañana? Y así puede hacerme esa visita por la tarde. ¿Qué le parece?

Suspiro, sonriente.

—Me parece fantástico... no sabe cuánto me alegro de que se haya interesado por él. Estábamos muy preocupados por Bluey. Lo queremos todos mucho.

Charles se encorva para hacer cosquillas en los rizos de la cabeza y luego endereza el cuerpo, diciendo:

—Va a ser mi compañero perfecto. ¿Verdad, Bluey?

—¿Vive usted solo? Se lo pregunto porque los niños a veces incordian a los perros y no sé qué tal reaccionaría Bluey... los perros, de mayores, suelen preferir entornos tranquilos.

Bluey viviría muy feliz rodeado de niños, estoy convencida. Y aunque no fuera así, no me importaría que terminara en una casa bulliciosa con tal de evitarle vivir en la perrera eternamente. Le pregunto si vive solo por pura curiosidad.

—Sí —contesta—. Yo solo. Trabajo hasta muy tarde, eso sí, pero puedo darme una vuelta por casa un par de veces al día, el despacho queda muy cerca de mi domicilio, así que no sería ningún problema.

—¿A qué se dedica?

—Soy abogado. De hecho, aún no le he dicho nada a mi secretaria, pero a ella le encantan los animales, así que espero poder colarlo en el bufete algún día que otro entre semana y que ella le eche un ojo. ¿Qué le parece?

—Bluey es el perro ideal para un despacho. Seguro que se quedará hecho un ovillo bajo la mesa tan contento.

—¿Qué tal para sacarlo de paseo?, ¿aguanta bien la correa? ¿Da tirones?

—No, qué va.

—¿Podría pasearlo un rato ahora mismo? Ya sé que hace un poco de frío, pero me

encantaría darme una vueltecita con él.

—Por supuesto. De hecho, animamos a los futuros adoptantes a que saquen de paseo a los animales antes de reservárselos. Es importante acertar con el perro adecuado. Al fin y al cabo, van a pasar mucho tiempo juntos. Iré a por una correa. Y creo que incluso tenemos por ahí algún abrigo que le podría ir bien a Bluey.

—Fantástico —dice.

—Hay algo de lo que no hemos hablado aún... me resulta un tanto embarazoso, la verdad, se me da fatal hablar de estas cosas... pero esta es una asociación sin ánimo de lucro y como tal no aceptamos pago por los animales que entregamos en adopción, pero sí pedimos que se haga un donativo. Lo que buenamente pueda...

Por lo general, en cuanto saco ese particular a colación, la gente enseguida hurga en los bolsillos buscando la cartera y te dice que faltaría más, que por supuesto que... bla, bla, bla, pero el señor Lafferty sigue inmóvil, ausente casi. Y yo, un tanto incómoda, prosigo con la perorata de rigor.

—Nuestros gastos de veterinario ascienden hasta veinticinco mil libras al año —le digo—, gastos que cubrimos gracias a esos donativos, y naturalmente le entregamos a Bluey con la cartilla de vacunación perfectamente en regla y ya esterilizado, de modo que...

Arqueo las cejas y le sonrió con torpeza. Sigue sin reaccionar.

—¿La correa? —me dice, instándome a ir a por ella, como si el último minuto no hubiera ocurrido.

—Ah, sí —farfullo—. Ahora mismo se la traigo.

¿Sabéis cuando uno tiene la mosca detrás de la oreja, cuando algo le huele mal y sin embargo hace caso omiso y mira para otra parte? ¿Será por estupidez? ¿Por ignorancia acaso?

Quizá una mezcla de ambas cosas.

Sea por lo que sea, cuarenta y cinco minutos más tarde, Charles Lafferty aún no ha regresado con Bluey y empiezo a ponerme nerviosa. Fuera hace seis grados bajo cero. Está todo helado y hace un aire que corta la respiración. ¿Qué clase de «vueltecita» se ha dado con Bluey?

Salgo fuera con la esperanza de verlos acercándose ya y entonces reparo en que solo hay tres coches en el aparcamiento. El mío, el de Lorna y el de Shelley; Shelley es otra de mis ayudantes, tiene un Fiesta destartado.

Charles Lafferty ha desaparecido. Sin dejar rastro.

Y, extrañamente, se ha llevado a Bluey consigo.

Son casi las cinco de la tarde y Joanne se ha pasado las dos últimas horas elaborando un perfil de Guy Riverty. La idea es desplazarse a Troutbeck para interrogarlo, tan pronto como McAleese dé su autorización. El inspector quiere que primero registren las propiedades que Guy posee en los alrededores de Troutbeck, y si no descubren nada, ampliarán el radio de acción.

A Ron Quigley le han encargado examinar el registro de violadores, y está que se sube por las paredes. No hace más que chasquear los dientes y sacudir la cabeza, mascullando cada dos por tres: «Psicópatas asquerosos». Natural, piensa Joanne.

Los delincuentes sexuales deben confirmar sus datos en el registro anualmente. Es decir, que su deber es informar a la policía de cualquier cambio en su situación personal: dirección, ocupación laboral, etcétera. El incumplimiento de dicha obligación conlleva una pena de hasta cinco años de prisión, lo cual en principio debería tener un efecto disuasorio bastante eficaz.

Pero ¿lo tiene?

¿Informan realmente los delincuentes sexuales a la policía de todos y cada uno de sus movimientos? Joanne supone que no.

Ron está buscando a sujetos que se hayan trasladado a la zona de Cumbria en los últimos seis meses. Pero, por los gruñidos y reniegos que profiere, se diría que los delitos en sí lo están desviando de su cometido. Como era de esperar, Guy Riverty no figura en ese registro, pero McAleese le ha pedido a Ron que siga repasando a fondo la lista, por si la nueva pista sobre Guy no diera resultados.

—Voy a por un café, Ron. ¿Quieres uno? —dice Joanne desde su mesa, retirando la silla donde está sentada.

—Bueno, vale. No llevarás algo para la acidez en el bolso, ¿verdad? Tengo el estómago fatal.

—Con todas esas empanadillas que te tomas para desayunar, no me extraña. Dile a tu mujer que te haga unas gachas de avena, hombre.

Ron la mira ofendido. ¿Gachas él?

—Estaba perfectamente hasta que me he puesto a hurgar en los historiales de estos desgraciados —replica.

—Es normal. Veré qué te encuentro por ahí.

Al salir del despacho, Joanne oye a Ron mascullar:

—Esto es como buscar una aguja en un pajar de Gary Glitters...

Joanne avanza por el pasillo, pasa por delante del despacho del inspector y ve a Pete McAleese abroncando a alguien por teléfono a voz en grito. Joanne va tarareando el «Rock and Roll Part 2» de Gary Glitter, quizá más alto de lo que debiera... no es la canción más apropiada que cantar cuando se está investigando la

violación de un menor.

Una lástima que Gary Glitter resultara ser un perverso, piensa Joanne. Con lo mucho que le había gustado su música.

Mientras pulsa los botones de la máquina expendedora para sacar dos cafés con leche, Joanne no deja de pensar en Guy Riverty. No puede evitar el presentimiento de que está implicado de algún modo y ha rastreado en internet para averiguar cuántas de sus viviendas de alquiler están ocupadas en este momento. No son muchas. La mayoría están vacías, las próximas reservas son justo para después de Navidad.

Las suyas son todas viviendas de primera. De alto standing. Los sencillos y baratos *bed and breakfasts*, donde antes podías hospedarte por poco dinero (desayuno completo incluido), son cosa del pasado. Ya no existen. El turismo que frecuenta el Distrito de los Lagos ha cambiado. Siguen viniendo excursionistas, montañeros y aficionados a la vida al aire libre en general, pero la zona intenta satisfacer principalmente las necesidades y el gusto del urbanita que acude a la comarca en busca de la paz y tranquilidad campestres. Que necesita cuartos de baño alicatados de mármol del tamaño de la casa de Joanne. Y restaurantes con estrella Michelin. O cruceros a medianoche por el lago regados con champán rosado.

Las residencias turísticas de Guy Riverty tienen todas categoría de cinco estrellas. Le privan los acabados modernos, y la calefacción radiante no falta en ninguna de ellas. Esta tarde Joanne se ha pasado un rato perdida en sus fantasías, imaginando una vida de ensueño en una de esas casitas campestres de Hawkshead. Soñaba que andaba descalza por la casa sintiendo el confort de la tarima de roble macizo bajo sus pies, que pasaba la mano sobre la empotrada máquina de café expreso, por el televisor de plasma colgado de la pared. Sin molestos cables por todas partes. Y en el piso de arriba, un hermoso adonis sin rostro y sin nombre tumbado en la cama, esperándola...

Llegada a ese punto, decidió bajar de la nube y volvió al trabajo.

Joanne finalmente se agencia unas Rennie para la acidez de Ron, gracias a Mary, la señora de la limpieza, y cuando llega al despacho con las pastillas y el café, se encuentra a su colega sentado a su escritorio con semblante grave.

—¿Qué prefieres, la mala noticia o la mala noticia? —le dice.

Joanne se sienta en el borde de la mesa de Ron.

—Dispara.

—Ha desaparecido otra chica.

—Mierda. ¿Cómo?

—Todavía no tenemos datos concretos, acabo de enterarme. Pero eso significa que...

—Que el tipo no ha soltado a Lucinda Riverty. Y que probablemente la niña ya esté muerta.

—¿Te doy la otra mala noticia?

—Di.

—Abajo en recepción están intentando dar largas a los de la prensa sensacionalista. McAleese quiere que lo sustituyas en el comunicado oficial; según él, la presencia de una mujer dará mejor imagen... y además... —añade Ron y suspira honda y tristemente.

—No me digas que hay más...

—Sí. El tal Riverty estaba pero que muy lejos del lugar donde la última víctima ha sido secuestrada. Lo siento, Joanne, pero no puede ser él.

*La sensación en su interior puja con tal fuerza que se sabe incapaz de contenerla por más tiempo. Esta es la mejor parte. Lo que viene antes. Justo momentos antes.*

*Ella está ahí tumbada, con los ojos abiertos, vidriosos. Viendo sin ver. Él preferiría que pudiera verlo con toda claridad, pero no es posible. Tal vez más tarde.*

*Bajo esta luz su piel se ve más pálida. Sin mácula alguna, ni una sola arruga. Ni rastro de celulitis en la entrepierna, ni plateadas estrías que le surquen el vientre.*

*Solo dos prominentes y angulosos huesos marcándole las caderas. Más que huesos pélvicos parecen como dos escápulas fuera de lugar.*

*Ella no dice nada.*

*Él se tumba a su lado. La sábana de algodón resbala sobre el plástico de abajo, y su rasposo sonido contrasta con la serenidad que tiene ante sí. Ella mueve la cabeza. Sabe que él está a su lado, pero no le tiene miedo. Lo desea. Su boca se entreabre, pero no con esa procacidad que él tanto detesta. Se entreabre para comunicarse con él. Si ella pudiera hablar lo impulsaría a seguir, le daría la señal de comenzar.*

*Haciendo pinza delicadamente con el pulgar y el índice, gira la muñeca en el aire sobre el vientre de ella. Le ha quitado el sujetador y, como bien sospechaba, observa que no le hacía ninguna falta. Lo lleva porque sus amigas lo llevan, por formar parte del grupo. A él le parece incomprensible que hagan esas cosas. Ya tendrán tiempo de crecer. No entiende qué prisa tienen. Si supieran lo equivocadas que están...*

*El aire que circula entre sus dedos y el cuerpo de ella ya empieza a caldearse. La transferencia de energía, una mezcla de ambos, empieza a producirse en este espacio. Un espacio sagrado. Unidos el uno al otro en la más pura de las formas posibles.*

*La boca de ella murmura algo inaudible guiándolo, y a él le ha llegado el momento de desnudarse. Con las yemas de los dedos enfundadas en unos guantes, abre delicadamente las piernas de ella y coge la cámara que ha dejado sobre el escritorio. La limpieza de sus formas lo maravilla.*

*Luego yace sobre su cuerpo y deja que ella lo lleve donde necesita.*

Son poco más de las siete de la tarde y Joe y yo estamos sentados a la mesa de la cocina. Los niños han subido a su habitación. Sally habla por teléfono con Kitty, una amiga del colegio. Supongo que está en esa etapa en la que necesita hablarlo todo y a todas horas, pero no con nosotros. Esta tarde la policía la ha interrogado de nuevo, para que les hablara de ese tipo con el que Lucinda se ha estado viendo, pero Sally no ha querido darnos muchos detalles, se comporta como si yo la presionara y dice que ya me ha contado todo lo que sabe.

Los dos pequeños están enfrascados en una partida de Minecraft. El juego parece tener enganchados a todos los adolescentes del país, pero yo sigo sin verle la gracia. De pronto me asaltan los remordimientos. A veces le doy la tabarra a Joe con que tenemos que hacer más cosas juntos los cinco. «Deberíamos jugar a algún juego de mesa en familia —le digo—, o salir todos a cenar... nunca les dedicamos tiempo a los niños para jugar y divertirnos».

Y él suele replicar: «Pero si a la media hora de Monopoly ya nos hemos hartado, y salir a cenar todos juntos cuesta una fortuna, y además, ¿cuántas veces quieres que te diga que a los niños no les gusta hacer cosas en familia?».

Joe tiene razón. No les gusta. Pero luego veo *Supernanny* en la tele y me siento fatal cuando la oigo decir que los padres solo pasan alrededor de cuarenta minutos al día con sus hijos, y que a eso se debe el mal comportamiento infantil. «Si esos críos se portan mal —replica Joe—, es porque tienen unos padres que son imbéciles. Nosotros lo hacemos lo mejor que podemos, Lise. Deja de dar la monserga con eso, haz el favor».

Joe está agotado hoy. Ha tenido que hacer viaje a Lancaster (dos veces); no es que sea un trayecto muy largo, pero a última hora de la tarde hemos tenido un frente de lluvia helada —un fenómeno meteorológico que nunca había presenciado— y las carreteras están intransitables. El hielo es muy traicionero.

Al salir del trabajo pensé que la nieve nos había concedido una breve tregua, porque la lluvia lo cubría todo como una capa de rocío y el paisaje estaba limpio. Pero luego fui a pisar sobre lo que a simple vista parecía un charco, y descubrí que el agua de la lluvia se había congelado nada más entrar en contacto con el suelo y aquel charco era de hecho una placa de hielo transparente.

De camino a casa he visto tres coches en la cuneta y dos accidentes. Y casi se me saltan las lágrimas al ver a un ancianito delante de su casa, intentando volver a cuatro patas hacia la puerta porque no podía dar un paso más.

Joe volvió a casa y tuvo que salir otra vez de inmediato. Unos cuantos amigos suyos del pub decidieron rastrear la orilla del río en busca de Lucinda —sin ponerlo en conocimiento de Kate y Guy—, y acaba de regresar hace un momento.

Está hecho polvo y tiene muy mala cara. Le han salido surcos bajo los ojos, el párpado izquierdo le cuelga ligeramente y en la barba sin afeitado apuntan algunas canas. Parece como si hubiera sufrido una transformación repentina. Como de la noche a la mañana. Como si el día en que cumplió los cuarenta hubiera agotado toda la pigmentación negra. Me acerco a él por detrás para darle un abrazo y le doy un beso en la nuca con ternura. Luego, al enderezar el cuerpo, observo que tiene un tajo en la coronilla, visible a través del pelo.

—¿Cómo te has hecho esto? —le pregunto.

—Me escañé al salir del coche. Un resbalón de lo más tonto.

No le afeo el uso de la palabrota. Curiosamente, ese derivado de «coño» no me ofende tanto como el sustantivo en sí.

Huelga decir que el rastreo de la ribera ha sido infructuoso. Joe ha salido con los zapatos de golf puestos, pensando que las púas se agarrarían un poco mejor al hielo, pero la partida ha estado poco rato ahí fuera. Después de que un colega diera un paso en falso y resbalara más de treinta metros, han desistido y se han dado la vuelta. Y por lo que he oído, la policía tampoco ha adelantado gran cosa.

Le cuento a Joe que me han robado a Bluey y le pregunto si cree que debería llamar a la policía para dar parte.

—Me figuro que ahora mismo ya tienen bastante encima como para ocuparse del robo de un perro —dice restregándose los ojos—. Además, ya has colocado al pobre animal, que es lo que querías. Puede que al hombre simplemente no le diera la gana hacer un donativo, o que no tuviera con qué hacerlo.

—Ahí está precisamente —replico—: el tipo iba muy bien trajeado y ha dicho que era abogado. O sea que por dinero no ha sido, eso está claro.

—¿Qué coche llevaba?

—No he llegado a verlo.

—La gente es muy rara, nena. ¿Quién sabe lo que se le pasaría por la cabeza? Yo no le daría más vueltas.

Joe no está para historias en este momento. Es comprensible. No puede con su alma, el pobre. Está tan pálido que parece un cadáver.

Recojo los platos de la cena. El de Joe está lleno de rabitos verdes, los restos que han quedado tras mordisquear la parte carnosa de los chiles. Compruebo que no haya caído ninguno al suelo, porque Ruthie, la perra, tiene la mala costumbre de comérselos y luego acaba con la boca encendida y gruñéndole al suelo.

—Puede que mañana no haya colegio —dice Joe, sirviéndose una cerveza—. Las carreteras están heladas. Va a ser imposible llegar hasta allí... estoy pensando que deberíamos comprarte un Land Rover de segunda mano cuanto antes. Sería más seguro...

—Buena idea, pero ya me dirás con qué dinero. No pienso cambiar el que tengo

por un Land Rover del año de la pera porque no tengamos para uno de categoría superior. —Luego añado, sin demasiado entusiasmo—: Supongo que se podría pedir un préstamo.

Joe no responde. Ahora mismo nuestra economía está por los suelos. Lo único que tenemos en propiedad son los dos coches. Comprar una casa en esta comarca queda completamente fuera de nuestras posibilidades, y si no llega a ser por el fondo de ayuda oficial, que facilita viviendas a precios asequibles para oriundos de la zona, gracias al cual conseguimos esta, no podríamos ni alquilar una casita en el pueblo. El precio medio de su alquiler ronda las dos mil libras mensuales. Yo ya he agotado el límite de mi tarjeta de crédito con los regalos navideños para los niños y, bueno, así todo.

Joe levanta la vista.

—Pues se aparca lo del coche por el momento —dice con talante decisivo, y al sentarme de nuevo a la mesa sé que los dos estamos pensando lo mismo. Poder o no comprarse un coche nuevo es una menudencia cuando tenemos a nuestros tres hijos arriba, a salvo, en casa con nosotros. Joe me sonrío con aire triste—. Quizá deberíamos ofrecernos a llevar a Fergus al colegio mañana, si es que hay clase. Así les evitamos a Kate y Guy tener que ir hasta allí.

—Buena idea. Iba a llamarla dentro de un rato para ver cómo estaba. Le preguntaré a ver.

James entra en la cocina y arrambla con una de las bolsas de patatas fritas que compré esta mañana en Asda. Será una suerte si queda alguna para mañana. A veces tengo la impresión de que más que niños lo que tenemos en casa es una plaga de langostas.

James advierte que su padre está raro y se acerca a él y se pone a frotarle el brazo arriba y abajo, con una suavidad y una ternura nada habituales en él. Lo observo perpleja, porque James no es de natural muy afectuoso.

—Papá —le dice—, no sé si lo sabes, pero yo tengo alguna idea de medicina... y creo que te puede estar dando una... una embolia...

Dicho lo cual, suelta una carcajada, sin dejar de acariciarle el brazo a su padre, riendo su propia gracia. Luego levanta el vuelo y sube corriendo a su cuarto, ajeno por lo que parece a las tensiones de los dos últimos días.

Le preparo la bañera a Joe. Nuestro cuarto de baño es como una cámara frigorífica, porque en esta vetusta casucha en la que vivimos no hay doble cristal en las ventanas y el aislamiento sobre esa habitación brilla por su ausencia. Hay que entrar y salir de la bañera lo más rápido posible.

Le he servido a Joe otra cerveza y se la dejo junto al arsenal de botellas de champú y espumas de baño que Sally compra cada vez que sale de tiendas con sus amiguitas. Pongo el pijama de Joe y el albornoz sobre el radiador del dormitorio,

como solía hacer para los dos mayores, como todavía hago para Sam, y le doy una voz para que suba a bañarse.

Cuando ya tengo a Joe instalado tan contento en la bañera, bajo y llamo por teléfono a Kate. Tras apenas dos timbrazos siquiera, contesta Guy.

—Guy, soy Lisa. ¿Hay noticias?

—¿Qué?

—Que si hay noticias.

Oigo ruido de fondo, un portazo, gritos sordos. Podría ser Kate, pero no estoy segura.

—Guy —digo cariñosamente—, ¿va todo bien?

—¿A ti qué te parece? —salta, y me quedo cortadísima.

—Perdona... —farfullo—. Llamaba para ver si necesitabais ayuda con Fergus mañana. Porque, como está el tiempo tan mal, había pensado que igual os venía bien que os lo acercáramos al colegio.

Guy deja escapar lo que a mis oídos suena como una especie de lento y desdeñoso bufido.

—Mira, no es buen momento, Lisa.

—Ah, bueno, perdona que te haya molestado, solo quería...

—Corta el rollo, ¿vale? Corta y cuelga de una puta vez.

—Yo... yo...

Pero ya ha colgado. Me ha colgado.

Estoy plantada en la cocina mirando boquiabierta el auricular aún en la mano, cuando oigo que aporrean la puerta de la calle.

Corro a abrir, pensando: ¡Será Kate! ¡O Lucinda! Pero nada más tirar de la puerta, una ráfaga de aire gélido me golpea en la cara y veo que no es ni la una ni la otra. En el tranco de la puerta, temblando, está Alexa.

—Alexa —exclamo—, ¿cómo demonios has llegado hasta aquí? Es una temeridad con este tiempo.

—¿Dónde está Joe? —me espeta bruscamente, apartándome de un empujón, y se me cuela en casa en dos zancadas.

—Bañándose... ¿por qué? ¿Qué pasa, Alexa, qué ha ocurrido?

—Dile que salga ahora mismo —ordena.

Sally está sirviéndose un vaso de leche cuando Alexa entra como una exhalación en la cocina.

—¿Te importa dejarnos un rato a solas, Sally? —le dice.

Sally me mira confundida, porque Alexa parece completamente fuera de sí.

Se ha presentado con el pantalón del pijama —de franela azul, con borreguitos estampados—, unas botas para la nieve y una cazadora negra acolchada, como de traficante de drogas. Sus rubios y por lo general sedosos cabellos están mojados, recogidos de cualquier manera en una coleta, y el pelo empieza a bofársele en las sienes. Además, tiene el contorno de los ojos lleno de tiznajos, como si se los hubiera desmaquillado deprisa y corriendo.

Le hago una rápida señal a Sally con la cabeza para que se dé el piro, y en cuanto sale de la habitación me dirijo a Alexa.

—¿A qué viene todo esto?

Aunque barrunto que la ira que la consume no tiene nada que ver con la que desplegó el día en que supimos de la desaparición de Lucinda.

Aun así, quiero que salga de sus labios. Quiero estar segura antes de derrumbarme. La miro con el más sereno e inescrutable de los semblantes.

Alexa aprieta la mandíbula.

—Ve a por Joe.

Cinco minutos más tarde, Joe entra en la cocina en albornoz, con la crema de afeitar todavía embadurnándole las fosas nasales y el interior de las orejas. Alexa se vuelve hacia él.

—Joe, tu mujer y mi marido están liados —declara.

Inmediatamente, Joe resopla divertido. Me mira, como dispuesto a que nos tronchemos de risa al unísono. Pero viendo que no sonrío, palidece de pronto.

—No será verdad, ¿no? —pregunta.

Antes de que yo tenga tiempo de responder, Alexa le espeta, histérica:

—¡Pues claro que es verdad! ¡Crees que iba a venir aquí con esta pinta si no! — Señala el pijama—. ¿Crees que iba a presentarme aquí si no fuera verdad? ¡Por Dios, Joe! Pero ¿tú en qué planeta vives?

Joe traga saliva.

—¿Desde cuándo? —pregunta tras un prolongado silencio.

Levanto el dedo índice.

—Fue una vez —susurro.

No me atrevo a mirarle.

—¿Una vez? ¡Y una puta mierda una vez! —grita Alexa—. Si crees que me voy a tragar eso eres todavía más imbécil de lo que pensaba. Claro que no fue una vez.

¿Quién demonios se lía una vez nada más?... O sea, que lo hicisteis una vez y ya no has podido vivir con el remordimiento, ¿no?, ¿es eso lo que quieres decir?

—Más o menos —mascullo.

—¿Cuándo pasó? —pregunta Joe.

—Aquella noche que Kate y Joe nos invitaron a cenar a su casa.

—Pero eso fue... eso fue hace siglos —dice Joe, arqueando las cejas.

—Unos tres o cuatro años —contesto.

Los ojos de Alexa saltan rápidamente de mí a Joe y vuelta otra vez a mí.

—¿Ya está? —dice—. ¿Eso es todo lo que le piensas decir?

Joe cambia de postura para mirar de frente a Alexa y, tras un suspiro, le responde:

—¿Qué quieres que diga, Alexa? ¿Por qué no me dices lo que quieres que diga?

O, mejor aún, ¿por qué no dices tú lo que quieres decir?

—Yo quiero saber cuántas veces. Quiero saber dónde se ven. ¡Quiero saber por qué!

Joe vuelve la mirada hacia mí.

—¿Lise?

—Una vez. Fue una única vez. No nos vemos en ninguna parte, solo fue aquella noche y porque...

—¡Será hija de puta! —exclama Alexa indignada—. Eres igual que él.

—¿Que quién? —pregunta Joe.

—Que Adam.

Alexa está agarrada al respaldo de la silla; los nudillos se le han puesto blancos.

—Os pusisteis de acuerdo, ¿no? —dice dirigiéndose a mí—. ¿Ese es el rollo que habíais tramado soltarnos antes de que Adam confesara? «Les decimos que fue solo una vez, que no significó nada, que fue un momento de locura. Si los dos salimos con la misma historia, nadie podrá demostrar lo contrario, ¿no?».

La miro fijamente.

—¿No te parece suficiente con una vez?

Alexa no responde.

—¿Por qué, nena? —me pregunta Joe en voz baja.

Yo me encojo de hombros sin saber por dónde salir.

—Estaba borracha.

—¿Qué clase de excusa es esa? —rezonga Alexa.

—Una excusa sincera. Puedo explayarme si eso te hace sentir mejor. Puedo decir que el alcohol me hizo perder el sentido de la moral, puedo decir que desdibujó los límites o que perdí los papeles. El caso es que estaba muy, pero que muy borracha, esa es la verdad.

—¿Y cada vez que te tomas una copita te da por follarte a otro?

Miro a Joe. «Lo siento», le digo moviendo los labios en silencio, y él sostiene mi

mirada y luego entorna los ojos lentamente.

—¿Y por qué tuviste que escoger a mi marido? —dice Alexa, ya con un deje lloroso en la voz—. ¿Por qué a Adam?

—Yo no lo escogí.

Alexa me mira furibunda, como diciendo «No me vengas con cuentos».

—Me escogió él a mí.

Dolida, Alexa se vuelve hacia Joe.

—¿Y tú por qué te quedas ahí callado? ¿Por qué no haces nada? —Luego rompe a llorar—. ¿Qué clase de hombre de mierda eres, Joe?

—Preferiría discutirlo con ella cuando te hayas ido —contesta él, haciendo oídos sordos al insulto. Y luego, de buenos modos, le pregunta—: ¿Cómo te has enterado, Alexa?

—Él mismo me lo dijo, el muy cabrón. No podía guardárselo por más tiempo, según él. Dice que el secreto lo ha estado atormentando durante años, pero no se veía capaz de confesármelo. Lo que yo quisiera saber es quién más está al tanto de vuestra aventurita.

—No ha habido ninguna aventura.

—Lo que fuera. ¿A quién más se lo has contado? A tu marido salta a la vista que no. Pero me gustaría estar sobre aviso y saber quién va por ahí riéndose a mis espaldas.

Me balanceo nerviosa, moviendo el peso de un lado al otro del cuerpo.

—No lo sabe nadie más —miento, pensando en Kate. Dios mío, si se enterara de que su hermana me ha guardado el secreto todo este tiempo—... Nadie —repito con firmeza—. Nunca se lo he contado a nadie.

Alexa se limpia las lágrimas de los ojos con la punta del pañuelo.

—¿Y tu marido por qué te lo ha contado ahora? —le pregunta Joe—. ¿Por qué ahora precisamente, después de tanto tiempo? No lo entiendo.

—Eso mismo le he dicho yo —dice—. Pero, según él, con todo el drama que se ha armado con lo de Lucinda, y la policía venga a hurgar en nuestras vidas, se veía incapaz de seguir guardando secretos.

Joe asiente con la cabeza.

—¿Te apetece una copa, Alexa? —pregunta.

—No. No, me voy. No sé qué esperaba viniendo aquí pero, en fin, debo decir que te lo has tomado mucho mejor que yo, Joe. Os dejo que sigáis hablándolo. —Se vuelve hacia mí—. ¿Tienes alguna enfermedad? —me pregunta, y digo que no con la cabeza—. Me alegro. Supongo que tendré que fiarme de tu palabra, ¿no?

—Lo siento, Alexa —digo, compungida—. Si pudiera volver atrás, no haría lo que hice. Lo único que puedo decir es que no pretendía hacer daño a nadie. Fue algo que... fue algo que pasó y punto.

Alexa clava en mí una mirada fulminante.

—Estas cosas nunca pasan porque sí. Detrás hay siempre alguna patología, como dicen por ahí. Tú has estado resentida conmigo desde el primer momento. Y ya, ya sé que Kate te aguanta. Te aguanta porque ve en ti como una misión personal o algo por el estilo. Tiene la absurda idea de que puede salvar a la gente, que puede hablar con la plebe y hacerles sentir importantes. Y mira que la avisé, vaya si la avisé. Le dije: «Kate, no podemos mezclarnos con esa gente. Saldremos malparadas». Pero no quiso escucharme. Y fíjate cómo hemos terminado las dos. No solo te has estado follando a mi marido, sino que, por tu culpa, Kate ha perdido a su única hija.

Estamos los dos tumbados en la cama mirando al techo; el reloj marca las 23.40.

Joe todavía no ha abierto la boca. He intentado forzarle a hablar, yo quiero hablarlo, pero se niega. No es por castigarme; es peor aún. Es que le resulta físicamente imposible, como si el hecho de asumir la enormidad de lo que nos ha ocurrido fuera a otorgarle realidad.

Yo sigo aquí tumbada, a la espera. La pesada losa que venía cargando en mi interior desde la desaparición de Lucinda se ha transformado en hierro fundido. Quema, me corroe las entrañas. Me odio. Odio lo que he hecho.

Me da por pensar en el día de Navidad y me angustio de pensar en el desastre que va a ser. Es absurdo pensarlo, pero ¿y si no estoy aquí siquiera? Y Joe, ¿estará aquí, o se irá, se marchará de casa y se irá a vivir con su madre?

No puedo creer que nos esté pasando esto.

Con tanto amor, tanto amor y tanto trabajo que hemos invertido los dos. Todo desperdiciado. Con toda la energía y la entrega que conlleva sacar adelante a una familia de cinco y conseguir que todo vaya sobre ruedas. Todo echado a perder por mi culpa en cuestión de... ¿de qué?, ¿tres minutos? Tres breves y vergonzosos minutos.

La cama entre Joe y yo está fría. Alargo la mano entre las sábanas, ya desgastadas y llenas de pelusas de tanto uso. El espacio que nos separa parece más grande que nunca. Le toco la mano; él no la aparta.

—Contéstame una cosa nada más —dice con voz neutra—, ¿me he estado engañando con lo que creía que había entre nosotros? ¿He vivido contigo todos estos años creyendo que había otra cosa?

—Nunca.

Lloro calladamente.

—Entonces ¿por qué? ¿Por qué hacerme eso? Decías que era lo único que serías incapaz de perdonar. Que si alguna vez sucedía no habría vuelta posible, porque eso convertiría nuestra relación en una farsa.

—Sé que preferirías no oír lo que voy a decir, Joe, pero sigo pensando que si alguna vez me engañaras, te dejaría. No podría soportarlo. No podría soportar imaginarte dentro de otra mujer.

—¿Y tu caso es distinto?

—No, ni mucho menos. Es lo más despreciable que he hecho en mi vida. Y encima hacértelo a ti, que eres a quien más quiero... —Intento acariciarle la cara, pero él tensa los músculos—. Siento asco de mí misma desde aquella noche, tuve que ir al médico por una colitis que...

—Lo recuerdo —dice, y no sé por qué, pero al oírle decir eso exploto y rompo a

llorar desconsoladamente.

Quizá porque recuerdo el interés que mostró en su momento. Le preocupaba que yo tuviera algo grave de verdad. Y lo tenía: estaba rota por dentro. Pero no podía decírselo.

Guardamos silencio los dos.

Al cabo de lo que parece un siglo, Joe se vuelve a mí.

—¿Habías dejado de quererme?, ¿fue eso? —me pregunta.

—¿Alguna vez has tenido la impresión de que haya dejado de quererte? Porque yo siempre te he querido.

—No. Yo creía que lo nuestro era indestructible. Que éramos superiores a esa panda de idiotas. —Se refiere a Kate y Guy, a Alexa y Adam—. Cuando fuimos a su casa y montaron aquella estúpida farsa, fingiendo que tenían lo que nosotros tenemos, recuerdo que me quedé mirándote y me sentí muy ufano. Ufano porque lo nuestro sí era auténtico.

—Si te sentías así, ¿por qué bebiste tanto?

—Había cerveza gratis —responde, y no puedo evitar sonreír un poco.

—Yo pensaba que te sentías tan inseguro como yo. Esas burradas que ha dicho antes, Alexa me refiero, eso de que éramos la plebe... en el fondo era lo que yo sentía. Ya sé que cuando lo ha dicho abajo en la cocina ha sonado fatal, ha quedado como una esnob insufrible, pero hay algo de verdad en ello. Es lo que siento muchas veces.

—¿Que esa gente es mejor que tú?

—Es que son mejores que yo.

Joe suspira.

—Lisa, el modo en que te trata esa gente no es la verdad, no te confundas. Crees que son mejores que tú porque se comportan como si lo fueran. Porque tienen más dinero...

—No es el dinero —lo interrumpo—, es todo. Yo no soy tan competente como ellas, no me desenvuelvo tan bien con los niños, ni con...

—Joder, Lise, porque ellas no trabajan. Seamos realistas. ¿Por eso hiciste lo que hiciste? —Acerca una mano a mi cara y me limpia las lágrimas—. ¿Por eso te tiraste a ese capullo?

—No lo sé, tal vez. Creo que me sentí halagada. Halagada porque me deseara.

—Cómo no iba a desearte a ti en vez de a esa mujer. Es normal que te deseara, nena. ¿Cómo no iba a desearte?

**DÍA 3**

**JUEVES**

El sueño.

Una de las pocas cosas en la vida que no se pueden comprar.

Joe y yo solíamos jugar al juego «A ver quién ha dormido menos». Hace ya un tiempo de eso, cuando los niños eran muy pequeños y yo salía a trabajar por las mañanas con la sensación de que sería incapaz de enfrentarme a un nuevo día. Joe echaba la cuenta de las horas con los dedos e, invariablemente, acababa declarando que yo había dormido como mínimo dos horas más que él.

Hubo una época en que incluso registrábamos las horas respectivas de sueño en una tabla que dejábamos pegada en la nevera.

Luego, iba yo en el coche camino de alguna recogida, para rescatar un cargamento de gatos salvajes de algún pestilente cobertizo, y allí que me lo veía: el asiento reclinado, la gorrita bajada, dormitando tan feliz en algún arcén. «Esperando a que entrara un aviso», pretextaba Joe. Es la única época en que recuerdo haber sentido verdadero odio hacia él.

Ahora estoy tumbada a su lado, oyéndolo roncar suavemente, tan agradecida.

Anoche nos abrazamos finalmente los dos; yo destrozada, con las emociones y los nervios a flor de piel, y él cansado, exhausto de tanto darle vueltas. Ya prácticamente se me había borrado de la cabeza la conversación telefónica con Guy Riverty, pero cuando estábamos empezando a coger el sueño de pronto me vino a la memoria, me incorporé de un salto en la cama y le conté a Joe que Guy me había mandado colgar «de una puta vez».

Yo sé que dadas las circunstancias no merezco que Guy sea cordial y amable conmigo, pero la vehemencia de sus palabras me había dejado anonadada. Joe, sensato y cabal como siempre, pese al agotamiento, dijo que Kate y Guy estaban pasando un momento tan sumamente traumático que éramos incapaces de comprender sus sentimientos. Además, que, siendo realistas, Guy podía hablarme como le viniera en gana, estaba en su derecho. Si quería hacerme culpable y mandarme a la mierda, pues allá él, adelante.

Ahora que he dormido me siento mejor y comprendo que debo dejar a un lado mis susceptibilidades y aguantar el chaparrón. Su hija está desaparecida, y sea cual sea su comportamiento está, desde luego, más que justificado.

Me miro en el espejo del baño y observo mi rostro detenidamente. En los párpados y alrededor de las sienes me ha salido una especie de sarpullido, unos puntitos rojos como pequeñas pecas de color frambuesa. Inmediatamente me asalta el pánico de que sea la erupción y septicemia propias de la meningitis, y me levanto la parte de arriba del pijama esperando encontrarme el torso cubierto de los mismos horribles puntitos, pero está tan blanco como siempre.

¿Qué podrá ser?

Procurando no despertar a Sally, entro en su habitación para coger el portátil y me meto otra vez en la cama con él mientras Joe sigue durmiendo.

Busco: puntos rojos + párpados.

Voy a parar a un foro de embarazadas y por un instante me asalta un pánico irracional de pensar que se trate de algún síntoma extraño o poco frecuente de la gestación, un síntoma del que no he oído hablar en mi vida y... oh, Dios, si ahora descubro que estoy preñada ya sería lo peor de lo peor. Quiero a mis hijos más que nada en el mundo... pero no podría con otro. No más bebés... por favor.

Procurando controlar los temblores, leo directamente del foro de discusión: «Esos puntitos rojos aparecen tras los esfuerzos de los involuntarios vómitos y arcadas. En las mujeres de tez clara, esos capilares rotos son más visibles. Con un poco de suerte, una vez pasado el segundo trimestre de embarazo, cuando las náuseas son menos acusadas, ya no volverán a aparecer».

Suspiro aliviada.

No estoy embarazada. La resaca de ayer y la subsiguiente vomitona han sido la causa de esa ruptura de pequeños vasos sanguíneos en los párpados.

Gracias a Dios. Ya creía que tenía algo grave.

Joe se mueve en la cama.

—Buenos días, nena.

Lo dice como forzado, con voz triste.

—Joe, me han salido unos puntitos en los párpados. ¿Me miras a ver si tengo algo en la espalda también?

Me levanto la camiseta y Joe ahoga un grito, como si la tuviera plagada.

—Joder —dice—. Veo... ¡veo la cara de Jesucristo!

—Muy gracioso —dijo, bajándome la camiseta. Luego me vuelvo hacia él y lo miro a los ojos—. ¿Qué va a ser de nosotros?

—¿Te refieres a si te voy a dejar?

Asiento con la cabeza.

—No. Pero duele la hostia, Lise. Siento como si me hubieras arrancado las tripas y me las estuvieras retorciendo. Pero no, no puedo dejarte. Ni tú a mí. ¿Qué haríamos el uno sin el otro? No soportaría verte con otro hombre.

—Siento haberlo estropeado todo.

—No lo has estropeado todo. Has estado a punto. Quizá si hubiera ocurrido la semana pasada, o el mes pasado o, no sé, el año pasado incluso. Pero desde que pasó aquello llevamos mucho tiempo tan felices juntos. Hiciste una gilipollez y ya está, una gilipollez de mierda. Pero ¿podemos olvidarnos de ellos de una vez por todas? De Kate, Guy, Alexa, de todos ellos.

—No es precisamente el mejor momento para romper relaciones, ¿no te parece?

—No —reconoce—, pero ya estás poniendo todo de tu parte para arreglar las cosas. Y quizá deberías hacerte a la idea de que en realidad no vas a poder arreglarlas. Es posible que no tengan arreglo. Puede que Lucinda no vuelva. Que nunca vuelva a casa.

—¿Y si me echan la culpa a mí toda la vida?

—Lo harán. Y no podrás hacer nada por evitarlo. —Joe calla un momento—. Quizá sea mejor que te alejes un poco de ellos, por si acaso.

—Pero ¿esa es forma de comportarse?

Joe se encoge de hombros.

—Es solo una idea. A ver qué nos depara hoy el día.

Bajo la mirada hacia Joe, y me estremezco toda yo de pensar en lo mucho que lo necesito. En que sin él no sería capaz de seguir adelante.

—Quédate cinco minutos más en la cama —le digo—. Te subo el café.

Joe me lo agradece con un amago de sonrisa. Parece agotado todavía. Tiene peor cara que anoche, si cabe. Cuando todo esto haya pasado, nos iremos de vacaciones a algún sitio, lejos de aquí. Buscaremos algún viaje organizado a Canarias que esté bien de precio, así huiremos del invierno y nos dará un poco el sol.

Bajo a la cocina y trajino preparando el desayuno de los perros y los cereales para los niños. Pongo Radio 2 y oigo los pitidos que dan comienzo al informativo de las siete. Abren con la noticia de las adolescentes desaparecidas en Cumbria.

Interrumpo lo que estoy haciendo y escucho.

Y entonces empiezo a comprender el porqué del extraño comportamiento de Guy anoche. Porque informan de que ha desaparecido otra niña. Una adolescente, esta vez alumna del colegio privado de Windermere. Un colegio que no queda muy lejos de aquí.

Seguramente Guy ya estaba al corriente. Cuando llamé por teléfono ya debía de saberlo.

También esta vez la niña es una adolescente de trece años, que también aparentaba menos edad de la que tenía.

Una testigo afirma haberla visto hablando con un hombre y luego alejarse con él andando; nos aconsejan extremar las precauciones. Piensan que el sujeto pudo haberla atraído utilizando un perro como reclamo.

Era un individuo alto, que iba acompañado de un perro viejo de color gris.

Me aferro con fuerza a la encimera de la cocina para no caerme. Las manos me tiemblan. Me falta el aire.

Bluey.

Llamo por teléfono a la agente Aspinall y salta el buzón de voz; le dejo un mensaje desesperado. «Llámeme, por favor. Tan pronto como pueda. Creo saber quién es ese hombre, creo que lo conocí ayer... por favor, llámeme... por favor».

Con la respiración entrecortada, oigo a Joe bajar por las escaleras.

—¿Qué pasa? —dice, entrando en la cocina con los bóxers por toda vestimenta y frotándose la parte trasera de la cabeza, donde se dio el golpetazo ayer al resbalar en el hielo.

Las palabras brotan como un torrente por mi boca.

—Ha desaparecido otra niña. Creen que se marchó con un hombre que llevaba un perro. Un perro como Bluey. Es él, Joe. Te dije que el tipo me daba mala espina. Te lo dije. Es él, está claro que es él. Tiene que ser él.

—Podría no serlo —replica Joe, y se vuelve para abrirle la puerta a los perros.

—Pero Joe...

—¿Qué pasa? Yo lo único que digo es que no te alteres. Es poco probable que se trate de la misma persona.

Lo miro fijamente.

—Te equivocas.

Subo las escaleras al galope, segura de lo que tengo que hacer. Me vestiré e iré a casa de Kate para contárselo. Me da igual que Guy me reciba a voces, me da igual. Kate tiene que saberlo. Le haré una descripción de ese hombre y, ay, Dios mío, ¡puede que incluso lo conozca! Puede que sea algún conocido de la familia, y por eso Lucinda se marchó con él tan campante, por eso el tipo consiguió llevársela sin levantar sospechas.

Miro el reloj.

Le mando un mensaje de texto a Kate: «Tengo que verte, a las 8 estoy en tu casa. Besos».

Se abre la puerta del dormitorio. Es Joe.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Vestirme.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Voy a casa de Kate.

—¿Ahora? ¿A estas horas?

—Es importante. Qué más da la hora que sea.

Joe tuerce el gesto; no puede entenderlo. Extiende las palmas de las manos como diciendo: «No sé para qué me molesto».

—Lisa, ¿no me escuchas o qué? No puedes presentarte en esa casa a estas horas de la mañana. Además, ¿qué hay de tus hijos? Últimamente parece que los tienes abandonados. Y todo por esa obsesión con...

—No los tengo abandonados.

—Ah, ¿no?

—¿A qué viene eso? Tú eres el que siempre dice que no me culpabilice tanto, que no esté siempre encima de ellos, que los deje vivir en paz.

—Lisa, basta ya. Mírate: sigues obsesionada con esa gente. Obsesionada con Kate. No soportas haberla decepcionado, por eso...

—¿Decepcionado? ¡Su hija ha desaparecido, Joe! Por mi culpa, además. No es que me preocupe haberla decepcionado, es que estoy cagada de miedo, eso es lo que pasa. ¿Qué demonios quieres que haga? Tengo que contarle lo del tipo ese que se presentó en la perrera ayer, puede que él sea el eslabón perdido y consigan encontrar...

—Pues entonces ándate con cuidado —me interrumpe, con soberbia.

—¿Qué insinúas? ¿Cuidado con qué?

—Un descuido más, Lise, y la próxima podría ser tu hija.

Cuarenta minutos más tarde, tras haber rascado el hielo de los cristales del coche, voy conduciendo por la vertiente del valle donde vive Kate.

Los neumáticos crujen sobre la arenilla durante el ascenso. Derrapo un par de veces pero consigo recuperar el control, aunque, la verdad, voy con tanta prisa que me da igual si estampo el parachoques contra el bonito murete de algún jardín o me llevo por delante un seto. Estoy nerviosa y ansiosa por llegar a casa de Kate y contarle lo que sé. Tengo el presentimiento de que cuando le describa al tipo que se llevó a Bluey lo reconocerá y, no es que intente hacerme ilusiones ni nada por el estilo, pero veo más que probable que consigamos traer a Lucinda de vuelta.

Prefiero no plantearme siquiera la posibilidad de que no esté viva. Por el momento, creo sinceramente que lo está, y Kate me necesita fuerte. Tengo que ser positiva, por su bien.

Llego a lo alto de la colina, donde la carretera se bifurca y, mientras giro lentamente a la izquierda, pienso que tal vez aún alcance a reparar el daño causado. Si consigo poner a la policía sobre la pista de Lucinda, puede que, con el tiempo, Kate y Guy lleguen a perdonarme, y...

Paso junto al espacio donde los Riverty suelen dejar aparcados los coches. No veo el Audi de Guy.

El garaje, con capacidad para dos vehículos, está un poco más adelante, separado de la casa. Como la mayoría de las familias, lo tienen tan repleto de trastos que no queda espacio para los coches, y Guy y Kate aparcan sus respectivos todoterrenos delante. El Mitsubishi de Kate sí está, pero el de Guy, no.

¿Adónde habrá ido a estas horas? ¿Qué hace que no está en casa?

Piso el pedal del embrague y del freno a la vez, muy, muy despacio, hasta detener el coche suavemente delante del jardín delantero de la casa de Kate. Todavía no ha contestado al mensaje de texto que le mandé antes, pero sé que está despierta porque hay luz en todas las ventanas de abajo.

De todos modos, cómo no va a estar levantada.

¿Qué madre se quedaría remoloneando en la cama estando su hija desaparecida?

Me quedo un momento dentro del coche y observo. No veo movimiento dentro de la casa, pero reparo en que Kate ha decidido encender de nuevo las luces del árbol de Navidad; probablemente por Fergus, para que la vida siga con toda la apariencia de normalidad posible.

El abeto luce muy bonito al otro lado del mirador. Los Riverty son de esas típicas familias que van en pleno a escoger el abeto a principios de diciembre. Hacen del día una ocasión especial y en el trayecto de vuelta a casa paran a comer en algún pub de la campiña.

Nuestro arbolito artificial sigue aún guardado en el altillo de mi dormitorio.

Durante el año el atestado altillo tiene la mala costumbre de abrirse por su cuenta, y al levantar la vista, veo una larga y solitaria rama que asoma colgando de él, desafiándome, llenándome de aprensión por la inminente llegada de la Navidad; aunque estemos en junio.

Yo que me pasé toda la infancia deseando que corrieran los meses y llegara cuanto antes la Navidad, y ahora me paso la mitad del año temiendo con horror su llegada. Hay tantas cosas que hacer y tan poco tiempo que dedicarles... Las fiestas navideñas siempre me dejan con la sensación de que soy un desastre.

Echo de nuevo un vistazo al coche de Kate. Quizá Guy haya conseguido aparcar el suyo dentro del garaje después de todo, y así evita tener que descongelarlo por la mañana. Yo hoy he tardado una eternidad en rasar la capa de hielo del parabrisas.

Salgo del coche y cruzo el jardín delantero con pies de plomo. Recuerdo haber leído en una ocasión que los cartílagos de las articulaciones humanas son tres veces más resbaladizos que el hielo. No se referirían a este hielo. No lo he visto más traicionero en mi vida. Llevo puestos unos pantalones de esquí que me compré hace ya tiempo para ir de vacaciones a Andorra, antes de enterarme de que estaba embarazada de Sally. Nunca llegamos a hacer aquel viaje, así que al final me los pongo para sacar a pasear a los perros en invierno, y ahora me alegro de haber hecho aquella compra. Si pego un resbalón, al menos llevo el trasero un poco acolchado.

Llamo al timbre y espero.

No hay movimiento. Normalmente, se oye a alguien bajando las escaleras a todo correr o los acelerados pasitos de Kate atravesando el recibidor.

Llamo al timbre de nuevo y me pongo a dar palmas para reactivar la circulación.

Parece que no hay nadie en casa.

Quizá Kate esté en la ducha.

Saco el móvil y llamo al fijo; si Kate está arriba, puede que lo oiga sonar.

Dos minutos más tarde, en vista de que nadie sale a abrir, desisto. Pero de pronto se me enciende la bombilla: seguro que han ido a la comisaría. Los llamarían por lo de la desaparición de la otra niña y han ido hacia allí para ver si se sabe algo más.

Seguro que es eso. Habrán ido en el todoterreno de Guy.

Pero entonces ¿por qué iban a dejar las luces de casa encendidas?

Cuando ya estoy a punto de darme la vuelta, de pronto se me ocurre probar a girar el pomo de la puerta de la calle. La puerta se abre, y yo doy un respingo hacia atrás sorprendida y casi pierdo el equilibrio.

Paso adentro y oigo que sale música de la cocina, de manera que hacia allí dirijo mis pasos.

—¿Kate? —la llamo—. Kate, ¿estás en casa?

Está sonando «Stop the Cavalry» de Jona Lewie, y la música sale del transistor vintage azul celeste de Kate, a juego con todos sus demás electrodomésticos retro.

Un instante después, me quedo estupefacta.

Kate está tirada en el suelo, junto a la mesa de la cocina. Lleva puesto el pijama rosa palo de Cath Kidston y se ha vomitado encima.

Sobre la mesa hay tres frascos de pastillas vacíos y una botella mediada de sambuca.

Temblando, me pongo en cuclillas junto a ella. Parece que no respira.

Joanne tiene la mente completamente despierta pero su cuerpo sigue dormido.

Anoche no volvió a casa hasta pasadas las once, después de verse obligada a dejar el coche tirado en Windermere. Un imbécil había abandonado el suyo delante del supermercado Co-op, obstruyendo el tráfico, y no había forma de pasar. Así que Joanne tuvo que seguir cuesta abajo a pie, agarrándose como pudo a los vehículos aparcados como si fuera la Mujer Velcro, e incluso llegó a pensar por un momento si no sería mejor bajar a rastras deslizándose sobre las posaderas. Pero aunque no había nadie por los alrededores, no tuvo valor.

Aquel frente de lluvia helada no podía haber llegado en peor momento. Con dos adolescentes desaparecidas y nueve de cada diez carreteras de Cumbria intransitables.

Tráfico ha advertido a la población que limite sus desplazamientos en coche y salga solo si es imprescindible; advertencia esta que, naturalmente, cada cual interpreta a su manera.

Joanne recuerda a una familia estadounidense a la que vio entrevistar una vez en televisión, después de que una gran tormenta de hielo asolara Minnesota. La pareja le explicaba al reportero que habían cogido el coche aun a riesgo de su vida «por razones de fuerza mayor», porque tenían que comer —en un restaurante, se entiende—, porque ellos, como muchos de sus compatriotas, nunca cocinaban en casa.

Cada cual interpreta como quiere lo que es una situación de emergencia.

Joanne desenmaraña el lío de ropa en el que está envuelta y hace un primer intento de salir de la cama. Duerme arrebujada en el edredón, con él remetido entre las piernas. Así mantiene el calor pero no le sudan las piernas.

Se da la vuelta para colocarse boca arriba y pasa los dedos por debajo del borde inferior del sujetador que se pone para dormir. Desde los quince años que tiene que dormir con él puesto, así que no ve el momento de quitárselo de encima de una vez por todas.

Alguien está dando golpes abajo. A estas horas generalmente Jackie ya se ha ido a trabajar: se ducha a las seis y a las seis treinta ya está saliendo por la puerta, lista para atender a los «clientes» que necesitan ayuda para levantarse de la cama. Será que también se ha quedado tirada por culpa de la nieve.

Su tía ya estaba durmiendo cuando Joanne regresó a casa anoche. Asomó la cabeza por la puerta de su dormitorio, pero por los ronquidos y bufidos que soltaba dedujo que se había quedado frita, con la ayuda del Mateus Rosé cuya botella había encontrado, vacía, en el cubo de la basura.

Joanne baja descalza las escaleras y se encuentra a Jackie en la sala de estar comiendo tostadas con mermelada mientras ve el informativo matinal. Tiene el pelo mojado, y sus cortos y rubios cabellos lucen la típica tonalidad anaranjada de los

tintes caseros.

—Se me ha quedado el coche atascado —anuncia con la boca llena—. Como no venga un hombre a sacármelo...

Joanne le contesta que los hombres brillan por su ausencia últimamente.

No le ha contado a su tía lo de su reducción de mamas porque... bueno, no sabe por qué, el caso es que no se lo ha contado. De modo que cuando Jackie le dice, señalando con la cabeza hacia la mesita de centro, «Tienes una carta, pone “Abrir solo por el destinatario”», Joanne no sabe qué responder y lo único que se le ocurre decir es que será algún extracto bancario.

—El matasellos es de Lancaster —replica Jackie, con mirada recelosa—. Los extractos bancarios no vienen de Lancaster.

Joanne lleva el índice a la nariz y se da unos toquitos, a sabiendas de que el gesto saca a Jackie de sus casillas, y luego se dirige hacia la cocina para prepararse un té.

—Sé que tramas algo —dice a voces Jackie desde su butaca.

Mientras se hierve el agua, Joanne agarra el móvil y estalla en imprecaciones al darse cuenta de que lo había dejado configurado para que los mensajes se derivaran directamente al buzón de voz. Activa el buzón para escucharlos, esperando oír la reprimenda del inspector por no estar disponible, pero se encuentra un único mensaje, confuso y atropellado, de la señora a la que había interrogado en Troutbeck: Lisa Kallisto.

Dice no sé qué de un perro y el violador.

Se oye muy mal, porque la mujer suena medio histérica y Jackie tiene el televisor puesto a todo volumen. Joanne se tapa la otra oreja intentando descifrar la embarullada parrafada. Le devolverá la llamada dentro de un momento, en cuanto el té la haya despejado un poco y pueda mantener una conversación como es debido.

—Ha desaparecido otra niña, ¿no? —dice a voces Jackie desde la sala de estar.

Joanne escurre la bolsita de té estrujándola contra el interior de la taza con la cucharilla. Pero al ver que le ha quedado un poco aguado, añade a la taza la bolsita ya usada de Jackie.

—Sí, ayer —le responde a voces a su tía—. Por eso llegué tarde anoche. La presión va en aumento, tenemos que dar con alguna pista lo antes posible.

—Te quedaste sin ver a Nanna.

Todos los miércoles después de salir del trabajo Jackie y Joanne van juntas a la residencia de ancianos para hacerle una visita a Nanna. Nanna es la madre de Jackie. No es su verdadero nombre, pero Jackie adoptó ese apelativo cuando su hijo era pequeño para no confundir al niño llamándola tan pronto abuela como mamá.

—¿Cómo estaba? —pregunta Joanne, volviendo a la sala de estar, y derrama un poco de té al tropezar con una arruga en la moqueta.

—Como siempre, otra vez haciendo la pantomima de que no me conocía.

Nanna recurre a esa estratagema cuando recibe visita y en la televisión están poniendo algún programa que le interesa.

Pero Jackie y Joanne ya han aprendido a no hacer ni caso.

—¿Necesita que le compremos algo? —pregunta Joanne—. ¿No le hace falta talco ni nada por el estilo?

—Si algún día pasas cerca de Marks & Spencer no le vendrían mal unas pantuflas nuevas; usa un treinta y seis. Por cierto, me debes doce libras de la peluquería. La semana pasada le hicieron la permanente.

Joanne y Jackie pagan a medias los gastos varios de Nanna. La madre de Joanne también se supone que debería contribuir, pero desde hace cuatro años vive en Lanzarote y es un lío hacer cuentas con ella. Joanne da gracias al cielo de que el Estado cubra el coste de la residencia. Jackie y ella no hubieran podido desembolsar las cuatrocientas libras que cuesta a la semana ni soñando, y la alternativa habría sido traerse a Nanna a vivir con ellas... inviable en realidad.

Jackie deja de mascar y mira a los ojos a Joanne.

—Así que vas a hacerte la reducción de mamas, ¿no?

Joanne levanta la vista al techo y exhala un suspiro.

—No se te escapa nada, ¿eh?

—Sylvia te vio el martes en el médico, y como no has mencionado que fueras, imaginé que sería para eso.

—Me ha derivado a un especialista. Tengo hora para después de fiestas.

—Tú eres tonta de remate.

—Porque tú lo digas.

—Porque yo lo diga, no. Las cosas como son.

Joanne no replica. Sabe muy bien cuál es el parecer de su tía al respecto. Pero en este momento no le apetece lo más mínimo volver a enzarzarse en esa discusión.

El móvil de Joanne vibra en el bolsillo de su albornoz. Lo saca y mira la pantalla.

Es Ron Quigley.

—Joanne —dice Ron entre jadeos y resoplidos, como si estuviera subiendo a la carrera las escaleras de la comisaría—, vete para Troutbeck lo más rápido que puedas, bonita. La parienta del tal Riverty acaba de intentar quitarse de en medio.

Dicen que el tiempo es relativo.

El tiempo se ralentiza cuando llevas doce semanas de embarazo y esperas el nacimiento de tu hijo; cuando tienes siete años y la mirada puesta en las manecillas del reloj porque esa noche viene Papá Noel; cuando esperas la llegada de la ambulancia porque tu amiga ha intentado quitarse la vida y una traicionera capa de hielo cubre las carreteras.

Han sido los minutos más largos de mi vida.

La espera ha sido un suplicio, porque no podía hacer nada por ella. Su cuerpo inerte apestaba, apenas salía aliento por sus labios, tenía el pulso débil e irregular, y no había absolutamente nada que yo pudiera hacer salvo acariciarle la cabeza, impotente.

En el primer momento no he reparado en ello, pero al darle la vuelta para colocarla en la posición lateral de seguridad he visto que tenía el pantalón del pijama empapado de caca, y la diarrea había rezumado y embadurnado las baldosas de mármol de la cocina. Lo he limpiado todo lo mejor que he podido, y luego he apagado la radio y me he sentado a esperar.

El primero en presentarse es un enfermero que viene solo, en un vehículo todoterreno para urgencias. El chico me suena; lo he visto alguna vez en Windermere, comprando un bocadillo o sacando dinero del cajero automático. Tiene cara de buena persona, y el tabique de la nariz desviado de resultas de algún golpe. Probablemente jugando al rugby. Tiene esa clase de físico. Dice que la ambulancia viene en camino pero que intentará hacerle la reanimación antes de que lleguen porque...

Hace una pausa y luego prosigue en tono de disculpa:

—... lo van a tener difícil para subir hasta aquí.

—¿Cuánto cree que tardarán? —le pregunto con voz entrecortada, y él se encoge de hombros, de nuevo con semblante compungido.

—Esperemos que no mucho.

Señala los frascos de pastillas que hay sobre la mesa de la cocina.

—¿Solo se ha tomado eso?

Y me pide que suba arriba para echar un vistazo en los baños, en los botiquines, por si hubiera ingerido algo más. Es indispensable saberlo, advierte.

Los frascos que estaban en la cocina contenían antidepresivos, amitriptilina y fenelzina. Los nombres me suenan porque a mi madre también se los recetaban. De vez en cuando me encargaba que le recogiera los medicamentos en la farmacia. Lo que me sorprende es que Kate llevara tanto tiempo tomando antidepresivos como para haber acumulado la cantidad suficiente para ahora dar este paso. Uno de los frascos tiene fecha de agosto; el otro es de octubre.

Parece como si cada vez que doy por hecho que alguien lo tiene todo resuelto, todo bajo control, que lleva las riendas de su vida infinitamente mejor de lo que yo pudiera aspirar a hacer, resulta que está tomando antidepresivos. Empiezo a pensar que soy un poco cándida en ese sentido.

Estoy aquí de pie, plantada en la estupendísima cocina de Kate, contemplando su cuerpo inerte y pienso: ¿Por qué demonios tomaría antidepresivos? ¿Por qué, si lo tenía todo?

Lo de la sobredosis lo entiendo, desde luego, porque Lucinda podría ya estar muerta. Pero antes ¿para qué iba a tomarlos?

Empiezo a comprender que entre lo que creo saber sobre una persona y lo que de hecho es en realidad media un mundo de distancia. Y ya, ya sé que hay muchas mujeres que toman antidepresivos, pero ¿Kate por qué?

—¿Qué le van a hacer? —le pregunto al enfermero antes de ponerme a buscar otros posibles frascos vacíos de medicamentos por la casa.

—Si solo ha tomado esto, le administrarán carbón activado, a través de una sonda nasogástrica. Por lo general, basta con eso... si hemos llegado a tiempo, claro. Depende de si surgen complicaciones o no. ¿Tiene que avisar a alguien?

—A su marido, pero no tengo su número de móvil. —Me retuerzo las manos con impotencia—. Debería estar aquí... no sé por qué no está... pobre gente...

Iba a contarle lo de Lucinda y la mala racha por la que está pasando toda la familia, pero de pronto me interrumpo. Debería echar un vistazo arriba antes de que llegue la ambulancia, y se me acaba de ocurrir la brillante idea de llamar al móvil de Kate y cuando suene buscarlo por la casa. Seguro que tiene el número de Guy grabado en la agenda.

De pronto el tiempo se acelera.

Estoy en el dormitorio de Kate, llamando a su móvil con el mío, pero no lo oigo sonar. Registro con la mirada por todas partes, tan deprisa como puedo, porque sé que la ambulancia no tardará en llegar y no hay tiempo que perder.

Abro el armarito del cuarto de baño y entro al instante en su intimidad con una sensación incómoda. Aparte de antidepresivos, Kate acopia reservas de Canesten Duo para la candidiasis, supositorios de glicerina —como los que una vez tuve que ponerle a Sam porque estaba con un estreñimiento atroz— y tres botes de Regaine, una loción para la calvicie.

Culpablemente, hurgo entre frascos y botellas por si hay alguna otra cosa escondida, perpleja aún por esa loción capilar, dado que Guy no muestra signo alguno de calvicie. De hecho, luce una abundante y lustrosa mata de pelo, con un mechón que le cae sobre la frente y que a menudo le ves apartarse de la cara con un rápido manotazo. Como hacía Michael Heseltine en sus mejores tiempos.

Qué extraño ver la vida de esta gente así expuesta, descubrir involuntariamente

sus secretos más íntimos; pero supongo que eso es lo que debe de ocurrir siempre que sobreviene una desgracia como la desaparición de un hijo. O una tentativa de suicidio. Se levantan las capas de respetabilidad y decoro y, en el intento de esclarecer la verdad, se deja desnuda por completo a la familia. Expuesta a la vista de todo el mundo.

Cojo un bote del estante inferior, una loción antipiojos que yo también he usado en alguna ocasión para los niños, inútil por completo, y...

De pronto siento un escalofrío; me quedo embotada.

Fergus.

El pequeño de Kate, Fergus. ¿Dónde está?

¿Cómo he podido olvidarme de él? Dios mío, ¿y si está en casa? ¿Y si se despierta y baja a la cocina y se encuentra a su madre en ese estado?

Ha sido descubrir a Kate y olvidarme por completo de la posible presencia de Fergus en casa. «Por favor, que se haya ido con su tía Alexa», suplico mientras avanzo por el pasillo en dirección a su dormitorio. O con su papá, por favor, Dios mío...

Apago la luz del pasillo para que no entre la claridad de golpe y porrazo en la habitación y se despierte sobresaltado, y abro la puerta de su dormitorio tan sigilosamente como puedo. Me tiembla la mano. Me detengo un momento y suspiro, armándome de valor antes de entrar.

Luego empujo la puerta lentamente.

Está dentro, dormido en la cama. Con el edredón revuelto, del través, y los pies asomando por debajo. Pero el cuarto está tan caldeado que ni se ha dado cuenta. Me quedo plantada en el umbral, indecisa. No sé si entrar y despertarlo, intentar retenerlo aquí dentro y evitarle la escena que hay abajo. O cerrar la puerta otra vez y confiar en que siga dormido hasta que se la hayan llevado.

No sé qué hacer.

Oigo unos gemiditos y Fergus se revuelve en la cama y se pone de lado, de espaldas a mí.

Tengo que tomar una determinación.

Lo único que se me ocurre es sacar la llave de la cerradura y cerrar la puerta por fuera. No es muy buena idea, lo sé. Si Fergus despierta en los diez minutos siguientes y no puede abrirla, le entrará el pánico; y no soporto pensar que el pobre crío, con lo tímido y reservado que es, pase un mal rato.

De pronto me enfurezco con Kate por ponerme en este brete. ¿No podía haber intentado matarse mientras Fergus estuviera en el colegio?

Pero enseguida recapacito, diciéndome que Kate no estaría como para pensar en nada. Si había llegado al extremo de querer suicidarse, no estaría como para ponerse a razonar.

Aun así...

Joder, Kate, ¿cómo se te ha podido ocurrir hacer una cosa así?

Unos destellos azules se reflejan en la pared de enfrente y me acerco a la ventana. Kate ha puesto un banco corrido debajo y ha hecho de ese espacio un precioso rincón de lectura. Hay una mullida butaquita con tapizado a rayas, colocada elegantemente de través, y al lado una librería. Alguien —seguramente Fergus— está leyendo *Las golondrinas y las Amazonas*, de Arthur Ransome; ha dejado el libro abierto boca abajo, marcando el punto donde ha concluido la lectura. Yo intenté en una ocasión que James lo leyera, pero a las dos páginas se cansó y volvió a *El diario de Greg*. En su momento me consolé pensando que a los niños en realidad no les gustan los clásicos, pero parece que estaba equivocada.

Observo desde la ventana que una enfermera está entrando por el jardín delantero. Tengo que darme prisa.

Estoy en lo alto de las escaleras cuando ella entra por la puerta de la calle. Levanta la mirada. Tiene una cara preciosa y, fugazmente, pienso en la de personas que habrán contemplado ese rostro cuando estaban asustadas o tal vez ya moribundas, y encontrado cierto consuelo en él.

—Está ahí dentro —le digo, señalando hacia la cocina.

—Bonita casa —observa con aire distraído.

—Sí, ¿verdad? —convengo.

Por alguna razón la presencia de los servicios de urgencia confiere cierta apariencia de normalidad a las situaciones desesperadas. Desempeñan su trabajo con tanto dominio de sí que, por un momento, uno se olvida de que se halla en una situación de vida o muerte.

Entro en la cocina por detrás de ella y me quedo en segundo plano para no estorbar. El enfermero que está en el suelo con Kate saluda a la bonita recién llegada.

—Peliagudo llegar hasta aquí, ¿eh, Megan?

—Un poco, sí. ¿Cómo está?

El chico la pone en antecedentes mientras otro auxiliar técnico sanitario entra cargando con una camilla plegable.

—No está la cosa como para usar una camilla de ruedas —observa, sin dirigirse a nadie en particular.

—Soy amiga suya —le digo, y él asiente solemnemente con la cabeza.

—¿Ha registrado la casa por si se hubiera tomado algo más? —pregunta, y le respondo que sí, pero que no he encontrado nada.

Estoy a punto de decir que no puedo asegurárselo del todo, porque no me ha dado tiempo a registrar a fondo, cuando oímos un golpeteo insistente en el piso de arriba.

Cierro los ojos.

Al abrirlos, descubro que todos me miran como esperando indicaciones.

—Es su hijo —susurro afligida—. ¿Sería posible sacarla de aquí cuanto antes?

Cuando llego a lo alto de las escaleras, los desesperados porrazos de Fergus contra la puerta se han transformado en un repiqueteo monótono y repetitivo.

Me duele que Kate tenga que hacer el trayecto hasta el hospital sola, sin ningún conocido que la acompañe, pero no queda otra alternativa. No conozco de memoria el número de teléfono de Alexa, y como no puedo ponerme en contacto con Guy...

Abro la puerta de la habitación de Fergus y lo miro con una forzada sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa de la que mis propios hijos sospecharían al instante, pero no tengo otra.

Decido contarle la verdad a medias. Como no se me ocurre ninguna patraña rocambolesca con la que ahorrarle a la pobre criatura otro trauma, le digo simplemente:

—Fergus, ya sé que no esperabas encontrarte conmigo aquí esta mañana —y se me escapa una risita nerviosa—, pero tu mamá se ha sentido indispuesta... bueno, de hecho, ha tenido que ir al hospital... Me ha pedido que cuidara de ti un rato. ¿Te parece bien? ¿Qué tal si bajamos y desayunamos un poco, eh?

Se le ha irritado el ojo de nuevo. El izquierdo. Tiene la conjuntiva enrojecida y el párpado hinchado. Tendré que echarle las gotas que le pone Kate.

A veces, Fergus me parece un poco raro. Extraño. Y eso que tengo costumbre de tratar con niños. Con dos varones en casa, han venido montones de amiguitos por casa a lo largo de los años. Estoy acostumbrada a los críos hiperactivos que nunca se están quietos y te destrozan el cuarto de baño en cuanto te despistas un momento. Y a los que no comen otra cosa que no sea perritos calientes, galletas saladas o gominolas ácidas. Y a los que no dicen ni una palabra, y si los colocas delante de una película se quedan en trance y no salen de él hasta que termina y empiezan a pasar los créditos. Incluso estoy acostumbrada a los que oyes decir «joder», «mierda», «caca» o «cabrón». No sé por qué pero oír a un crío de siete años usar la palabra «cabrón» siempre me ha resultado de lo más gracioso.

Pero, como decía, a Fergus lo encuentro raro. No sé cómo tratarlo.

No se me ocurre cómo abordarlo. Cuanto más me esfuerzo por comunicarme con él, más cara de póquer parece que se le pone, como si me estuviera equivocando de medio a medio. Al final he acabado por desistir. Ahora que me doy cuenta, seguramente Sam y Fergus han hecho amistad un tanto a la fuerza, solo porque Kate y yo somos amigas. Porque a los dos nos convenía que nuestros hijos jugaran juntos. Pero ahora que ya tienen siete años, las diferencias entre los dos cada vez son más acusadas y... en fin, que ahora entiendo hasta cierto punto por qué Sam le estaba cobrando a Fergus una tarifa más alta por jugar con él. La verdad es que como amigo el crío es lo que se dice un hueso duro de roer.

Le cuento que su madre está en el hospital y no dice esta boca es mía. Ni una palabra. Sale como si nada de la habitación, siguiéndome, y baja por detrás de mí las escaleras. Entro en la cocina y noto todavía cierto olor acre a vómito... además del desagradable y nauseabundo pestazo a lo otro... pero Fergus no hace ningún comentario. Toma asiento ante la isleta de la cocina, fija la vista al frente y espera a que le ponga el desayuno delante.

—¿Qué desayunas normalmente? —le pregunto deshaciéndome en sonrisas—. ¿Weetabix? ¿Copos de arroz?

—Gachas de avena.

Arqueo las cejas.

—¿Todas las mañanas?

Asiente con la cabeza, impasible.

—Bueno, pues gachas se ha dicho.

Abro y cierro los armarios de la cocina uno tras otro. Hay como cuatro veces más espacio para guardar cacharros que en la mía. Todos los armarios están meticulosamente organizados y limpios como una patena por dentro. Tardo un buen rato en encontrar los copos de avena para las gachas (buscaba una caja azul, tipo Quaker Oats o similar, hasta que descubro una bolsa de papel cartón con una avena irlandesa de cultivo biológico de la que no había oído hablar en mi vida) y luego me enfrento al ingente surtido de cazos.

—¿Cuánto azúcar te echo? —le pregunto mientras revuelvo las gachas, que parecen tardar más de lo normal en hacerse.

—Mi mamá las endulza con miel y arándanos.

Sonrío a Fergus como diciendo: «Cómo no».

—¿Qué tal si los buscas tú mismo y te echas lo que quieras?

Fergus baja de un salto del taburete y empequeñece a mis ojos en la enormidad de la cocina. Lo sigo con la mirada y al verlo delante del frigorífico pienso en esas historias increíbles que cuentan por ahí sobre niños que se quedan encerrados en congeladores y hornos. Viendo a Fergus ahora mismo, comprendo que pueda pasar. Es tan poquita cosa, tan delgaducho, que podría fácilmente saltar dentro y desaparecer sin que nadie se diera cuenta. Tiene el cabello castaño y se ha despertado con todo el pelo levantado en la coronilla. Eso todavía acentúa más su aplastado cráneo y, visto así de perfil, parece que tenga la cabeza puntiaguda como un elfo.

—Fergus —le digo cautelosamente—, ¿se ha ido tu papá a algún sitio?

Fergus se encoge de hombros.

—No lo sé.

—¿Estaba aquí anoche... antes de que te acostaras?

—Ajá.

—¿Lo viste, entonces?

—Sí.

Callo, dudando de si seguir indagando, de si es justo sonsacar así a un crío de siete años.

—Fergus..., ¿discutieron tus padres anoche?

Fergus se muerde el labio, mete la mano en el frigorífico para coger los arándanos y luego me mira un tanto incómodo.

Adopto un tono de voz suave, comprensivo, y le pregunto, sin dejar de remover las gachas para no dar impresión de que pretendo buscar polémica:

—¿Los oíste gritar?

—Un poco —responde él, a regañadientes.

Le sonrío, con cara de circunstancias, y chasqueo la lengua como diciendo: «Ay, con los mayores ya se sabe...».

Al rato, le tiro de la lengua otro poco.

—Perdona que me meta donde no me llaman, Fergus... pero es que nos vendría muy bien localizar a tu padre... y no sé dónde encontrarlo. ¿Dijo si iba a salir? ¿Mencionó que tuviera que ir a alguna parte anoche?

—No —responde categórico, cerrando el frigorífico.

Además de la miel y los arándanos, ha agarrado de paso un paquetito de botones de chocolate Cadbury, que supongo que tendrá prohibidos normalmente para desayunar. Los deja sobre la mesa y, al verse descubierto, los tapa con la mano con aire de culpabilidad.

Le sirvo las gachas de avena en un cuenco y se lo llevo.

—Están calientes todavía —le digo amablemente y me inclino para soplar en el cuenco un par de veces.

Fergus levanta la vista hacia mí.

—Papá nunca nos dice cuándo va a dormir fuera. Por eso mamá se enfada.

Doy un paso atrás, consciente del asombro reflejado en mi semblante y de que me he quedado boquiabierto. No sé cómo reaccionar.

—¿Tú sabes adónde va, Fergus? —le pregunto, muy bajito—. ¿Te ha contado alguna vez adónde va?

Y Fergus abre desmesuradamente los ojos antes de responder. En ese momento suena un portazo en la entrada y oímos pasos. Instintivamente, rodeo a Fergus por los hombros, y aparece Guy en el umbral. Viene sin afeitarse y tiene los ojos hundidos e inyectados en sangre. Se aparta el pelo de los ojos con ademán un tanto teatral y me fulmina con la mirada.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta—. ¿Y dónde demonios está Kate?

—¿Tiene idea de por qué su mujer podría haberse tomado esa sobredosis de barbitúricos, señor Riverty?

Joanne lleva apenas un minuto en casa de los Riverty, pero enseguida advierte que la situación es muy distinta de la que esperaba. En primer lugar, ¿qué hace Guy Riverty que no está junto a su mujer en el hospital? Y en segundo, ¿qué pinta Lisa Kallisto aquí a estas horas, fregando ese cazo de gachas como si le fuera la vida en ello?

Guy Riverty está sentado a la mesa de la cocina, con la cabeza entre las manos. Por su aspecto se diría que no se ha cambiado de ropa desde ayer, y tiene cara de no haber pegado ojo en más de una semana. Se frota la cara, exhala un largo y profundo suspiro y responde a la pregunta de Joanne.

—Kate cree que nuestra hija está muerta. No tiene la moral muy alta. ¿Cómo la tendría usted en su lugar?

Lisa se aparta del fregadero y se seca las manos en un trapo. Luego empieza a retorcerlo entre los dedos. Joanne se dirige a ella.

—¿Fue usted quien la encontró?

Lisa asiente. Está violenta. Como si le avergonzara encontrarse aquí. Tiene los labios apretados y tensos.

—¿Podemos seguir con el interrogatorio cuando me haya llevado a Fergus de aquí? —dice el señor Riverty—. Aún no sabe nada. No sabe lo que ha hecho su madre.

—¿Hay alguien que pueda acercarlo al colegio...? —pregunta Joanne.

—Yo misma —salta rápidamente Lisa.

—¿Alguien más?

A Joanne le interesaría retener a Lisa por el momento. Nota que está muy alterada y presiente que no se debe únicamente al intento de suicidio de su amiga. Saca el bloc de notas.

Guy mira a Lisa.

—¿Has avisado ya a la hermana de Kate?

Lisa niega rápidamente con la cabeza.

—No sabía el número.

—35648. ¿Puedes llamarla y decirle que venga cuanto antes?

Lisa sale de la habitación rápidamente, sin responderle.

—Veamos, señor Riverty... —empieza Joanne.

—Llámeme Guy.

—Bien, Guy. —Joanne hace una breve pausa—. Ha estado en algún sitio, ¿no?

Guy no responde.

—¿Dónde estuvo anoche?

—Aquí.

—¿Y ayer por la tarde, alrededor de las tres treinta? ¿Dónde estaba entonces?

—Ya he prestado declaración sobre eso —contesta con exasperación, pero Joanne no altera el semblante, como si ignorara ese particular—. Si lo que quiere saber es dónde me encontraba en el momento en que esa otra niña desapareció, estaba aquí. Con Kate. Ella misma se lo dijo a la policía. Les dijo que estaba aquí con ella.

—¿Alguien más puede dar fe de ello?

—Sí... no... yo qué sé. Aquí hay gente entrando y saliendo a todas horas. Por si no se sabía enterado, nuestra hija está desaparecida.

—Piénselo detenidamente antes de responder, quizá se le ocurra alguien, aparte de su esposa, claro está, que lo viera en casa.

Joanne anota la fecha de hoy en su bloc.

—¿Se me acusa de algo?

La agente levanta la vista del papel con una sonrisa.

—Todavía, no —responde.

—Entonces ¿por qué me pregunta lo mismo que ya me preguntaron ayer?

—Porque la persona que le proporcionó la coartada, señor Riverty, acaba de intentar quitarse la vida. —Joanne inclina la cabeza hacia un lado—. Puede que declare otra cosa cuando se haya recuperado, ¿no le parece?

—Estaba aquí —insiste con firmeza.

—¿Le importa si echo un vistazo por la casa?

—Adelante, pero... no haga sufrir a Fergus. Está en su cuarto y, como le decía, no sabe lo de su madre. Cree que no se encuentra bien.

Guy vuelve a frotarse la cara con las manos y masculla enfáticamente entre dientes:

—Joder.

—Seré discreta —susurra Joanne.

La agente pasa al recibidor y se encuentra a Lisa Kallisto allí de pie, mirando fijamente el teléfono, como alelada.

—¿Se encuentra bien? —le pregunta Joanne.

—Un poco aturdida —contesta—. No ha sido fácil hacer esa llamada... a la hermana de Kate.

Joanne asiente comprensiva.

—Ya me lo figuro. Viene hacia aquí, ¿no?

—Sí. Dios mío, pobre familia, qué más puede esperarles ya...

—¿Cómo es que la ha encontrado usted? Por cierto, recibí su mensaje, lo del perro...

—¿Cómo? —dice Lisa, mirando a Joanne desconcertada. Hasta que de pronto cae

en la cuenta—. Ah, sí, Bluey, lo había olvidado por completo. Para eso había venido aquí... para hablar con Kate y averiguar si conocía al tipo que se llevó a Bluey. Bueno, para ver si le sonaba de algo cuando se lo describiera, ya me entiende. Pensaba que... quizá... pensaba que podía haber sido él... —Lisa suspira—. No sé lo que pensaba —reconoce—. Desde luego, no pensaba que me iba a encontrar con esto, eso está claro.

—¿Por qué cree que lo ha hecho?

—¿Kate?

—Ajá.

Lisa se encoge de hombros.

—Se le ha venido el mundo encima. Digo yo, no sé. Porque, en fin, ya me dirá cómo se sobrepone uno cuando le ocurre algo así. De ninguna manera, supongo.

—Estaba tomando antidepresivos, ¿no?

—Sí.

—¿Le parecía que estuviera deprimida?

—Nunca. Pero no le dé usted mucha importancia a eso. Parece que hoy día los toma todo el mundo. Bueno, menos yo. Cuando le pregunté a mi médico si no estaría deprimida, me dijo que lo que estaba era cabreada... hay cierta diferencia, por lo visto.

Joanne sonríe.

—Creo que tenemos el mismo médico de cabecera. Quizá mejor que me cuente ahora lo del tipo que se llevó a su perro.

—Va a sonar un poco tonto, después de esto...

Lisa hace un amplio ademán con el brazo en dirección a la cocina de los Riverty.

—Cuéntemelo de todos modos.

Lisa le explica los pormenores de la desaparición del bedlington terrier y lo desesperada que estaba por encontrarle un nuevo hogar, y que creyó ver atendidas sus plegarias cuando aquel tipo vestido con pantalón de raya diplomática...

Joanne deja de tomar notas y levanta la vista.

—¿Raya diplomática ha dicho?

—Sí, iba muy elegante. Con ropa cara. No era el típico cliente que se deja caer por el centro.

—¿Qué edad tendría?

—Unos treinta y cinco más o menos.

—¿Con buena facha?

Lisa silba.

—¡Más que buena!

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—Charles Lafferty.

—No le daría también la dirección, ¿verdad? O el número de teléfono...

Lisa agacha levemente la cabeza.

—Pensaba pedirle ambas cosas cuando regresara del paseo con Bluey. Ya sé que seguramente será una coincidencia y que en realidad a usted no le va a servir de nada... pero yo pensaba que si se lo describía a Kate igual le sonaba o algo. Demasiado tarde ya.

—Sí que me sirve. Todo sirve.

Joanne cierra de golpe el bloc y se inclina para acercarse a Lisa.

—¿Le ha contado dónde estuvo anoche? —susurra, señalando con la cabeza en dirección a la cocina, donde está Guy Riverty.

—No le he preguntado.

—¿En qué cree que anda metido?

—Ni idea.

Joanne sube al piso de arriba para hablar con el niño.

El subinspector Ron Quigley se encuentra con Joanne en el hospital. Kate Riverty no ha recuperado la consciencia, pero está viva.

Ron le tiende a Joanne un té bien cargado en un vasito de porexpán que acaba de comprar en el tenderete de la WRVS. Cuando Joanne llega y se encuentra a las dos ancianitas que lo atienden conteniendo la risa muy azoradas, intuye que Ron ha estado entreteniéndolas con sus machadas policiales. Ambas pasan con mucho de los ochenta, y una lleva la peluca mal puesta, medio caída sobre la frente. La otra tiene el típico barrigón hinchado y flácido de señorona entrada en años, y cuando habla se le bambolea bajo el vestido de falso terciopelo.

—Gracias, guapas —se despide Ron, risueño, cautivándolas con su zalamería—. A seguir trabajando por la causa.

—¡Eso haremos, detective! —exclaman las dos a coro.

Ron y Joanne pasan al vestíbulo principal. Dentro hace un calor sofocante, como es habitual en todos los hospitales, y Joanne se desprende de la parka y se la cuelga del antebrazo. Consciente de las miradas que atrae su delantera, intenta arrebujarse en la chaqueta de punto, pese al mareante calor.

—¿Tú cómo interpretas esto? —le pregunta Ron, refiriéndose al intento de suicidio de Kate Riverty.

Joanne se dispone a contestar, pero en ese instante repara en una reportera a la que ha visto merodear por la casa de los Riverty. La periodista se pone en pie al ver a Joanne, rasca el suelo con uno de sus zapatos de tacón alto al levantarse y se dirige apresuradamente hacia ella. No es la primera vez que Joanne trata con esa reportera. Es una mujer avasalladora, de carácter difícil, que en una ocasión tergiversó una

declaración suya sobre cierto incendio provocado, y en este momento no le apetece lo más mínimo hablar con ella.

Joanne le hace una seña a Ron con la mirada y se alejan rápidamente los dos pasillo adelante, en dirección a la sala de radiología.

—Creo que su mujer mintió para cubrirle las espaldas —le responde Joanne por fin—, para darle una coartada, y luego no ha soportado saber que estaba involucrado. No ha sido él quien la ha encontrado después de la sobredosis; ha sido la amiga. Y anoche no volvió a casa... así que ¿dónde estaba? No ha querido decírmelo; de hecho, se ha puesto muy a la defensiva.

—Entonces ¿quieres llevarlo a comisaría?

—Creo que deberíamos.

—Pero ¿con qué cargos? No hay nada que imputarle. Por muy sospechoso que sea el cabrón, no tenemos pruebas de que secuestrara a su propia hija...

—No sé, Ron. Aquí hay algo que huele mal.

Oyen el sonido de una herramienta eléctrica que arranca y enseguida para, y se asoman a una consulta a la derecha donde ven a un niño al que van a quitarle la escayola de la pierna que parece a punto de desmayarse aterrorizado. El enfermero intenta hacerle comprender que la sierra quirúrgica cortará el yeso sin rozarle la piel, pero el niño no parece convencido. Tampoco su madre.

—¿Has hablado con los médicos? —pregunta Joanne a Ron reanudando su camino pasillo adelante.

—Sí, parece que se pondrá bien. No retuvo las pastillas en el estómago el tiempo suficiente para acusar el daño.

—¿Cuándo se podrá hablar con ella?

—En cuanto despierte. Podría ser esta misma tarde. Quizá mejor que nos demos la vuelta, llevemos a Guy Riverty a comisaría y hablemos con su señora más tarde. Para no perder tiempo.

Joanne apura el té y mira a un lado y otro del pasillo, buscando una papelera.

—¿Crees que querría matarse de verdad, Ron, o sería una llamada de auxilio?

Ron se encoge de hombros.

—Yo siempre he pensado que, si la cosa queda solo en intento, es una llamada de auxilio. Cuando uno quiere hacerlo, lo hace y punto. Los que quieren matarse de verdad, se ahorcan y así no hay fallos que valgan.

—Una mujer nunca contemplaría ahorcarse, es demasiado violento, Ron.

—Pero efectivo.

Joanne sacude la cabeza.

—Recuérdame que no acuda nunca a ti cuando esté deprimida.

—¿Cómo? —replica Ron, fingiéndose dolido—. Pero si me dicen que sé escuchar muy bien.

Estoy en casa, en la ducha, lavándome el cuerpo tras el contacto con el de Kate. He puesto la ropa a lavar en un ciclo con agua bien caliente y Joe está sentado en el váter (vestido, con la tapa bajada), elucubrando sobre el ánimo de Kate.

Tengo los nervios a flor de piel todavía; mis extremidades no me responden como debieran. Al agacharme para enjabonarme las piernas, casi resbalo y me caigo.

En casa no tenemos ducha propiamente dicha, nos duchamos en la bañera, que es muy útil para lavar a los perros cuando vuelven de su paseo cubiertos de excrementos de zorro, pero no tiene el clásico relieve rugoso y antideslizante de los platos de ducha. Y en este momento no me vendría nada mal. El mes pasado tuve que tirar la alfombrilla de la bañera al darme cuenta de que la parte de abajo se estaba transformando en un auténtico experimento biológico.

—¿Fergus llegó a ver a su madre inconsciente? —me pregunta Joe.

—No, me las ingenié para que no saliera de su habitación hasta que se la llevaron en la ambulancia.

—Pobre chaval. Va acabar todavía más raro de lo que es.

—¡Joe! —le reprendo.

—¿Qué? Tú eres siempre la primera en decir que es raro.

—Sí, lo es... pero aun así... —Cierro el grifo—. Pásame la toalla, anda.

Joe se levanta y recorre mi cuerpo desnudo con la mirada.

—Qué buena estás, Lise —dice en voz baja y despliega la toalla ante mí. Luego me envuelve en ella y me besa la frente mojada—. No se te ocurra nunca hacer una cosa así. No podría vivir sin ti, Lise. Ninguno podríamos.

—No tengo intención —le digo y le beso en la boca.

Su cuerpo, como de costumbre, responde de inmediato.

—¿Tienes ganas? —me susurra, inesperadamente.

—No tenemos tiempo...

—Claro que lo tenemos.

—No me parece oportuno, tú y yo aquí liados en el cuarto de baño y Kate mientras en pleno lavado de estómago.

—No tenemos por qué contárselo —dice, insuflándome su cálido aliento en la boca—. Además, esta mañana le has salvado la vida. Seguro que nos lo perdonaría... Si lo piensas bien, de hecho está en deuda contigo...

Joe desliza los dedos bajo la toalla. Sus manos se posan bajo los pliegues de mis nalgas.

—Pero si Lucinda estuviera aquí, Kate no se habría tomado esas pastillas, Joe, y eso es todo culpa mía, además...

Pese a las protestas, mi voz suena cada vez más entrecortada.

—Lo necesito, nena —dice atrayéndome con fuerza hacia sí mientras la toalla cae al suelo.

Desliza la lengua entre mis labios. Estamos apretados el uno contra el otro.

—Vale —digo—. Vale, pero tendremos que darnos prisa.

—Eso está hecho —dice él, desabrochándose el cinturón de los vaqueros.

Me vuelve de cara a la bañera. Me levanta la pierna derecha y dejo un pie apoyado en el borde de la bañera y, como sé que no tengo estatura suficiente para esa postura, echo el peso hacia atrás. Luego busco apoyo con el pie izquierdo sobre la puntera de acero de su bota.

Lo siento dentro de mí y espiro. Dejo escapar un hondo suspiro y casi me desplomo contra él. Siento un alivio sobrecogedor y gimo, sujeta con firmeza entre sus brazos. Gracias a Dios, todavía me desea. Pese a lo que le he hecho, todavía me desea.

Momentos después, se me ocurre que vista desde cierto ángulo podría parecer una niña, una niña pequeña que está aprendiendo a bailar con los pies apoyados sobre los zapatos de su padre.

Bueno, hasta cierto punto, vaya.

Bajo a la cocina, con los muslos temblequeando como si llevara dos horas haciendo estiramientos en la máquina tensora del gimnasio, y oigo que suena el teléfono. Agarro el auricular justo en el momento en que mi voz salta en el contestador automático: «Hola, ahora mismo no estamos en casa, si quieres dejar...».

—¿Diga? —contesto sin resuello, aturullada—. Soy yo...

—Lisa, acabo de llamarte al trabajo, pero me han dicho que aún no habías llegado.

Es mi madre.

Se niega a llamarme al móvil, por no gastar. Antes prefiere telefonar al pueblo entero intentando localizarme que soltarle veinte peniques a British Telecom.

—Me he retrasado porque...

—Da igual —dice, interrumpiéndome—. ¿Te has enterado? Han detenido a Guy Riverty, y...

—¿Qué?

Pronuncia las palabras lentamente, como si hubiera mala conexión.

—Que han... detenido... a...

—Sí, sí, ya te he oído. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo han detenido?

Da una calada honda al cigarrillo. Las primeras palabras salen entrecortadas porque habla exhalando el humo a la vez.

—El porqué no lo sé. Marjorie Clayton había ido a entregar medio cerdo a la casa de enfrente y ha visto como se lo llevaban. Puestos a adivinar, para mí que piensan

que ha tenido algo que ver con la desaparición de su hija.

—No, no puede ser, yo...

Me interrumpe de nuevo, justo cuando iba a contarle cómo había encontrado a Kate a primera hora.

—Siempre, siempre es el padre —afirma mi madre, en un tono de voz triunfal—. No sé por qué la policía no lo detuvo en un primer momento, en vez de perder el tiempo. Podrían haberse puesto a...

La voz se apaga.

No tiene ni idea de qué podría haber hecho la policía, pero eso no le impide opinar.

—¡Dios mío! —exclamo.

Entonces oigo que Joe baja por las escaleras.

—¿Qué ha pasado? —pregunta moviendo los labios sin voz mientras se sube todavía los pantalones.

En el rostro lleva esa mirada alelada de profunda satisfacción que solo puede deberse al sexo. Ahora mismo podría pedirle que hiciera lo que fuera y probablemente me diría que sí. Supongo que ya lo ha hecho.

Dejo a mi madre con la palabra en la boca.

—Un segundo, mamá, que está aquí Joe... —Tapo el auricular con la mano—. Han detenido a Guy —le digo.

Las cejas de Joe se disparan hacia arriba.

—¿Joe? —oigo decir entretanto a mi madre—. ¿Qué hace en casa? ¿Por qué no está trabajando?

—Pues porque no —contesto cortante—. ¿Qué más te ha contado Marjorie?

Marjorie tiene una granja en Troutbeck. La mujer se pasa la vida quejándose de lo duro que es hoy día vivir del campo, pero bien que puede costearse un flamante Land Rover Discovery de siete plazas. Hacen una pareja de lo más extraña, ella y mi madre. Mi madre sí es cierto que no tiene ni un céntimo, pero ni se le ocurre cuestionar la supuesta pobreza de su amiga Marjorie.

—Dice Marjorie que Guy Riverty iba hecho una furia.

—No me extraña... ¡Dios mío! —exclamo, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa? —dice Joe, moviendo de nuevo los labios sin emitir sonido alguno. Tapo el auricular una vez más.

—Que está enfadado —susurro, y Joe levanta la vista al cielo como diciendo: «No jodas».

—A su mujercita no le va a hacer ninguna gracia —dice mi madre.

—Kate ha intentado suicidarse esta mañana. He sido yo quien la ha encontrado.

La oigo sofocar un grito.

—Pues entonces tiene que ser verdad —dice un segundo más tarde.

—¿Qué tiene que ser verdad?

—Que fue él quien secuestró a su hija. ¿Por qué iba a querer esa mujer quitarse la vida si no?

—Pues porque ayer desapareció otra adolescente, por ejemplo. O porque quizá al enterarse pensara que su hija ya no iba a regresar. —Le contesto con aspereza—. No juzgues tan fácilmente, mamá.

—No iba a dejar huérfano al pequeño —replica mi madre cortante.

—¿Y tú qué sabes? ¿Qué sabemos nadie?

—Esa mujer no haría algo así.

—Yo sé que yo no haría una cosa así, pero no sé lo que haría ella, y tú tampoco. Mira, la verdad, lo último que necesito en este momento es que te me pongas en plan cotilla.

—¿Y cómo es que la has encontrado tú y no su marido? —pregunta.

Callo un instante.

—Porque Guy no estaba en casa —respondo a regañadientes.

—¿Y dónde estaba?

—No lo sé.

Mi madre resopla con sorna.

—Pues, mira, si quieres que te dé un consejo, yo no me acercaría ni loca a esa casa. Y desde luego no me presentaría allí sola. A saber qué tejemanejes se traen. —Viendo que no hago comentarios, añade—: De todos modos, Marjorie dice que Guy Riverty es un grosero y un arrogante.

—Ella también es una grosera y una arrogante.

—Te voy a colgar.

Oigo el clic al otro lado, y entorno los ojos. No sé por qué, pero no puedo pensar con claridad, no consigo poner orden en mis pensamientos y analizarlos uno tras otro. Me cuesta un esfuerzo sobrehumano.

Kate ha intentado suicidarse.

Guy está detenido en comisaría.

Lucinda sigue desaparecida.

Antes de pasar a la sala de interrogatorios, la agente Joanne Aspinall se detiene un instante para componer el semblante. Entra en la sala con rostro inexpresivo y aire de serena eficiencia. El agente Colin Cunnigham ya está dentro con Guy Riverty, pero será ella quien conduzca el interrogatorio.

Joanne toma asiento frente a Guy y advierte con exasperación que tendrá que recolocarse la tira izquierda del sujetador. Le roza sobre una zona donde ya tiene la piel levantada, y se le está clavando de mala manera.

Presiente que el gesto va a malograr el aire de profesionalidad del que pretendía hacer gala; y no se equivoca. Al introducir el índice derecho por dentro de la blusa, repara en la sombra de desdén que atraviesa fugazmente el semblante de Guy Riverty antes de que aparte la mirada.

Ofendida, Joanne está en un tris de tomárselo a pecho, pero enseguida se recuerda a sí misma que es lógico que su persona despierte repulsa en Guy Riverty. A él le gustan las mujeres flacas. Flacas y de trece añitos como mucho.

Por primera vez desde el comienzo de la investigación, a Joanne se le ocurre preguntarse si será casualidad que su mujer, Kate, sea también delgada en extremo, que sea una mujer con cuerpo de niña.

Joanne deja sus notas sobre la mesa y reprime una sonrisa. Acaba de recordar un chiste perversamente cruel que oyó el otro día sobre Victoria Beckham que decía algo así como: «Victoria es tan flaca que no puede bañarse con el agua demasiado caliente o se convierte en caldo».

Guy Riverty está retrepado en la silla, con un pie cruzado sobre la rodilla opuesta, haciendo alarde de hastío y exasperación.

La espesa mata de pelo le cae hacia un lado, apartada de la cara. Es un peinado de niño guaperas demasiado juvenil para su edad, pero que quizá surta efecto con ciertas mujeres, piensa Joanne.

Lleva la misma ropa con la que Joanne lo vio por la mañana: pantalones de pana color beige, jersey negro de punto fino y cuello alto, además de botines negros. Ha dejado la chaqueta sobre el respaldo de la silla. Si no fuera porque tiene cara de haber pasado mala noche, parecería el Santo. La mirada de Joanne se posa en un pegote rojo con aspecto sospechoso que hay en el muslo derecho de Guy.

La actitud del señor Riverty es distinta por completo a la de hace dos días, cuando Joanne habló con él por primera vez. Entonces se mostró nervioso y alterado, pero totalmente dispuesto a colaborar. A hacer lo que fuera con tal de recuperar a su hija. Joanne recuerda haber pensado que de haberlo sorprendido con algún ruido habría pegado un bote en el asiento como un gato espantado. Tenía los nervios a flor de piel.

Ahora, sentado frente a ella, irradia tranquilidad y chulería, un talante nada

característico de quien en breve va a ser interrogado. Su actitud molesta un tanto a Joanne, la pone más en guardia todavía.

—Muy buenas, señor Riverty.

Él levanta la palma de la mano, como respondiendo con sarcasmo a su saludo pero sin mudar el impasible semblante.

—Supongo que ya le habrán dado algo de beber, ¿no?

—Un café —responde, entre bostezos—. Asqueroso, por cierto.

—Tendrá que disculparnos —dice Joanne—, hemos agotado las reservas de *lattes* descremados. Vamos a ver, señor Riverty, no se le ha detenido oficialmente, pero sabrá que vamos a proceder a la grabación de este interrogatorio, ¿verdad?

Guy asiente con la cabeza y mira con desdén a Joanne.

—¿Se puede saber qué hago aquí perdiendo el tiempo con usted mientras mi mujer se debate entre la vida y la muerte en el hospital?

Joanne extrae el capuchón del bolígrafo y hojea deliberadamente las notas que ha desplegado sobre la mesa. Sin levantar la mirada, le dice:

—Creo que ya ha sido usted informado de que se espera una recuperación completa de su esposa, la señora Riverty, de manera que, de hecho, no está debatiéndose entre la vida y la muerte.

Joanne levanta la mirada de la mesa.

—Tengo la certeza de que se pondrá bien —añade sonriente—. Bien, procedamos entonces con...

—¿Qué pasa si me niego a contestar a sus preguntas?

—Que no podremos eliminarlo de la investigación con la rapidez necesaria para que acuda al hospital a ver a su mujer. O para regresar a casa y cuidar de su hijo. Sería una lástima que confundieran de nuevo al pequeño con un cambio de planes, ¿no le parece? Ya ha sufrido bastante estos últimos días... Es un crío reservado, ¿verdad?

Guy repasa a Joanne de arriba abajo con la mirada.

—Proceda.

Joanne sonrío satisfecha.

—¿Tiene algún inconveniente en que le confisquemos el teléfono móvil?

El señor Riverty introduce la mano en el bolsillo de la chaqueta y desliza el móvil sobre la mesa en dirección a Joanne.

—A efectos de esta grabación —declara Joanne—, dejo constancia de que el señor Riverty entrega su teléfono móvil a la agente Aspinall. ¿Algún inconveniente en que se proceda al registro de su domicilio?

Guy niega con la cabeza.

—Ninguno.

—Bien. De acuerdo. Empecemos, entonces.

Guy extiende las palmas sobre la mesa.

—Adelante.

Bolígrafo en mano, Joanne le pregunta:

—¿Diría usted que es feliz en su matrimonio, señor Riverty?

—¿Cómo?

—Que si son felices en su matrimonio, usted y la señora Riverty.

—¿Y a usted qué coño le importa? —contesta mirándola fijamente.

—¿Quiere usted a su mujer?

—¿Y eso qué tiene que ver con nada de todo esto?

Joanne aguarda. Sostiene su mirada.

—Sí, la quiero —contesta secamente—. Claro que la quiero.

—¿Qué razón, según usted, podría tener su mujer para haber intentado suicidarse esta mañana?

Guy arrastra la silla hacia atrás, haciendo ademán de levantarse.

—No pienso contestar a más gilipolleces.

Joanne prosigue implacable.

—No me gusta perder el tiempo con preguntas irrelevantes, señor Riverty. Mi tiempo es tan valioso como el suyo. Más, de hecho. Sobre todo cuando la vida de dos chicas está en peligro... De modo que si no le importa...

—¿Qué tiene que ver esto con la búsqueda de mi hija?

Joanne arquea una ceja sin apartar la mirada.

—Responda a la pregunta, si es tan amable.

—No tengo ni la menor idea de cuál ha podido ser el motivo —dice—. No ha dejado ninguna nota. Creo que es a ella a quien debería preguntárselo.

—Eso me propongo hacer. Pero antes me gustaría conocer su opinión al respecto. ¿Habían discutido, tal vez?

—Sí, pero no por eso.

—Entonces sabe por qué lo hizo.

—Yo no he dicho eso. Solo digo que no ha sido a consecuencia de una discusión. Somos un matrimonio, lo raro sería que no discutiéramos. Nuestra hija está desaparecida. Es un infierno vivir así. Todo el día con el alma en vilo. Lo raro sería que no discutiéramos. Kate está hecha polvo, no puede más... —Luego sacude la cabeza—. ¿Qué estoy diciendo? Es natural que esté desbordada... ¿quién no lo estaría en una situación así? Nadie.

—¿Por qué cree que lo hemos traído a comisaría para tomarle declaración?

Guy se encoge de hombros.

—Ignoro por completo en qué estarán pensando. Pero sospecho que no tienen ni puta idea de dónde está mi hija, ni tampoco del paradero de la otra adolescente desaparecida, o sea, que están desesperados. Quieren dar la impresión de que están

haciendo algo...

Joanne se salta dos páginas del bloc de notas que tiene delante. Intenta disimular, porque la situación, en efecto, empieza a ser desesperada.

—Su esposa le proporcionó una coartada para ayer por la tarde, ¿no es cierto?

—No sé por qué me lo pregunta si ya lo sabe. Ya hemos hablado de esto no sé cuántas veces... tantas, que he perdido la cuenta.

—¿Dónde estaba usted ayer noche?

—En casa.

—¿Está usted seguro?

—Sí, estoy seguro.

—¿Y esta mañana, cuando la señora Kallisto ha encontrado a su mujer inconsciente?

—Estaba fuera.

—¿Dónde?

—No viene al caso.

Joanne ladea la cabeza.

—Yo creo que sí.

—¿Estoy obligado a responder?

—No, pero...

—Entonces no responderé.

—Señor Riverty, permítame que se lo explique de nuevo: en este momento, no está usted detenido oficialmente. Pero esa circunstancia puede cambiar en este mismo instante si decide no colaborar con la investigación. De usted depende. Pero yo en su lugar me ahorraría muchos disgustos, no digamos ya mala prensa, y contestaría a las preguntas que le estoy formulando.

—Para detenerme necesitan acusarme de algo. ¿De qué pretende acusarme, agente?

—Sabrá usted que podemos mantenerle aquí retenido sin necesidad de una acusación previa, ¿no es cierto?

Guy la mira fijamente, impertérrito.

—Lo sé. Pero, si es así como piensa proceder, entonces más vale que disponga lo que se va a hacer con mi hijo. Porque Fergus estará esperando que alguien vaya a recogerlo al colegio.

El rostro de Joanne no registra su intento de confundirla. Riverty pretende apelar a su sentido maternal, una táctica poco habitual en un sospechoso, aunque tampoco inusitada.

Lo más habitual es que reaccionen soltando improperios al ser interrogados. Joanne está acostumbrada. Es algo que espera. La han llamado de todo. Y a menudo los peores insultos salen por boca de las mujeres. Mujeres a las que nunca

imaginarías capaces de generar tanto odio contra otra mujer.

A Joanne ya nada la sorprende. En un trabajo como el suyo, hay que vérselas con la escoria de la sociedad. Siempre las mismas familias, las mismas caras, los mismos problemas, una y otra vez. Nada de eso la afecta. O al menos eso procura demostrar.

Tapa el bolígrafo con el capuchón y se yergue en el asiento.

—La responsabilidad de disponer quién recoge a su hijo del colegio sigue siendo suya, señor Riverty. ¿Desea que se interrumpa el interrogatorio para hacer alguna llamada?

Joanne hace una pausa, esperando una respuesta. En vista de que el sospechoso no responde, añade:

—La verdad es que me vendría bien un café, así que quizá sea el momento de interrumpir la sesión.

Guy no abre la boca; se limita a entornar los ojos ligeramente tratando de disimular su ira.

Joanne empuja el teléfono hacia él y se levanta de la silla.

—Tómese el tiempo que necesite —dice—. No hay prisa, tenemos todo el tiempo del mundo. Iré a tomarme uno de esos asquerosos cafés. —Y añade, como de paso—: Ah, tal vez le interese ponerse en contacto con su abogado, así mata dos pájaros de un tiro...

Joanne recoge sus papeles, intercambia una mirada con el agente Cunningham y al salir al pasillo casi se da de bruces con Cynthia Spence. Cynthia forma parte del personal civil y ha sido contratada por la comisaría para que eche una mano al desbordado departamento de investigación. En otro tiempo había formado parte del Cuerpo y ahora presta su ayuda a la Policía de Cumbria en los interrogatorios protocolarios.

Joanne ha trabajado con Cynthia en varios casos. Es una profesional muy competente.

—¿Qué?, ¿ha cantado? —pregunta Cynthia, señalando con la cabeza hacia Guy Riverty.

Joanne se aleja del delgado rectángulo de cristal ignífugo que hay en la puerta, apartándose del campo de visión de Guy Riverty.

—No suelta prenda —responde Joanne—. Se niega a contármelo todo.

—¿Lo has dejado solo un rato a ver si recapacita?

—He tenido muy buena maestra, Cynth.

Cynthia lanza una rápida ojeada a Guy.

—Déjalo ahí dentro como mínimo media hora.

—¿Tanto?

—Fíjate en lo inquieto que está ya. Sospecho que no es una persona acostumbrada a esperar. Y desde luego no es de los que fingen echar una cabezadita

sobre la mesa; últimamente me ha tocado bregar con varios así. Si lo dejas ahí dentro un buen rato, acabará soltando lo que quieras.

Alguien rompe a reír a carcajadas al otro extremo del pasillo, y al volverse, Joanne y Cynthia ven a dos administrativas colgando unas tiras de espumillón en torno a la puerta de su despacho. Una está subida a una escalera de mano, con la mano metida entre las piernas y partiéndose de risa. La otra hace girar unas bolas navideñas como si las llevara pegadas a los pezones. Cynthia sacude la cabeza en dirección a ellas con indulgencia y se despide de Joanne diciéndole que ya se pondrán al día más tarde.

Joanne va a por su café de máquina y se deja caer un momento por el despacho de Ron Quigley, solo para saber si ha surgido algo nuevo en su ausencia.

Ron está hablando por teléfono, con aspecto atribulado. Le hace una seña a Joanne con la palma de la mano para que no lo interrumpa pero le indica que no se vaya. Ha ocurrido algo. Algo importante. Ron anota una dirección y asiente con la cabeza mientras recibe instrucciones.

—¿Y a qué hora ha sido? —pregunta—. Ya, ya... entiendo. Voy para allá ahora mismo, inmediatamente.

Traza un círculo en el aire con el índice, indicando que casi ha concluido la conversación. Ron Quigley no suele alterarse tan fácilmente y Joanne siente un repentino cosquilleo de ilusión a la vez que un inminente temor. Es raro que a estas alturas las novedades traigan buenas noticias. Confía en que no haya desaparecido otra adolescente más, en primer lugar porque sería una tragedia, naturalmente. Pero, además, porque no le quedaría más remedio que dejar en libertad a Guy Riverty, puesto que esta vez tendría la coartada perfecta: ella misma lo estaba interrogando.

Ron cuelga el auricular y arranca la hoja del bloc donde ha tomado sus notas.

Antes de dirigirse a Joanne, inspira profundamente.

—La chica número tres ha aparecido. Las circunstancias son idénticas: fue abandonada en Bowness, no tiene idea de dónde está y cree haber sido violada. Puede que repetidas veces. No la han encontrado en muy buen estado.

Ron habla con la mandíbula tensa. Le cuesta escupir las últimas palabras.

—Entonces ¿qué ha sido de la número dos? —pregunta Joanne—. ¿Qué pasa con Lucinda Riverty? Si la uno y las tres están de vuelta, ¿qué hay de Lucinda?

—Gran misterio —dice Ron con semblante sombrío—. Tenemos reunión con el inspector jefe dentro de cinco minutos, quizá arroje alguna luz sobre el asunto.

—Y mientras, ¿qué hago con Guy Riverty?

—¿Sigue en la sala de interrogatorios?

Joanne asiente con la cabeza.

—¿Ha soltado ya dónde estaba esta mañana?

—No, dice que no guarda relación con la investigación.

—¿Que no guarda relación? —Ron ladea ligeramente la cabeza—. Pues entonces deja al cabrón que espere.

Dejo el coche en el aparcamiento de estacionamiento limitado.

En el otro extremo, están bajando una camilla del helicóptero-ambulancia. Me quedo en el coche un momento.

Cuando tanto el paciente como el personal de urgencias se encuentran ya en el interior del edificio, enfilo hacia la entrada principal del hospital, preguntándome si Kate habrá vuelto ya en sí y si recordará siquiera haber tomado esas pastillas. Según parece, hay gente que se queda como amnésica después, que al despertar y saber que han intentado quitarse la vida se muestran francamente sorprendidos. ¿Será ese su caso?

Veo charcos de hielo derretido. Ahora ya hay por donde pisar sin peligro de romperse la crisma. O quizá no, pienso, recordando la camilla que acaban de bajar del helicóptero.

Decido que será mejor no confiarse del todo y avanzo con pasitos cortos y los brazos despegados del cuerpo, por si resbalo. Han echado sal y arenilla en el aparcamiento, pero sigue siendo un peligro moverse por él. Hay partes que son todavía grandes bloques de hielo, zonas donde te la juegas poniendo el pie.

Cuando venía hacia el hospital en el coche he oído por la radio que los servicios de emergencia están al límite de su capacidad tras la lluvia helada de ayer. Me he consolado pensando que si llego a encontrar a Kate un poco más tarde, quizá la ambulancia no hubiera estado a tiempo de salvarla.

Aunque supongo que si la hubiera encontrado un poco más tarde, ya estaría muerta de todos modos.

Delante de la puerta principal hay un gentío. Algunos están en bata y zapatillas, fumando. Un adolescente apoyado en unas muletas alarga el cuello hacia la verja de entrada al recinto, quizá esperando a alguien que venga a recogerlo.

Un pobre desgraciado que rondará los cincuenta y pocos está haciendo una encuesta. Con la tablilla sujetapapeles levantada, intenta aguantar el tipo, pero parece estar perdiendo fuerzas. Tiene el aire atormentado de los recién parados.

Las puertas automáticas se abren al acercarme a la entrada, y me dirijo al mostrador de recepción. Una señora regordeta levanta la vista de su trabajo.

—¿Qué querías, guapa? —saluda cordialmente.

Tiene los antebrazos rechonchos del típico jugador de dardos y lleva el pelo, rizado y canoso, pegado al cráneo de tan corto.

—Vengo a preguntar por la señora Kate Riverty. La ingresaron esta mañana.

La recepcionista teclea el nombre y vuelve la cabeza hacia la pantalla, en ángulo frente a ella.

—Ah, sí, ya la han subido a planta.

—¿Eso es buena señal? —pregunto nerviosa, temiendo que el estado de Kate haya empeorado.

—Generalmente significa que están mejorando —dice con toda naturalidad antes de señalar por encima de mi hombro—. Tiene que volver a salir por esa puerta de cristal por donde ha entrado, cruzar el aparcamiento... procure no romperse ningún hueso... y llegar hasta ese edificio de ladrillo marrón que ve ahí. Busque la sala cuatro. Segunda planta.

—Gracias —le digo, y voy hacia allí.

En la sala cuatro hay seis camas. Todas ocupadas.

Veo a Alexa sentada junto a la cama de Kate en un extremo de la sala, y el corazón me da un vuelco. Estoy temblando, y un sudor frío me empapa de repente las axilas. Alexa me ve entrar, pero no muda el semblante. Continúa impasible.

Kate está durmiendo... a menos que siga inconsciente. Tiene el gotero conectado a la muñeca derecha y lleva el clásico camisón hospitalario de color blanco. Parece una paciente de un pabellón psiquiátrico. Quizá llama más la atención porque todos los demás llevan su propio pijama.

—¿Cómo está? —susurro, y Alexa aparta la mirada. Aún no ha decidido si dirigirme la palabra o no.

—¿Tenías que venir? —gruñe, por fin, entre dientes, y yo le digo que claro, claro que tenía que venir. He sido yo quien la ha encontrado.

Eso parece templarle un poco el ánimo. Noto que su ira aminora a medida que reflexiona, seguramente pensando: «Si esta no llega a encontrarla...».

Habla sin mirarme a la cara:

—Físicamente no tardará mucho en recuperarse, según me han dicho. No retuvo las pastillas en el estómago el tiempo suficiente como para que causaran daños. Pero, psicológicamente, no lo sé, habrá que esperar.

El tono de Alexa no puede ser más frío. Habla como si me escupiera y es evidente que, dejando a un lado la complicación añadida de que me acostara con su marido, puesto que Lucinda está desaparecida por mi culpa según ella, me hace completamente responsable de lo que Kate ha intentado hacer. Si no hubiera sido yo quien la ha encontrado, ya me habría echado de la sala a patadas.

Voy a por una de las sillas apiladas en el rincón y tomo asiento a su lado. Alexa se aparta un poco, molesta. Noto que no desea hablar de lo ocurrido, así que pongo toda mi atención en Kate.

Su delicada cabellera rubia se esparce como una aureola sobre la almohada, dándole un aire etéreo; tiene la piel de la frente de color azul lechoso, como si se la hubieran embadurnado con algún ungüento. Me cuesta trabajo mirarla. Bajo un poco la vista y me fijo en sus labios. Son muy finos. No parecen suyos. Unos tiznajos de carbón negro le ensombrecen las comisuras, causando el efecto de que la boca se le

tuerce hacia abajo.

—¿Ha dicho algo ya?

Alexa niega con la cabeza.

—Ha abierto los ojos un par de veces, pero nada más. Me han dicho que seguirá adormilada un buen rato, y que no me asuste si no intenta comunicarse.

—Pobre Kate —digo, y de pronto me embarga una congoja indecible.

He venido hasta el hospital conduciendo como con el piloto automático. Demasiado aturdida todavía por la noticia de la detención de Guy como para pensar siquiera en lo que decirle a Kate, en caso de encontrármela despierta. Rezo para mis adentros dando gracias por ello, porque no haya vuelto en sí todavía.

Alexa cierra la revista que estaba leyendo, *Vanity Fair*, luego extrae un pañuelo del bolso y se da unos toquécitos con la punta bajo las pestañas inferiores. Lleva el rímel impecable, a diferencia de anoche.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez? —me pregunta Alexa.

—Hablé con Guy anoche, pero con ella no te sabría decir exactamente, porque...

Me interrumpo. ¿Cuándo hablé con Kate por última vez? De pronto ni siquiera recuerdo en qué día vivo.

—¿Qué día es hoy? —le pregunto, y Alexa me mira como si me hubiera vuelto loca—. He perdido la noción del tiempo —aclaro—. Han pasado tantas cosas...

—Jueves —masculla.

—Perdona, tengo un lío tremendo en la cabeza.

Nos quedamos en silencio unos minutos; Alexa acaricia la mano de Kate un par de veces. Luego me inclino hacia Alexa y bajo la voz.

—¿Le vas a contar lo de Guy cuando despierte o crees que sería mejor no mencionárselo ahora mismo?

Alexa clava los ojos en mí.

—¿Qué le tengo que contar de Guy? He intentado llamarlo, pero no me coge el teléfono.

Los ojos se me abren como platos involuntariamente.

—Lo han detenido —le digo moviendo los labios sin voz.

Luego me recuesto en la silla y me muerdo el labio, sin saber qué pensar. ¿Por qué al menos no habrá llamado Guy a Alexa? ¿Por qué no ha informado a alguien de donde estaba?

Alexa se vuelve hacia mí en la silla.

—Dios mío —exclama—. ¿Detenido por qué?

Encojo los hombros, avergonzada.

—La verdad es que no sabría decirte con seguridad.

Alexa clava la vista al frente, pero noto que la cabeza le va a mil por hora. El pulso en la sien se le acelera y tiene la vena de la frente abultada; parece como si le

reptara una lombriz bajo la piel. Tras un incómodo silencio, aparta la silla hacia atrás y se pone en pie.

—Tengo que hacer una llamada. ¿Te quedas con Kate?

Asiento con la cabeza.

—No la dejes —advierte.

—Claro que no.

Visiblemente alterada, Alexa agarra el bolso.

—Intentaré no tardar mucho —dice, alejándose a grandes zancadas.

Sus tacones resuenan sobre el duro pavimento de vinilo; el trasero, plano y descolgado, contoneándose apenas bajo sus vaqueros de marca. En cuanto desaparece por la puerta, exhalo un suspiro.

Qué desastre.

No puedo imaginar lo que sentirá Alexa.

Si tu hermana ha intentado suicidarse, lo normal es que estés muerta de preocupación pero a la vez sientas un gran alivio porque el intento haya fallado. Y también que te preguntes el porqué una y mil veces.

Imagino que Alexa llegaría a la conclusión —como hice yo, en un principio— de que Kate no había podido soportar la noticia de que había una tercera adolescente desaparecida. Esa desaparición había traído consigo la práctica certeza de que Lucinda no iba a regresar. Hay gente que se quita la vida por mucho menos.

Ahora, por si fuera poco, tiene que asimilar la noticia de que Kate posiblemente haya intentado suicidarse al descubrir algo que relacionaba a su marido con las adolescentes desaparecidas.

Recorro la sala con la mirada por primera vez desde que he entrado.

Las paredes están pintadas de un feo y aséptico rosa salmón. Unas cortinas turquesa a rayas cuelgan a sendos lados de las camas, para ser corridas cuando se requiera privacidad. Es el gusto femenino interpretado por un viejo. Me recuerda la decoración de esos salones de mal gusto para banquetes de boda.

Las visitas de la paciente de al lado están ya despidiéndose y le dicen que volverán mañana, con más revistas y más refrescos Lucozade. Por un instante echo de menos el Lucozade de mi infancia, aquellas botellitas envueltas en su celofán especial que anunciaban a los cuatro vientos lo «gravísimos» que estábamos.

No sabiendo dónde posar la mirada —aparte de en Kate o en el resto de los pacientes que nos rodean—, agarro el ejemplar de *Vanity Fair* que estaba hojeando Alexa. No es el tipo de revista que suelo leer, pero la cabeza me va a mil y necesito mantener las manos ocupadas. La hojeo rápidamente y decido que *Vanity Fair* es una porquería. Hay demasiada letra. Antes preferiría leer ¡*Hola!* u *Ok!*

Me pongo a leer un artículo sobre una famosa pija que vive en las Bermudas. Es pariente lejana de la familia real, pero nunca había oído hablar de ella. Rubia ella,

toda piernas, ronda ya los cuarenta y acaba de tener su primer hijo. «Es maravilloso —declara exultante—. Es lo más increíble que me ha pasado en la vida. Es algo tan bello, tan asombroso... Hay tanto amor...»

Cierro la revista asqueada por tanta ñoñería.

Aunque fuera solo una vez —una sola—, me encantaría que alguna madre primeriza de las que salen en las revistas se descolgara diciendo: «Me está resultando muy duro. No es ni mucho menos como yo esperaba. No creo que vaya a tener otro... Además —esto añadido mientras moquea en un pañuelo—, mi marido no me ha ayudado en absoluto. Yo pensaba que iba a ser un padre maravilloso, pero ni mucho menos, todo lo tengo que hacer yo. La verdad es que se está comportando como un capullo».

Echo un vistazo hacia Kate distraídamente y al instante doy tal respingo hacia atrás que casi me caigo de la silla.

Tiene los ojos abiertos y me está mirando.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto rápidamente, armándome de valor. La voz me sale estrangulada y llena de angustia.

Kate tiene los ojos legañosos, los bordes de los párpados en carne viva. Intenta sonreírme.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—He venido a verte.

—Gracias.

—Ah, no hay de qué —digo tontamente—. Alexa también está, pero ha tenido que salir un momento para hacer una llamada. Volverá enseguida.

Kate entorna los ojos y me acerco para cogerle la mano; se la aprieto cariñosamente.

—Nos alegramos mucho de que hayas salido de esta, Kate.

Miro hacia la puerta, deseando que Alexa regrese cuanto antes, que se dé prisa. La situación me supera; no sé si sabré reaccionar como es debido.

Ni rastro de Alexa.

—¿Dónde estoy? —susurra Kate, con los ojos todavía entornados.

La pregunta me desconcierta. Daba por hecho un momento antes que Kate estaba perfectamente lúcida. Que sabía lo que había ocurrido y si no sacaba a relucir enseguida lo de las pastillas era por vergüenza. O porque quizá yo no era la persona más idónea con quien hablar de ello.

De pronto me siento una inepta total, está clarísimo que no soy la persona más idónea para hablar del asunto. Por mucho que haya sido yo quien la ha encontrado.

—Estás en el hospital —respondo, vacilante—. En el hospital de Lancaster.

—Ah.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—No, la verdad.

—No te preocupes... tú descansa por el momento —le digo, y Kate entreabre los ojos con un leve parpadeo.

Me recuerda las imágenes que captan maliciosamente las cámaras de esas famosas saliendo de las discotecas a altas horas de la madrugada. Con los ojos semientornados y cara de borrachas como cubas.

—Lisa, ¿está aquí Guy? —me pregunta.

—Aún no.

—¿Va a venir?

—Supongo —le digo, incómoda, porque no se me ocurre nada mejor que decirle así de pronto.

¿Que si va a venir? Lo dudo mucho.

Está en un calabozo de la comisaría, o quizá lo estén ya interrogando sobre la desaparición de vuestra hija.

Al pesar en eso, caigo en la cuenta de que Kate aún no se ha interesado por Lucinda. Lo normal sería que preguntara «¿Se sabe algo? ¿Hay alguna novedad?»; eso como mínimo... ¿no?

Ese notorio desinterés me reafirma en la certeza de que Kate sospecha de Guy. Si hubiera sido yo, por drogada o mal que estuviera, lo primero que diría sería: «¿Dónde está mi hija?». Nada más despertar, saltaría a voces: «¿Dónde está mi...?».

De repente, el cuerpo de Kate da una violenta e involuntaria sacudida. Me abalanzo hacia ella.

—¿Kate? ¿Kate? ¿Estás bien?

Kate asiente con la cabeza, parece incapaz de articular palabra, y no sé qué hacer. ¿Pulso el botón de emergencia? ¿O echo a correr en busca de la enfermera?

Me dispongo a avisar al personal de planta cuando veo que una lágrima resbala por la mejilla de Kate. Abre la boca, pero no le salen las palabras. Entonces me doy cuenta de que es tal su congoja que ni siquiera puede comunicarse. El violento espasmo anterior no era más que un anticipo de los angustiados sollozos que ahora sacuden su cuerpo.

—Oh, Kate —le digo e intento abrazarme a ella.

Noto una vez más lo delgada que está. Se le marcan las costillas. Se palpan justo por debajo de la tela del camisón, como si no hubiera carne alguna entre ellas.

Acerco mi cara a la suya y le beso los cabellos con ternura. Huelen a vómito acre, pero no es un olor del todo desagradable, más bien ácido, como el de un termo ya muy usado. No retiro la cara. Oigo a lo lejos el apresurado y ruidoso taconeo de las botas de Alexa, pero no advierto su presencia hasta que se dirige a mí.

—¿Se lo has contado? —pregunta desde los pies de la cama—. ¿Le has contado lo de Guy?

Me vuelvo rápidamente y la miro estupefacta.

—No —contesto moviendo los labios sin voz.

Aunque seguro que Kate algo se debe de imaginar. Si sospecha que su marido se traía algo entre manos, sabrá que la policía no tardará en atar cabos.

—¿Qué es lo que me tenía que contar sobre Guy? —pregunta Kate; las palabras le salen como a trompicones—. ¿No... no habrá sufrido algún percance?

Alexa clava los ojos en Kate.

—Lo han detenido.

Instintivamente, Kate se lleva la mano a la boca, consternada, y al hacerlo tira de la cánula del gotero, con el consiguiente dolor. Gime silenciosamente. Tiene la cara desencajada, y yo estoy más confundida que nunca. Intenta hablar de nuevo, pero no puede. Me mira y, en un susurro, me dice:

—¿Por qué?

Y yo pienso: Yo creía que eso ya lo sabías.

Yo creía que habías descubierto que Guy te ha estado mintiendo, y que por eso intentaste suicidarte. Pero si no fue por eso, entonces... ¿por qué?

Interrumpo mis elucubraciones al reparar en los ojos suplicantes de Kate, todavía fijos en mí.

—¿Por qué? —me pregunta de nuevo, calladamente, pero no sé qué contestar.

¿Qué diablos se supone que debo decirle?

He dejado el móvil desconectado mientras estaba dentro del hospital. Hay letreros por todas partes avisando de que los móviles interfieren con los desfibriladores o los ventiladores... o qué sé yo; seguro que es un cuento, pero se comprende. Lo último que uno desea cuando está encamado en un hospital es oír a un idiota pegar gritos dándoselas de importante.

Al llegar al coche conecto de nuevo el móvil y veo que tengo un mensaje de texto. Es de Lorna, una de las chicas que me ayudan con los perros en el centro de acogida. Dice simplemente: «Bluey de vuelta».

Exhalo un hondo suspiro de alivio y me siento al volante. Pongo en marcha la calefacción y llamo inmediatamente a Lorna.

—¿Dónde estaba? —le pregunto en cuanto oigo su voz al otro lado.

—Atado a la valla de madera que hay junto al contenedor de reciclaje de Booths —dice con voz entrecortada. Seguramente estará fregoteando—. Lo ha encontrado la loca de Jackie Wagstaff a las siete de la mañana, cuando ha ido allí a tirar los cascos de las botellas. Parece que estaba abandonado, según ha dicho cuando ha venido a traerlo, porque a esas horas no hay nadie en el aparcamiento del supermercado. Por cierto, se ha disculpado por traerte otro perro más, pero no podía dejarlo allí tirado.

—¿Cuánto tiempo crees que llevaría allí? —le pregunto.

—Ni idea. Dice Jackie que daba pena verlo. El pobre estaba allí con la cabeza gacha como siempre, esperando que llegara alguien y se lo llevara. Lo mismo se habría quedado allí tan manso toda la puñetera semana.

Siento un sollozo crecer en mi pecho y respiro hondo para reprimirlo.

—Lisa, ¿sigues ahí? —pregunta Lorna.

—Sí —digo, sorbiéndome la nariz—, al menos es un consuelo saber que está bien... porque está bien, ¿no?

—A simple vista, sí. No ha comido nada, pero eso es normal en él. Quizá le mezcle un poco de pienso de los gatos, a ver si así se anima a probar bocado. ¿Para qué crees que lo querría el tipo ese? ¿Por qué se largaría con él para luego dejarlo allí tirado? Como le decía a Shelley, no le veo ningún sentido.

—Yo tengo una teoría... te la cuento luego cuando llegue. No creo que tarde mucho, depende de cómo estén las carreteras.

—Mejor que ayer sí están. —Lorna cambia de tono—. Lisa...

—¿Sí?

—Joe nos ha dicho que tu amiga está ingresada en el hospital. ¿Se pondrá bien?

Le pedí a Joe que llamara por teléfono al centro para informarles de lo ocurrido, para que les contara lo de Kate y así yo podía acercarme antes al hospital y ver cómo estaba.

—Sí, se pondrá bien —le digo a Lorna—. Acabo de verla, y ya podía incorporarse y hablar un poco. Ahora está su hermana con ella, las he dejado a solas para que tuvieran un poco de intimidad.

—Pero ¿tenía algún problema o algo?

—Es la amiga cuya hija ha desaparecido.

—Uf —exclama enfáticamente—. Uf, qué horror.

—Sí —contesto y le digo que estaré allí dentro de una media hora más o menos.

Por el camino, la cabeza no deja de darme vueltas. Intento escuchar la radio, pero en esta zona solo consigo sintonizar Radio 2, y no soporto a la sarta de quejicas que suelen llamar a estas horas al programa de Jeremy Vine, así que la apago.

El tubo de escape petardea con más estruendo que nunca y al pisar el acelerador asusto a una chica parada en el semáforo con un carrito de bebé. Miro por el retrovisor y la veo despotricando airada en dirección a mí. Espero no haber despertado a la criatura, ojalá que no...

¿Por qué demonios habrá intentado Kate suicidarse?

Esa es la pregunta que no consigo quitarme de la cabeza.

Ganas me han dado de soltársela a voz en grito. De sacudirle la tontería de encima y que me contara de una puñetera vez qué mierda le ha pasado.

Ahora no puedo pensar con claridad. Siento como si me dispararan perdigones a la cabeza, a bocajarro, y cada vez que intento pensar racionalmente, que intento analizar algo de principio a fin, el pensamiento se esfuma antes de que llegue a una conclusión como es debido.

¿Por qué Kate no me ha preguntado por Lucinda al despertar?

¿Por qué se ha desmoronado al enterarse de que habían detenido a Guy?

Y lo que voy a decir ahora es una menudencia, pero lo voy a soltar de todos modos, porque si callo, reviento: ¿se puede saber por qué ni Kate, ni Alexa, ni —ahora que lo pienso— Guy, me han dado las gracias por haberle salvado la vida a Kate?

Ya sé que tienen la cabeza en mil sitios últimamente, pero al menos podrían haber tenido el detalle de decir: «Menos mal que la encontraste, Lisa».

Pero, nada. Ni palabra.

Me aferro al volante con los nudillos ya blancos de furia, y me digo: Bueno, basta ya. Ya está bien de darle vueltas. Al menos Bluey ha vuelto. Es lo único bueno que ha pasado hoy.

Bluey ha vuelto y yo he tomado una decisión: esta noche se viene a vivir con nosotros.

Joanne se encuentra en la sala de reuniones de la comisaría junto a otros cuatro agentes, esperando la llegada del inspector McAleese. La acristalada sala fue construida el año anterior, tras el fallecimiento por cáncer de páncreas del subinspector Russ Holloway, uno de los agentes más veteranos del Cuerpo.

Una foto de Russ en su primer día de uniforme cuelga en el rincón; bajo ella hay una pequeña placa conmemorativa. Joanne la contempla ahora y recuerda el día en que Russ le mencionó, por tercera vez en lo que iba de semana, que le dolía el abdomen y Joanne detuvo el coche en el arcén. Se negó a seguir conduciendo hasta que no llamara a su médico de cabecera, pero ya era demasiado tarde. Russ, para sorpresa de todos, falleció solo tres semanas más tarde.

McAleese entra en la sala y cierra la puerta. Lleva una camisa de color rojo oscuro y una corbata haciendo contraste; viene empapado de sudor, por primera vez desde que Joanne lo conoce. McAleese es un hombre meticuloso, con más formación académica que la mayoría de los presentes en la sala. Estudió para ser actuario de seguros, y fue entrar en el Cuerpo y subir como la espuma. Ascendió a inspector en tiempo récord.

McAleese parece atribulado, cosa que, aun siendo natural cuando se está al frente de una investigación, no es nada natural en él.

—Bien, doy por hecho que ya están todos al corriente de que ha aparecido nuestra tercera adolescente, ¿no es cierto? —El inspector recorre rápidamente con la mirada las caras de los presentes; alguien musita «Sí, señor» corroborando que, efectivamente, ya están todos informados—. Francesca Clarke ha sido devuelta a su familia, y en breve le tomaremos declaración en su domicilio. No se encuentra en condiciones de desplazarse hasta aquí. El médico le ha hecho un reconocimiento y nos ha proporcionado la información que necesitamos.

El inspector carraspea antes de proseguir. Se afloja el nudo de la corbata.

—Esta vez el sujeto se ha ensañado con la víctima —añade, como si fuera de prever—. Les ahorraré los detalles truculentos por el momento. Baste con decir que la niña tardará un tiempo en reponerse. Hemos asignado dos agentes a la familia para que actúen como mediadores, y una psicóloga viene ahora mismo en camino desde Preston. Una profesional con experiencia en abusos sexuales violentos.

El inspector suspira con aire cansado.

—Al parecer es muy buena en su campo...

Pero, al igual que todos los presentes, piensa para sus adentros que en realidad poco importa lo buena que sea. Se ha arruinado otra vida más.

El inspector mordisquea el bolígrafo; todos guardan silencio mientras él pasa revista mentalmente a la lista de cosas que lleva en la cabeza. Se muerde el interior de

la mejilla y dice:

—El padre de Francesca Clarke ha perdido los estribos, no está nada satisfecho con el modo en que se ha llevado el caso, etcétera, etcétera... Necesito un voluntario que trate con él... ¿Alguien se ofrece?

Viendo que nadie se apresura a aceptar una tarea que a todas luces se prevé ingrata, Joanne se presta a hacerse cargo. A veces tiene más mano izquierda que sus colegas masculinos, sabe ingeniárselas para que el reclamante sienta que el Cuerpo lamenta sinceramente aquello de lo que se le acusa... pero sin por ello hacerse responsable.

Es una habilidad que desarrolló de joven, trabajando como camarera de hotel en varios de los establecimientos con más categoría del Distrito de los Lagos. Cuando algún huésped indignado se quejaba de que había encontrado un pelo en las sábanas, o de que la tetera de su habitación tenía manchas de óxido, Joanne descubrió que no le costaba ningún esfuerzo disculparse, pedir mil perdones por las imperdonables molestias ocasionadas. Porque sabía que al fin y al cabo lo único que el cliente buscaba era eso: una disculpa. Nadie decía que esta tuviera que ser sincera. Pero por lo que Joanne viene observando a la gente en general le es muy difícil disculparse.

El inspector rechaza amablemente su ofrecimiento. Quiere que siga sonsacando a Guy Riverty. Que obtenga toda la información que pueda de él. «Por algo intentaría suicidarse la mujer de ese cabrón».

Joanne no tiene inconveniente. De todos modos, no quería dejar el interrogatorio a medias. Tiene la sensación de que al final terminarán trayéndolo de vuelta a comisaría, y aún no ha averiguado dónde se encontraba anoche. Por mucho que diga Guy Riverty, ella sospecha que su paradero sí «guarda relación» con la investigación, y mucha.

McAleese prosigue con la reunión y asigna a cada agente su correspondiente zona de investigación; además, hay que visionar unas borrosas grabaciones captadas por el circuito cerrado de televisión. Mientras se enzarzan en la discusión sobre cómo se debería enfocar el comunicado de prensa, el móvil de Joanne vibra dos veces en su bolsillo. La agente lo saca y lee un mensaje de Lisa Kallisto con el siguiente texto: «Perdone molestias. Perro de vuelta. ¡Tanto lío para nada!».

Joanne lee el mensaje de nuevo e interrumpe a su jefe.

—Inspector, ¿se ha anunciado ya públicamente que la chica numero tres ha aparecido?

—Oficialmente, no. No se ha hecho pública la noticia todavía. ¿Por qué?

—Acabo de recibir un mensaje de la señora que lleva el centro de acogida de animales; me llamó por teléfono ayer para informarme de que alguien le había robado un perro. Aquel perro gris y viejo del que le hablé, ¿recuerda?

—¿El que acompañaba al sujeto que merodeaba por el colegio?

Joanne asiente con la cabeza.

—El caso es que el perro ha aparecido. Interesante coincidencia, ¿no le parece?

—Es posible —dice McAleese—. En cualquier caso, vale la pena indagar.

Joanne se vuelve hacia el subinspector.

—¿Alguna vez hemos analizado el ADN de un perro, Ron?

Ron Quigley sonrío.

—Que yo recuerde, no.

De camino a la sala de interrogatorios, Joanne telefona a Lisa Kallisto.

—Ay, Señor —dice Lisa—, perdone todo el lío que he montado. Pensaré que estoy loca perdida. Ya tenemos a Bluey de vuelta, y en perfecto estado por lo que parece, así que asunto solucionado.

—¿Tiene el perro ahí con usted?

—¿Qué? No. Estoy en el despacho, poniendo un poco de orden en las dichas cuentas; Bluey está en la perrera.

—No lo lave. Ni lo cepille. Y manténgalo aislado hasta que pase alguien a recogerlo.

Lisa sofoca una exclamación.

—¿Qué ha hecho?

—Él, nada —contesta Joanne, sonriendo para sus adentros—. Se trata más bien de averiguar dónde puede haber estado, tenemos que analizar su...

—Dios mío —exclama Lisa—, ¿quiere decir que Bluey es una «prueba»?

Joanne tal vez no lo habría expresado de forma tan dramática, pero responde de todos modos:

—Sí. Lo necesitamos como prueba.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta Lisa.

—No tiene que hacer nada. Como le decía, no deje que nadie lo lave ni lo cepille, nada más. Quizá mejor que no lo saque a pasear tampoco. —Joanne añade esto último por si acaso, ignorando en realidad las posibles consecuencias de ese paseo—. Llamaré al departamento forense para ver si pueden enviar a alguien cuanto antes a recogerlo. Puede que tarden un poco... ¿hasta qué hora estará usted en el centro?

—¿Ha dicho forense? —pregunta Lisa atónita.

—Sí.

—Ah, pues entonces esperaré lo que haga falta. Mi marido se ha quedado con los niños porque se me ha acumulado el trabajo y...

—En caso de que se necesite algo más ya la llamaré luego, pero por el momento eso es todo.

—Señora Aspinall...

—¿Sí?

—¿Tiene ahí a Guy Riverty?

Joanne está a punto de contestar que sí, que se encuentra bajo custodia policial, pero cambia de opinión en el último momento.

—¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada, solo que... —Lisa se interrumpe, reacia aparentemente a continuar, hasta que al final dice—: Están muy raros.

—¿Quién está raro?

—Todos —responde sin ambages—. Hoy me han dejado muy preocupada. No sé, tengo la sensación de que ocultan algo. Todos ellos: Kate, Guy, la hermana de Kate, Alexa. Se han comportado de un modo extraño, no como una imaginaría dadas las circunstancias.

—¿En qué sentido?

—No sabría cómo explicarlo. Pero esta mañana Fergus me ha contado una cosa. Ha dicho que su madre se enfada cuando su padre no vuelve a casa a dormir, y me ha dado la impresión de que no era la primera vez que desaparecía así. Que es algo que sucede a menudo. Es raro, ¿no le parece?

Joanne concluye la llamada pensando que sí, que es raro. Ella le cortaría el cuello a su marido si desapareciera una noche sin dar explicaciones. Pero, bueno, a saber lo que haría en realidad si estuviese casada. Las mujeres aguantan todo tipo de cosas que al principio de la relación parecían impensables. ¿Por qué iba ella a ser distinta?

Joanne abre la puerta de la sala de interrogatorios. Ya está preparada para la avalancha de imprecaciones con que sin duda la recibirá Guy Riverty. Lleva más de una hora encerrado ahí, reconcomiéndose por dentro, y seguro que está dispuesto a armar la bronca.

Pero nada más entrar se queda de piedra al ver la escena que tiene ante sí.

Guy está desplomado sobre el escritorio. Su postura es la de un hombre que ya se ha venido abajo. Joanne carraspea antes de dirigirse a él, y Guy Riverty levanta la cabeza. Por su barbilla resbala una mezcla de mucosidad y saliva.

Está llorando como un niño. Desbordado por una emoción tan intensa que es imposible de ocultar.

—Tengo una mujer —dice, mirando a Joanne acongojado.

—Lo sé —dice ella incómoda—. Pero se pondrá bien, señor Riverty. Su mujer se pondrá bien.

Guy sacude la cabeza. Se limpia los mocos en el jersey y deja un plateado rastro de babas como de caracol sobre su elegante jersey negro de cuello vuelto.

—Tengo otra mujer, otra esposa —aclara sin apartar los ojos de Joanne—. Otra esposa... y otro hijo. Un niño.

Los ojos de Joanne se abren como platos. A decir verdad, no era eso lo que

esperaba oír de sus labios.

—¿Lo sabe la señora Riverty? —Y añade rápidamente—: Me refiero a Kate Riverty.

—Sí.

—No tiene que ser fácil.

Guy suspira.

—¿Y por qué sigue con usted?

Es una pregunta poco profesional que nada tiene que ver con lo que Joanne realmente necesita averiguar sobre la situación, pero inevitable al fin y al cabo para cualquier mujer.

—Eso quisiera yo saber. Ojalá se aviniera a separarse, pero no hay modo. He intentado una y otra vez convencerla de que sería lo mejor para todos, pero se niega a divorciarse.

Joanne escucha perpleja.

—¿Y prefiere compartirlo con otra? —salta, con más incredulidad de la que desearía; en realidad lo inconcebible para Joanne no es tanto que Kate Riverty esté dispuesta a compartir marido con otra mujer sino que esté dispuesta a compartir un marido como él. Como si no concibiera que alguien pudiera ver en él un gran partido.

El semblante de Guy acusa el desaire.

—Es mucho más complicado de lo que parece —contesta.

Y Joanne, reparando en que sigue de pie, aparta una silla de debajo de la mesa y toma asiento.

Inconscientemente, mira de arriba abajo a Guy, intentando comprender por qué una mujer en su sano juicio como Kate podría desear comprometer así su vida y la de su familia.

¿Por qué no lo mandaba a la mierda y que se fuera a vivir con la otra?

¿Por qué no hacía lo que cualquier mujer normal habría hecho? ¿Por qué no lo echaba, por qué no lo mandaba a freír espárragos, lo ponía a parir delante de todo bicho viviente y luego se iba a la peluquería, se compraba lencería a toneladas, se acostaba con alguno mejor parecido y pasaba página? Es lo que ella habría hecho.

Joanne sonrío a Guy con talante comprensivo.

—Debe de quererle mucho.

—Ese es el problema —dice él con un suspiro—. Que no.

—Entonces ¿por qué quiere seguir con usted?

—Vaya usted a saber —dice. Y añade—: Bueno, en realidad, no es justo que diga eso. Sí sé por qué. Kate tiene unas ideas muy rígidas sobre el matrimonio y la familia. Según ella, cuando uno se casa es para toda la vida, y a los niños no se les hace sufrir porque a uno se le antoje separarse, o porque simplemente haya dejado de querer a su

pareja como antes. Los niños son lo primero.

Joanne aparta la mirada de Guy, cavilando sobre la situación.

—¿Y por qué no se va usted de casa? —dice al rato—. ¿Por qué no se va a vivir con la otra? —Cuando él abre la boca para contestar, se le viene a la cabeza otra cuestión—: ¿Es usted bígamo en el verdadero sentido de la palabra? ¿Está casado con dos mujeres?

Guy asiente.

—Me casé con Nino...

—¿Nino?

—Mi mujer georgiana. Me casé con ella en Georgia cuando...

—Un momento. No entiendo...

—Nino vino a este país a trabajar. La contraté para que limpiara las casas que tengo en alquiler y, poco a poco, sin comerlo ni beberlo, descubrí que cada vez pasaba más tiempo en su compañía. Yo veía que la relación estaba pasando a ser algo más... y antes de decidirme a..., ya sabe...

—¿Antes de acostarse con ella?

—Sí, antes de que la situación fuera a más, le pedí a Kate el divorcio. Le dije que quería irme de casa y empezar una nueva vida con Nino... ¿Piensa detenerme por bigamia?

—A su debido tiempo, no es el momento. Explíqueme por qué no ha dejado a Kate.

—Porque siempre amenazaba con suicidarse.

—Entiendo. ¿Y cómo acabó casado con dos mujeres a la vez?

Guy exhala un suspiro.

—En los meses siguientes, mi relación con Nino fue cada vez a más... Yo hice todo lo que pude por guardar las distancias pero, sinceramente, me vi incapaz, y la situación acabó haciendo estragos en Kate. Más de lo que yo imaginaba posible.

—O sea que se vio entre la espada y la pared.

Guy mira a Joanne con semblante compungido.

—Digamos que mi vida no tomó el curso que yo esperaba.

Ya somos dos, caballero, piensa Joanne.

—Nino se quedó embarazada... inesperadamente. Una vez más le supliqué a Kate que me concediera el divorcio, y ella una vez más insistió en que antes se quitaba la vida. Y la creí. No sabe usted bien hasta qué punto. Nunca se me habría pasado por la cabeza seguir así de no haberla creído. Pero entonces hubo que enfrentarse al problema de que Nino fuera madre soltera y su familia la repudiara por ello. Y yo sentí que, por comprensiva que se hubiera mostrado respecto a lo de Kate, no merecía pasar por eso. No merecía quedarse sin nada. A Nino le aterraba que yo siguiera viviendo con Kate y ella se quedara en el Reino Unido sin garantía alguna, sin prueba

alguna de nuestra relación. Así que opté por la vía fácil y me casé con ella en Georgia. En presencia de toda su familia y sus amigos.

—¿Quién más está al corriente de esto?

—Mis hijos saben que algo va mal entre nosotros, pero no hasta qué punto. La hermana de Kate, Alexa, sí sabe lo de Nino.

—Entonces ¿anoche estaba usted con...?

—Nino..., sí —contesta—. Tenemos un apartamento en Helm Priory, en Bowness. Está muy bien ubicado. Nino no tiene carnet de conducir, y el apartamento está cerca del centro. Puede comprar lo que necesite sin depender por completo de mí.

—Por eso ha sido Lisa Kallisto quien ha descubierto esta mañana a su mujer. Se quedó usted a dormir en Bowness.

Guy asiente.

Joanne recuerda que dos días atrás había seguido a Guy Riverty. Y que al salir de la consulta del médico, el señor Riverty había girado a la izquierda para subir por Brantfell Road en lugar de volver a casa.

Brantfell Road hace un giro de ciento ochenta grados y desemboca en Helm Road. Aquellos medicamentos que Guy había pasado a recoger debían de ser para su hijo. Para el hijo de Nino.

Joanne piensa de nuevo en Kate.

—¿Por qué suicidarse ahora... si de todo esto hace ya...? ¿Cuánto tiempo hace que empezó?

—Hace cuatro años que estoy con Nino.

—Entonces ¿por qué ahora?

—Porque —responde a regañadientes— no pudo soportar que la dejara sola, estando Lucinda desaparecida.

Joanne aspira entre dientes. Es una cabronada, desde luego.

—Sé lo que piensa —dice Guy, y Joanne ladea la cabeza—. Se estará preguntando qué clase de hombre le haría algo así a una persona.

Lo que Joanne está pensando en realidad es que, si esto fuera un serial detectivesco, el agente en cuestión replicaría: «Qué importa lo que yo piense. Mi trabajo consiste en esclarecer la desaparición de su hija y poner al culpable en manos de la justicia». Pero estamos en la vida real, de manera que Joanne contesta:

—Es una cabronada en toda regla. ¿Quién le enseñó a tratar así a las mujeres?

Guy la mira sin alterarse.

—No lo entiende. Kate tiene... Kate tiene problemas. Conflictos emocionales importantes.

Joanne lo mira como diciendo: «Serás cabrón. Tú eres el problema».

—No me diga que su mujercita rusa le entiende mucho mejor...

—Georgiana —corrige Guy.

—Disculpe, georgiana.

Guy hace una larga y honda inspiración.

—Kate está yendo a terapia desde hace unos cuantos años, en una clínica privada. Cuando le conté lo de Nino por primera vez, se lo tomó muy mal. Se volcó por entero en los niños.

Joanne asiente con la cabeza, indicándole que prosiga, pero Guy enmudece unos instantes. Como si lo que está a punto de revelar fuera demasiado doloroso y tuviera que armarse de valor para continuar.

—Más o menos por aquel entonces, empezaron los problemas oculares de Fergus. Probamos de todo. Lo llevamos a toda clase de médicos. El ojo se le inflamaba horrores y amanecía con él lleno de costras, parecía como una infección crónica que no había forma de atajar. Hubo una época en que pensamos que lo perdería sin remedio. Kate estaba muy pendiente de él, lo llevaba cada dos por tres a una clínica oftalmológica de Londres, pero no conseguían dar con la causa. Hasta que... —Guy se interrumpe, aprieta los labios e hincha las mejillas con semblante de triste resignación— hasta que un nuevo especialista canadiense creyó haber dado con la respuesta.

Joanne mira a Guy expectante.

—El médico se puso en contacto conmigo, solo conmigo, para comunicarme que había encontrado unos hilos en la córnea de Fergus.

Joanne sacude la cabeza.

—¿Hilos? ¿Cómo habían ido a parar allí?

—Era Kate.

Joanne lo mira boquiabierta.

—Kate había estado frotándole el ojo con la punta de su chal de pashmina.

—¿Por qué?

—Buena pregunta. Yo sabía que mi relación con Nino la había afectado mucho, pero la noticia me dejó totalmente perplejo. Poco después a Kate le fue diagnosticada una enfermedad llamada síndrome de Munchausen. Descubrimos que también había estado echándole gotas de lejía en el ojo con una pipeta. Aunque no continuadamente, por lo que dijo. Solo cuando sentía que su vida se le escapaba por completo de las manos.

—¡Lejía! ¡Dios bendito! —exclama Joanne, pensando ya en que tendrá que verificar toda esa información cuanto antes—. Pero ¿está curada?

—Evidentemente, no —responde Guy afligido—, de lo contrario no estaría ahora ingresada en el hospital.

*Emprende el camino de regreso, felicitándose por lo bien que ha salido todo. Cada vez lo hace mejor, cada vez deja menos rastros y se hace más invisible.*

*Cruza Windermere al volante y se le ocurre detenerse un momento en el Centro de Enseñanza Secundaria. Para echarle un vistazo a la siguiente en la lista. Quizá incluso pueda abordarla hoy mismo y hablar un rato con ella. Sabe que ella se ha fijado en él. Que le gusta. Ha notado cómo lo mira.*

*Finalmente decide que quizá dos en un día sea demasiado, incluso para él, y opta por volver a casa. Si quiere mantener intacta la frescura de la experiencia, tiene que controlarla. De todos modos, puede volver por la mañana, decide. Probar a atraer su atención cuando salga del minibús.*

*La imagina andando hacia su coche y la piel se le eriza solo de pensar en su tez oscura, sus oscuros cabellos, sus ojos marrón chocolate...*

**DÍA 4**

**VIERNES**

Es de día. Han pasado treinta y seis horas desde que Alexa vino a casa a tacharme de puta, y Joe se ha levantado el primero. Está muy callado, muy dolido conmigo, como si guardáramos luto por alguien, y yo no hago más que rezar porque no cambie de parecer y decida dejarme por imposible.

El tiempo está cambiando. Anoche el parte anunciaba cielos muy nubosos y cubiertos en el noroeste del país. Las altas presiones que provocaron la brusca caída de las temperaturas y trajeron todo ese aire frío y seco del norte ya van de retirada. Se avecina una racha más benigna. Puede que al final no nieve el día de Navidad.

Oigo a Joe abriendo y cerrando armarios abajo en la cocina.

—Lise...

Me llama a voces desde abajo, y yo mascullo algo —no una palabra, un gemido más bien— para hacerle saber que estoy despierta, que lo oigo.

—¡Uno de los perros ha echado una pota amarilla de aquí te espero! —anuncia.

—¡Ya la limpio yo luego! —contesto a voces también, con desgana, y meto la cabeza bajo el edredón de nuevo.

No es que Joe se esté vengando, que diga: «Como te has acostado con otro, a partir de ahora todos los trabajos de mierda los vas a hacer tú». Él no es así. Lo que pasa es que sabe que prefiero hacerlo yo, porque siempre que toca algo para limpiar, ya sea un trapo, una fregona, un estropajo o lo que sea, acaba destrozándolo.

Luego me encuentro los trapos de cocina embarrados y llenos de hierba (si ha limpiado los zapatos de golf), la fregona negra e inservible (si ha limpiado el techo del taxi), etcétera, etcétera.

Me doy la vuelta en la cama e intento organizarme mentalmente para el día que me espera. Kate se impone con fuerza en mis pensamientos, pero, en este preciso instante, lo primero que se me viene a la cabeza es Bluey.

Ayer a la caída de la tarde una chica vino a recogerlo al centro en una furgoneta blanca sin matrícula. Antes de su llegada me puse un poco nerviosa de pensar que se lo llevaban para hacerle un examen forense. La idea de que Bluey fuera el eslabón perdido, la pieza perdida del rompecabezas en la búsqueda de las tres adolescentes... en fin, huelga decir que el asunto me tenía un tanto alterada.

Pero cuando finalmente apareció la chica y vi la jaula vacía en la trasera de la furgoneta me embargó el pánico de pensar que hicieran experimentos con él. Era un temor completamente infundado, y la chica no supo cómo reaccionar cuando me puse a dar voces. Luego me di cuenta de que la estaba asustando y me callé. Avergonzada, le tendí la correa y le dije que había tenido una semana muy dura y que lamentaba mucho el arrebató.

—No suelo ser así de histérica —me excusé, y ella puso pies en polvorosa tan

rápido como pudo. Pobre chica.

Me pregunto cómo estará Bluey. Espero que no lo hagan sufrir. Ella me aseguró que lo tratarían bien y que probablemente pasaría la noche en su propia casa.

—¿Probablemente? —salté, en tono acusador.

—No, definitivamente —corrigió ella.

Dios quiera que me lo traigan de vuelta. Ya solo faltaba que le pasara algo al pobre Bluey, con lo viejito y poquita cosa que es. Jamás me lo perdonaría.

Joe me dice a voces de nuevo que tengo que bajar y limpiar el desaguisado antes de que a los demás perros les dé por ponerse a lamer la vomitera. Así que dejo caer las piernas en el suelo, meto los pies en las pantuflas y cuando llego a la cocina Joe ya me tiene el café preparado y el cubo de la fregona lleno de agua bien caliente.

—¿Le has echado lejía? —le pregunto, levantando el cubo del fregadero.

—Sí, pero solo un poco.

Se ha vestido ya con su traje de faena habitual: vaqueros limpios, camisa blanca, jersey de lana o algodón y botas bien lustradas.

—Qué guapo te has puesto —le digo, pero le noto algo en la cara que me obliga a volverme para mirarlo—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —contesta, pero le noto algo raro.

—Te veo algo distinto en la cara.

Joe se encoge de hombros. Es como si no tuviera las arrugas en el mismo sitio que anoche. Como cuando los surcos en las comisuras de la boca se rellenan con Restylane y le dan a la persona una expresión un tanto extraña.

—¿Seguro? —le pregunto, y él parece crisparse un instante.

—No esperarás que esté loco de contento precisamente, Lise.

—Supongo que no. Perdona. Te quiero —le digo, entre bostezos—. Tengo una pinta infame, ¿verdad?

—Estás preciosa —responde y viene hacia mí y me da un beso en la boca—, pero te apesta el aliento.

Lo contemplo mientras se pone con desgana la chaqueta; el pelo todavía algo húmedo —y un poquito demasiado largo— le roza el cuello de la camisa.

—¿Qué te apetece para cenar? —me pregunta, y le digo que ya pasaré por el supermercado a comprar unos filetes.

—Es viernes —le digo—. ¿Por qué no vemos una película, pillamos una borrachera y nos damos un revolcón cuando los niños estén ya acostados? Hacemos como si esta semana no hubiera pasado.

—Planazo —dice, y me da un beso, esta vez en la frente.

Luego agarra las llaves y desaparece por la puerta.

Limpio la vomitona en el cuarto de la lavadora. Es imposible saber cuál de ellos tendría el estómago mal, porque todos están devorando la comida con el mismo

apetito de siempre, de manera que dejo de preocuparme por lo que no está en mis manos solucionar y me siento a la mesa con mi café. Desde ayer no hago más que mentalizarme de que todo tiene su razón de ser, y aunque sea una chorrada pensar así, yo diría que algo ayuda.

Doy unos sorbitos al café. En la radio suenan David Bowie y Bing cantando «Little Drummer Boy», y decido que como no ponga el árbol de Navidad este fin de semana, los niños me van a hacer la vida imposible.

Los oigo arriba en este momento. Han sonado los despertadores, y se oye un golpe sordo, seguido de pasos apresurados. Desde que aprendió a andar, con solo nueve meses, Sam va siempre corriendo a todas partes.

Oigo que enciende la luz del cuarto de baño, luego la apaga, luego vuelve a entrar corriendo en el baño porque se ha olvidado de tirar de la cadena, y en menos de diez segundos ya ha bajado las escaleras y lo tengo sentado delante.

—Buenos días, mamá —dice de muy buen humor.

Sonrío, reconfortada por ese entusiasmo matutino, consciente de que en un par de años se habrá apagado y Sam me saludará con la misma sarta de gruñidos y lamentos que los otros dos.

—¿Has dormido bien, Sam?

—He tenido un sueño superhorrible —dice muy dramático—. He soñado que Mario y Luigi estaban en una... como una montaña rusa y...

Cabeceo distraída, mientras Sam me cuenta su sueño (o más bien se lo inventa sobre la marcha), y voy poniendo las debidas muecas de horror que las preocupantes vicisitudes de los Super Mario Brothers exigen.

Mario y Luigi forman parte de la familia desde hace unos años. Sam, además de todos los juegos de la serie habidos y por haber, tiene también los muñecos de los personajes y juega con ellos a todas horas. La semana pasada oí que Luigi le decía a Mario: «Me voy a hacer caca», y me pregunté si Barbie se vería alguna vez en la tesitura de tener que anunciarle eso a Ken.

Vierto la leche en los cereales de Sam y le pongo el cuenco delante. Sigue hablando mientras come. La fiesta navideña escolar se celebra el lunes después de las clases, y se supone que los padres deberíamos haber hecho ya entrega de algún regalito para la tómbola. Le han pedido a Sam que me pregunte si yo podría encargarme del té o de atender alguno de los tenderetes de comida.

Asiento sin pensar, digo que ya hablaré con la maestra, porque he desconectado por completo. Sam se está toqueteando el ojo, quitándose las legañas pegadas a las pestañas, y de pronto me asalta como una especie de desazón indefinida, un cosquilleo que no acabo de localizar.

Ese gusanillo escarabajea en el interior de mi cabeza desde ayer al atardecer y asoma entre mis sueños sin dejarse ver del todo, provocándome la sensación de que si

podiera alargar un poco más la mano, estirar un poco más la conciencia, descubriría lo que necesito saber.

Pero es inútil. Cuanto más me esfuerzo, más se aleja de mi alcance. Así que, por el momento, me olvido de él.

Son las 8.30 de la mañana, y Joanne está tomando notas mientras el inspector pone a todo el equipo al corriente de la situación.

McAleese les comunica que el instituto forense ha logrado extraer una muestra significativa de entre las uñas de Francesca Clarke, la tercera niña secuestrada. No se espera, sin embargo, encontrar restos de piel del violador: el sujeto ha sido demasiado meticuloso, demasiado cauteloso como para cometer un descuido así. Lo que buscan son restos del ADN de un perro: células cutáneas del bedlington terrier.

Si descubren que se trata del mismo perro con el que fue vista Francesca Clarke, y Lisa Kallisto confirma la identidad de Charles Lafferty —el capullo que se llevó al perro— dispondrán de pruebas suficientes para relacionarlo con la niña. Y quizá para condenarlo.

Solo necesitan dar con él.

Pero, aparte del nombre, no cuentan con más pistas para seguir indagando, y los únicos antecedentes que se le conocen son una agresión violenta contra una agente inmobiliaria de cuarenta años en Windermere. Aparte de eso, no hay constancia de vida laboral ninguna a su nombre, y el registro de violadores no arroja ningún dato relacionado con su identidad.

McAleese no quiere que se queden viendo pasar el tiempo hasta que el violador reincida. Necesitan testigos que lo hayan visto, un número de matrícula... cualquier cosa.

Así, pues, ponen en marcha de nuevo el puerta a puerta y se sientan una vez más a visionar horas y horas de grabaciones registradas por las cámaras de videovigilancia callejera en un radio de cinco kilómetros en torno a todos los centros escolares de South Lakeland. Saben que el sospechoso que andan buscando es un varón que ronda los treinta y cinco, con buena apariencia física y elegantemente vestido.

—No creo que sea difícil dar con él —dice McAleese, y todos reniegan por lo bajo—. Busquen, interroguen y descarten a toda persona que aparezca más de una vez en esas grabaciones —ordena, dando por concluida la reunión.

Ron Quigley se vuelve hacia Joanne.

—Nos espera un día muy, pero que muy largo —se lamenta.

Joanne asiente, pero no deja de pensar en Guy Riverty, al que pusieron en libertad la tarde anterior, sin cargos.

Al final no se halló nada que imputarle y, Joanne, antes prácticamente convencida de que tenía algo que ver con la desaparición de su hija, terminó sintiendo lástima del pobre desgraciado.

Dos doras, cuatro tazas de té y medio paquete de galletas más tarde, Joanne no ha descubierto nada de interés en las grabaciones del circuito cerrado de televisión,

aparte de haber reconocido un par de veces el vehículo de Joe le Taxi y un 4x4 blanco al que tiene intención de seguirle la pista, cuando, en ese momento, llaman con los nudillos a la puerta de su despacho. Es la funcionaria de recepción.

—Perdona que te moleste, Joanne, pero abajo hay una señora que desea hablar con alguien que trabaje en el caso de las adolescentes desaparecidas. Dice que quiere que sea una agente, una mujer. ¿Te importaría bajar?

—¿La has sondeado a ver? No será alguna paranoica, ¿verdad? Porque ya he perdido el tiempo con bastantes. Me pillas en plena faena.

La recepcionista abre un poco más la puerta.

—Insiste mucho. Dice que tiene información que aportar. Yo diría que es de fiar.

—Está bien. Ahora mismo bajo.

Joanne se acerca a la señora, sentada junto a las ventanas en una de las sillas de plástico. La mujer tiene la vista fija en los pies, evitando el contacto visual con los presentes en la estancia. Una serpentina navideña, obsequio de una escuela de primaria del barrio, se ha soltado del techo. Cuelga a pocos centímetros de su cabeza.

—¿Deseaba usted hablar con una agente? —pregunta Joanne cuando la señora levanta la vista—. Soy Joanne Aspinall, trabajo en el caso de las adolescentes desaparecidas.

Es una mujer menuda, insignificante. De unos cuarenta y pico, pelo castaño claro, poquita cosa. Viste un atuendo anodino y nada atractivo: pantalones de chándal, zapatillas deportivas y una chaqueta impermeable azul celeste.

—¿Podríamos hablar en algún sitio más discreto? —le pregunta la señora.

—Está bien. Espere un momento, buscaré algún despacho que esté libre.

Cinco minutos más tarde, la anodina señora dice llamarse Teresa Peterson.

—Bien, ¿de qué deseaba hablarme?

—De las niñas.

Joanne espera a que añada algo más pero, por el momento, eso es todo lo que Teresa Peterson parece capaz de decir.

—¿Tiene información que aportar sobre las adolescentes secuestradas?, ¿es eso?

Teresa parpadea una y otra vez y luego baja la vista.

—Sí —responde.

Joanne inspira un par de veces, pensando: Así no vamos a llegar a ninguna parte. Una vez más, aguarda a que se explaye. Pero intuye que la mujer va a continuar encerrada en su mutismo el resto del día.

—¿Qué le preocupa, señorita Peterson? —le pregunta, con mucho tacto—. ¿Hay algo en todo esto que la angustie?

—Señora —corrige la mujer—. Señora Peterson. Mire, no soy de por aquí. Llevo poco tiempo en esta zona, así que no estoy segura, no estoy del todo segura de...

Joanne piensa que debería haberle encargado a Cynthia Spence que hablara con

ella.

—Sea cual sea la información que desea comunicarnos, le garantizo que será tratada con la máxima reserva. ¿Teme quizá meterse en líos por denunciar lo que sabe?

—¿Y si me equivoco?

—¿Quiere decir si me da información equivocada?

—¿Y si me equivoco de persona?

Joanne relaja los hombros.

—Contamos con alguien que puede identificar con total seguridad al sospechoso una vez esté localizado —explica—. Si usted nos pone sobre la pista de una persona distinta, lo sabremos de inmediato.

Joanne alarga el brazo y posa la mano sobre la muñeca de Teresa Peterson, solo un instante.

—No tiene nada que temer. Se lo aseguro, no vamos a acusar a ningún inocente. ¿Por qué no empieza contándome qué le ha llevado a sospechar de la persona en cuestión?

Teresa Peterson introduce la mano en el bolsillo de su chaqueta impermeable y extrae un maltrecho pañuelo de papel. Se suena la nariz y luego cierra los ojos. Sus labios se mueven pero no emiten sonido alguno. Joanne advierte que está rezando quizá o pronunciando algún tipo de mantra, para armarse de valor.

De repente abre los ojos.

—Yo necesitaba una foto —susurra—, una foto de mis zapatos. Son unos Kurt Geiger, pero tienen demasiado tacón para mí... no me van los tacones de aguja. Me siento ridícula con ellos. No debería habérmelos comprado, pero de pronto se me antojaron y, en fin, ahí están, muertos de risa en el armario.

Mira a Joanne como diciendo «¿Sigo?», y Joanne asiente.

—Cuando encontré la cámara, no estaba donde siempre solemos guardarla.

La señora Peterson se retuerce las manos con vehemencia, y Joanne mira de reojo el reloj.

—En fin, eso fue lo de menos —añade—. La cuestión es que la encontré. Pero cuando fui a tomar la foto... ay, perdone, he olvidado decir que pensaba anunciarlos en eBay, los zapatos, para eso necesitaba la cámara...

—Eso me había parecido entender...

—Cuando fui a tomar la foto, la cámara no funcionaba. La tarjeta de memoria no estaba dentro, y pensé «Qué raro». No entendía por qué. Y entonces caí en la cuenta.

—¿En la cuenta de qué?

—De que es mi marido. De que quien ha secuestrado a esas niñas ha sido mi marido.

Joanne le sonrío y exhala un suspiro.

—Señora Peterson, creo que quizá se haya precipitado usted un poco.

La señora Peterson sacude la cabeza.

—No. Encontré la tarjeta de memoria en el bolsillo interior de su abrigo.

Joanne enarca las cejas.

—Por eso nos vinimos a vivir aquí —añade rápidamente Teresa Peterson—. Tuvimos que dejar nuestro domicilio porque ya lo había hecho antes. Nunca llegó a demostrarse, pero Merv dice que la gente siempre piensa que cuando el río suena, agua lleva, así que vimos un anuncio en el que solicitaban un matrimonio para regentar un hotel y nos vinimos a vivir al norte.

—¿Qué hotel?

—El George, en Grasmere.

—¿De dónde es usted, señora Peterson?

—De Ipswich. Suffolk.

—¿Y su marido se llama Merv?

—Mervyn Peterson. Si indaga, verá que lo llevaron a comisaría para interrogarlo porque una amiga de nuestra hija lo denunció por unas fotos que supuestamente le había sacado.

—¿Qué edad tenía esa amiga?

—Doce años.

Joanne procura no mudar el semblante.

—Él lo negó, me prometió que no era verdad, y le creí. Pero ahora he encontrado esto —dice, sacando del bolso una tarjeta digital Sandisk 4GB que le tiende a Joanne.

—¿Qué hay aquí? —pregunta Joanne mirándola a los ojos.

La mujer se pone a temblar.

—Fotos. Fotos de niñas... imágenes sexuales de adolescentes... además de algunas fotos de su madre. Cumplió setenta el mes pasado, y fuimos a una reunión familiar para celebrarlo.

—Las fotos guardadas aquí, ¿está segura de que no son de su hija? ¿De que no serán fotos personales que la niña pudiera haber tomado de sí misma y no desee que nadie vea?

Teresa sacude la cabeza.

—No es ella —contesta—. Estoy segura.

Dejo a Sam en el colegio, hablo con la señora Corrie, su maestra, sobre la fiesta navideña, y acuerdo con ella que haré unas cuantas hornadas del único plato que se me da bien: el pastel de calabacín. Lo mío no es la cocina, ya se ha dicho. La receta es prácticamente la misma que la del pastel de plátano pero, por la razón que sea, a la gente le impresiona muchísimo más.

—¿Cómo está Kate? —me pregunta discretamente la maestra de Sam, moviendo los labios sin voz.

—Bien —contesto, sin voz también.

Anoche llamé al hospital y me dijeron que, si no surgía ningún contratiempo, le darían el alta a lo largo del día de hoy. Al expresar yo mi preocupación por su estado de ánimo, me dijeron que ya habían evaluado el caso y le sería asignada una asistente psiquiátrica para que le hiciera compañía en su domicilio durante la convalecencia.

La señora Corrie me pregunta cuándo creo que Kate «volverá a la normalidad». Subtexto: ¿estará en condiciones de echar una mano en la fiesta navideña o no? Absurdo insinuarlo siquiera, teniendo en cuenta que Lucinda sigue desaparecida, y el estado en que se encuentra Kate en estos momentos. Pero comprendo que lo pregunte, porque sin su ayuda están perdidos.

Kate es el pilar de todos los festejos para recaudar fondos que organiza el colegio. Sin ella, la fiesta navideña será un desastre. Nadie colaborará según lo prometido. Nadie llevará los premios, el vino, los pasteles, los juegos. No se hará nada sin el amable acicate de Kate. Tal y como están las cosas, lo más probable es que la fiesta acabe costando dinero incluso.

Hace un día tan gris como aseguraron. Y tan templado. La temperatura ha subido notablemente y no necesito los guantes, ni el gorro. El tubo de escape del coche sigue petardeando, pero hago oídos sordos. Tendrá que esperar.

Cuando llego al trabajo, Lorna me cuenta que ha actualizado la página web y que han dejado un mensaje telefónico en el contestador avisando de que nos traerán de vuelta a Bluey a última hora de la mañana. Ya han tomado las muestras que necesitaban. Y hay otro mensaje: un mensaje embarullado de una mujer de Grasmere que suena desesperada (además de borracha). Dice que quiere que vayamos a recogerle un perro, urgentemente, porque sus circunstancias han cambiado, y que ella no puede venir a traérselo porque la grúa se le ha llevado el coche. Es un doberman.

—¿Le has devuelto la llamada? —le pregunto a Lorna.

—No responde. Se habrá caído redonda. Pero ha dejado una dirección. ¿Piensas subir por allí?

—Según vaya la mañana.

—No te lo tomes a mal, pero pareces cansada.

—Digamos que no ha sido la mejor semana de mi vida.

—¿Quieres que me acerque yo? —se ofrece Lorna.

—No te preocupes —respondo con una sonrisa—. Prefiero echarme a la carretera que limpiar perreras... lo siento.

—Por probar nada se pierde.

Lorna se ha teñido otra vez el pelo con henna y el tinte le ha manchado la piel por detrás de las orejas y la nuca. No digo nada. Tiene las uñas marrones también.

—¿Qué tal está tu amiga? ¿Han encontrado ya a su hija? —Digo que no con la cabeza—. Tiene que ser horrible —añade, y siento que algo se agita levemente en mi interior.

Me quedo abstraída mirando la puerta.

—Lisa, ¿te encuentras bien? —me pregunta Lorna preocupada.

—¿Qué? Sí —respondo enseguida—. Tengo que ocupar la mente cuanto antes, eso es todo. ¿Cómo están esos gatitos?

—Solo ha sobrevivido uno. Ya lo he bautizado: se llamará Campeón.

—Muy apropiado —le digo, y voy hacia la trastienda para ocuparme de él y ver si puedo darle algo de comer con la jeringuilla.

Al entrar veo que Lorna ha metido a los dos últimos gatitos en una bolsa de plástico para luego tirarlos al contenedor, y oigo los débiles maullidos de Campeón.

Me agacho para meter la mano en la jaula y lo cojo. Tiene el lomo negro azabache, el pecho y el vientre blancos y un pequeño triángulo de pelo negro bajo el mentón. Parece un diminuto James Bond vestido de esmoquin. Ronronea entre mis manos. Lo examino a ver si tiene pulgas y enseguida encuentro dos. Agarro la lendreras para quitárselas antes de ponerme con la jeringuilla. Este sobrevive, me digo.

Le inspecciono las encías —saludablemente sonrosadas— y los ojos le brillan.

—Tú no te me mueras, ¿eh? —le digo, y él se me queda mirando con sus picarones ojazos bien abiertos.

Un momento después siento que el móvil me vibra en el bolsillo y miro la pantallita. Veo que es un mensaje de Kate y me da un vuelco el corazón.

«Gracias por salvarme la vida. ¡Qué haría yo sin ti!», dice el mensaje simplemente.

«¡Para lo que gustes!», le contesto, y suspiro.

Seguramente ya va de camino a casa.

Tres coches patrulla se dirigen al hotel George de Grasmere para detener a Mervyn Peterson. Joanne viaja al volante de uno de ellos y, serpenteando por la orilla este del lago Windermere, y se ha quedado atascada detrás de un Ford Escort con quince años de antigüedad que lleva una pegatina de un pez en la ventanilla trasera.

—Cristiano a la par que pésimo conductor —le dice a Ron, y da unos golpecitos nerviosos en el volante.

Joanne vive para este momento. El momento de agarrar al hijoputa por los huevos y depositarlo en manos de la justicia por el secuestro y la violación reiterada de tres niñas.

Sabe que es él. Siente que es él. Teresa Peterson le ha dado una explicación detallada de las antiguas acusaciones que pesaban sobre su marido y ha añadido además que lleva ausente de su domicilio desde el miércoles por la noche, día en que Francesca Clarke fue secuestrada. Joanne alberga ya pocas dudas. No ve el momento de carearse con él en el interrogatorio.

Ron Quigley va sentado a su lado, engullendo Rennies como si fueran Lacasitos; nervioso, mueve la pierna derecha compulsivamente arriba y abajo.

—¿En qué piensas? —le pregunta a Joanne.

—En el momento en que espose al cabrón y lo inmovilice en el suelo hincándole la rodilla.

Una suave llovizna ha empezado a caer y Joanne tiende la vista hacia el lago. Al fondo, las nubes ocultan casi por entero los Langdale Pikes y el agua está de color gris granito. Todavía se ve bastante nieve, pero no tardará en derretirse. Todo está blanco y negro alrededor.

—Estaría bien que lo condenaran antes de Navidad —piensa en voz alta Ron, y ella asiente.

Joanne le había preguntado a Teresa Peterson por la cuestión que más la había intrigado a lo largo del caso: ¿adónde podría haberse llevado el violador a las niñas?, ¿adónde sin que nadie lo viera?

Teresa se encogió de hombros. Dijo no tener idea. Joanne, entonces, le habló de Molly Rigg.

—Molly dijo que las sábanas olían a lavandería y que las paredes de la habitación eran de color crema. No había apenas muebles.

Teresa Peterson palideció.

—Dentro del recinto del hotel hay un par de casitas de alquiler —contestó seguidamente—. Llevan tiempo sin ocuparse, solo las abrimos cuando estamos al completo.

—¿Se ven desde el hotel? —le preguntó Joanne.

—La verdad es que no —contestó la señora Peterson—. Están aisladas del edificio principal. Si no están alquiladas, nadie tiene por qué acercarse allí.

Joanne había comunicado al inspector McAleese el resultado de sus pesquisas y los efectivos de la policía científica iban de camino.

Joanne y Ron atraviesan Ambleside, y Joanne le pone las largas al Escort que tiene delante indicándole que se haga a un lado —va a menos de treinta por hora—, pero la mujer al volante hace caso omiso.

Joanne aprieta con fuerza el claxon y Ron agita los brazos indicándole que se aparte, hasta que finalmente el Escort gira a la derecha en dirección a Rydal Mount: la casa donde residía Wordsworth cuando escribió «Narcisos». Por fin pueden apretar el acelerador.

Diez minutos más tarde, la gravilla de la entrada al hotel George cruje y salta bajo la carrocería del Mondeo, que accede al recinto seguido por los otros dos coches patrulla.

—Esperemos que el guaperas de Mervyn esté en casa —dice Ron, apeándose del coche.

Entran todos en tropel en la recepción del hotel. El vestíbulo es enorme, totalmente revestido de madera de roble y con una gran escalinata también de roble sobre la que cuelga una cabeza de ciervo disecada.

Joanne se acerca a la delgada joven de pelo negro azulado que atiende el mostrador. Rápidamente se muestran las identificaciones de rigor, se susurran las debidas presentaciones, y la joven les hace saber, con marcado acento español, que en este momento el señor Peterson se encuentra en la tercera planta, reunido con el inspector de incendios.

—Si quiere, lo llamo —dice la chica con desgana.

Y Joanne contesta que no, gracias, que será mejor que suban a buscarlo ellos mismos.

El inspector McAleese toma la delantera, seguido de cerca por Joanne; detrás de ella van Ron y otros dos agentes de policía uniformados. El hotel está excesivamente caldeado y hay un fuerte olor a moqueta recién instalada y cera abrillantadora. La escalinata gira a la derecha y un tipo con calva incipiente que lleva un maletín en la mano se detiene para dejarles paso.

—¿Ha ocurrido algo? —le pregunta a McAleese.

El inspector no pensaba detenerse, pero en el último momento cambia de opinión.

—¿Está usted hospedado en el hotel? —le pregunta al del maletín.

El tipo dice que no, que es el inspector de seguridad contra incendios.

—¿Acaba de verse con Mervyn Peterson?

El del maletín asiente con la cabeza.

—Iba ahora mismo a inspeccionar la zona de la piscina. Peterson está terminando

de tomar unas notas en la habitación once. Suba hasta el final de las escaleras, gire a la derecha y la encontrará al fondo del pasillo.

McAleese sube los peldaños de dos en dos, a la carrera. Joanne le sigue el paso, sintiendo la descarga de adrenalina en la sangre. Están tan cerca ya... A sus espaldas oye el murmullo de cuerpos avanzando sigilosamente. Al llegar al final de las escaleras se queda sin aliento. Sería mejor que se desprendiera de la parka, pero no hay tiempo. McAleese avanza a grandes zancadas por delante.

Habitación once. La puerta está cerrada. McAleese acerca el oído, indica con una mueca que no se oye ruido al otro lado y golpea con los nudillos en la madera.

—Policía, señor Peterson, abra la puerta.

Nada.

—Prepárense —susurra McAleese.

Joanne siente que el pulso se le acelera en el cuello.

McAleese le hace una seña a Joanne para que baje la manija de la puerta. Joanne, en silencio, cuenta con los dedos: uno, dos, tres.

Irrumpen en tropel en la estancia; McAleese se adentra en el dormitorio, y Joanne va directa al cuarto de baño. Luego mira en el armario.

—Vacío, jefe —dice.

—Habitación contigua.

Ron es enviado a inspeccionar la escalera de incendios mientras uno de los agentes comunica por radio a los que aguardan abajo que cubran todas las salidas. Qué extraño, piensa Joanne, sorprendida de que Mervyn haya huido. Pensaba encontrarse con el típico cabrón arrogante que planta cara e intenta embaucarte con su labia, no con un fugitivo.

Llama con los nudillos a la puerta de la habitación número nueve.

—¡Policía! —grita, pero no aguarda respuesta.

Lo primero que los ojos de Joanne ven son unos mocasines de piel de cabritillo colgando de los pies de la cama.

Da cuatro pasos adelante y ve su rostro por primera vez.

—¿Mervyn Peterson?

Al instante, Joanne comprende cómo logró embaucar a aquellas niñas para que se metieran en su coche. Es muy guapo de cara, pero los ojos de Joanne no se detienen en ella.

Peterson le sonrío y se yergue.

—Me ha pillado *in fraganti* —dice y suelta un bostezo—. Estaba a punto de echar... de echar una cabezadita sin que me viera nadie.

—¡Jefe, está aquí! —grita Joanne en dirección a la puerta—. Habitación nueve.

Joanne oye pasos acelerados, y Mervyn adopta una expresión de sorpresa.

—¡Caray! —exclama con aire dramático—. ¿Pasa algo? ¿Ha ocurrido algo grave?

Los ojos le brillan y sonríe con aire ufano, como el actor Terry-Thomas en su papel de arrogante aristócrata pillado con las manos en la masa.

—Déjese de cuentos —contesta Joanne.

El inspector McAleese llega junto a ella y, nada más poner la vista en Mervyn, muda el semblante, descolocado.

Mervyn tiene los pantalones bajados hasta los tobillos y el pene semierecto inclinado sobre el abdomen. Tose y observa la reacción de Joanne ante las dos sacudidas de su miembro, que salta juguetón sobre el prieto y plano vientre.

—Mervyn Peterson, queda usted detenido bajo sospecha de...

Segundos más tarde, Joanne ordena a Mervyn Peterson que quite «eso» de su vista y se ponga la ropa. Para que pueda esposarlo. Joanne le aprieta las esposas con más fuerza de la debida y agarra a Mervyn del codo para sacarlo de la habitación.

Mientras caminan por el pasillo en dirección a las escaleras, escoltados por detrás y por delante, Mervyn se inclina hacia ella.

—La he visto mirando —susurra al oído de Joanne con regodeo malsano—. He visto la cara que ha puesto cuando me ha descubierto.

—Ah,  s ? —responde Joanne, impasible.

—No tengo nada que declarar —responde Mervyn con soberbia.

Echa un vistazo a su abogado, y este asiente con la cabeza. Mervyn insistió en cambiarse de ropa antes de ser conducido a comisaría y lleva puesta una elegante camisa de algodón grueso, y calcetines y calzoncillos limpios. «Por si me cachean», dijo.

Joanne se revuelve en la silla.

La agente suplicó a McAleese que le brindara la oportunidad, que la dejara conducir personalmente el interrogatorio. Tiene que hacerle cantar. Pero llevan encerrados en la sala más de veinte minutos, y el Pervertido Peterson no suelta prenda.

Joanne decide no seguir preguntando y esperar allí sentada. No le vendría mal pasarse otro pañuelo de papel por las axilas y bajo los aros del sujetador. El sudor no tardará en empaparle la blusa. En la sala hace un calor sofocante.

Mervyn le sonrío con aire de suficiencia.

—¿Qué? —dice, en respuesta a su silencio—. ¿Jugamos a ver quién aguanta más la mirada, agente? ¿No se le ocurre nada más que preguntarme?

—Según la declaración de su mujer, supuestamente tomaba usted fotografías de niñas adolescentes, señor Peterson. No desea responder a mis preguntas, lo entiendo. Piensa que hablando solo conseguirá meterse en un lío aún más gordo todavía, así que ya veo que desea guardar silencio. Yo probablemente haría lo mismo en su lugar.

—Mi mujer delira.

—A mí me ha parecido bastante cuerda. Daba la impresión de ser una mujer lúcida y sensata.

Peterson ríe entre dientes.

—No tengo nada que declarar.

—Aunque debo decir que a primera vista no pegan ustedes mucho.

Peterson enarca las cejas.

—Forman una extraña pareja —aclara Joanne.

—Si usted lo dice...

—¿Cómo se conocieron?

—No tengo nada que declarar.

—¿Y su hija? ¿Cuántos años tiene, once?

—Doce.

—Su edad favorita, ¿verdad? ¿Dónde ha escondido a Lucinda?

Peterson se inclina hacia Joanne y la mira con una fijeza escalofriante.

—Yo no he secuestrado a esas niñas. Soy padre. Estoy casado. No soy ningún pedófilo, como parece querer dar a entender. Mire, agente, no dispone de pruebas

para demostrar que he tenido nada que ver en todo esto, y si lo que espera de mí es una especie de confesión lacrimógena, mejor que se vaya olvidando. Se lo vuelvo a repetir: no he sido yo.

—¿Qué le dice el nombre de Charles Lafferty?

Peterson se encoge de hombros.

—No me suena de nada.

—Yo diría que sí.

Peterson levanta la mirada al techo con exasperación.

—Utiliza ese nombre de vez en cuando, ¿verdad, señor Peterson?

—No sea absurda.

—Es un apodo que utiliza cuando desea hacerse pasar por otra persona.

—¿Para qué iba yo a desear hacerme pasar por otra persona?

—Tal vez se avergüence con ser quien es —contesta Joanne.

Peterson ríe con sorna.

—Yo no me avergüenzo en absoluto de ser quien soy, agente, de ser quien soy — repite, recalcando el error gramatical de Joanne—. ¿No lo dirá por usted? Puede que sea usted quien siente vergüenza de sí misma. —Peterson hace una pausa y la repasa de arriba abajo con la mirada—. No está casada, ¿verdad?

Joanne lo mira a los ojos. No responde.

—Me pregunto por qué será —dice Peterson.

—Los hombres decentes escasean, ¿no le parece?

—Más bien será que las sargentonas se quedan para vestir santos.

Joanne se inclina hacia él.

—Sabemos que ha sido usted, señor Peterson —dice Joanne, bajando la voz—. Tenemos pruebas de ADN.

Peterson guarda silencio, pero Joanne atisba una fugaz alteración en su semblante.

—¿Por qué no se hace un favor a sí mismo —prosigue— y nos cuenta el porqué de su conducta? Podría ayudar en su defensa. Si se encierra en ese mutismo, no llegaremos a ninguna parte. Nadie estará dispuesto a simpatizar con una persona como usted, que se niega a reconocer lo que ha hecho. Especialmente una vez que se encuentre entre rejas. Si se aviene a contarme cuáles son sus motivaciones, quizá consideren necesario solicitar un examen psiquiátrico. Tengo entendido que pueden ser de gran ayuda a la hora de la sentencia.

—¿Qué ADN? —pregunta él.

—Vamos, Peterson. No pretenderá que le cuente todos mis secretos, ¿verdad?

—Es un farol.

—No tengo permitido recurrir a esas estratagemas.

Peterson se reclina en el asiento. Respira hondo y deja escapar el aire resoplando.

—No la creo.

—No le miento, señor Peterson. Sabemos que estuvo con una de las víctimas. Y ya que lo tenemos aquí, supongo que el siguiente paso será proceder a una rueda de identificación. Es muy probable que alguna de esas niñas lo reconozca nada más verlo.

Mervyn mira a su abogado. Joanne los observa. El semblante del abogado permanece inmutable. Baja la vista y hace un gesto de negación con la cabeza ladeada.

—No tengo nada que declarar —afirma Peterson con rotundidad.

Joanne alarga el brazo sobre la mesa como si pretendiera tenderle la mano.

—Mervyn —le dice amablemente, casi con lástima—, tenemos al perro. El perro que utilizó para atraer a su última víctima. Lo hemos encontrado. Y ¿sabe una cosa? Resulta que el animalito venía cargado de pruebas.

Joanne pasa las manos bajo el agua fría del grifo y se remoja la cara. Tiene las mejillas encendidas y la blusa empapada de sudor. Coge una toalla de papel del dispensador, la humedece y se la pasa por la espalda y el torso. Ya casi está en el bote, dice para sus adentros. Casi.

McAleese, que había estado observando el interrogatorio en el despacho contiguo a través de una pantalla, ha dado su autorización para que se interrumpa: Peterson solicitó unos momentos a solas con su abogado. El inspector tenía el presentimiento de que Mervyn se enfrentaría a la segunda parte del interrogatorio con un talante distinto, pero Joanne no estaba muy convencida. Lo veía capaz de mantener la farsa hasta el final de sus días. Peterson era un mentiroso redomado. Con un talento para el embuste como no había visto otro igual. Como si él mismo se creyera todo lo que salía por su boca. Seguro que ni un polígrafo sería capaz de pillarle en falso.

El equipo se congrega de nuevo en la sala de reuniones y, seguidamente, Joanne y McAleese se dirigen hacia los calabozos para recoger a Peterson y dar comienzo al segundo asalto.

El oficial de guardia abre la puerta de la celda, y la mirada de Joanne se topa de frente con el pantalón de raya diplomática. Y con el torso desnudo de Mervyn. Su rostro ceniciento la mira fijamente desde los barrotes de hierro de la celda, donde se ha colgado con la camisa atada al cuello.

Joanne se abalanza hacia él.

Lo agarra por las caderas y sujeta el peso entre sus brazos, mientras el rostro de Peterson ya empieza a ponerse lívido.

—Joder —oye Joanne decir a alguien, no sabe a quién, pues todo su ser está concentrado en mantener el cuerpo de aquel cabrón lo más elevado posible.

No piensa dejarle morir. El desolado rostro de Molly Rigg se le viene a la mente impulsándola a sacar fuerzas de flaqueza. No lo dejará morir.

La fuerza del peso ha ceñido el nudo que le rodea el cuello. Su cuerpo da sacudidas mientras McAleese corta a tajos el algodón de la camisa, tratando de liberarlo. Joanne siente que otro par de brazos vienen a rodear el cuerpo de Mervyn Peterson, ayudándola con la carga.

Hasta que por fin logran cortar la camisa de los barrotes de hierro y el cuerpo de Mervyn se dobla por la cintura. Cae vencido hacia delante como un fardo y Joanne, ayudada por el oficial de guardia, se tambalea al intentar bajar el cuerpo hasta el suelo sin que se les caiga.

—Llame a una ambulancia —grita McAleese a alguien en el umbral.

Joanne se arrodilla y lleva dos dedos al cuello del ahorcado.

—Apenas percibo pulso, hay que arrancarle esto cuanto antes —dice al observar que el resto de la manga de la camisa que le rodea el cuello, tensada a su vez por el peso, le está estrangulando todavía la garganta.

Joanne intenta meter los dedos por debajo, pero solo consigue introducir uno.

—¡Joder! —exclama McAleese—. El hijoputa la va a palmar. Joanne, hazle el boca a boca.

Joanne mira con horror a su jefe, vacila un momento y acata sus órdenes. No hay tiempo de ir a por la mascarilla para hacerle la respiración artificial. McAleese, entretanto, no deja de dar tajos a la camisa de Peterson con su navajita suiza.

Joanne pinza la nariz de Peterson y al llevar los labios a su boca siente que se le revuelven las tripas. Sabe a café. Dulce. Las imágenes de la tarjeta de memoria entregada por su mujer acuden en tropel a su mente.

Inspira. Insufla. Cuerpos desnudos de niñas. Inspira. Insufla.

Dios santo, con lo mucho que desearía hundir los dedos en las órbitas de aquel cabrón y sacarle los putos sesos.

Inspira. Insufla.

Inspira.

McAleese le ha soltado la camisa del cuello y le indica a Joanne que se detenga. Al parecer, le está volviendo el color.

—Veamos si el cabrón puede respirar —dice McAleese, y observan cómo su pecho empieza a levantarse.

Segundos más tarde, agita los párpados.

McAleese lanza una mirada a Joanne para que no baje la guardia por si el pirado arremete contra ella.

—Casi creíamos que se nos iba —dice McAleese, dirigiéndose a Peterson.

Los ojos de Mervyn se abren de par en par. Parece desorientado. Creerá que esto es el cielo, piensa Joanne fugazmente.

—No íbamos a dejar que la palmara tan fresco después de haber violado a tres niñas, ¿no? —dice McAleese.

Mervyn los mira a ambos, desconcertado.  
—¿Tres? —pregunta.

Estoy ante la puerta de una pintoresca casita de las afueras de Windermere, pensando en perritos. ¿Por qué habrá tanta gente que prefiere comprarse un cachorro en vez de un perro ya crecido? ¿Por qué, si no están en absoluto preparados para ocuparse de ellos?

He llamado al timbre, pero las cortinas de la casa están corridas. No se oye movimiento dentro. El doberman debe de estar en el jardín de atrás. Si estuviera dentro de casa ya habría oído sus ladridos.

Un cachorro da mucho trabajo. Deja cacas por todas partes, lo mordisquea todo, cuesta dinero. Los perros adultos que ofrecemos en adopción se entregan ya esterilizados, vacunados y con su placa identificativa. Eso solo ya supone unas ciento sesenta libras de ahorro. Sin embargo, todo el mundo quiere un cachorro. Porque, claro, ¿quién te dice a ti que no te van a endilgar un perro que alguien ha abandonado por «conflictivo»?

No se dan cuenta de que el perro conflictivo lo terminarán creando ellos.

Miro alrededor mientras espero. La casita forma parte de una hilera de cuatro. Están bien situadas; a distancia más que suficiente de la carretera. Es una buena ubicación. Las cuatro tienen la puerta de la calle enmarcada entre clemátides, ahora secas y marchitas, pero imagino que en verano se pondrán preciosas. No veo movimiento en las otras tres, a excepción de la furgoneta de un electricista aparcada frente a la casa de al lado. Son casitas asépticas y desangeladas, como todas las viviendas de alquiler para turistas.

Llamo al timbre de nuevo y vislumbro una figura tras el cristal esmerilado de la entrada. La puerta se abre y yo, instintivamente, reculo alarmada ante lo que se me aparece delante. Es la una y cuarto de la tarde y la mujer que tengo ante mí me recibe en bata, con las rubias greñas revueltas y la mejilla toda pintarrajeada, tanto, que el carmín le llega casi hasta la oreja izquierda. Rondará los cuarenta y cinco más o menos. Atractiva, pero ajada.

—Vengo a por el perro. El doberman.

—Pase.

No hay recibidor; pasamos directamente a la sala de estar.

—¿Les han robado? —pregunto, porque veo trastos tirados por todas partes.

—¿Qué? —dice ella, recorriendo rápidamente la habitación con la mirada—. Ah, no... es que no me ha dado tiempo a recoger un poco.

En el suelo, junto al sofá, hay un cenicero repleto de colillas. Y manchas parduzcas en la moqueta de alrededor, donde habrá ido a parar la ceniza tras algún tropezón. La mesita de centro está cubierta por una pila de ropa tirada de cualquier manera, tazas, papeles, botellas de vino, cedés y artículos varios de lencería.

En la televisión están pasando *Loose Women*, pero el volumen está apagado. Deduzco que estaría dormida en el sofá cuando he llamado a la puerta, porque hay un edredón tendido sobre él rozando el suelo.

—Perdone el desorden —se disculpa, apartando un montón de ropa del otro sofá para que pueda sentarme—. He tenido una semana bastante mala.

—¿El perro está fuera?

—En el cobertizo.

—Necesitaría una serie de datos antes de llevármelo... o llevármela.

—Es macho. Se llama Diesel —contesta.

—¿Es suyo? —le pregunto.

—No, de mi marido... pronto, ex marido.

Amago una sonrisa.

—Entonces necesitaré el consentimiento de su marido —advierdo, y ella recuesta la cabeza en el sofá como insinuando que la cosa no va a ser tan fácil.

Decido rellenar los datos disponibles por el momento y ya me preocuparé del resto más adelante. Dice llamarse Mel Frain. Su marido se llama Dominic.

—¿El perro está esterilizado?

—No.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciocho meses. Al principio era muy bueno, pero luego le dio por destrozarme la casa, así que hace poco tuvimos que sacarlo al jardín —explica, señalando con la mano hacia la parte trasera.

—¿Algún problema de salud?

—No. Oiga —dice y al levantarse del sofá se le abre la bata—, necesito algo de beber. ¿Le apetece tomar algo?

—Un té, si no es molestia.

—Me refería a una copa. Yo voy a tomarme un vino.

—Es un poco temprano para mí.

—Como quiera. Bueno, si me disculpa, iré a por mi copa.

Sale de la habitación, la oigo abrir el frigorífico y vuelve con un botellón de pinot grigio y dos copas, con el borde manchado de carmín y el pie lleno de marcas de dedos.

—Le he traído una por si cambia de opinión. No tengo té.

Se inclina para escanciar el vino. Distráida, veo que sus tetas falsas están extrañamente erguidas para no llevar sujetador, y me pregunto si no será una de esas pobres incautas a las que les pusieron implantes de silicona industrial. Probablemente tengan que quitárselos en cuanto pasen las fiestas.

Mel Frain se atiza un trago, suspira y se recuesta en el sofá.

—Lo siento. Tal como estoy ahora mismo, trabajo me cuesta llegar al final del

día.

Asiento en silencio, sin ánimo de escuchar la historia de adulterio que a buen seguro se avecina.

—La semana pasada llegué a casa —dice impasible—, y me encontré a mi marido en la cama... con mi padre.

—Vaya —le digo—. ¿Y qué hizo?

—Vomitar.

—Normal.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Y dónde están ahora los dos? —le pregunto.

—Se han largado a Sitges los muy cabrones, a pasar las navidades.

—Y su madre ¿cómo se lo ha tomado?

—Como si no hubiera pasado nada.

Dejo escapar un silbido.

—Siento no poder cuidar del perro —dice—, pero me paso el día fuera de casa trabajando. Hay que sacarlo a pasear, y en el estado en que estoy... no me veo con fuerzas.

—Le encontraremos un buen hogar —contesto, pensando que será inútil ponerse en contacto con el marido para que autorice la entrega de Diesel—. Bueno —le digo, tendiéndole el formulario—, simplemente firme aquí al final y luego voy a ver al perro.

Metemos a Diesel en la jaula de la parte trasera del coche. Habrá que cortarle las uñas, pero aparte de eso parece saludable. Es un bonito ejemplar de doberman, con el pelo lustroso y reluciente. Tengo muchas esperanzas.

Mientras estoy cerrando el maletero, la furgoneta del electricista que tenía delante arranca y veo que ahora hay otro coche aparcado dos casas más allá. Me vuelvo hacia Mel Frain. Está echando una lagrimita por tener que despedirse de Diesel.

—¿Ve ese coche? —le digo—. ¿Lo ha visto antes por aquí?

—De vez en cuando —contesta—. Alquilan la casa a turistas. Creo que es el coche del propietario.

—¿Cuándo lo ha visto por última vez?

—Hará un par de días, creo.

Me asalta otra vez la misma desazón, el mismo cosquilleo indefinido. Solo que esta vez consigo precisar a qué se debe.

Miro la matrícula.

Es el coche de Kate.

No sé cuánto tiempo llevo aquí plantada. Habrán transcurrido solo unos minutos, pero se me han hecho eternos. Mel Frain ha desaparecido por la puerta de nuevo, para seguir dándole al vino, y el jadeante aliento de Diesel empieza a empañar ya las ventanillas traseras del coche. Abro la puerta del conductor, meto la llave en el contacto y bajo una rendija las ventanillas, automáticamente. Pensando, supongo, que un perro encerrado en un coche podría morir de asfixia.

Pero todo ello sin apartar la mirada de esa casa. La última en la hilera de cuatro.

¿Qué hace aquí el coche de Kate? Si acaba de salir del hospital...

Me acerco a la casa y me quedo delante de la puerta. Me asalta una sensación extraña. Como de calma antes de la tempestad. Podría darme la vuelta y escurrir el bulto. Podría meterme en el coche, volver al trabajo y hacer como si no hubiera visto nada. Y tal vez eso fuera exactamente lo que hiciera la persona que yo era antes. La persona que evitaba enfrentamientos, que no desafiaba la autoridad.

Estoy a punto de llamar a la puerta, pero en el último instante cambio de idea. Doy un par de pasos a mi derecha y espío por la ventana. Y entonces veo a Kate y Lucinda sentadas en el suelo delante de una voluminosa caja de cartón. Están sacando unos adornos para el árbol de Navidad. Se me ocurre que quizá les hayan alquilado la casa para las fiestas: a la gente no le gusta llegar y encontrarse sin ambiente navideño alrededor.

Y enseguida me embarga una sensación de alivio tal que casi me desplomo: esa es Lucinda. Está viva. La miro y sofoco un sollozo. Está a salvo. A Dios gracias, está a salvo.

Luego mi mirada se desplaza hacia Kate y se me hiela la sangre.

Me aparto de la ventana y vuelvo a la puerta. Sigilosamente, pruebo a abrirla.

La llave está echada.

Noto la respiración resollante y entrecortada. Intento calmarme pero, según hago memoria de los pasados cuatro días, la rabia crece en mi interior. Me siento como la idiota por quien me han tomado, y sé que debo dejarme de cavilaciones y pasar a la acción.

Rodeo la casa y pruebo a abrir la puerta de madera por la que se accede al jardín trasero. No tiene el pestillo echado. Suavemente, sin hacer ruido, la empujo.

Me adentro en el jardín. Lo han pavimentado, para no complicarse con el mantenimiento, y puesto macetas aquí y allá. En una esquina hay una barbacoa, tapada para el invierno, y un banco de madera pintado en un ridículo color azul huevo de pato, muy típico del estilo de Kate. Es su sello distintivo. Si pudiera, lo pintaría todo del mismo azul.

A la casa se accede por una puerta holandesa, partida en dos como las de los

establos. No tiene la llave echada, así que entro despacio en la cocina y miro alrededor, anonadada. Sobre la encimera hay una barra de pan reciente. Seguro que la ha comprado Kate en la panadería al venir hacia aquí. Huele a pan caliente. La ha traído para compartirla con su hija, cuando terminen de adornar el abeto; ya me las imagino a las dos, madre e hija, tan amiguitas, íntimas como decía Kate, tan felices comiendo.

Oigo voces. No consigo descifrar de qué están hablando, pero el tono es distendido, alegre, normal. El odio que me embarga ahora es casi paralizante.

Junto a la barra de pan hay un cuchillo. Lo agarro. Pesa muy poco. Es un cuchillo barato. De esos que se compran en las tiendas de saldo cuando uno no desea gastar en artículos que sabe que no utilizará personalmente. Blando el cuchillo en el aire. Por un instante me siento como la típica loca. La loca que llega en busca de venganza.

Cierro los ojos un segundo, intentando recobrar la compostura, y luego oigo movimiento tras la puerta de la sala de estar. Doy un paso adelante y la abro bruscamente.

Kate está al otro lado. No dice nada al verme, solo me mira fijamente.

Ya no es el alma en pena de los últimos días. De pronto parece una mujer robusta y saludable, y me pregunto cómo puede ser posible: ¿cómo se puede fingir esa clase de dolor?

Los ojos de Kate se desplazan hacia el cuchillo que empuño a un costado y pestañea rápidamente.

Lucinda aún no se ha percatado de mi presencia. Está de espaldas a nosotras, colgando bolas navideñas de las ramas del árbol, charlando con su madre. Pero se mueve con una lentitud exagerada y habla como arrastrando un poco las palabras.

Lleva puesta una sudadera con capucha y unos pantalones de chándal de color rosa.

Kate habla sin volverse hacia su hija. No quiere apartar la vista del cuchillo.

—Lucinda, ve a sentarte en el sofá, cielo.

Lucinda se da la vuelta y al verme en el umbral se queda boquiabierta.

Yo le dirijo una mirada furibunda.

—¿Te ha dicho tu madre que me han echado la culpa de tu desaparición?

Lucinda no responde, mira a su madre en busca de consejo.

—¿Te lo ha dicho? —repito.

Lucinda asiente con la cabeza. Hay temor en su rostro, pero tiene la mirada perdida; está como alelada.

Kate intenta dar un paso hacia mí, pero levanto el cuchillo.

—No te acerques —le advierto, y da un paso atrás.

Estoy temblando. Sé que estoy temblando, pero debo seguir adelante. Tengo la certeza de que, si no detengo a esta mujer, se cobrará otras víctimas. Alargo el

cuchillo hacia delante, blandiéndolo como si fuera un machete.

—Lisa —dice Kate—, pero ¿qué haces?

Y me echo a reír.

—¿Por qué yo? —le pregunto—. ¿Por qué me escogiste a mí?

Kate guarda silencio. Tiene la vista fija en el cuchillo.

—¡Contesta!

—Porque sabía que te harías responsable. Que te echarías la culpa y... —se interrumpe y me sonrío ligeramente.

—¿Y?

—Otra persona lo habría puesto en duda —explica—. Lo habría cuestionado, pero yo sabía que tú no. Yo sabía que tú te echarías toda la culpa sin pensarlo dos veces... además, siempre estabas tan atareada, nunca tenías tiempo para ocuparte como es debido de nada.

Miro a Lucinda, que está enrollando el dobladillo de la sudadera entre los dedos.

—Sabes que tu madre está como una puta cabra, ¿verdad?

—¡Lisa! —me reprende Kate con dureza—. ¡Haz el favor de no decir palabrotas!

—Sabes que está loca, ¿verdad?

Lucinda no se atreve a mirarme.

—¿Qué persona normal secuestraría a su propia hija? —exclamo dirigiéndome a ambas.

Kate extiende las palmas de las manos.

—Alguien desesperado por salvar su matrimonio —contesta con toda seriedad.

—¿Y tú te prestaste a toda esta farsa? —salto en dirección a Lucinda—. ¿Te prestaste tan campante?

—Pensaba que era la forma de que mi papá volviera a casa con nosotros.

—¿Es que se ha ido, acaso?

—Papá tiene otra familia —dice Lucinda—. Es muy triste para todos. Creíamos que así entraría en razón, que cambiaría.

—¿Qué familia? —pregunto, perpleja—. ¿De qué otra familia hablas?

Ninguna de las dos responde, y me dirijo de nuevo a Kate.

—Joder, esto es puro maltrato infantil. Mira lo que has hecho con tu hija. Cree que esto es normal. Cree que es...

—Quiere que su papá vuelva a casa... ¿qué hay de malo en eso?

—¿Que qué hay de malo? Yo te lo diré: lo malo es que a ti te van a meter en la cárcel por esto, y Lucinda se va a quedar sin madre ni padre. Además, ¿por qué habla así, como arrastrando las palabras? ¿No la habrás drogado o algo por el estilo?

—Lisa, cálmate. Ya veo que estás enfadada. Y te comprendo, yo también lo estaría en tu lugar. Pero la verdad es que no teníamos otra salida. Hicimos todo lo posible porque se quedara con nosotros, pero no hubo manera.

No consigo asimilar lo que me está diciendo. No me puedo creer que todo haya sido un montaje.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —digo, perpleja—. ¿Cómo podías mirarme con lágrimas en los ojos mientras yo te suplicaba perdón, a sabiendas de que todo era una farsa?

Kate encoge los hombros como insinuando que no tuvo otra opción. Que hizo lo que tenía que hacer.

—Pero si éramos amigas... —le digo, y ella desvía la mirada.

Pienso en Sally destrozada, culpándose de la desaparición de su amiga.

Pienso en los tremendos remordimientos con los que ambas hemos vivido de resultas de nuestro descuido. Un descuido que nunca fue tal. Ambas convencidas de que éramos un desastre, yo como madre y ella como amiga.

De pronto me veo a mí misma con absoluta lucidez. Veo lo fácil que debió de ser cargarme el muerto. Porque Kate lleva razón. Claro que yo no iba a ponerlo en duda. Claro que todo tenía que ser culpa mía. Culpa de la mujer que intenta abarcar demasiado, que nunca se siente a la altura, que se comporta como si fuera inferior. Esa mujer siempre será un objetivo fácil.

Miro a Kate ahora y me reconcomo de rabia por haber permitido que le sucediera esto a mi familia. Pero de pronto me asalta una duda:

—¿Cómo pensabas llevar a Lucinda de vuelta? —le pregunto—. La policía de dos condados distintos está ahí fuera buscándola. ¿Qué pensabas hacer, meterla otra vez en casa de extranjis y hacer como si no hubiera pasado nada?

—Lisa, ¿por qué no sueltas ese cuchillo y hablamos como personas civilizadas?

—Vete a la mierda.

Lucinda me contesta desde el sofá:

—Yo iba a decir que me había fugado de casa.

—¿Y dónde se suponía que te habrías metido?

—Aquí —contesta Kate—. Lucinda conoce esta casa. A veces viene conmigo y con Guy cuando pasamos a ver cómo la han dejado los inquilinos. Podía haber venido en autobús al salir del colegio y meterse aquí sin ser vista, solo necesitaba saber dónde estaban las llaves. Y lo sabe. Las dejamos colgadas de los ganchos que hay en el despacho de Guy. Tenemos más de diez viviendas desocupadas en este momento; y dadas las fechas que son, Guy no echaría en falta ningún juego de llaves.

—Guy tendría otras cosas más importantes en las que pensar —replico con sarcasmo—, porque, claro, con su hija desaparecida y su mujer... —No termino la frase.

Observo fijamente el rostro de Kate.

—¿Y la sobredosis? —le pregunto—. ¿Cómo se te ocurrió hacer eso? ¿Qué madre dejaría a sus hijos solos en la vida... le fuera bien con su marido o no...?

—Sabía que me encontrarías.

—¿Qué?

—Que sabía que tú me encontrarías a tiempo —repite.

La miro boquiabierta.

—¿Cómo lo sabías?

—Me mandaste un mensaje de texto —responde simplemente—. Decías que venías de camino. Y pensé ahora o nunca... No tomé tantas pastillas como crees. Mi estado no era tan grave como dieron a entender...

—¿Hiciste eso para que Guy volviera?

Kate asiente con la cabeza como diciendo: «Es lo que hubiera hecho cualquiera, Lisa. De verdad, piénsalo».

Me quedo atónita.

—Estás loca.

—Todos tenemos secretos, Lisa.

Trago saliva.

—Todos tenemos algo que ocultar al resto del mundo. ¿Recuerdas? Todos queremos dar la imagen de familia perfecta, de que todo nos va bien. A mí... bueno... a mí me iba bien. Lo hice todo bien. Y aun así me salió mal. Y lo siento, Lisa, pero no estaba dispuesta a aceptarlo, qué quieres que te diga. He luchado por mi familia. He hecho lo que tenía que hacer.

—Estás para que te encierren.

—¿De verdad lo crees?

—Pues claro que lo creo... ¿a ti esto te parece normal?

Kate exhala un suspiro como si no diera crédito a que me resulte tan difícil de entender.

—¿Tú por qué no le contaste a Joe lo de tu aventura? —pregunta.

—¿Qué tiene que ver eso?

—¿Por qué no se lo contaste? —repite.

—Porque tú, precisamente, me pediste que no lo hiciera.

—Yo no soy tu madre. No soy tu conciencia. No se lo contaste porque te diste cuenta de lo que tenías y, por mal que hicieras, estabas dispuesta a todo lo que fuera necesario para mantener unida a tu familia.

—Sí, bueno, ya no es ningún secreto, así que...

—Ya —dice Kate gravemente—. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Tuve que darle a Adam el empujoncito necesario. Le dije que si no se lo contaba a Alexa, lo haría yo misma. Por cierto, ¿cómo se lo tomó Joe? Sentí tener que hacerlo. Joe siempre me ha caído simpático.

—¿Fuiste tú?

Kate suspira.

—Tenía que hacer algo para que os olvidarais por un momento de Lucinda, para ganar tiempo.

Me deja estupefacta. Quiero hablar, pero no me salen las palabras.

Y Kate aprovecha entonces para abalanzarse hacia el cuchillo. Alarga la mano tan rápidamente que, visto y no visto, ya lo tiene agarrado por la hoja.

Retiro el brazo y siento la resistencia en la sierra. Kate se está cortando la mano. La hoja se le clava en la carne, pero no la suelta.

—¡Kate, basta ya! —le digo, avergonzada por la situación.

Pero no me hace caso.

Hago un movimiento brusco, confiando en que con el tirón se le escape, pero sigue aferrada a él.

—¡Por Dios, Kate!

La miro fijamente, incapaz de creer lo que está haciendo, pero ella me sostiene la mirada. Los ojos parecen salirse de las órbitas.

—¡No dejaré que te la lleves! —me dice a gritos—. ¡No dejaré que te lleves a Lucinda!

—¡No me la voy a llevar, loca de mierda! ¡Suelta el cuchillo!

Debe de estar sangrando. Tiene que estar sangrando.

—¡Mamá! —grita Lucinda, llorando—. Mamá, suéltalo, te estás haciendo daño. Por favor...

Kate, sin apartar la vista de mí, grita:

—¡Mamá tiene que hacerlo! ¡Tú deja a mamá un momento!

Qué fuerza tiene. Es impresionante. ¿De dónde saca esa fuerza?

Hecha una furia, rompo a gritar, tirando violentamente del cuchillo:

—¿Por qué haces eso? ¿Por qué siempre hablas de ti en tercera persona? Tiene trece años, Kate. ¡No es un bebé! Deja de tratarla como si fuera un bebé, maldita sea. ¡Con eso no conseguirás que te quiera más!

No sé por qué razón, mis palabras la afectan, y de pronto se le llenan los ojos de lágrimas y siento que afloja la presión. Es como si, solo por un instante, dudara de sí misma. Como si pudiera verse desde fuera y le flaquearan las fuerzas.

Aprovecho para darle una patada. Una buena patada en la espinilla.

Llevo botas y arremeto con saña, con toda mi intención. Kate grita de dolor.

Se tambalea hacia atrás y cae al suelo. Luego se aleja a cuatro patas, con la herida manando sangre, y yo me veo transportada hasta aquel invierno cuando tenía ocho años. Cuando la mujer de mi padre se cortó las venas delante de mí. No se me escapa la ironía de la situación. Una segunda familia. Otra segunda familia que destroza a una mujer hasta el punto de hacerla enloquecer.

Kate tiene la vista levantada hacia mí, temiendo una nueva patada. Lucinda se ha

quitado la sudadera para envolverle la mano herida. Y en ese momento me suena el móvil.

Nos miramos las tres, sin saber qué hacer.

—No os mováis —les advierto—. Como os mováis, os lo clavo.

Saco el móvil del bolsillo trasero y doy un paso atrás.

—¿Señora Kallisto?

—Sí.

—Policía de Cumbria —dice la voz—. Siento comunicarle que ha habido un accidente...

# NOCHEBUENA

La nieve ha vuelto, justo a tiempo para la ocasión. Las calles de Windermere bullen de actividad, mientras Joanne se dirige hacia la carnicería para recoger su pavo.

Jackie trabaja esta mañana, pero, como este año el día de Navidad cae en domingo, Joanne tiene el día libre. Y de pronto se siente embargada por el espíritu navideño. Este año no será un día como otro cualquiera. Este año está deseando celebrarlo como es debido con Jackie; comerán el pavo con su consabida guarnición y luego caerán dormidas las dos en el sofá después del discurso de la reina, con la tripa llena de nueces de Brasil recubiertas de chocolate.

Compra un par de chirivías en la floristería, que en estas fechas tiene también tubérculos a la venta, y entra un momento en Boots para comprar algunos detalles de última hora.

Ninguna de las dos recibe gran cosa en lo que a regalos respecta. El hijo de Jackie lleva dos años sin enviarles nada, así que han optado por comprarse caprichitos la una a la otra. Joanne mete en la cesta una crema hidratante exorbitantemente cara, y en el último momento añade también un masajeador Scholl para los pies.

Observa la caja y ya se imagina a Jackie sentada con el uniforme, media pinta de Baileys en una mano, y los vapores subiéndole por los tobillos. Decididamente, es el regalo perfecto.

Unas inquietantes nubes bajas encapotan el cielo cuando sale de la tienda. Se prevé que caerá otra nevada para la tarde, y la ilusión se masca en la calle, todo el mundo ansioso por volver a casa, cerrar la puerta y olvidarse del mundo, a la espera del día de Navidad.

Un trío de músicos —tuba, trombón y trompeta— toca refugiado bajo un alero junto a la sucursal del Abbey Bank; y los últimos compases de «Joy to the World» la acompañan hasta la entrada de la carnicería.

Dentro hay cola, pero se mueve con bastante rapidez. Los encargos ya están pagados de antemano, y solo hay que recogerlos. Joanne se habría conformado con la pechuga del pavo, porque al fin y al cabo van a ser solo dos a comer, pero Jackie se empeñó en que había que pedir un pavo entero. «La carne oscurita es la más rica», le dijo.

Joanne se dispone a cruzar la calle para volver a casa cuando ve un vehículo aparcando marcha atrás justo delante de ella, y se detiene al reconocer a su conductor. No se distingue muy bien quién hay dentro —va lleno y tiene las ventanillas empañadas—, pero sabe perfectamente de quién es.

Se acerca y da unos golpecitos en la ventanilla. Lisa Kallisto apaga el motor y abre la puerta del conductor. Joanne se agacha y ve a tres niños apretujados en la parte trasera, el semblante claramente ilusionado por la inminente llegada de Papá

Noel.

Joe va delante junto a Lisa, con el Bedlington terrier que el instituto forense utilizó para las pruebas de ADN sentado entre sus rodillas. Joe tiene enyesadas las dos piernas de rodillas para abajo.

—Hola, Lisa —saluda Joanne—. ¿Qué tal estamos?

—Bien. ¿Y usted?

—Bien, gracias. —Joanne mira en dirección a Joe—. ¿Le han dado el alta para que pase las fiestas en casa?

Alguien le había contado a Joanne que el taxi de Joe se había salido de la autopista y volcado en una cuneta. Joe había sobrevivido, pero se había roto ambos pies.

—Salí el miércoles. Tengo una silla de ruedas para moverme por ahí —dice Joe, señalando hacia el maletero del coche.

Joanne sonrío.

—¿Han averiguado ya por qué perdió el conocimiento?

Joe mira esquivo de un lado a otro.

Viendo que no piensa responder, Lisa pone los ojos en blanco, se inclina hacia Joanne y baja la voz para que los niños no la oigan.

—Joe venía sufriendo pequeños ictus desde hace un tiempo, ataques isquémicos transitorios los llaman, como miniembolias. —Lisa mira de refilón a su marido—. Y por motivos que se me escapan, decidí ocultarnos ese pequeño detalle a mí y a los niños.

Joanne levanta las cejas.

—Pensó que era mejor que no lo supiera —dice Lisa, y Joe la mira compungido.

—Ya sabes por qué —replica en voz baja.

Lisa, cariñosamente, le hinca el dedo en las costillas.

—El muy tonto pensaba que cuando me enterara lo dejaría... En fin, le han recetado warfarina, así que por el momento está bajo control. —Lisa alarga el brazo hacia la parte trasera para coger el bolso—. ¿Se sabe algo de Kate? ¿Alguna novedad?

—La han procesado.

—¿Con qué cargos?

—Secuestro, privación de libertad y obstrucción a la justicia.

Lisa inspira profundamente.

—Mierda —dice—. Mierda, es peor de lo que pensaba.

—Usted hizo lo que debía.

—¿De verdad?

—No tenía opción. Esa mujer estaba maltratando a sus hijos... no podía dejar que siguiera así, lo sabe usted bien.

Lisa desplaza las piernas hacia un lado, como en ademán de salir del coche.

—Si hice lo que tenía que hacer, ¿por qué me siento tan mal? ¿Cree que le quitarán los niños?

—Es probable que la manden a la cárcel.

Lisa encaja el golpe y suspira apenada.

—¿No va a intentar recurrir... alegar desequilibrio mental o como se llame?

—Puede, pero, si deciden jugar esa baza, a la larga tendrá menos posibilidades de que le devuelvan la custodia de los niños. Habrá que esperar a ver.

—Qué desgracia —dice Lisa, y sale del coche y cierra la puerta.

Luego mira por encima del hombro de Joanne y tiende la vista hacia las luces navideñas que cuelgan de un lado al otro de la calzada. Parece como si intentara sacudirse de encima la noticia, piensa Joanne, como si se dijera: «Es Nochebuena y ahora lo importante son los niños».

Lisa se vuelve hacia Joanne.

—Pillaron al culpable, ¿no? —pregunta, un poco más animada—. Al que se llevó a las otras niñas.

—Sí.

—Me alegro. ¿Al final era el mismo que había estado abordando a Lucinda a la salida del colegio? ¿Fue él quien las secuestró?

—No ha confesado todavía, pero sí, estamos casi seguros de que fue él. Al parecer, Lucinda le había hablado a su madre de él y la madre urdió el plan del falso secuestro... Luego solo le quedó esperar al momento idóneo para...

—Me esperó a mí —la interrumpe Lisa con resignación—. Kate esperó a que yo metiera la pata para simular que Lucinda había desaparecido.

Joanne nota que Lisa sigue aún muy dolida por lo ocurrido.

—¿Y sus hijos?, ¿están bien? —pregunta Lisa al rato—. Debería ponerme en contacto e interesarme por ellos, pero todavía no me siento con ánimos, no sé por qué.

—Se han quedado con su padre. —Joanne lleva una mano al codo de Lisa un instante—. Estarán bien atendidos... Y usted no sea demasiado dura consigo misma, ¿eh? Teniendo en cuenta el estado mental de esa mujer, ¿quién sabe lo que habría hecho después?

Le deseo un feliz día de Navidad a la agente Aspinall y dejo a Joe, los niños y Bluey dentro del coche mientras entro un momento en la carnicería. Es el último recado de la mañana. En cuanto haya recogido el pavo, podremos volver a casa, encender la chimenea y arrebujarnos en el sofá para ver alguna película tontorróna mientras esperamos a que el día de Navidad llegue a Troutbeck.

En la vitrina de la carnicería tienen expuesto un gran surtido de carnes exquisitas. A la izquierda, faisanes, pintadas y perdices rellenas; y a la derecha, empanadas, terrinas y patés de todo tipo.

Me quedo contemplándolo abstraída antes de entrar.

Las nuevas sobre Kate me han afectado más de lo que creía. Ya, ya sé que Kate había perdido la cabeza, sí. Y que una madre tan desequilibrada no puede hacerse cargo de sus hijos. Además, no nos confundamos, sigo furiosa aún. Llevo como una bola de fuego hirviendo en las entrañas desde la semana pasada, así de cabreada estoy con todo el asunto en general. Pero, por otra parte, me compadezco de ella.

Me parte el alma pensar que llegara hasta esos extremos solo por mantener unida a su familia y que terminara perdiéndolos a todos. Perdiéndolo todo.

Vuelvo la mirada hacia el coche. Mi vida entera está dentro de ese coche. Y no puedo imaginar lo que supondría perder una parte de ella. Ni una siquiera.

Empujo la puerta de la carnicería y me pongo a la cola. La cola llega hasta la pared del fondo. Echo un vistazo a los que están delante del mostrador, esperando a ser atendidos, y entonces veo a Alexa.

Es la siguiente en la cola. Está de espaldas a mí. Pero la reconozco.

Cierro los ojos. Dejo caer el peso contra la fría pared de azulejos. Por un instante se me ocurre escapar de allí a hurtadillas y así evitarla, pero ¿para qué? Es un pueblo pequeño. Tarde o temprano acabaré topándome con ella.

Hoy atiende el hijo del carnicero. Es un muchacho de quince años, más bien reservado. Los clientes dan su nombre y él va a recoger los pavos de la cámara frigorífica que hay en la trastienda.

El muchacho le entrega a la anciana que va delante en la cola un paquetito envuelto en papel de cera, y ella le tiende una botella de Johnnie Walker Etiqueta Negra.

—Para su padre de usted —le dice, y el muchacho la coge tímidamente dándole las gracias.

Alexa se acerca al mostrador y carraspea.

—Señora Willard —anuncia oficiosamente—, tengo encargado un pavo de granja, uno bronceado, grande.

El muchacho palidece y aparta la mirada. Al rato, contesta tartamudeando:

—Lo siento, pero no tenemos ningún pavo reservado a su nombre, señora Willard.

—¿Cómo que no? —replica ella con sonrisita burlona—. Lo encargué en noviembre. ¡Claro que está reservado!

El muchacho sacude la cabeza.

—Me han dicho que no hay pavo para usted.

El muchacho está visiblemente violento. Mueve el peso de un lado al otro del cuerpo. Entre la clientela se ha hecho un silencio mortal; todos están pendientes de la conversación. Yergo la espalda. Casi puedo percibir la cólera creciendo en el interior de Alexa desde aquí.

—Llama a tu padre —le espeta con sequedad al chico—. Esto es inaceptable.

El muchacho asiente con la cabeza, traga saliva y va hacia la trastienda. Segundos más tarde, sale su madre, Kath. La señora, una mujer de prominente delantera y robustos brazos, aparece con un delantal manchado de sangre y cara de pocos amigos. Kath iba un curso por delante de mí en el colegio. Jugábamos al hockey en el mismo equipo. Yo de defensa, y ella de portera.

—Señora Willard —saluda la carnicera con frialdad.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —exige saber Alexa—. Su hijo dice que se han olvidado de mi pedido.

—Olvidado, no. Lo hemos anulado.

—¿Anulado? ¿Por qué? Yo no he dado autorización para que se anulara nada.

—No. Pero yo sí.

Me desplazo hacia un lado para poder ver la cara de Alexa reflejada en el espejo que hay detrás del mostrador.

Se ha quedado boquiabierta.

—No entiendo —dice.

—No hay nada que entender. Lo anulé y punto.

—¿Por qué motivo?

—Yo se lo explicaré —responde la mujer del carnicero, impasible— pero, la verdad sea dicha, no sé cómo tiene la desfachatez de presentarse aquí. No sé cómo se atreve a dar la cara, después del daño que usted y la loca de su hermana le han hecho a este pueblo... después de que nuestros maridos arriesgaran la vida para buscar a esa niña, con toda la nieve y el hielo que había. Los comercios del pueblo han perdido negocio por su culpa, la gente no va a querer venir aquí a dejarse el dinero, por si no estuviera la cosa ya bastante fea de por sí con la crisis... Yo que usted empezaría a pensar en irme con la música a otra parte. Nadie de por aquí va a querer tratos con usted...

—¡Pero a mí qué me cuenta! —replica Alexa—. Yo no he tenido nada que ver con lo de mi hermana, no sabía...

—Según dicen por ahí, sí lo sabía.

—No lo sabía —contesta Alexa—. De verdad que no lo sabía.

Alexa busca alrededor con la mirada, impotente, quizá esperando que alguien salga en su defensa, pero todos miran para otro lado.

La mujer del carnicero se limpia las manos en el trapo que lleva colgado de la cinta del delantal.

—Si me disculpa, tengo que seguir trabajando. Hoy estamos muy liados —dice la carnicera, pero se queda en el sitio.

Alexa gira sobre sus talones y nos topamos de frente.

Detiene la mirada en mí, furibunda, pensando a buen seguro en el impropio que soltarme, y yo se la sostengo. Pero los ojos de toda la clientela están puestos en ella. Alexa se percata y sale airada de la tienda.

Cuando se ha ido, la mujer del carnicero busca mi mirada. Hace una rápida inclinación con la cabeza en dirección a mí y se vuelve a la trastienda.

Cinco minutos más tarde voy ya hacia el coche, entro y suelto el pavo sobre las rodillas de Joe.

—Sujétalo bien —le digo y me vuelvo para mirar a los niños.

Sam va sentado en medio, las mejillas rojas e irritadas por el frío; Sally a un lado, y James al otro. Los tres están que revientan de ilusión por volver a casa.

—Acabo de ver a Alexa —me dice Joe—. No parecía muy contenta.

—No me extraña —le digo, poniéndome el cinturón de seguridad—. No han querido despacharla. Le han dicho que se buscara otra carnicería.

A Joe parece hacerle mucha gracia.

—¿Qué? —le digo.

—Nada —contesta, pero sonrío de oreja a oreja.

Mientras arranco, él alarga un brazo y revuelve cariñosamente los rizos en la coronilla de Bluey. Desde que Joe salió del hospital el miércoles, se han hecho inseparables.

Miro por el retrovisor antes de incorporarme al tráfico y enfilo hacia casa justo cuando empieza a nevar de nuevo.

Echo una ojeada a Joe de refilón.

Apuesto a que antes de que termine la semana tendrá al dichoso perro durmiendo a los pies de nuestra cama.

## Nota de la autora

La idea de escribir esta novela surgió tras ver un programa de Oprah Winfrey en televisión. Uno de los temas recurrentes en dicho programa es la búsqueda del equilibrio en la vida, un tema que yo tenía muy presente tras haber tratado a un sinnúmero de madres trabajadoras que llegaban agotadas a mi consulta de fisioterapia.

Aquel día se hablaba de la vida de Brenda Slaby, auxiliar administrativa en un centro escolar. Son las seis de la mañana; Brenda sale de casa en coche con sus dos hijas pequeñas con intención de dejarlas en el domicilio de dos canguros distintas antes de dirigirse al trabajo. Es el primer día de clase tras las largas vacaciones de verano y tiene ante sí una jornada especialmente ajetreada. Ocho horas más tarde, una colega entra como una exhalación en el despacho de Brenda para anunciarle que su pequeña sigue dentro del coche. Brenda tenía tantas cosas en la cabeza que olvidó dejar a Cecilia, su hija de dos años, en casa de la canguro y la niña ha fallecido asfixiada por el sofocante calor.

La historia de aquella mujer me dejó conmovida. Brenda, entonces, se refirió a sí misma como «la madre más odiada de América»; recibía amenazas de muerte, y había madres indignadas pidiendo que se la condenara por homicidio.

Mientras veía el programa, no dejaba de pensar que aquella mujer podría haber sido yo.

Yo también había pasado una temporada tan desbordada, intentando conciliar la vida familiar con un trabajo a tiempo completo, que podría haberme olvidado de lo último que uno desearía olvidarse en la vida.

La tragedia de Brenda no dejaba de darme vueltas a la cabeza y tenía la certeza de que quería escribir sobre ella; solo que no sabía cómo. Yo escribo novelas de suspense, y no me veía capaz de hacerle justicia a su historia. Sin embargo, pasaba el tiempo y no dejaba de pensar en la esforzada vida de las mujeres de hoy. En cómo se desviven para ser madres perfectas, empleadas perfectas, a menudo a costa de su salud y de la relación con su pareja, y en cómo muchas veces desprecian a otras mujeres que no están a su altura.

Unas semanas más tarde, en el aparcamiento del supermercado, me topé por casualidad con una mujer a la que llevaba un tiempo sin ver. Al alejarme de ella tuve la sensación de que mi vida no era todo lo buena que podía ser: es la clase de mujer que, al menor descuido, aprovecha sutilmente para menospreciarte, para menospreciar a tus hijos. Me senté al volante preguntándome quién podría ser amiga de aquella mujer. Alguna amistad debía de tener. Pero por muchas vueltas que le daba no se me ocurría por qué iba nadie a querer aguantar a una persona así.

De pronto me asaltó un pensamiento: ¿qué pasaría si perdieras a un hijo de esa mujer? ¿Si estuvieras tan agobiada por el trabajo y la vida en general que te

despistaras un momento y fuera precisamente un hijo suyo el que desapareciera?

La idea resultaba aterradora.

Quizá haya solo una cosa en la vida peor que te desaparezca un hijo, y es ser culpable de la desaparición del hijo de una amiga.

Inmediatamente me puse a escribir, impulsada por ese temor. Y así fue cómo surgió *¿Y tú qué clase de madre eres?*

*Paula Day, enero de 2013*

## Agradecimientos

Me gustaría expresar mi agradecimiento a las siguientes personas:

A mi hermana, Debbie Leatherbarrow, y a mi amiga, Zoë Lea, por su apoyo, ayuda y aliento inquebrantables desde el principio. Gracias por todo.

A mi maravillosa agente literaria, Jane Gregory; y al equipo de Gregory and Co.: Claire Morris, Stephanie Glencross y Linden Sherriff.

A mi magnífica editora, Rachel Rayner, así como a Corinna Barsan, Nita Pronovost, Jenny Parrott, Kate Samano y Sarah Day.

A Alison Barrow, Claire Ward y a todos los de Transworld. A Ste Lea, Katharine Langley-Hamel, la doctora Jacqueline Christodoulou, D. Anderson, Tony y Babs Daly, Christine Long, Amanda Gregson, Jackie e Iain Garside, Paula Hemmings y Adrian Stewart. A todo el personal de We Should Be Writing y de YouWriteOn. Y a todas las encantadoras bibliotecarias de la biblioteca de Windermere.

Y, especialmente, todo mi amor y mi agradecimiento a James, Grace, Harvey y Patrick. Soy una mujer muy afortunada.



PAULA DALY. Nació en Lancashire. Antes de publicar su primera y exitosa novela, *¿Y tú qué clase de madre eres?*, trabajaba como fisioterapeuta. Vive en el distrito de los Lagos, al norte de Inglaterra. Actualmente está escribiendo su segunda novela, *Keep your friends close*.